



Aviso Legal

Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director: Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar: *Cuadernos Americanos. Primera época (1942-1985). México.*

Datos de la revista:

Año XXXIX, Vol. CCXXIII, Núm. 1, (enero-febrero de 1980).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México.
<https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

1

CUADERNOS AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACIÓN BIMESTRAL

Avenida Coyoacán No. 1035
México 12, D. F.
Apartado Postal 965
México 1, D. F.
Teléfono 575-00-17

DIRECTOR-GERENTE
JESUS SILVA HERZOG

EDICIÓN AL CUIDADO DE
PORFIRIO LOERA Y CHÁVEZ

IMPRESO POR LA
EDITORIAL LIBROS DE MEXICO, S.A.
Av. Coyoacán No. 1035

AÑO XXXIX

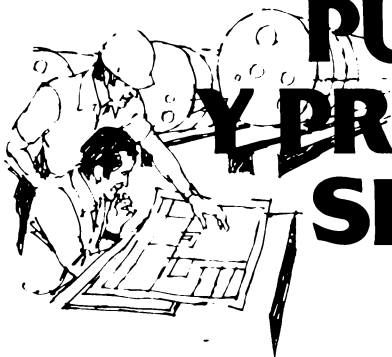
1

ENERO-FEBRERO
1 9 8 0

INDICE

Pág. 3

LOS SECTORES PUBLICO Y PRIVADO SE UNEN PARA PRODUCIR MAS QUE UTILIDADES



Sabemos que el petróleo es mucho más que combustible. Desarrollar la Industria Petroquímica significa expandir nuestra capacidad de producir fibras textiles, plásticos y un sinnúmero de derivados del petróleo. Esto, al mismo tiempo, nos permite importar cada vez menos y exportar cada vez más. En este esfuerzo está Banca Somex. Decididamente. Claro, la petroquímica requiere de una inversión considerable y financiamiento a largo plazo. Los beneficios para el país y para el mejoramiento de nuestro nivel de vida, son también muy importantes y a corto plazo.

Somos una organización financiera de fomento, integrada con recursos de los sectores público y privado. Apoyar el desarrollo económico de México no es un objetivo entre otros sino la tarea más importante de Banca Somex.



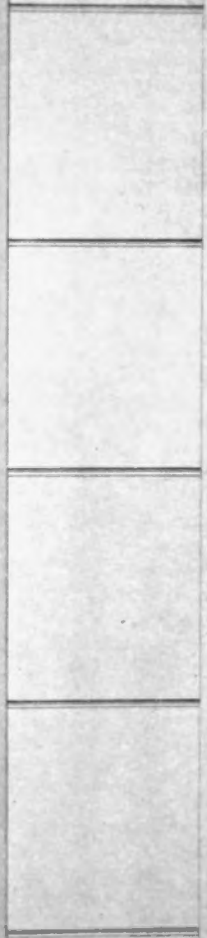
BANCA SOMEX, S.A.
LA MULTIBANCA DE FOMENTO

CAR 001-11-0000-0-10-70

¿A que hora tomo su
última taza de café?

**ahora, es tiempo
de volver a tener
esa grata
satisfacción**

instituto
mexicano
del café



PROBLEMAS DEL DESARROLLO

Revista Latinoamericana de Economía

Publicación trimestral del Instituto de Investigaciones Económicas
de la Universidad Nacional Autónoma de México

México, D. F.

Vol. X, No. 38

Mayo-Julio 1979

Director: Arturo Bonilla Sánchez

Secretario: Juvencio Wing Shum

CONTENIDO :

DEBATE SOBRE

La Devaluación y la Crisis Económica Mexicana

Arturo Bonilla Sánchez

Oliva Sarahí Angeles Cornejo

Irma Manrique Campos

Benjamin Retchkiman Kirk

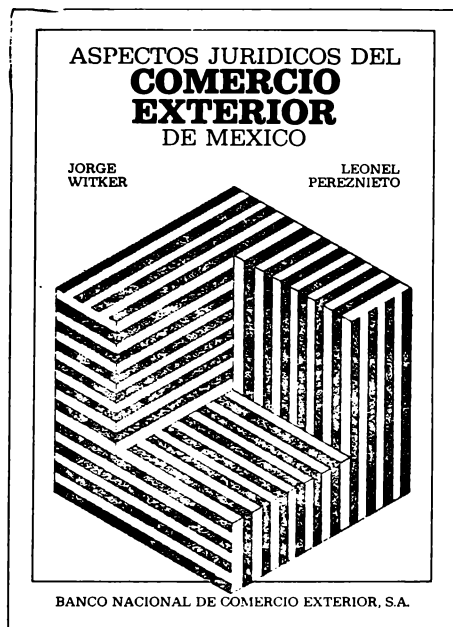
Fernando Carmona de la Peña

Suscripciones: República Mexicana, 150 pesos anuales por correo ordinario registrado y 170 pesos anuales por correo aéreo registrado. Al exterior, por correo aéreo registrado, 18 dólares (EUA) 22 dólares anuales a otros continentes.

Por cada suscripción anual será enviado un ejemplar del Índice General por autores y temas de los primeros 20 números.

PROBLEMAS DEL DESARROLLO, Instituto de Investigaciones Económicas, Apartado Postal 20-721, México 20, D. F.

Una guía fundamental,
sencilla y actual



- Las exportaciones
- Las importaciones
- Los organismos de control
- El régimen jurídico fronterizo
- La interpretación de la terminología
- La oferta de mercancías
- Modalidades de pago
- Seguro de crédito y financiamiento
- El contrato de compraventa internacional
- El arbitraje comercial internacional

\$ 150.00

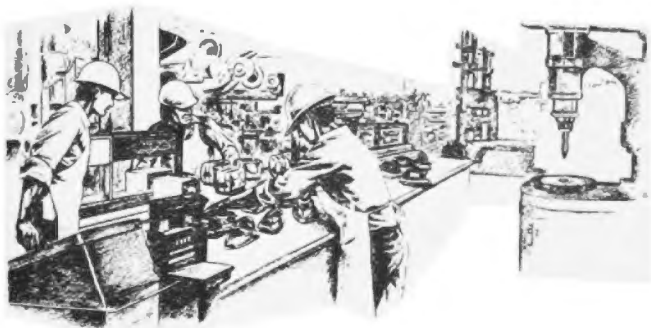
Para el exterior **Dls. 10.00**

Envíe cheque o giro postal al

Banco Nacional de Comercio Exterior, S.A.

DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES
Av. Chapultepec 230, 2o. piso, México 7, D.F.

Cuando el hombre produce para todos



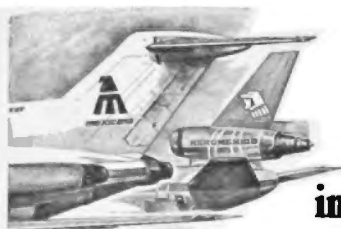
El Banco del Atlántico apoya y respalda al industrial, al agricultor o al ganadero que incrementa la productividad del país, otorgándole créditos con tasa de interés reducido, de acuerdo con los compromisos adquiridos por la Banca en apoyo de la producción.



BANCO DEL ATLANTICO

Institución de Banco Múltiple

todo un océano de posibilidades



100,000
inversionistas fortalecen
nuestro desarrollo...



...y multiplican su dinero



que les produce hasta 13.44% anual neto

La entidad para Nacional Financiera S. A. genera 71,929 millones de pesos de los cuales a proyectos industriales que generan riqueza nacional y que contribuyen directamente al fortalecimiento de nuestra economía. Y los más del 90% de los recursos que nos han permitido las mejores acciones prácticas, sostenibilidad, de los más privilegiados del mundo, para que su dinero que sea el más grande.

Así como lo venimos, los Millones en cada día más grande.

* Rendimiento promedio anualizado de los recursos de la Nación Financiera S. A. en el primer semestre de 1988, con la Bolsa.



nf nacional financiera, s. a.

Sede en Calles 51 y 52, S.F. P.O. Box de la Reforma 136 y Cal. P.O. de la Universidad 1533 (P.O. Universidad)

realiza los grandes proyectos nacionales



¡ DELICIOSO !

así exclamará cuando paladee

una taza de café

después de comer



café mex



COLECCION DE FOLLETOS PARA LA HISTORIA
DE LA REVOLUCION MEXICANA DIRIGIDA
POR JESUS SILVA HERZOG

LA CUESTION DE LA TIERRA

TOMO 1o.—1910-1911.—De Oscar Braniff, Alberto García Granados, Lauro Viadas, Pastor Rouaix, Gustavo Durán, Wistano Luis Orozco, Andrés Molina Enríquez y Rómulo Escobar.

TOMO 2o.—1911 a 1913.—De Carlos Basave y del Castillo Negrte, Felipe Santibáñez, Antenor Sala, Rafael L. Hernández, T. Esquivel Obregón, José L. Cossío, Roberto Gayol, M. Marroquín y Rivera, Juan Sarabia, Miguel Alardin, Adolfo M. Isassi, José González Rubio, Gabriel Vargas y Luis Cabrera.

TOMO 3o.—1913-1914.—De José Covarrubias, Roberto Gayol, Telésforo García, Cesáreo L. González, Zeferino Domínguez, Paulino Martínez, Manuel Bonilla, José L. Cossío, Antonio Sarabia, M. Mendoza López Schwertfeger, Pastor Rouaix y José I. Novelo.

TOMO 4o.—1915-1917.—De José Domingo Ramírez Garrido, Francisco Loria, Salvador Alvarado, Rafael Nieto, Plutarco Elías Calles, J. M. Luján, Fernando González Roa, Miguel Angel Quevedo, Vicente Lombardo Toledano y Manuel Gamio.

INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES
ECONOMICAS

PRECIOS:

	Pesos	Dls.
México	60.00	
Extranjero		3.00
		(más portes para envío)

Distribuye:

CUADERNOS AMERICANOS

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Apartado Postal 965
México 1, D. F.

Tel.: 575-00-17



siglo
veintiuno
editores

presenta con
orgullo la edición
facsimilar del

CÓDICE BORBÓNICO

El más valioso testimonio pictórico
de los antiguos mexicas



- 36 láminas a todo color en forma de biombo.
- Anexo al Códice, el estudio más completo sobre él realizado:
Descripción, historia y exposición del Códice Pictórico de los antiguos náhuas, obra del investigador mexicano Francisco del Paso y Troncoso. Edición facsimilar de la publicada en Florencia en 1899.
- Las dos obras están encuadernadas a la mestiza con lomo de piel y percalina.
- **Precio de venta: \$ 2,300**
- * Primera edición limitada a 1,500 ejemplares.



Renault 17



Renault 15

¿Va usted a Europa? viaje en RENAULT nuevo con garantía de fábrica

Viajando en automóvil es como realmente se conoce un país, se aprende y se goza del viaje.

Además, el automóvil se va transformando en un pequeño segundo hogar, lo que hace que el viaje sea más familiar y grato.

Tenemos toda la gama RENAULT para que usted escoja (RENAULT 4, 6, 8, 12 y 12 guayin, 15, 16 y 17).

Se lo entregamos donde usted desee y no

tiene que pagar más que el importe de la depreciación.

Es más barato, mucho más, que alquilar uno.

Si lo recibe en España, bajo matrícula TT española, puede nacionalizarlo español cuando lo desee, pagando el impuesto de lujo. Por ejemplo, el RENAULT 12 paga 32.525.00 Pesetas y otros gastos menores insignificantes.

AUTOS FRANCIA, S. A. Serapio Rendón 117 Tel. 535-37-08 Informes: Srita. Andión.

EDICIONES DEL INSTITUTO MEXICANO DE
INVESTIGACIONES ECONOMICAS

	<i>Pesos</i>	<i>Dólares</i> (más portes para envío)
Colección de Folletos para la Historia de la Revolución Mexicana, dirigida por Jesús Silva Herzog. Se han publicado 4 volúmenes de más de 300 páginas cada uno sobre "La cuestión de la tierra, de 1910 a 1917 c/u	60.00	3.00
Bibliografía de la Historia de México, por Roberto Ramos	120.00	6.00
Los bosques de México, relato de un despilfarro y una injusticia, por Manuel Hinojosa Ortiz	12.00	0.60
Nuevos aspectos de la política económica y de la administración pública en México, por Emilio Mújica, Gustavo Romero Kolbeck, Alfredo Navarrete, Eduardo Bustamante, Julián Rodríguez Adame, Roberto Amorós, Ricardo J. Zevada y Octaviano Campos Salas	30.00	1.50
Explotación individual o colectiva. El caso de los ejidos de Tlahualilo, por Juan Ballesteros Porta	12.00	0.60
Historia de la expropiación de las empresas petroleras, por Jesús Silva Herzog	60.00	3.00
El problema fundamental de la agricultura mexicana, por Jorge L. Tamayo	30.00	1.50
Trayectoria y ritmo del crédito agrícola en México, por Alvaro de Albornoz	80.00	4.00
Investigación socioeconómica directa de los ejidos de San Luis Potosí, por Eloisa Alemán	20.00	1.00
Investigación socioeconómica directa de los ejidos de Aguascalientes, por Mercedes Escamilla	Agotado	
La reforma agraria en el desarrollo económico de México, por Manuel Aguilera Gómez	50.00	2.50
El pensamiento económico, social y político de México (1810-1964), por Jesús Silva Herzog	Agotado	
México visto en el siglo XX, por James Wilkie y Edna M. de Wilkie	120.00	6.00

Distribuye:

CUADERNOS AMERICANOS

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Tel.: 575-00-17

Apartado Postal 965
México 1, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

SERVIMOS SUSCRIPCIONES DIRECTAMENTE DENTRO Y FUERA DE PAIS

A las personas que se interesen por completar su colección les ofrecemos ejemplares de números atrasados de la revista según detalle que aparece a continuación con sus respectivos precios:

Año	Ejemplares disponibles	Precios por ejemplar	
		Pesos	Dólares (más portes para envío)
1942	110.00	5.20
1943	110.00	5.20
1944	Número 5	110.00	5.20
1945	110.00	5.20
1946	110.00	5.20
1947	110.00	5.20
1948	110.00	5.20
1949	110.00	5.20
1950	110.00	5.20
1951	110.00	5.20
1952	Número 4	110.00	5.20
1953	Números 3 al 6	110.00	5.20
1954	110.00	5.20
1955	Números 5 y 6	110.00	5.20
1956	Números 1 al 6	90.00	4.35
1957	Números 1 al 6	90.00	4.35
1958	Números 3 y 6	90.00	4.35
1959	Números 3 al 5	90.00	4.35
1960	90.00	4.35
1961	Número 5	90.00	4.35
1962	Números 4 y 5	90.00	4.35
1963	90.00	4.35
1964	Números 1, 2 y 6	90.00	4.35
1965	90.00	4.35
1966	Número 6	90.00	4.35
1967	Números 4 al 6	90.00	4.35
1968	Números 3 al 6	90.00	4.35
1969	Números 2 y 6	90.00	4.35
1970	Números 1 al 6	90.00	4.35
1971	Números 3 al 6	55.00	3.20
1972	Números 3 al 6	55.00	3.20
1973	Números 2, 4, 5 y 6	55.00	3.20
1974	Números 1 y 6	55.00	3.20
1975	Números 1 al 5	55.00	3.20
1976	Números 1 al 3	55.00	3.20
1977	Número 1	55.00	3.20
1978	Número 1	55.00	3.20

SUSCRIPCION ANUAL 1980

México	350.00	
Extranjero		20.00

EJEMPLAR SUELTO

México	70.00	
Extranero		3.85

LOS PEDIDOS PUEDEN HACERSE A:

Av. Coyocacán 1035
México 12, D. F.

Apartado Postal 965
México 1, D. F.

o por teléfono al 575-00-17

VEANSE EN LA SOLAPA POSTERIOR LOS PRECIOS DE NUESTRAS PUBLICACIONES
EXTRAORDINARIAS

Fondo de Cultura Económica

REVISTAS LITERARIAS MEXICANAS MODERNAS

Savia Moderna (1906)** Arte (1907-1909) Nosotros (1912-1914)**

Gladios (1916)* / La Nave (1916)* Pegaso (1917)* San-ev-ank (1918)*

Revista Nueva (1919)* México Moderno (1920-1923) (3 vols.)*

El Maestro (1921-1923) (3 vols.)** La Falange (1922-1923)**

Antena (1924) La Pajarita de Papel (1924-1925; 1941-1943)

Ulises (1927-1928) Contemporáneos (1928-1931)

Bandera de Provincias (1929-1930) / Monterrey (1930-1937)

Barandal (1931-1932) Examen (1932) Número (1933-1934)

Cuadernos del Valle de México (1933-1934) Fábula (1934)

Taller Poético (1936-1937) / Letras de México (1937-1947)

Taller (1938-1941) / Poesía (1938) / Tierra Nueva (1940-1942)

Revista de Literatura Mexicana (1940) / Rueca (1941-1947)

El Hijo Pródigo (1943-1946) Eos (1943) Litoral (1944)

Pan (1945-1946) / Ultramar (1947) / Presencia (1948-1950)

Clavileño (1948) / Medio Siglo (1952-1958)

Revista Mexicana de Literatura (1955-1965)

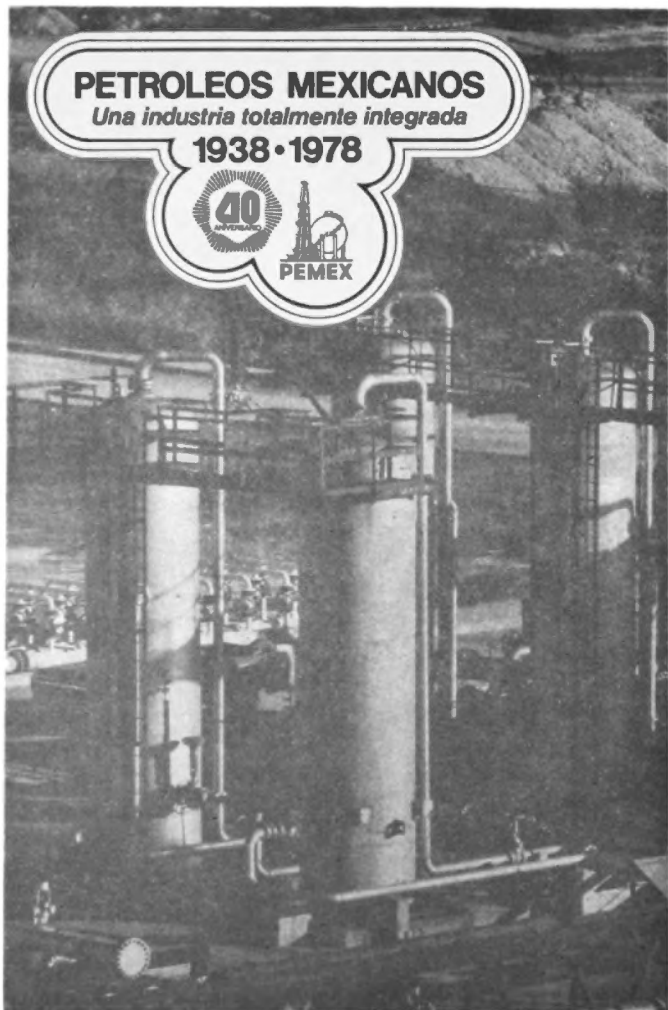
El Espectador (1959-1960)

* En librerías ** De próxima aparición

PETROLEOS MEXICANOS

Una industria totalmente integrada

1938 • 1978



INDICES

CUADERNOS AMERICANOS

Estos índices —por materias y actores— abarcan los primeros 30 años de la vida de "Cuadernos Americanos", de enero-febrero de 1942 a noviembre-diciembre de 1971.

Obra de consulta indispensable para quienes se interesan por la cultura latinoamericana, principalmente, así como también por la de España y de algunos otros países como Estados Unidos, Francia, la Unión Soviética, China Popular, etc.

Precios:

	Pesos	Dólares (más portes para envío)
México	180.00	
Extranjero		9.00

Distribuye:

CUADERNOS AMERICANOS

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

México 1, D. F.

Tel.: 575-00-17

SIN NOMBRE

Apartado 4391

San Juan, Puerto Rico 00905

o

Cordero No. 55

Santurce, Puerto Rico 00911

SUMARIO: VOLUMEN VIII, NO. 1 ABRIL-JUNIO 1977.

IRIS M. ZAVALA: *Puerto Rico SIGLI XIX: Literatura y sociedad*. KATALIN KULIN: García Márquez: "El otoño del patriarca". JUAN ANTONIO CORREJER y JOSE FERRER CANALES: *Juan Marinello*. EDMUND BURKE III: *Franz Fanon: un enfoque retrospectivo*. JUAN LOVELUCK: *Pablo Neruda en Oriente*. CARLOS ROBERTO MORAN: *Los lenguajes, la dependencia, el intento liberador*. LOS LIBROS: LUCE LOPEZ BARALT, JUAN CARLOS LERTORA, CARLOS MENESES, EFRAIN BARRADAS, FRANCISCO CAUDET. COLABORADORES.

NUMEROS EXTRAORDINARIOS: Volumen VII No. 2 Certámenes 1975. Volumen VII No. 3 La Mujer. Suscripción Anual \$10.00. Estudiantes P. R. \$6.00. Números extraordinarios \$5.00.

REVISTA IBEROAMERICANA

Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana

Director-Editor Alfredo A. Roggiano, 1312 C.L., Universidad de Pittsburgh

Vol. XLIV

Nos. 104-105

Julio-Diciembre de 1978

Estudios: Alfredo A. Roggiano, Irving A. Leonard, notable hispanoamericanista norteamericano; Juan Adolfo Vázquez, El campo de las literaturas indígenas latinoamericanas; Juan Durán Luzio, Lo profético como estilo en la *Brevísima Relación de la Destrucción de Indios*, de Bartolomé de las Casas; José Juan Arrom, Precursores coloniales de la narrativa hispanoamericana; José de Acosta o la ficción como biografía; Enrique Pupo-Walker, *Los Comentarios reales* y la historicidad de lo imaginario; Raquel Chang-Rodríguez, *Relectura de Los empeños de una casa*; Rafael Catalá, La trascendencia en *Primer sueño*: el incesto y el águila; Emilio Carilla, Solórzano Pereira, defensor de los pobres; Luis Monguio, Palabras e ideas: "patria" y "nación" en el virreinato del Perú; Armando Zárate, *El Facundo*: un héroe como su mito; Angela B. Dellepiani, Los folletines gauchescos de Eduardo Gutiérrez. *Notas:* Julio Ortega, El Inca Garcilaso y el discurso de la cultura; Julio Durán Cerda, *Arauco domado*, poema manierista; Raimundo Lida y Ena Speratti, Lacuna en México; Enrique Anderson Imbert, La filosofía del tiempo en Andrés Bello; Carlos García Barrón, Ricardo Palma: poeta depurador; María Bonatti, Juan Moreira en un contexto modernista. *Documentos:* William C. Bryant, *La relación de un ciego*, pieza dramática de la época colonial. *Bibliografía:* Raquel Chang-Rodríguez y Donald A. Yates, Crono-bibliografía de Irving A. Leonard. *Reseñas:* Raquel Chang-Rodríguez, sobre Mirta Aguirre Carreras, *Del encanto a la sangre: Sor Juana Inés de la Cruz*; Luis Leal, sobre Raquel Chang-Rodríguez y Donald A. Yates, *Homage to Irving A. Leonard*.

Precio del ejemplar (104-105): 10 Dls. Precio de la suscripción anual: Países Iberoamericanos: 10 Dls., otros países: 20 Dls. Socios regulares: 25 Dls.; Socios protectores: 30 Dls. Suscripciones y ventas: Julia Fawaz Viñuela. Canje: Lillian Seddon Lozano.

REVISTA IBEROAMERICANA, 1312 C.L. University of Pittsburgh, Pittsburgh PA. 15260.

CUADERNOS
AMERICANOS

AÑO XXXIX

VOL. CCXXVIII

1

ENERO-FEBRERO

1 9 8 0

MÉXICO, D. F., 1º DE ENERO DE 1980

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942

JUNTA DE GOBIERNO

Juan Carlos ANDRADE SALAVERRIA

Rubén BONIFAZ NUÑO •

Israel CALVO VILLEGAS

Pablo GONZALEZ CASANOVA

Fernando LOERA Y CHAVEZ

Manuel MARTINEZ BAEZ

Arnaldo ORFILA REYNAL

Javier RONDERO

Jesús SILVA HERZOG

Ramón XIRAU

Agustín YAÑEZ

Director-Gerente
JESUS SILVA HERZOG

Edición al cuidado de
PORFIRIO LOERA Y CHAVEZ

Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia

CUADERNOS AMERICANOS

Número 1

Enero-Febrero de 1980

Vol. CCXXVIII

INDICE

NUESTRO TIEMPO

	<i>Pág.</i>
FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA VEGA. Este era un Cha que tenía petróleo	7
ARMANDO LABRA y MANUEL AGUILERA GÓMEZ. México en 1979	14
MARÍA ESTHER VÁZQUEZ. Victoria Ocampo: Un destino impar	26
EDITA MÁS-LÓPEZ. En el primer aniversario de la muerte de Salvador de Madariaga	38
JESÚS SILVA-HERZOG FLORES. El gobernante estadista Plutarco Elías Calles	45

HOMBRES DE NUESTRO LINAJE

DEMETRIO AGUILERA MALTA, GUILLERMO BROWN, ANSELMO CARRETERO y ANTONIO SACOTO. Homenaje a <i>Andrés Iduarte</i>	55
--	----

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

ALVARO CUSTODIO. Ortega y Gasset en el tiempo	91
STEPHEN J. HOMICK. Soledad y comunión: Octavio Paz y el desarrollo de la idea mexicana de la historia	99
VICENTE CABRERA. Diálogo de <i>Tres Tristes Tigres</i> y una <i>Cobra</i> con Cervantes y Góngora	114

PRESENCIA DEL PASADO

CARLOS D. HAMILTON. Los derechos humanos en Cervantes	127
---	-----

MARIANO LÓPEZ. Los escritores de la Restauración ante la España política y religiosa de su tiempo	137
THOMAS O. BENTE. Mariano Picón-Salas y la cultura: Evolución de su pensamiento	147
Reinterpretación de la historia de la Literatura Española por PABLO GIL CASADO (Nota)	157

DIMENSION IMAGINARIA

SILVERIO MUÑOZ. Literatura e ideología en los primeros relatos de José María Arguedas	163
MANUEL ANTONIO ARANGO. Aspectos sociales en las novelas de Miguel Angel Asturias	179
ROBERTO GONZÁLEZ ECHEVARRÍA. Historia y alegoría en la narrativa de Carpentier	200
ARTURO P. PÉREZ. La mujer en dos novelas de Rosario Castellanos	221
ANA MARÍA FAGUNDO. El "Tú" en la poesía de José Luis Rodríguez Argenta	227
GILDA DE ALVAREZ. Las Beatas. Estampas peruanas	234

Nuestro Tiempo

ESTE ERA UN CHA QUE TENIA PETROLEO

Por *Francisco MARTINEZ DE LA VEGA*

EL Dorado y la fuente de la eterna juventud fueron, a su tiempo, los mitos que soplaron sobre las velas de los navegantes que siguieron la huella de Colón y, más adelante, siempre más adelante, pusieron la propia en las tierras de un nuevo mundo. Las tierras del oro despertaron la codicia y protegidos por la espada y atrincherados tras de la cruz de Cristo derramaron sobre las católicas Españas aludes de mitos dorados, de leyendas y de ambiciones. La realidad permanente era la espada; el oro siempre fue aventura y excepcionalmente, realidad milagrosa. Así fue completándose, poco a poco, el mapa-mundi con los perfiles primero imaginarios, después rectificados o comprobados del continente y de sus islas del Caribe, campo de acción de piratas, meta de aventureros y predicadores. Esclavitud implacable en este mundo, esperanza del paraíso en la otra, la América de España y Portugal fue haciendo su historia dramática. Aún se mantienen esclavitud y miseria en el presente y la esperanza de un futuro de liberación fincada ya no tanto para el día de la resurrección, sino para un mañana más próximo, más justo, más libre.

Ahora son otros los caminos, las ambiciones y las leyendas. Nada diferentes en su origen y en su impulso fundamental. Pero ya no es la esperanza en el reino de los cielos ni la aventura heroica los caminos. El petróleo es la obsesión, la paranoia, la necesidad y la esperanza. Las grandes potencias necesitan ese jugo de la tierra más que el oxígeno sus habitantes. Por tratarse de un recurso no renovable, nunca quedan satisfechas las previsiones. Hay que tener siempre más y más disponibilidades. Y, en todo caso, mientras se pueda, hay que agotar los yacimientos ajenos y conservar los propios. El petróleo es el soplo divino que hace vivir a la industria, que defiende del frío a los habitantes de lugares de climas extremos a los cuales, también, puede defender del calor. Del petróleo o gracias al petróleo se obtienen, en la fabricación o en su distribución, casi todos los productos que el hombre de nuestros días necesita para vivir, para prosperar, para fortalecer a su país, para

dominar a los más débiles. Pero el petróleo abunda, paradójicamente, en países aún no desarrollados, en lugares hostiles, donde ni la agricultura ni el civismo se han cultivado con empeño y con buenos resultados. Pobres de los países que en nuestra época no tienen petróleo, suelen decir en frase simplista quienes tienen ojos y no ven y tienen oídos y no oyen. En realidad, pobres de los países débiles que en el subsuelo de su territorio localizan tentadores yacimientos de gas y de petróleo. Ellos serán el objetivo de los poderosos, quienes por las buenas o por las malas tratarán de apoderarse de ese tesoro en casa del pobre.

Y así como antaño Scherezada iniciaba sus cuentos con el clásico... "Este era un Rey..." ahora podría relatarse a los niños y a los adultos el cuento mágico de... "Este era un Cha que tenía petróleo. Imaginación, drama, mezquindad y miseria serían los factores de la trama, los héroes y villanos de esta nueva fuente de los cuentos orientales.

Sí, este era un Cha que tenía petróleo. Hasta hoy, el descubrimiento de los yacimientos más ricos de petróleo se localizan en el Golfo Pérsico. Ya muchos países de esa zona cambiaron su nombre, su bandera y algunos hasta su idioma. Pero, en el fondo, siguen igual. Los príncipes guerreros de antaño ya no los tienen, pero sus gobernantes cultivan el lujo y las riquezas que antes daban las victorias pero ahora sólo se dan así, tan injustamente repartidas, en los países de población más pobre, más ignorante, más fanática. Estos países son, ahora, los gobernados más abandonados, más empobrecidos pero crean para sus señores y sus socios extranjeros las fortunas inverosímiles antes del petróleo.

Irán ha sido uno de los países con mayor potencialidad petrolera. Las "siete hermanas", previsoras, se apoderaron de esa riqueza y compartieron sus utilidades con el Cha. Antes de esta restauración del esposo de Soraya, hubo un intento de reivindicación popular. Iluminado por la experiencia mexicana de Lázaro Cárdenas, un primer ministro preocupado por su pueblo expropió los bienes de las compañías petroleras. Como resultaba inevitable, fue pronto derribado y encarcelado. Mossadegh no fue, como ahora vemos al Ayatollah, un fanático religioso enloquecido por la explotación pagana de su país, sino un político moderno, sereno e idealista. Aquello fue una fugaz primavera iraní. Llenó este Cha que ahora, peregrino de infamia dorada, dueño de una de las más grandes doctrinas personales de este mundo tan pródigo en multimillonarios, pero que no tiene dónde refugiarse del odio vengativo de su pueblo. Sus antiguos socios, los Estados Unidos, no lo desean como residente. Habían desahogado ese compromiso con una visa

mexicana como turista. El Cha compró propiedades para él y sus servidores y guardias en Cuernavaca. No tenía, a pesar de todo, la magnificencia ni el esplendor de la época de su dominio, cuando su pueblo moría de angustia, de ignorancia y de rabia impotente y él deslumbraba al mundo con sus fiestas mágicas, donde los millones se gastaban en saraos que asombraban aun a sus más ricos amigos. Pero el Cha sufrió la agresión del cáncer, ese mal que no respeta ni perdona. Y desconfiado de los médicos de México consiguió permiso de las autoridades norteamericanas para ir a operarse a un sanatorio yanqui. Se daba por entendido que ese permiso era sólo para la intervención quirúrgica y que, cualquiera que fuera el resultado, volvería a la población de Cuernavaca a esperar mejores o peores días. Por lo que después diremos, la estancia del Cha en territorio norteamericano, enardecido al Ayatollah de Irán, arribado al poder con la bandera del odio al Cha y a los Estados Unidos. Se tomaron los rehenes en la embajada yanqui en Teherán y se amenazó con ejecutarlos si el Tío Sam no devolvía a la justicia iraní al antiguo gobernante. Fue entonces cuando el Secretario de Relaciones Exteriores de México dijo desde Brasil, que México recibiría gustoso al Cha en cuanto el enfermo lo deseara. Declaración oficiosa e insólita. Los mexicanos no se explicaban la razón de que su Canciller demostrara tan indisciplinada devoción al derecho de asilo que se anticipara a ofrecerlo aún antes de que se le solicitara. Pocos días después se aclararon los porqués. El señor Kissinger, otra vez colocado a la mitad del foro de la curiosidad universal por la publicación del primer tomo de sus memorias —un alarde pesado de vanidad, de jactancia y de exhibicionismo— hizo unas declaraciones a un influente diario norteamericano vanagloriándose de que él, solo él, por teléfono, había logrado que México se ofreciera a dar refugio ilimitado a su amigo, el "Rey de oros" del petróleo iraní.

Más tardó en publicarse en México esa declaración del señor Kissinger que la única respuesta posible de la cancillería mexicana. El Cha no sería recibido en nuestro país ni como residente, ni como refugiado político ni como turista. El señor Kissinger, por lo visto, no volvió a confiar su influencia al hilo telefónico. Y el Cha, molesto y peligroso asilado en los Estados Unidos fue internado en un local militar, sin contacto alguno con el exterior, mientras la crisis provocada por él entre Irán y Estados Unidos ponía en tensión al mundo de nuestros días, rompía precedentes antes estimados sacrilegidos y, curiosamente, mejoraba las perspectivas de Carter en la campaña de su reelección. Al fin, Carter encontró en Panamá, quien se hiciera cargo de esa bola de fuego.

Los rehenes del Irán

MIENTRAS el Cha estuvo en Cuernavaca, México, no fue noticia permanente de primera plana ni de trascendencia mundial. El gobierno iraní hizo saber a México el disgusto que le causaba ese asilo a un hombre considerado saqueador de la riqueza del país. Pero cuando volvió a ser admitido en territorio yanqui la cólera justa del país saqueado, el fanatismo religioso y la pasión desbordada estallaron y lo que hubiera sido un cuento de hadas, aunque sin final feliz, se convirtió en una chispa que puede incendiar al mundo entero.

Indignados hasta el paroxismo los iraníes por la negativa del Tío Sam a poner a disposición de la justicia al prófugo, un mal día irrumpieron en la Embajada de los Estados Unidos grupos de exaltados nacionalistas y aprehendieron como rehenes a cuatro docenas de ciudadanos norteamericanos y anunciaron que no sólo no los pondrían libres, sino que los matarían si el antiguo Cha no les era devuelto para juzgarlo. La noticia encabezó los diarios del mundo entero. La reacción norteamericana, después de las primeras vacilaciones, fue rotunda y, podemos decir, desesperada. Una poderosa flota con la bandera de las barras y las estrellas fue enviada al Golfo Pérsico con la amenaza de que rescataría, a como diera lugar, a los ciudadanos secuestrados en su Embajada. Además, Carter ordenó congelar los fondos de Irán depositados en los Estados Unidos.

A una locura pasional se respondía con otra. El Ayatollah rompió los protocolos diplomáticos y todo concepto de orden institucional al violar la extraterritorialidad de una sede diplomática extranjera. Los Estados Unidos sientan el terrible precedente de congelar fondos de un país extranjero sin declaración de guerra. Los países que reciben divisas por su petróleo —(aviso a México y Venezuela)— ya saben que ante una dificultad con el gobierno de Washington son inhabilitados de disponer de ellas. Comedia de aparentes equivocaciones. Y decimos aparentes porque no es esa doble inverosímil actitud una cuestión que puede juzgarse por sí misma. El Ayatollah no tiene más arma que su cerrado fanatismo religioso y su odio a los Estados Unidos y al Cha. Si interviene militarmente para desarmar a los secuestradores y los devuelve, sanos y salvos a su país de origen, pierde su bandera pasional, dogmática. Si Carter no actúa con más rapidez que meditación, sus malas perspectivas electorales hubieran empeorado. Con esa brutal reacción se convirtió en favorito para las elecciones y desilusionó notoriamente al menor de los Kennedy.

Ahora bien, todo esto no tiene salida natural, lógica. No creemos que se llegue a la guerra. Ni las demenciales actitudes del Ayatollah ni los intereses electorales de Carter lograrán desatar la conflagración. Aun en esas circunstancias, el equilibrio del miedo, que es el sostén de la paz de nuestros días, mantendrá la caldera encendida, pero con la precaución de tener listos los alivios de esa caldera.

Petróleo, armas y dictadura férrea

LA historia del Irán que ahora es un peligroso "casus belli" se inicia después de la Primera Guerra Mundial. Después del Tratado de Versalles queda, práctica y jurídicamente, como una especie de protectorado británico. El Gran Imperio que todavía en 1919 fue Inglaterra, controlaba los pozos petroleros por conducto de las más poderosas de las "siete hermanas" y para mantener tranquilas a las tribus guerrilleras repartía acciones de esas compañías entre los jefes y, así, garantizaba la sumisión de los inconformes ante el soborno exclusivo para los caudillos regionales. Sobornos que nunca llegaron, más que en factor de terror y de miseria hasta el pueblo iraní.

Fue hasta 1925 cuando el Generalísimo Reza Kahn, quien había comprado por las buenas o por las malas casi todas las acciones petroleras que eran de los caudillos, se convirtió en Reza Cha Pahlevi. El padre de este peregrino perseguido por sus víctimas fue, de este modo, un dictador de espíritu singularmente agresivo, consciente de que las armas y el petróleo le permitirían, como le permitieron, hacerse dueño de los destinos de su feudo. Poco a poco, con el poder ilimitado fue acentuándose su dominio y presión sobre las compañías petroleras. Cruel y cruenta, su dictadura se prolongó en el primogénito, el Cha hoy refugiado en Panamá.

Las armas y el terror eran necesarios para controlar la entrega de su riqueza petrolera a las grandes compañías trasnacionales. Y con la recepción de los dividendos, multiplicados hasta niveles de fantasía no superada en los cuentos de las Mil y una Noches, el Cha Pahlevi se convirtió en arquetipo de dictadura sangrienta, férrea y en uno de los hombres más ricos de nuestros tiempos. El origen, impulso y crecimiento de su inmensa fortuna, contraparte de la acentuada miseria de su pueblo, no fue nunca sino el petróleo. Veamos el ritmo sorprendente de los incrementos en la producción de gas y petróleo desde que el generalísimo Reza Khan se convirtió en Cha y los turbulentos días en que el estallido de la desesperación del pueblo de Irán convirtió en peregrino sin refugio a su hijo

mayor. En 1926 la producción de crudo fue de 2,365 millones de barriles pero en 1938 ya fue de 10,300 millones. Se calcula que la producción en el año de 1978 fue de poco más de 300,000 millones de toneladas de crudo y 40,000 millones de metros cúbicos de gas. Esas cifras fascinantes explican no sólo la fortuna del Cha Pahlevi sino la preocupación del Tío Sam y de no pocas de las demás potencias desarrolladas, por la situación del Irán de hoy, con un Ayatollah demencial, dogmático y desinteresado de lo que no sea la fidelidad al Corán y el exterminio de los paganos.

El Presidente Carter no sólo resultó favorecido en su posición ante las elecciones para reelegirlo o sustituirlo. Posiciones comprometidas e inciertas, no precisamente frente a un rival republicano, sino aún dentro de las filas de sus compañeros demócratas. La negativa del Ayatollah a seguir vendiendo petróleo y gas a los Estados Unidos fue un golpe que trastornó radicalmente el plan del Tío Sam de conservar intocadas gran parte de sus reservas, mientras consumía combustible iraní. Pero ese problema grave no causaba un impacto decisivo en la política electoral. La retención de los ciudadanos norteamericanos, convertidos en rehenes de Irán y mantenidos como tales, con amenazas de muerte si el Cha Pahlevi no les es devuelto, fue otra cosa. Sacudió a toda la nación, resentida en su orgullo imperial por este agravio, lo que humillaba a un pueblo que se considera intocable por su fortaleza y multiplicidad de recursos hizo sangrar, nuevamente, la herida en proceso de difícil cicatrización de la derrota de Vietnam. Esta situación podría explicar, la réplica del Tío Sam al mover su flota con el aparente propósito de invadir el territorio Iraní y, de este modo, no sólo rescatar a sus ciudadanos tan absurda e injustificadamente secuestrados, sino desprestigiar al Ayatollah y exhibirlo ante el mundo entero y ante su propio pueblo por su ausencia de serenidad y habilidad indispensables en un gobernante. Lo que ya cuesta más trabajo explicarse, es la congelación de los fondos del gobierno de Irán, depositados en las instituciones bancarias de los Estados Unidos. Pero los caminos de los triunfos electorales, como se dice de los de la Divina Providencia, son inescrutables. Esa energía de Carter se convirtió en una seria lesión a las perspectivas de triunfo del menor de los Kennedy, heredero del dramatizado prestigio de los hermanos mayores, pero sin el carisma ni la finura intelectual de ellos. En cuanto se realizaron las acciones norteamericanas en las filas del Partido Demócrata concretamente, y en la masa de los electores del actual Presidente, derrotado en las auscultaciones previas surgía dueño de la delantera en los cómputos y encuestas y de los pronósticos de los expertos,

Sin embargo, lo importante para Estados Unidos y para el mundo de nuestros días no es que Carter consiga la reelección o fracase en ese anhelo reeleccionista, sino impedir que el cotejo de réplicas y contra-réplicas demenciales entre el Ayatollah y el Tío Sam no ponga a la humanidad ante la catástrofe de una nueva conflagración. Siempre el petróleo ha de hallarse en el fondo de todo conflicto actual.

Por otro lado, los antecedentes del Cha y el agravamiento de la crisis de energéticos ponen el caso de Irán como ejemplo elocuente de lo que no deben hacer los países en desarrollo cuando en su subsuelo se localiza este oxígeno, hasta hoy insustituible, de la vida actual. Nuestros países, especialmente Venezuela y México, están frente a ese factor de promesa y amenaza que es el petróleo en nuestros días. Los miembros de la OPEP están acordando, muchos de ellos por su propia iniciativa, aumentos periódicos en los precios de crudo y de gas. Esta medida está justificada de sobra por la baja del dólar y por la inflación desmedida que afecta a quienes están obligados a importar multitud de productos y de patentes tecnológicas. Los ajustes en el precio del combustible afectan directamente la economía de los países superdesarrollados que necesitan inmensas cantidades de petróleo para mantener en actividad su industria pero, muy especialmente a los que, como Japón y Alemania, no producen ni el cinco por ciento de su demanda interna y tienen que exportarlo cada día a un precio mayor.

Y las perspectivas de esta crisis en marcha son aún más ominosas. Ante la devaluación del dólar cada día son más insistentes las probabilidades de que esa moneda sea rechazada en las operaciones de compra-venta de petróleo, lo que constituiría una situación nueva en la economía mundial y en el sistema monetario. La voracidad de los países superdesarrollados, dueños y señores del comercio internacional, ha provocado en gran parte esta crisis por la circunstancia de que la mayoría de los países exportadores de este combustible necesitan importar todo, menos petróleo, y no han podido salir del subdesarrollo a pesar de la riqueza de sus gobernantes. Esta situación está generalizada en los países localizados en el Golfo Pérsico y que son, hasta hoy, los proveedores de casi todo el crudo que el mundo occidental necesita.

La moraleja nos la ofrece la situación de Irán. Scherezada podría hoy suscitar el sueño —en este caso la pesadilla dramática— de los sultanes petroleros del Medio Oriente reanudando su tarea y empezar sus relatos de esta manera: Sí... , este era un Cha que tenía petróleo... .

MEXICO EN 1979*

Señor Presidente:
Distinguidos miembros del presidium:
Amigos y compañeros economistas:

Los retos, los riesgos y los compromisos que asumimos hace dos años con y ante los economistas del país, en su presencia señor Presidente, nos obligan a realizar un ejercicio de recapitulación y síntesis.

La presencia solidaria de la mayor parte de los profesionales de la economía y el trabajo arduo y sistemático de sus dirigentes durante los 26 años de vida de nuestro Colegio, nos permiten llegar a esta Asamblea para informar que hemos refrendado tantas veces como ha sido necesario, una tesis indeclinable: la defensa de los intereses de las clases populares; la insistencia en buscar las vías para rescatar y fortalecer la identidad y la soberanía nacionales y los valores de la mayoría de los mexicanos que siguen padeciendo la miseria, la marginación y la sistemática embestida de intereses ajenos a los de nuestro Pueblo.

Participan de nuestras actividades colegiadas, sin distingo, todas las corrientes de pensamiento económico y en ello radica la fortaleza interna del gremio: sólo son ausentes quienes por su voluntad o diferencia de propósitos así lo deciden. Nadie puede decir que haya intentado realizar en el Colegio un evento académico, profesional, político o técnico, que encontrara el menor obstáculo.

Los que conocemos esta verdad nos enorgullecemos de poder expresarla.

Durante la gestión que hoy termina llevamos a la discusión pública asuntos de interés estratégico para el país. Con ánimo siempre propositivo, contribuimos no sólo a señalar sino a analizar, entre otros, las implicaciones de la intromisión extranjera a través de instituciones como el Fondo Monetario Internacional y el Acuerdo General de Aranceles Aduaneros y Comercio, que impulsan la interna-

* El licenciado Armando Labra M. Presidente saliente del Colegio Nacional de Economistas, y el licenciado Manuel Aguilera Gómez Presidente entrante en ceremonia que presidió el Presidente de la República y dijeron lo que aquí se recoge.

cionalización —vale decir, desnacionalización— de nuestra comunidad y de nuestras raíces.

Me refiero, señor Presidente a los intereses que, como usted mencionó el primero de octubre en Panamá, recorren "tortuosos caminos de hegemonía económica o política de grupos de poder armado y financiero, bajo signos que no pertenecen a nuestra historia".

Sabemos que quienes transitan por esos caminos se nutren de las tesis imperialistas de la Comisión Trilateral; buscan impulsarnos hacia el GATT y hacia el mercomún de América del Norte, y desviar los cauces de la modernización del país.

Con ánimo de contribuir a una opción nacionalista radicalmente democrática para la independencia en la soberanía y la justicia que deseamos para México, buscamos tomar el concepto de modernización para insertarlo dentro del impulso al cambio social sólo cuando se nutra y amplíe la autodeterminación presente y futura de los mexicanos sobre nuestro destino. Por ello, entre otros eventos, con técnicos, profesionales y obreros nacionalistas e independientes promovimos y aportamos un enfoque estratégico a la discusión sobre la política de energéticos, particularmente de energía nuclear, en tanto de ello depende en buena medida nuestro porvenir económico, político y social.

HEMOS planteado nuestras tesis en foros tan importantes como la Reunión Nacional sobre Reforma Económica y la Reunión Nacional de Desarrollo Rural convocadas por el Movimiento Obrero.

Del contacto con diversas organizaciones obreras y campesinas, derivamos argumentos que repelen el enfoque de las ventajas comparativas que esgrime convertirnos en exportadores de energéticos y hortalizas e importadores de alimentos básicos, en detrimento de nuestra soberanía y capacidad de desarrollo independiente.

UNA norma permanente de nuestra organización profesional es, cada vez más, ejercer el derecho de informarnos y formar opinión respecto al acontecer nacional, para que su discusión abierta prohija juicios que apoyen las acciones de Gobierno cuando se identifican, efectivamente, con los intereses populares.

Atendiendo su distinguida solicitud relacionada a la posible adhesión de México al GATT, un buen número de miembros de nuestro Colegio produjo el documento que entregamos a usted y a la opinión pública en mayo del presente año. Con el tiempo, hemos confirmado nuestras preocupaciones respecto a los riesgos de tal medida y nos

congratulamos de haber sembrado una inquietud afín a diversos componentes de su gobierno, que ha conducido a una meditación profunda y razonada sobre el tema.

Sabemos que se continúa estudiando la adhesión de México al GATT, y sabemos también, Señor Presidente, que hay corrientes que proponen insertarnos precipitadamente en ese Organismo y comprometer la política económica del país. Sabemos que, sin el menor sustento jurídico, se pretende que firmemos el Acuerdo, suponiendo que sus términos serán aplicados bajo un enfoque interpretado unilateralmente por los mexicanos.

Sabemos, señor Presidente, que en estos días están siendo oficializados en Ginebra, un Informe de Grupo de Trabajo y un Protocolo de Adhesión y también, que de firmar antes del 15 de octubre las negociaciones arancelarias derivadas de la Ronda Tokio, habremos pagado el llamado "boleto de admisión" al GATT que, si bien incluye concesiones arancelarias reducidas, no considera el costo político, social y económico que pagaremos los mexicanos por nuestra subordinación al expansionismo norteamericano. No hay todavía, ni puede haber, quién encuentre ventajas en tal despropósito.

Confiamos, señor Presidente, que en decisión tan delicada y comprometedora para nuestro Pueblo, se dé la debida dimensión a las proposiciones que auspician consciente o inconscientemente —con eficacia digna de mejor causa—, la asimilación acelerada de nuestro país al ámbito del capitalismo internacional del cual formamos parte; empero, ello no implica cejar en la lucha inherente a nuestra tradición histórica, de retener la identidad nacional en la búsqueda de fórmulas propias adoptadas con base a los tiempos que, en soberanía, los mexicanos decidamos darnos para el avance económico, político y social.

EN efecto, debemos finalmente llegar a ser un país exportador. Ningún país lo ha logrado sin antes producir eficientemente y sustentar su capacidad productiva en un mercado interno sólido y equilibrado. El propósito de modernizar al país para convertirlo en exportador implica, primero, desarrollarnos porque ningún país ha exportado primero y desarrollado después. Intentarlo hará depender a las nuevas actividades productivas de la demanda externa y menuegar los esfuerzos por atender los requerimientos derivados de las demandas, de suyo insatisfechas, de alimentos y bienes salario de la mayoría de los mexicanos y de una oferta de bienes de capital social y económicamente necesarios.

Seguimos explorando opciones viables de economía política que permitan sustituir la recurrencia a las medidas monetaristas de coyuntura que soslayan los problemas estructurales del desarrollo nacional derivados del conflicto de clases.

Teniendo como interés fundamental el de la clase trabajadora, seguimos proponiendo medidas de política económica que buscan, a toda costa, resolver los problemas de inversión, empleo y alimentación para los sectores populares a través de una distribución equitativa del ingreso y la riqueza.

Ello nos llevó a discutir, en nuestro Tercer Congreso Nacional, las interpretaciones y opciones del proceso de acumulación de capital en México para orientarle, precisamente, hacia la distribución del ingreso por la vía del empleo permanente, productivo, suficientemente remunerado, social y económicamente justificado.

Nuestra reflexión se aleja de las tesis extremistas de izquierda y derecha, cuando confluyen en la concepción nugatoria del Estado como opción política, económica y social de alianza con la clase trabajadora.

Unos por buscar la anacrónica fórmula del liberalismo económico y otros por obstinarse en confinar al Estado como aliado exclusivo de la oligarquía, cancelan la posibilidad —difícil como todo cambio social revolucionario— de las vías de alianza entre el Estado y los trabajadores.

Ninguno de esos enfoques ofrece soluciones aplicables a la realidad nacional que permitan contrarrestar el deterioro del nivel de vida de las mayorías.

Pero no es exclusivamente la acción del Estado por sí misma la que puede encauzar el derrotero nacional por sendas de justicia social: sería esa una estadolatría ingenua, y no sólo eso: induciría a promover un Estado cuyo crecimiento mecánico traería consigo la pérdida de las libertades democráticas que disfrutaban algunos mexicanos.

Tratamos de explorar un camino de desarrollo democrático, popular e independiente basado en un Estado fuerte y crecientemente representativo porque se apoye y sirva a la clase trabajadora como propósito ideológico y político dominante.

La ineficiencia económica, política y social de la alianza con la burguesía industrial, financiera y comercial, plantea al Estado la inevitable búsqueda y logro, de un nuevo apoyo con los trabajadores si desea preservar y ampliar la base popular de legitimidad, que es su principal sostén y que decrece con la contracción del salario real, el desempleo y la marginación económica y política del campesinado.

LA recuperación de nuestra economía es en extremo desigual. Su impulso fundamental descansa en el énfasis estatal por desarrollar el sector energético. Por su parte, repuntan algunas actividades industriales relacionadas al crecimiento inflacionario del ingreso de grupos privilegiados. Es por ello que se registra un aumento considerable en la producción y venta de automóviles de lujo y de bienes de consumo tan duradero, como socialmente innecesario. Ello no sería relevante si viniera acompañado con un mayor abasto de productos de consumo popular, fundamentalmente alimentos y bienes salario, cuya oferta permanece estática y con precios al alza.

Sigue registrándose una elevación de las inversiones privadas, orientadas esencialmente a mantenimiento, reposición de equipo y acumulación de inventarios, con la expectativa de sacar provecho de las presiones inflacionarias previsibles en 1980 como resultado del impuesto al valor agregado y de la especulación sobre ajustes en los precios y tarifas del sector público.

SIENDO la inflación el problema que más impacta negativamente la economía popular y lesiona las perspectivas globales de recuperación económica y social, es importante insistir en que no basta con atender sus expresiones monetarias reduciendo el gasto público, la circulación del dinero y el salario real, porque con ello no sólo no ceden sino aumentan las presiones inflacionarias, en la medida que no conllevan medidas paralelas para realizar la oferta de bienes socialmente necesarios.

No cejarán las presiones inflacionarias en nuestro país en tanto no seamos capaces de comprometer la acción pública para producir, en términos reales, una mayor cantidad de granos y alimentos de consumo masivo, así como bienes y servicios para los sectores mayoritarios. La experiencia remarca la incapacidad de las fuerzas productivas empresariales para asumir tal responsabilidad y traducirla en hechos. La alternativa a la ampliación de la responsabilidad estatal de atender el abasto popular, es persistir en los esquemas de freno y arranque que caracterizan a la estrategia del desarrollo estabilizador, muy criticada, pero infortunadamente muy vigente, al menos en áreas cruciales de decisión pública.

Sin duda, México es un país viable con salidas y alternativas abiertas por el creciente poder de negociación frente al exterior cuyo ejercicio sólo se justifica en la elevación metódica e inmediata de los niveles de vida populares, porque de otra suerte, carecería de sentido histórico el fortalecimiento de nuestra economía y del poder público. El tiempo político mexicano exige hoy que todos realicemos

esa decisión si en efecto buscamos revertir las tendencias a la injusticia y a la marginación que conlleva aún la inercia del desarrollo que usted ha descalificado, sistemáticamente y con razón.

En la brega por buscar alternativas auténticamente populares, cada vez más democráticas e independientes para la economía, la política y la sociedad en México, no hacemos otra cosa sino contribuir permanentemente a la tarea iniciada por los maestros y amigos que han formado toda una corriente de pensamiento nacionalista, honesto y desinteresado.

En esa senda encontramos, siempre, luces en la presencia intelectual de Juan F. Noyola, Jesús Silva Herzog, Ricardo Torres Gaytán, Horacio Flores de la Peña, por mencionar algunos mexicanos profesionales de la economía, que junto con nuevos compañeros latinoamericanos han confluído en el propósito común de rescatar las vías de un desarrollo popular, democrático e independiente para nuestros pueblos.

Decía Juan Noyola, economista mexicano, que servir a Latinoamérica es servir a México. Recién, un amigo latinoamericano exiliado en México por la escalada fascista y represiva en su país, decía que para él, servir a México es servir a Latinoamérica.

En nuestro reducido ámbito profesional, sistemáticamente apoyamos toda tarea encaminada a erosionar el régimen dictatorial que oprime al pueblo de Chile, al de Argentina, al de Brasil. En su oportunidad, la primera voz que pidió el rompimiento de relaciones con la dictadura somocista, fue expresada a principios de año en el Colegio.

A través de la Cancillería hemos ofrecido el trabajo profesional de muchos economistas que desean dedicar su tiempo o parte de él al quehacer solidario con el pueblo de Nicaragua, por la reconstrucción de su país.

México restituye una importante presencia internacional de rechazo al imperialismo. Todos aplaudimos su alocución en Panamá y esperamos y apoyamos que continúe el compromiso mexicano por la liberación de otros pueblos, como el de Uruguay y tantos más, reprimidos en ese camino de la descolonización al que usted recién hizo referencia.

DESEO agradecer a todos, a usted señor Presidente, haber contribuido a un ejercicio intelectual, profesional y político, que ha permitido convertir a nuestro Colegio, cada vez más, en interlocutor con el poder y la opinión públicos. Este empeño sólo se justificará si se expresa en el país independiente y democrático que queremos para

las mayorías, que no es el que hoy tenemos para privilegio de unos cuantos.

El recorrido es complejo, pero hoy más que nunca, estamos a tiempo de emprenderlo. Todos los intentos, son necesarios, porque en efecto finalmente, como dice Mario Benedetti:

... llega el momento en que uno recupera al fin sus anteojos y de inmediato el mundo adquiere una tolerable nitidez, el futuro luce entonces arduo, pero también radiante...

Muchas gracias.

Armando LABRA M.

Señor presidente de la República;
estimados maestros;
colegas economistas:

EN nombre del Consejo Directivo y en el mío propio, agradezco a ustedes compañeros economistas su confianza plasmada en esta su elección. El cargo que hoy asumimos, es una distinción profesional y un compromiso político que contraemos con responsabilidad y con la determinación de responder con nuestros actos, lo que a nombre del gremio postulamos. La confianza de ustedes es un activo que nos proponemos preservar con nuestra conducta profesional.

El colegio es un foro plural de opinión en el que tradicionalmente participan todos los economistas del país, sin distinción de escuelas de procedencia o de signo ideológico consecuente con la esencia de esta norma fundamental, el programa de trabajo que el Consejo Directivo se propone desarrollar durante los próximos dos años, persigue vigorizar la aportación de los economistas al desarrollo nacional.

Mediante el análisis sereno y objetivo de los problemas y perspectivas de la economía nacional e internacional, ejerceremos el derecho a expresar nuestras ideas, comprometidas con los más altos intereses de la nación, particularmente con los de la gran mayoría de los mexicanos.

Guiado por este criterio propositivo, el colegio fortalecerá la vinculación entre los economistas, entre éstos con otros profesionales, con los trabajadores, y en general, con las organizaciones representativas del interés social.

Vivimos ahora una etapa de creciente confrontación de las ideas políticas, confrontación que refleja y expresa la aguda, cada día más

grave polarización social, el profundo abismo de desigualdad que se para entre sí a los mexicanos.

Esta confrontación se está tornando en enfrentamiento real, como signo de un sistema que se asoma a la crisis, que sólo podrá superarse "moderando la opulencia y la indigencia". Por ello, este país reclama, clama reformas fundamentales, a fin de asegurar que el progreso material se traduzca en un mejoramiento efectivo de las mayorías.

Estamos en presencia de una crisis internacional en la que los instrumentos monetarios, financieros y comerciales diseñados para la reconstrucción en la postguerra, son hoy inoperantes. El orden monetario fue quebrantado y la paridad cambiaria se emplea indiscriminadamente, como instrumento de lucha comercial; la liquidez internacional ya no es un instrumento para facilitar la expansión del comercio, sino para la especulación cambiaria; la transferencia de recursos financieros destinada al apoyo de la balanza de pagos de los países en vías de desarrollo, está altamente condicionada a la aplicación de políticas internas que conducen a la perpetuación del atraso, de los privilegios y de los intereses transnacionales; los foros de negociación comercial se han convertido, con mayor claridad, en mecanismos de presión para abrir los mercados de las áreas subdesarrolladas y para afianzar el creciente proteccionismo de las naciones más desarrolladas. En suma, somos testigos de la gran contienda entre los países industrializados por extender sus fronteras económicas, contienda en la que el control de los energéticos se ha convertido en la clave para lograr la hegemonía mundial.

De acuerdo con todas las predicciones, de no modificarse el patrón actual de consumo de energía, durante la próxima década los países industrializados absorberán cuatro quintas partes de la producción de hidrocarburos; los países actualmente exportadores de petróleo dispondrán de una décima parte más, con lo que apenas quedará sólo una décima parte para el resto de los países, en los que habitan dos tercios de la población mundial.

En esta perspectiva, es imperativo lograr un amplio arreglo mundial en materia de energéticos; sin él, la década de los años ochentas será escenario de una crisis que, del lado de las áreas industrializadas, puede desembocar en fórmulas violentas, para garantizar el abastecimiento de hidrocarburos, llegando incluso a su apropiación. Del lado de los países subdesarrollados, probablemente se traducirá en crecientes convulsiones sociales originadas por el estancamiento y la miseria. Por ello, es impostergable que la solución al conflicto por los energéticos esté directamente apoyada en un nuevo orden económico internacional, como usted, señor Presidente, lo acaba de postular ante la comunidad de naciones.

El planteamiento, en el corto plazo, significa que la supervivencia de la mayoría de los países subdesarrollados no deba quedar sujeta a la transferencia, siempre condicionada, de capitales, sino que es precisa la revalorización general de las materias primas.

Contemplado en el largo plazo, el nuevo orden económico internacional implica reconocer que estamos viviendo la transición entre dos épocas en la historia de la humanidad. La prioridad de los hidrocarburos dentro del consumo energético no ocupará más de un siglo en la historia de la civilización y, por lo tanto, quienes lo poseen, quienes lo poseemos, debemos aprovechar esta circunstancia para transformar nuestras economías y arribar al siglo XXI como países modernizados.

En este marco, México es, y seguirá siendo, objeto de presiones externas frente a las cuales se debe responder con el ejercicio irrenunciable de nuestra soberanía sobre su territorio y sus recursos. Para ejercerla es fundamental contar con una nación unida, unificada en sus propósitos, unificada en sus ideales, fortalecida en su interior, en su economía, en la confianza de su destino.

Es preciso cobrar conciencia de la dimensión del país que tenemos, en el cual vivirá la generación próxima, la que ya ha nacido. Por su extensión territorial, por el tamaño de su población y por la cuantía del producto nacional, México está catalogado dentro de las 15 naciones más importantes del mundo.

Un país de tales magnitudes demanda renovar su contrato social, debe reformar las estructuras, las prácticas, sistemas, instrumentos de política e instituciones de corte parroquial que aún prevalecen en la vida de la nación.

Debemos reconocer que el marco institucional actual no responde a la estructura, dimensión, dinámica y requerimientos del desarrollo nacional. Edificar una sociedad moderna y justa es una tarea compleja, pero debe realizarse a lo largo de la próxima generación.

Esta es la última oportunidad histórica que tiene el país. Los economistas nos unimos a la tesis de que, en la coyuntura actual, es impostergable tomar decisiones cruciales, que señalarán el rumbo, configurarán el destino y definirán el perfil de esta nación.

De la orientación de estas decisiones dependerá que México naufrage en un mar consumista que brinda bienestar para las minorías y tenga como elemento de sustentación económica a la explotación de los recursos del subsuelo, reproduciendo así las experiencias de países monoexportadores de petróleo, o por lo contrario, que sea apto para erigir una gran planta industrial, capaz de producir las manufacturas socialmente necesarias, bienes de capital con independencia tecnológica y generar exportaciones en gran escala, a efecto de financiar las importaciones que la propia expansión del apa-

rato industrial reclamará, de otra suerte, si no generamos exportaciones industriales, la expansión se sustentará en crecientes niveles de extracción de petróleo. Simultáneamente deberá constituir una vigorosa organización en el campo, que permita a cada familia rural producir alimentos suficientes para satisfacer los requerimientos propios y los de 8 familias que radicarán en las ciudades. Este es el gran reto histórico que enfrentamos.

Los economistas estamos convencidos de que este proyecto nacional independiente, difícilmente prosperará si nuestras relaciones con el exterior quedan insertas, reguladas por un marco de liberalismo comercial que ha probado favorecer históricamente a las áreas industrializadas, en un mundo en el que las transacciones comerciales se realizan con base en precios virtuales, influidos por las operaciones de las empresas transnacionales, por prácticas monopolistas, por una gran presión por ampliar las fronteras económicas, no podemos reconocer en la competencia de corte liberal al instrumento que propicie la eficiencia productiva. Esta debe ser obra de la política económica y no de las fuerzas del mercado.

A esta preocupación obedece la posición pública de los economistas respecto al GATT, movidos por la misma, sincera preocupación es que ahora señor Presidente, respetuosamente manifestamos nuestro interés por conocer el informe del grupo de trabajo y el protocolo de adhesión que en estos días se está oficializando a fin de profundizar en el análisis de sus posibles efectos en la producción, la inversión, el empleo y las relaciones económicas internacionales.

En los próximos veinte años, la población aumentará, no obstante los esfuerzos en materia de reducción de la tasa de natalidad, en no menos de 50 millones de habitantes, de los cuales el 80 por ciento habrá de radicar en las ciudades, es decir, en ese lapso debemos dar empleo y asentamiento urbano a no menos de 40 millones de habitantes.

En este mismo orden de ideas, es impostergable llevar a cabo reformas profundas en el marco de las instituciones sociales, a fin de crear un sistema admisible para el asentamiento humano. Este país no puede mantenerse indiferente ante la creciente, irreversible migración de la población del campo a la ciudad, sin reconocer como derecho colectivo el asentamiento humano. En este aspecto, es fundamental poner en vigor el sistema masivo de reservas territoriales como única fórmula para evitar que se repitan, amplificadas, los enormes problemas sociales derivados del progresivo precarismo, que origina una creciente erosión política. Es indispensable instituir como garantía social el derecho de todos los mexicanos a contar con un lugar donde puedan edificar su morada.

En el ámbito rural, debemos reconocer la necesidad de definiciones fundamentales, la creciente presión sobre la propiedad rústica persistirá a lo largo de la próxima generación y ello nos obligará a reconocer la prevalencia del derecho social sobre el derecho patrimonial, más del 60 por ciento de las propiedades rústicas de este país se encuentran cuestionadas en su legitimidad, como resultado de la vigencia de las leyes agrarias. Esa expectativa no es posible cancelarla.

Es necesario tener presente que las tensiones rurales y la presión sobre la tierra habrán de atenuarse en la medida que se brinde oportunidad de ocupación e ingreso permanentes en las ciudades, mientras tanto, debemos conciliar este proceso de transición histórico entre una sociedad que deja de ser rural para convertirse en eminentemente urbana.

Desde otra perspectiva, debemos admitir que el país vivirá en un marco inflacionario, en gran medida originado por los desajustes internacionales, frente a esta situación, los expedientes de política económica utilizados en el pasado para actuar en condiciones de estabilidad e impulsar el crecimiento horizontal, son, como la experiencia lo ha mostrado, inapropiados, insuficientes, es indispensable implantar mecanismos compensatorios de la inflación, a efecto de que los sectores de mayores ingresos transfieran recursos a favor de aquellos a quienes la inflación, por su posición económica, tradicionalmente perjudica.

Los economistas no podemos mantenernos indiferentes ante la presencia de millones de compatriotas que se debaten en una miseria sin horizontes, ante ese México del silencio para quienes esta nación les ha escatimado opciones concretas de superación, les está estrechando las vías de capilaridad social. La controvertida racionalidad microeconómica que postula conceptos de eficiencia de empresa, olvida que la verdadera eficacia del sistema económico radica en la solución de los problemas sociales.

En esta tarea, la nueva directiva recoge las tradicionales posiciones de vanguardia del colegio de economistas, que con prestancia y categoría enarboló en el bienio pasado el consejo presidido por Armando Labra, cuya labor reconocemos y nos enorgullece.

Postulamos los economistas, que el Estado mexicano es ya, en estos momentos, el rector de la vida nacional. No admitimos que en aras de esquemas simplistas, se cuestione la legitimidad política y moral del Estado para dirigir los destinos de esta patria, nuestra morada común, en la conducción del país, el Estado mexicano debe enarbolarse las banderas asociadas con las causas populares; en esa

medida encontrará la adhesión política que requiere un desarrollo nacional independiente.

Ahora el Estado mexicano, salvaguarda de la soberanía política y económica de la nación, se desenvuelve en una coyuntura especialmente compleja y delicada en la que se plantea el frecuente dilema entre las soluciones de corto y de largo plazo; entre lo urgente y lo trascendente. Los centros imperiales postulan recetas contraccionistas que enfrentan a las políticas de expansión productiva; la presión internacional patrocina esquemas liberales del comercio, que se contraponen con la intención de preservar la ruta hacia un desarrollo más independiente; la utilización de acotamientos en la elevación de los salarios, se opone a la necesidad de fortalecer el poder de compra y de evitar que se acentúe la polarización.

Los economistas no debemos caer en dilemas que en rigor no son tales, podemos, a partir de definiciones básicas, esforzarnos por encontrar síntesis, soluciones a antagonismos esquemáticos y desconcertantes, salidas a encrucijadas aparentes.

Convencidos de que la inconformidad humana ha sido el motor básico de las transformaciones sociales, los economistas somos inconformes, por ello, como profesionales, como mexicanos, como individuos, dedicaremos nuestra capacidad, nuestro trabajo y nuestra imaginación a expresar nuestras ideas con honestidad intelectual, tratando de ser fieles intérpretes de los sentimientos de la nación.

Manuel AGUILERA GOMEZ
Poliforum Siqueiros
octubre 10/1979

VICTORIA OCAMPO: UN DESTINO IMPAR*

Por *María Esther VAZQUEZ*

EL último domingo de enero, en uno de los días más luminosos del verano, las pocas personas que estábamos en Buenos Aires fuimos al entierro de Victoria Ocampo en la Recoleta. En realidad, no podíamos creer que se hubiera muerto. Ella nos parecía inmortal. Todos sabíamos que estaba enferma y que, incluso, había sufrido una fuerte recaída cuando, en el otoño del año pasado, murió de golpe, la querida y lamentada Fryda Schultz de Mantovani, su amiga entrañable, que, además, estaba prácticamente a cargo de *Sur*. Luego se repuso y retomó, desde San Isidro, la dirección de la editorial. La última vez que la visité, en agosto, ya no se levantaba o, por lo menos, prefería recibir en cama. En diciembre, ella, tan amante de escribir cartas, dejó de contestarlas. Y, sin embargo, no esperábamos ese desenlace.

Si bien es cierto que había pocos escritores en el sepelio, el peristilo de la Recoleta estaba lleno de espontáneos, gente que, sin conocerla, la admiraba y que había ido a rendirle un homenaje, porque sentía que tenía una deuda con ella. No en vano, Borges dijo: "Personalmente le debo mucho a Victoria Ocampo, pero le debo mucho más como argentino". Comentando su muerte, precisamente con Borges, él me dijo algo, que luego repetiría en forma pública: "En un país y en una época en que las mujeres eran genéricas, tuvo el valor de ser un individuo... creo que Victoria fue una mujer de Ibsen. Vivió, con valentía y con decoro, su vida propia. Su vasta obra, en la que abunda la protesta, no condesciende nunca a la queja. Se dedicó a la educación de su país y de su continente. Aunque no profesó o acaso porque no profesó, ciertas supersticiones que ahora se creen indispensables, fue profundamente argentina".

La primera vez que vi a Victoria Ocampo fue en la Sociedad Argentina de Escritores, en la vieja casa colonial de la calle México. Ella estaba sentada en el estrado del salón de actos, a la izquierda de su propio retrato que la mostraba joven, hermosa y lejana, en-

* Al publicar este ensayo en "Nuestro Tiempo" rinde "Cuadernos Americanos" cumplida pleitesía a la ilustre argentina.

marcado románticamente el rostro por un gran sombrero. Yo, todavía adolescente, observaba aquellos dos rostros que tenía enfrente y en mi devoción por Victoria, a la que admiraba incondicionalmente, como sólo se puede admirar cuando uno es muy joven, componía con ambas imágenes una sola. La mujer madura (bordeaba por aquella época los sesenta años), grande, casi majestuosa, elegantísima, de piel transparente y cuyo adorno más visible eran unas florecitas prendidas con prolijo descuido a la solapa de su traje, se superponía a su retrato. Llegué, entonces, a la convicción de que esa mujer que hablaba frente a nosotros era el compendio de todas las virtudes. Cuando la conocí y la traté, me di cuenta de que había exagerado, sí, pero no demasiado. Este primer contacto, decisivo para mí, ocurrió el atardecer del 13 de junio de 1951, cuando ella recibió y agradeció el Premio de Honor de la Sade (Sociedad Argentina de Escritores) 1950. La transcripción de unos pocos párrafos de aquel discurso memorable bastarán para mostrar no sólo el carácter invencible de Victoria Ocampo, sino también para ilustrarnos sobre el mundo victoriano (referido, claro está, a la reina de Inglaterra) en que comenzó su vida. "... Cuando Borges me anunció esta decisión de la Sade (pensé, sin haber vuelto de mi asombro: y ahora ¿les fabricaré un discursito de agradecimiento convencional o les diré lo que realmente siento? ... He optado por lo segundo... Les hablaré de un tema que es de los pocos que conozco a fondo... Los obstáculos que se interponían entre una mujer de mi época, de mi país, de mi clase y la carrera que resolví seguir por inclinación natural... y las condiciones de manifiesta inferioridad que encontraba una muchacha rica o pobre... en lo que concernía a su instrucción. Se enseñaba gramática (léase ortografía), aritmética elemental, mucho catecismo, historia sagrada, un poco de historia universal, otro poco de historia argentina, algunas vagas nociones de ciencias naturales, idiomas, especialmente francés e inglés. Añádase en nuestro caso la lectura de trozos escogidos, la obligación de aprender de memoria unas cuantas fábulas, poesías o trozos de los grandes clásicos y piano... Nosotras, mis hermanas y yo, tuvimos la suerte de caer en las manos de una institutriz francesa, rigurosa... puntual, inflexible y sabiendo muy bien lo poco que sabía... que nos hizo leer bastantes clásicos franceses... me aficioné a ellos... Nuestra maestra de español nos obligaba, en cambio, a lecturas de un aburrimiento siniestro... Miss Ellis, la maestra de inglés conquistó nuestro corazón a través de Dickens, pero el francés quedó como punto central de nuestra educación... Desde los nueve años, escribir me pareció un desahogo... y mi primer escrito fue una defensa (en contra del Imperio Británico) de los boers en la

gurra del Transvaal. Nuestra Miss Ellis, un cordero de manse-dumbre, a fuerza de machacar historias a favor de sus compatriotas, logró ese brillante resultado. Ejemplos de los riesgos de una propa-ganda mal dosificada. . . En mi adolescencia, después de oír recitar a Margarita Moreno, descubrí que mi verdadera vocación era el teatro. . . tomé lecciones con ella, sabiendo de antemano que los pre-juicios de la época me harían renunciar a esta vocación. . . El descu-brimiento del *De profundis* de Oscar Wilde, bajo mi almohada, alcanzó las proporciones de catástrofe y yo ya tenía diecinueve años. Las niñas no salían nunca solas a la calle, no era bien visto que se carteasen o hablasen por teléfono con el novio. Montar a caballo en su compañía en Palermo, aunque fueran acompañadas por sus propios hermanos era escandaloso. . . el tango era indecente. . . se fumaba a escondidas. . . el rouge era de mal tono. . . a los veintidós años me despacharon de la mesa por haberme pintado levemente los labios. . . jamás salí sola de mi casa antes de casarme y menos en compañía de mi novio. . . la generalidad de los escritores y ar-tistas eran considerados con bastante recelo. . . Y si yo hubiera anun-ciado a mis padres la decisión de dedicarme a las letras, hubiera sido motivo de inquietud y cavilaciones. Llegué a la conclusión de que digerirían mejor los hechos consumados. . . pero, la publicación de mi primer artículo en *La Nación* no fue para mí, como debió ser, un día de franca alegría; fue un día de sol y nubarrones alter-nados”.

Como se desprende del texto que he citado, Victoria Ocampo, nacida en Buenos Aires en 1890, provenía de una familia de la clase alta, emparentada con las grandes personalidades de la historia y de la cultura del país. A fines del año 1977, cuando tuvo lugar en San Isidro el Diálogo de las Culturas, organizado por la UNESCO, ella recordaba que, debajo de esa misma mesa del comedor, donde se desarrollaban las ponencias, se escondía a menudo siendo una niña muy chiquita, para escuchar a los próceres cuando iban de vi-sita. Fue la mayor de seis hermanas: Angélica, Pancha, Clara, Rosa y Silvina, esta última cuentista y poeta y casada con Adolfo Bioy Casares. Uno de los orgullosos de Victoria, un poco pintoresco si se quiere, era recordar que por el lado materno descendía de Irala, que allá por 1550 organizó la ciudad de Asunción del Paraguay, y de una india guaraní. A los seis años partió hacia Europa y vivió dos años en París. A su regreso, comenzó su vida de niña que ella re-cordará muchas veces con reiterada nostalgia, del mismo modo que, pocas o ninguna, aludirá a su primera juventud y a su casamiento. Ese primer artículo que ella mencionó, en el fragmento que recordé hace un momento, se publicó en *La Nación* en marzo de 1920; se

titula *Babel* y es un comentario al canto décimo quinto del Purgatorio de la Divina Comedia. Siguiendo su vocación artística se presentó junto a Ernest Ansermet en una interpretación del *David* de Honnegger en 1925 y en 1936 en el teatro Colón recitó los versos de André Gide para la *Perséfone* de Stravinsky, dirigida por el compositor, actuación repetida luego en Río de Janeiro y en Florencia en 1939. Desde sus comienzos como crítica literaria, no cesó de publicar notas en *La Nación* de Buenos Aires y en el *Sol* de Madrid. Viajó muchísimo y dictó conferencias en centros literarios de Europa y América. En 1925 publicó en Madrid, la fábula escénica *La laguna de los nenúfares*. Fue fundadora del Pen Club de Buenos Aires y vicepresidente del Congreso Internacional del Pen en 1930 y 1936. Por aquellos años, estimulada por una de sus amistades literarias internacionales, el escritor norteamericano Waldo Frank y por Eduardo Mallea, fundó en el verano de 1931 la revista *Sur*, bautizada telefónicamente desde Madrid, por Ortega y Gasset. *Sur* inaugura toda una época en la literatura argentina. Tanto la revista como la editorial, fundada poco después, cumplieron una tarea cultural invaluable en la formación de los jóvenes intelectuales hispanoamericanos. Entre los muchos testimonios que así lo prueban, recuerdo una conversación con Mario Vargas Llosa en Alemania, en la que nos expresó la ansiedad con que en Perú aguardaban la llegada de *Sur* y del Suplemento Literario de *La Nación*, únicos vehículos periódicos que ligaban a su generación con la literatura universal. Y Julio Cortázar afirmó: "*Sur* nos ayudó a los estudiantes que en la década del 30 al 40 tentábamos un camino, titubeando entre tantos errores, tantas abyectas facilidades y mentiras". Hace poco estuvo en Buenos Aires Rafael Conte, adjunto de la dirección del diario español *El País* y codirector de su suplemento literario, y él nos dijo: "¡Qué deuda tenemos los españoles, que nos educamos bajo el régimen de Franco, con *Sur*! Muy caros, en las trastiendas de las librerías podíamos comprar y llevar a casa las ediciones argentinas de los grandes escritores contemporáneos, Camus, Malraux, Forster, Faulkner, que la generosa editorial de Victoria ponía en nuestras manos. Esos libros nos ligaban al mundo de la cultura". Y ese fue el fin que se propuso Victoria Ocampo; al dar a conocer cientos de escritores argentinos y extranjeros, *Sur* cumplió una función de puente cultural entre los pueblos americanos y entr Europa y América, "un puente (al decir de la propia Victoria) que no fuera de una sola mano y que proporcionara a los sudamericanos la oportunidad de entrar en contacto con las grandes obras literarias del mundo actual".

Solía recordar Victoria que unos trece o catorce años después de la fundación de *Sur*, un periodista norteamericano le hizo un re-

portaje y le preguntó cuánto dinero ganaba con la revista. Ella le respondió que perdía con toda regularidad en cada número, y ante la exclamación: "¡Pero eso no tiene sentido!", Victoria cuenta que con una gran paciencia (aunque yo no creo que la paciencia fuera una de sus virtudes), le explicó los propósitos de la revista. En 1970, cuarenta años después de haber aparecido 326 números en forma primero trimestral y luego bimestral, por razones económicas, la revista se publicó cada seis meses. Fueron sus secretarios de redacción Eduardo Mallea, Guillermo de Torre, José Bianco, Jorge Luis Borges, Raimundo Lida, Ernesto Sábato, María Luisa Bastos y Enrique Pezzoni.

El número 342, de *Sur*, reúne todo el material presentado y discutido, por los diferentes participantes, en el Diálogo de las Culturas. Eligiendo, un poco al azar, nombres de quienes colaboraron en *Sur*, encontramos a Heidegger, Herman Hesse, Thomas Mann, Henri Michaux, García Lorca, Guillén, Camus, Malraux, Romain Rolland, Forster, Virginia Woolf, George Bernard Shaw, Croce, Moravia, Piovene, Ungaretti, Faulkner, Saroyan, Nabokoff... la lista suma cientos de nombres y otra lista infinita conformaría la nómina de libros publicados por la editorial *Sur* que se estrena en 1933 con el *Romancero gitano* de García Lorca.

Borges, bastante tiempo antes de morir Victoria, dijo: "Creo que es una mujer admirable, en vez de despilfarrar su gran fortuna en modistos, peluqueros y frivolidades, fundó *Sur* y gastó su dinero en lo único que vale la pena, la cultura. Ella reúne (sigo con la cita de Borges) dos virtudes que fueron, alguna vez, atributo del alma argentina: hospitalidad y valentía". Borges tiene razón, pero su hospitalidad tuvo dos sentidos: en su casa fueron hospedados de la mejor manera que se puede recibir a los amigos, sin retaceos por días, por meses o por años, desde Gabriela Mistral y los Ortega hasta Tagore y Graham Greene, pasando, nuevamente, por una lista infinita. Por otra parte, Victoria ha sido amiga incondicional de sus amigos. De entre su nutrida correspondencia, quiero recordar aquí dos fragmentos de dos cartas de las muchas que intercambió con Paul Valery. En una, fechada el 27 de abril de 1942 desde Vichy, en plena guerra, Valery escribe: "Mi querida, mi buena Victoria: Es este un extraño llamado. ¡Signo de los tiempos! Mis dos pies vuelan hacia usted. Se atreven a implorarle. Aquí es imposible calzarse. ¿Puede usted hacerme hacer o encontrar un par de zapatos (negros, preferentemente) y quizá hacérmelos llegar por la embajada? Me haría un inmenso servicio"... Tres años más tarde, en mayo del '45, Valery agrega en la posdata de una larguísima carta: "He recibido su carta, pero no el último café".

Volviendo al tema de la hospitalidad, más allá de la que procede de la amistad está la del intelecto, que le permitió aceptar los temas que le proponen sus lecturas incesantes, hospitalidad para recibir con entusiasmo las más diversas creaciones del mundo exterior. Por ejemplo, yo la vi, antes de que los Beatles fueran un éxito, interesarse por ellos, y he seguido sus notas sobre las películas de Visconti aplaudiendo o disintiendo, apasionadamente. En realidad, yo me enteré de la existencia de los Beatles por Victoria. En los primeros años de la década del '60, una noche de enero, ella reunió en una comida en su casa de Mar del Plata a un pequeño grupo de personas. Estábamos allí sus hermanas, Angélica y Silvina, Adolfo Bioy Casares, su cuñado, Borges, un ingeniero Quesada y yo. Victoria acababa de llegar de Londres y estaba impresionadísima con los Beatles y nos decía: "Acuérdense de lo que yo les digo, estos muchachos van a marcar una época". Junto con el primer disco, que acababa de aparecer, y que ella había comprado en Londres, se había traído un peluca a lo Beatle (recordemos que todavía no se habían puesto de moda las cabezas extravagantes). Obedeciendo a su indeclinable invitación, me calcé la peluca, para regocijo de los presentes (creo que parecía una bruja de historieta) y luego ella le pidió a Borges que se la pusiera. Borges se negó rotundamente y no cedió ante ningún ruego. Victoria le dijo, entonces: "Usted, Borges, nunca va a progresar con lo empacado que es".

La valentía de Victoria también estaba situada en dos planos. Tuvo la sinceridad de transmitir y divulgar los temas literarios y artísticos con fervoroso entusiasmo, que provenía no sólo de la admiración sino del análisis y de su voluntad "feroz y ferviente de aferrarse a la verdad", según dijo Eduardo Mallea. Y, precisamente, por ese aferrarse a la verdad, pudo mostrar que fue una mujer valiente. La revista *Sur*, las reuniones que allí se hacían, las actividades de su directora, los viajes de escritores, las conferencias, el trabajo ímprobo de una editorial que publicaba en español libros de habla inglesa, francesa o alemana, uno o dos años después de haber sido editados en su lengua original, le valieron la animadversión de un gobierno amoral, que odiaba a los intelectuales porque no quería que nadie pensase por cuenta propia (signo inequívoco, por otra parte, de todos los extremismos de derecha o de izquierda) y así, en 1953, Victoria Ocampo fue a parar a la cárcel. También Norah Borges, pintora y hermana del escritor, fue a parar a la prisión. Pero, mientras la angélica Norah enseñaba los rudimentos del dibujo y de la pintura a las desdichadas compañeras de *El Buen Pastor*, casi todas prostitutas; Victoria, espíritu más práctico, las instruía en las artes imprescindibles y prosaicas de la limpieza e hi-

giene personales. Dos años más tarde, recuerda así, el tiempo que pasó en *El Buen Pastor*: "En la cárcel, uno tenía por lo menos la satisfacción de sentir que, al fin, tocaba fondo, vivía en la realidad... Te agradezco, Señor (se dice a sí misma), que me hayas concedido esta gracia. Estos temidos cerrojos, estas paredes elocuentes, esta vigilancia desenmascarada, esta privación de todo lo que quiero —y que ya padecía moralmente cuando aparentaba estar en libertad— la padezco al fin materialmente... siempre he querido la verdad por encima de todo, como si ella fuera la forma palpable de la libertad: pues bien, aquí la toco". Quien puede llegar a esta conclusión no es sólo valiente, sino además, indestructible".

Los gobiernos de Francia, Inglaterra, Italia, la Academia Francesa, la Universidad de Harvard, la de Visva Bharati en la India, premiaron su labor otorgándole condecoraciones y Doctorados Honoris Causa. Su fama ha trascendido todas las fronteras. Recuerdo que la primera vez que vimos a Eugenio Montale en Milán, nos preguntó: "¿Y cómo está Victoria Ocampo?" y no la había visto en su vida. Y otra vez, hace unos años, en Alemania, en el Instituto Iberoamericano de Berlín Occidental, un joven estudiante, porque supo que allí estaba de visita una argentina, entró corriendo en la biblioteca y lleno de fervor me preguntó: "¿Usted es Victoria Ocampo?" Ante mi negativa quedó bastante desconsolado y yo creo que me tomó rabia; para él las argentinas eran Victoria Ocampo.

Sin perder de vista nunca su posición frente a la situación social de nuestro sexo, en 1936 fundó la Unión Argentina de Mujeres y en junio de 1971 apareció un extenso número de *Sur* sobre la mujer, que Victoria dedicó a la memoria de su antepasada guaraní, Agueda, y de su gran amiga Virginia Woolf. Entre las colaboradoras figuraban desde Golda Meier hasta Indira Gandhi. Había, además, dos encuestas; en una, mujeres anónimas, sin nombre, ni rostro, contestaban lo que podrían llamarse preguntas comprometidas o escabrosas; en la segunda, escritoras, científicas, artistas y periodistas (yo también fui convocada), con nombre y apellido, contestábamos preguntas tan comprometidas y escabrosas como las anteriores; en total en ese número colaboraron unas ciento cincuenta personas, Victoria insiste de todas las formas posibles en aquel sabio párrafo de San Agustín: "Si Dios hubiera querido que la mujer gobernara al hombre, la habría extraído de la cabeza, y de sus pies de haberla destinado a ser su esclava. Pero Dios sacó a la mujer del costado del hombre porque quiso que fuera su compañera y su igual".

Al decir de Enrique Pezzoni: "La imponente figura de Victoria Ocampo, ofusca su verdadera imagen, la de la escritora. Ella insiste una y otra vez en denunciar su incapacidad para escribir literatura

de creación: 'Habría deseado escribir novelas, pero ese no era mi sino'. Y aclara también: 'No escribo poemas, aunque todo el mundo que me circunda, por humilde y aparentemente prosaico que sea, me parece materia poética, ya que la siento misteriosa'. Lo cierto es, continúa Pezzoni, que "el poeta y el novelista organizan y conforman la realidad y, en cierto modo, la reemplazan para instaurar un nuevo orden que encarna su visión del mundo. Para ellos, la realidad es tan sólo materia inerte, a la espera de sus combinaciones. Para Victoria Ocampo, enfrentar la realidad es desentrañarle un sentido que ya está en ella, pero que es preciso buscarle sin alterarla, sin destruir los sutiles enlaces entre las simples apariencias y ese misterio final en que todos se reúnen". Victoria Ocampo ha escrito varios libros de crítica y de evocaciones: Lawrence de Arabia, Virginia Woolf, Kayserling, Tagore, Bach... En 1958 relizó una nueva experiencia en el ámbito teatral, esta vez con la creación de un texto de "Luz y sonido", *Habla el algarrobo*, dedicado al algarrobo histórico de San Isidro... Pero quisiera referirme aunque sea de una manera muy rápida a los diez volúmenes que llevan el título de *Testimonios* y que son realmente la descripción de la época que le ha tocado vivir y de la gente que ha conocido y conoce. Creo no pecar de exageración si digo que la prosa de Victoria Ocampo puede resultar cautivante. Ella es, en el fondo, una cronista de nuestro tiempo e interesa lo que narra y cómo lo narra. Dice Borges: "Le interesaba el universo. Apreciaba y agradecía la infinita variedad de las almas, la circunstancia de que cada una fuera única. Fue acusada de anglófila y de francófila, como si el hecho de querer algo fuera una culpa. Fue una lectora hedónica: leía a Shakespeare o a Dante con la misma curiosidad con que leía a Valery o a Virginia Woolf. Poseyó, en grado sumo, 'la gracia que no quiso darme el cielo', el don de la confidencia siempre íntima y nunca indiscreta, que es el atractivo esencial de sus *Testimonios*". Tomaré dos ejemplos que he elegido a propósito entre los no literarios. En la *Novela Serie de Testimonios*, con el título de *Manhattan a vela* se refiere al gran apagón de Nueva York, del 9 de noviembre de 1965; lo narra de la manera más familiar posible, partiendo de su experiencia personal. Ella estaba en el cine, viendo un film de Betty Davis, *The nanny*, y el niño que aparecía en la pantalla junto a la actriz le parecía insoportable, a tal punto que le daban ganas de irse y en el momento en que pensaba: "¡Qué imbécil! ¡Mal rayo lo parta!" se oscureció la pantalla y la sala quedó en tinieblas. Halagada indudablemente por el poder de su pensamiento, salió a la calle para comprender que tal apagón excedía sus poderes mentales. Se las ingenió, entonces, para llegar adonde estaban su hermana y su prima,

en el piso decimotercero de un hotel cercano y volver a su hotel, pero como su cuarto estaba en el piso vigesimoprimer, no le permitieron subir. Luego sigue el relato de su deambular de un sitio a otro, sin lugar dónde sentarse, sin luz, sin agua, sin calefacción, y mientras trata a duras penas, al vacilante resplandor de un cabito de vela, sentada en una sillita de hierro, de escribir una carta, ve y oye todo lo que pasa a su alrededor y así, al contarlo, matizado por sus propias reflexiones irónicas, nos da un verdadero análisis de nuestra frágil civilización. De la misma manera, en una relación de la *Quinta Serie*, nos da de un pantallazo, una imagen ajustadísima de la mentalidad de la Inglaterra de la reina Victoria, al narrar la vida de la madre y de la abuela de Vita Sackville-West, ésta, una bailarina española y aquélla, la hija mayor de una troupe de siete niños ilegítimos, que la bailarina tuvo con un lord inglés, diplomático al servicio del Imperio. Si la obra de Victoria Ocampo juega a no ser más que una confidencia, como afirmó Borges, yo diría que cada lector es el destinatario de esas confidencias que incluyen un juicio certero, una sinceridad absoluta, una ironía limpia y una increíble capacidad para asombrarse ante el mundo, que Victoria conservó hasta los últimos días de su larga vida. Con cada lector, del que hace un amigo, comparte desde su fascinación por Dante hasta su diálogo con Malraux, que, como ella, estructuró su destino, su admiración por Gandhi y su desprecio por los mercenarios. En este compartir traza la gran crónica de nuestra ciudad, de nuestro país, de nuestro mundo contemporáneo.

En estos últimos tiempos, he tenido ocasión de ver a Victoria Ocampo en dos momentos importantes de su vida: cuando la Academia Argentina de Letras la incorporó como miembro de número y durante el desarrollo del Diálogo de las Culturas. Con su infaltable flor en la solapa, defendiéndose de los fotógrafos detrás de sus anteojos negros, Victoria fue la dueña absoluta de la atención y de la voluntad de la multitud que colmaba el espléndido salón del palacio Errázuriz de la Academia Argentina de Letras. Nos dio, en su discurso, una reseña de su vida. Habló, una vez más, de su antepasada guaraní y de Gabriela Mistral, de su iniciación en las letras, de *Sur* y del arduo camino que tuvo que recorrer hasta ese momento en que ingresaba a la Academia. Yo la oía y pensaba: ¡Qué lástima que yo haya nacido demasiado tarde para haber anudado una amistad con ella!, pero también pensaba: ¡Qué suerte para nuestro país y para todos nosotros que ella haya nacido donde y cuando nació! Al terminar su exposición en el Errázuriz, una ovación cerrada coronó sus palabras.

El Diálogo de las Culturas se realizó en Villa Ocampo, en San Isidro, en la gran casa que fue de sus mayores, donde ella vivió y que donó a la UNESCO. Estaban allí, alrededor de la mesa, los representantes más destacados del pensamiento moderno: el colombiano Germán Arciniegas, los españoles Francisco Ayala y Julián Marías, el francés Roger Caillois, Alionne Diop del Senegal, Von Keyserling, el ensayista japonés Tadeo Takemoto, el poeta libanés Salah Stéitie, el venezolano Juan Liscano, los argentinos Víctor Massuh, el Padre Quiles, Fryda Schultz de Mantovani, Angel Battistessa y el subdirector general de Cultura de la UNESCO Allhudin Bammate. Victoria intervino varias veces e hizo hincapié en las dificultades de dialogar y en los problemas terminológicos y metodológicos que plantea la noción misma de la cultura.

Este fue el primer encuentro que la UNESCO realizó en Villa Ocampo, se trataron los temas más candentes de nuestras culturas y la reunión fue un éxito, pero todos tuvimos la sensación de que la gran homenajeadora era Victoria Ocampo.

La última vez que la vi, Victoria me había mandado llamar. En realidad, me escribió una cartita (usaba unos papeles celestes con sus iniciales y como quería comunicarse rápidamente con el destinatario de sus cartas, las mandaba por expreso). En esa cartita me pedía que fuera "si no es un clavo" decía textualmente, a tomar el té en Villa Ocampo, en San Isidro. Esa visita me emocionó mucho, me di cuenta, casi sin querer, de que se estaba despidiendo de mí. Cuando volví a casa, escribí la impresión que me hizo aquella tarde, que ahora, al recordarla, me parece suspendida en el tiempo. Me voy a permitir leerles un fragmento: "Más allá del gran portón, abierto de par en par, está el jardín; en medio del jardín, la casa. Toco el timbre y espero. La puerta se abre, me hacen pasar, subo los primeros peldaños de la escalera alfombrada y entro en el gran hall; quince o veinte metros arriba de mi cabeza, por la gran claraboya vidriada, pasa la luz. Sin embargo, la casa está en una semi-penumbra, es la media tarde. Hay un gran silencio, que interrumpen sólo un lejano rumor de pájaros y mis propios pasos. Voy al salón que da a la terraza; en el fondo, cerrado, como lo vi siempre, el gran piano de cola; a la izquierda, a través de la puerta entornada, veo la espléndida mesa de comedor, rodeada por una quincena de sillas vacías. Por las altas ventanas entra el jardín, y, más lejos, el río. La casa, silenciosa y vacía, está poblada, sin embargo, de infinitos fantasmas y de infinitas voces. Por esta vieja casa de San Isidro han pasado no sólo aquellos que hicieron parte de la historia del país, sino también los más destacados exponentes de la cultura de nuestro siglo. No tengo tiempo para pensar demasiado; me avi-

san que la señora me pide que suba. La alta escalera me lleva al primer piso, cruzo un escritorio atestado de libros y de papeles y entro en el cuarto. Allí me espera Victoria Ocampo. En la chimenea está encendido el fuego. Ella me recibe en cama, la neuralgia facial que sufre, le ha dado en esos días un respiro. Ha adelgazado, la piel transparente y rosada y sus ojos vivaces grandes y violetas, sin la barrera de los anteojos, hacen su rostro más joven. Lleva aros de perlas. La cabecera de la cama está vestida por una tela donde se muestran entre guardas de flores, unos pavos reales, motivo que se repite en almohadones y sillones. En un rincón, reflejada en un espejo, hay una violeta de los Alpes. Le pregunto quién se la regaló. Ella, señalándose a sí misma, responde: "Esta persona, pero las rosas —y muestra un jarrón algo más lejos— mi médico". Todo es alegre y armonioso en el cuarto. Al alcance de la mano tiene un espejo, de vez en cuando lo levanta y se mira, rápido (casi subrepticamente). Más que una escritora, parece una reina. Habla con vivacidad y pregunta por todo y por todos. Me muestra la carátula de un libro que está por aparecer en los Estados Unidos, un estudio sobre ella de Doris Meyer; el título lo dice todo: "Victoria Ocampo, contra viento y marea". A los pies de la cama hay un curioso álbum que registra un solo motivo, fotografiado varias veces y en colores. Se trata de una cabeza en mármol de la propia Victoria; rodeada, en una foto, por un pañuelo de color claro; en otra, por otro de color oscuro; con sombrero, sin él; con la funda de un almohadón, a modo de cofia. . . Los diferentes ángulos muestran la mórbida delicadeza de las facciones. Ella cuenta la historia: "Se trata de un escultor alemán de apellido Behn, que hacía solamente animales (ríe). No sé qué me habrá visto a mí. . . Me consideraría un bicho raro. . . La cosa es que me hizo esta cabeza que habrás visto en uno de los cuartos de abajo, y me la regaló. Un día, decidimos fotografiarla con Horacio Coppola. . ." La interrumpen para avisarle que han llegado Pepé Bianco y Sammy Oliver. "Que pasen esos jóvenes ilustres" dice Victoria con picardía. La conversación se agranda, habla de Sarmiento y recuerda, ante una pregunta de Bianco, cómo su bisabuelo que era administrador de los bienes de Sarmiento, con las economías que le hizo consiguió comprarle la casa de la calle Cuyo, adonde fue a vivir cuando dejó la presidencia. Lo que Victoria oculta, con infinita delicadeza, es que su bisabuelo, en realidad, le regaló esa casa a Sarmiento, haciéndole creer que había sido comprada con las economías del propio Sarmiento. Ha llegado la noche, las visitas se renuevan, yo me voy. Recuerdo el comentario de Anderson Imbert, a quien Victoria había recibido el sábado anterior: "Yo estaba sentado cerca de Victoria —me comentó Anderson— cuando

entró Enrique Pezzoni, que le preguntó cómo estaba y Victoria le contestó: "Si no estuviera presente Anderson, te diría exactamente cómo estoy, pero, como soy una señora, no te voy a decir cómo estoy, pero vos te podés imaginar cómo estoy". Anderson terminó así su comentario: "Tenía un aire tan lánguido y tan femenino, parecía tan joven, con el pelo recogido atrás con una cintita sobre la nuca. . ."

Hasta aquí el apunte que yo hice aquella noche. Después no la vi más, sin embargo, recibí todavía, dos cartas de ella, muy breves. La última empezaba así: "Las tres de la mañana, como siempre con insomnio". Victoria murió un 27 de enero. Me contó Renée Cura, amiga suya y secretaria de *Sur*, que trabajó y estuvo atenta a todo, durante el jueves 25 y el viernes 26. Esos días se recibieron en Villa Ocampo a los postulantes para traductores de la UNESCO, que se presentaron a rendir exámenes. Siguió paso a paso las peripecias de los exámenes y estaba muy animada. Además, una semana antes había tenido en sus manos el último de sus trabajos, que vio publicado, *La Oda jubilar* de Paul Claudel, cuya traducción le pertenecía.

Como sucede a menudo, cuando muere alguien que hemos querido y empiezan a pasar los días, las semanas y los meses, que nos alejan del momento de su muerte, ese alguien empieza a adornarse con virtudes que, a veces tenía, y que otras, le adjudicamos, sin estar muy seguros de que las tuviera. El caso de Victoria es distinto. Ella fue una mujer valiosa y valerosa, ella dedicó todo el quehacer de su mítica y prodigiosa vida a lograr que nuestro querido país, el que está más al sur de América, accediera, sin perder su sentido americano, al vasto mundo que los hombres comparten, al infinito mundo que Dios ha creado para felicidad de sus criaturas.

EN EL PRIMER ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE SALVADOR DE MADARIAGA

Por *Edita MAS-LOPEZ*

LA aproximación del primer aniversario de la muerte de Salvador de Madariaga, ocurrida en Locarno, Suiza, el 14 de diciembre de 1978, parece momento oportuno para evocar su personalidad española y universal desplegada en su extensa producción literaria. Empecemos extrayendo de los datos que nos proporcionan lo que hay de biografía y de crítica, aquellos instantes que alcanzan mayor resonancia.

Salvador de Madariaga nació en la Coruña el 23 de julio de 1886. Fue hijo del coronel vasco José de Madariaga y de Ascensión Rojo, de ascendencia francesa y nacida en la Habana, Cuba.¹ Salvador hizo sus estudios en el Instituto del Cardenal Cisneros, graduándose de bachiller en 1899 y en París estudió en el Colegio Chapitel, obteniendo el bachillerato francés en 1906. A insistencia de su padre completó sus estudios sucesivamente en la Escuela Politécnica y en la Escuela Nacional de Minas, en cuyas escuelas se graduó con el título de ingeniero de Minas.

En 1912 se casó con una escocesa, Constance Archibald. Desde esta fecha hasta 1916 fue ingeniero de Exploración de la Compañía de Caminos de Hierro del Norte de España. Durante este período de tiempo escribió, bajo pseudónimo, para distintos periódicos de Madrid, artículos sobre la política de Inglaterra y Francia.

En Madrid estuvo en contacto con las grandes figuras contemporáneas del intelecto español, especialmente con Ortega y Gasset y don Miguel de Unamuno a quienes admiró profundamente. En su obra *De Galdós a Lorca*, nos dice que "Ortega y Gasset es nuestro Turgeniev —no sin vacilaciones. Unamuno es nuestro Dostoievsky pero penosamente penetrado del ideal contrario".²

Aburrido más que insatisfecho con su carrera de ingeniero la abandonó y se trasladó a Londres donde empezó a trabajar como

¹ Mc. Inerney, William Frances, *The Novels of Salvador de Madariaga*, Ph. D. Lincoln, Nebraska, October 1970, p. 1.

² Salvador de Madariaga, *De Galdós a Lorca*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1960, p. 150.

redactor del "Times". Su interés en la poesía le llevó a estudiar la influencia de la literatura española en el romanticismo inglés. En 1920 publicó su primer libro de crítica literaria, titulado *Shelley and Calderón, and Other Essays on English and Spanish Poetry*. Con la publicación de esta obra queda Madariaga definido como crítico literario. Dos años antes, en 1918, se había iniciado en la poesía. Sobre esta experiencia el propio autor dice: "About 1918, when I was living in London, I began to send to "España", the weekly founded in Madrid by Ortega, some poems under the general title of *Romances de Ciego* (Blind Man's Ballads), when I was then writing under the effect of my father's death. Some one told me that don Miguel de Unamuno used to cut them out, put them in his pocket, and read them to his friends during his long walks in the wide plains around the old city. He did not know that they were by me, for I signed them with a pseudonym. I sent him all my poems and asked him to write a preface for them, which he did, a beautiful page, a poem itself. I think he had been happy to find in my ballads that feeling of austerity, of bareness in the face of Destiny, which he sensed in Castille and which made say him of my poems in his preface: "These are the words of the Iberian Ecclesiastés".³

Las disonancias políticas y económicas de Europa junto a su interés por los asuntos internacionales le hicieron participar en el año 1920 en la Liga de las Naciones, primero en la categoría de agente de publicidad y más tarde como director de la "Sección de Desarme". Esta última experiencia fue el semen de su obra *Disarmament: Obstacles, Results, Prospects*.

En 1921 dimitió al cargo de la Liga de las Naciones para ocupar la cátedra de Literatura Española de la Universidad de Oxford que desempeñó hasta el año 1931. En este mismo año, durante la Conferencia India de Londres, fue propuesto por la delegación hindú para árbitro del conflicto hindumusulmán, siendo los demás árbitros el primer ministro MacDonald, el Lord Canciller Sankey, el profesor Murray y Ghandi.

En el mismo año (1931) dejó con carácter temporal su cátedra en Oxford para aceptar la de Profesor Extraordinario de la Universidad de México. Ese mismo año fue nombrado Embajador de la República Española en los Estados Unidos. En 1932 representó a su país como Embajador en Francia, cargo que mantuvo por más de dos años. Durante este período fue *de facto* delegado permanente al Consejo y Asamblea de la Liga de las Naciones, en la que fue miembro de la Comisión de Artes y Letras.

³ Salvador de Madariaga, "The don Quijote de Salamanca", "The Atlantic", CCVII (enero, 1961), p. 96.

El 4 de marzo de 1934 renunció a la Embajada de Francia para desempeñar puestos políticos en el gobierno español de Lerroux; primero como Ministro de Instrucción Pública y después como Ministro de Justicia. Madariaga al ser elegido Diputado al Parlamento constituido de 1931, contribuyó a la redacción de la Constitución de la Segunda República Española, siendo el autor del artículo VI, en el que se declara que "España renuncia a la guerra como instrumento de política nacional". Declaración semejante no había aparecido en ninguna constitución de ningún país.⁴

En 1936, con el triunfo del Frente Popular, y sintiéndose algo aislado de la política interna solicitó el puesto de delegado a la Liga de las Naciones. Dos años más tarde regresó a España.

Debido a la severa crítica que le hizo la prensa española por haberse mantenido alejado del drama español de los años 1936 al 1939 y por consejo médico, Madariaga se retiró a una casa de campo cerca de Toledo. Viviendo en esta ciudad fue víctima de una cuestión de confusión de identidad. Un día le sacaron de su casa y le llevaron a Madrid para ser fusilado. Le habían confundido con el jefe político Dimas de Madariaga que fue asesinado unos meses después.⁵

Madariaga regresó a Oxford donde se dedicó de lleno a su obra histórica. Escribió *Cristóbal Colón*, *Hernán Cortés*, *Bolívar* y *The Rise and Fall of the Spanish American Empire*. Todas estas obras fueron escritas en inglés y español.

Con la victoria de las fuerzas nacionales del Generalísimo Franco, Madariaga se convirtió en uno de los oponentes más constantes contra el nuevo régimen. Una vez más se impuso el exilio pero sin renunciar jamás a su ciudadanía española.

En 1947, fue elegido Presidente de la Sección Cultural del "Movimiento Europeo" en La Haya y más tarde Presidente del "Colegio de Europa". Recibió doctorados honorarios de las siguientes universidades: Universidad de Arequipa, Universidad de Lima, Universidad de Poitiers, Universidad de Oxford y Universidad de Princeton. El también fue miembro de la Academia de Letras de España y de otras Academias de Letras de Hispano-América. Recibió grandes honores entre los cuales figura el premio de cincuenta mil francos suizos —Prix d'Europe— por haber promovido la idea de una Europa como una entidad política y cultural. Madariaga pasó los últimos años de su vida en Locarno, Suiza. Su esposa Constance murió

⁴ *Selecciones de Madariaga*, Edited by Frank Sedwick and Elizabeth Van Orman, Prentice-Hall, Inc. Englewood Cliffs, New Jersey, pp. 4 y 5.

⁵ Mc. Inerney, William Frances, *The Novels of Salvador de Madariaga*, Ph. D. Lincoln, Nebraska, octubre 1970, p. 10.

en 1970. Ese mismo año se casó Madariaga con Emilia Rauman, húngara, la esposa que con sus hijas, le sobrevivieron.

UN intento de clasificación de Salvador de Madariaga mediante las categorías habituales de la historia literaria nos llevaría a una serie de afirmaciones quizás contradictorias. Esta imposibilidad de englobarlo bajo un rótulo que lo signifique en su totalidad admite dos explicaciones concurrentes: por una parte la que deriva del lapso histórico que le tocó vivir; y por otra, la que deriva de su propia personalidad.

Madariaga pertenece a la generación nacida a finales del siglo XIX. En consecuencia, está montado sobre ese gigantesco gozne que se integra con la generación del 98 y la generación de Ortega. En el centro de ese gozne, Madariaga queda fijado como un hombre del 98 en su pasión por exponer la cultura europea y de la generación de Ortega en su intelectualismo.

Madariaga, autor trilingüe en español, inglés y francés, es uno de los grandes humanistas del siglo XX. Su humanismo se refleja en su filosofía política basada en el doble principio de la libertad del individuo y de la solidaridad de la humanidad. De ahí su interés en el problema de las relaciones internacionales reflejado como hemos visto en su participación en la Liga de las Naciones en diversas épocas de su vida. Trabajó afanosamente por la consagración de ese doble principio. Sus obras *Desarme*, 1929; *Discursos Internacionales*, 1934; *Teoría y Práctica en las relaciones internacionales*, 1937; *The World's Design*, 1938 son buenos ejemplos. Su obra *Englishmen, French Spaniards*, 1928 es un estudio comparativo de psicología nacional y de su importancia como factor político en las relaciones entre dichos pueblos.

Su interés por los asuntos internacionales no ha disminuido su fe en España. Cuando alguien le preguntó si habían sido penosos sus años de exilio, él simplemente respondió: "Although I miss my homeland, the years had not been bad at all" agregando "I carry Spain inside me". Y fuera de España, principalmente en Inglaterra, Madariaga se dedicó a interpretar su tierra, los españoles, sus problemas y sus valores. En su obra *Spain*, 1930, es un intento de dar a conocer al mundo la España que siempre llevaba dentro de sí.

Otros libros de ensayo que demuestran su españolismo y su gran conocimiento de España son: *Shelley and Calderón, and other Essays on English and Spanish Poetry*, 1920; *The Genius of Spain and other Essays on Spanish Contemporary Literature*, 1923; *Guía del Lector del Quijote*, 1926. A estos ensayos habría que agregar todos los li-

bros históricos que escribió y que fueron mencionados al principio de esta evocación que tratan de España y del imperio hispano-americano. Su obra poética *Romances de Ciego*, 1922, *La fuente serena*, 1928; *Elegía en la muerte de Unamuno*, *Elegía en la muerte de García Lorca* junto a su obra dramática *El toisón de oro*, 1940 también son ejemplos de su inquietud y amor a España.

Madariaga ha abordado todos los géneros literarios: poesía, novela, drama, etc. Pero su fama la debe de manera particular al ensayo. Además de los ensayos ya mencionados tenemos que referirnos especialmente a su *Guía del Lector del Quijote* ya que en dichos ensayos Madariaga se acerca a Cervantes "como camino de entendimiento de la historia y el carácter españoles, donde parece hallar la solución a las cuestiones que él mismo se plantea en una quijotización de Sancho y una sanchificación de don Quijote: la fórmula del baciuelmo, ya apuntada por Cervantes y glosada ásperamente por Unamuno".⁶ Otros ensayos de mérito son: *El Hamlet de Shakespeare*, ensayo de interpretación, traducción española en verso; *Portrait of Europe*; *Presente y porvenir de Hispanoamérica*; *De Galdós a Lorca, retrato de un hombre de pie*.

Además de *El toisón de oro*, escribió otras obras teatrales de interés: *Don Carlos*, tragedia en cuatro actos, *Don Juan y la Donjuana*, *Los tres estudiantes de Salamanca* y *Le mystere de Mappemonde*, obra dramática en francés.

Como novelista su obra es imponente. Escribió trece novelas —*El corazón de piedra* que consta de tres tomos, *El enemigo de Dios* y *The Heart of Jade* figuran entre las mejores.

Como apunta muy acertadamente William Frances Mc. Inerney, la producción novelística de Salvador de Madariaga, "in quantity alone, is somewhat staggering to the imagination. It is the product of an exceptionally brilliant mind and of a man possessed with extraordinary physical stamina. Strangely enough Madariaga's literary production has not received the degree of critical opinion which it obviously deserves. He himself could offer no explanation to this writer for this lack of literary attention. His brief explanation to this writer was simply 'I have lived a separate life'".⁷ No hay duda de que su aislamiento físico de España ha contribuido a que no se le conozca y se le estudie como merece. Entre sus críticos Angel del Río con mucha agudeza mental y con gran objetividad ha sabido analizar la obra de nuestro autor: "El balance peca, sin duda de

⁶ Juan Chabás, *Literatura española contemporánea*, La Habana, 1952, p. 320.

⁷ Mc. Inerney, William Frances, *The novels of Salvador de Madariaga*, Ph. D. 1971, Lincoln, Nebraska, octubre 1970, p. 21.

incompleto. Falta la simple mención de bastantes obras o de numerosos quehaceres y cargos. Y falta, sobre todo, para dar una imagen aproximada del escritor, el examen siquiera somero de sus creaciones específicamente literarias quizás las que mejor reflejan la autenticidad de su espíritu. En ellas podremos atisbar la unidad de existencia tan variada y prolífica en gran medida excepcional".⁸ Y más adelante el propio del Río agrega: "Madariaga está a sus setenta años —¡extraordinaria vitalidad! en plena madurez creativa, luchando con vigor las causas que dan sentido a toda su vida. Ha sido objeto de toda clase de honores y alabanzas— y pocos hombres pueden rivalizar con el suyo en estimación fuera de las fronteras de nuestra lengua. Ha sido también sobre todo entre los de casa siempre exagerado y es obvio que su figura no ocupa en las escasas obras que han intentado historiar nuestra cultura contemporánea el lugar que justamente merece".⁹ Y él continúa: "Inquirir el por qué acaso exigiría uno de esos tratados de psicología nacional comparada en los que él es maestro. La gente ibérica y sus descendientes desconfían en su incidencia, del hombre brillante que confunden con el superficial. . . Rara vez, por otro lado, aceptan a quien ha sabido conquistar gloria y fama entre los extraños".¹⁰ Del Río, pues, justifica el talento y valor de una mentalidad tan representativa de su época destacando a la vez esa tendencia del español a no valorar a aquellos hombres que han conquistado fama en el extranjero.

Richard Chandler y Kessel Schwartz hablan de la pasión e idealismo de Madariaga "He believes, with Unamuno, in humanity, but he is not as tortured as was Unamuno, and he is a much clearer and logical writer".¹¹

José Permartín refiriéndose a la producción artística de Salvador de Madariaga la califica como una de las más considerables dentro de la de los españoles de la primera mitad de nuestro siglo: "La obra literaria, ideológica, histórica de Salvador de Madariaga es una de las españolas más importantes de los últimos lustros. Importante por su volumen, por su calidad, por el interés ingente de los temas de que trata, por la repercusión mundial de la misma".¹²

José Chabás es más crítico: "Ha abordado todos los géneros literarios; desde la poesía en sus *Romances de Ciegos* (1922) y *La*

⁸ Angel del Río, *Estudios sobre literatura contemporánea*, Madrid; Edit. Gredos, 1966, pp. 176-77.

⁹ *Id.*

¹⁰ *Id.*

¹¹ R. E. Chandler and K. Schwartz, *A new History of Spanish Literature* (Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1961), p. 581.

¹² José Permartín, "La obra de Salvador de Madariaga", *Arbor*, XXVI (1953); p. 173.

fuelle serena (1928) a la novela: *El enemigo de Dios*. Pero su fama la debe de modo principal al ensayo, de carácter generalizador, de ambiciosa pretensión. Podría decirse que es un turista intelectual de los grandes temas, por los cuales transita como un viajero curioso, ora deteniéndose para tomar algunos apuntes, ya quedándose a solas para reflexionar un poco; pero nunca demorándose lo bastante en ellos para conocerlos a fondo. Como al buen turista, esto no le impide luego hablar de todo con suficiencia de estudioso profundo. Sabe manejar con gran destreza sus noticias de viajero y su información de lector culto y juntando aquéllas y ésta, parece a veces un verdadero erudito".¹³

La vida y obra de Salvador de Madariaga se definen así por una individualidad que no admite la subsunción en grupo alguno. Sus cualidades personales, vigor y brillante intelecto apasionado en ocasiones y objetivo en otras no se le puede compeler a someterlo a ningún denominador común. Permartín lo define "con apasionamiento para lo cercano en contraste con su perfecta objetividad para lo lejano".¹⁴

Mc. Inerney advierte "a conflicting tendency toward the intuitive, toward a feeling about life, as opposed to a "scientific objectivity". He is then a most talented and complex individual, scientifically trained, humanistically oriented, and a man of personal humility and professional greatness in the totality of his written production".¹⁵

¹³ Juan Chabás, *Literatura española contemporánea*, La Habana, S. A. Cultural, S. A., p. 319.

¹⁴ José Permartín, obra citada, p. 48.

¹⁵ Mc. Inerney William Frances, *The Novels of Salvador de Madariaga*, Ph. D. 1971, Lincoln, Nebraska, octubre 1970, p. 24.

EL GOBERNANTE ESTADISTA PLUTARCO ELÍAS CALLES

Por *Jesús SILVA-HERZOG FLORES**

Hoy, 19 de octubre de 1979, se conmemora el trigésimo cuarto aniversario de la muerte del General Plutarco Elías Calles. Su figura y su obra nos congregan en este marco del monumento a la Revolución Mexicana.

Bajo su cúpula y entre sus anchos pilares, revivimos hoy la gesta histórica de nuestro pueblo, protagonista de la primera de las revoluciones sociales del siglo xx. Revivimos y recordamos a un hombre de características singulares, protagonista importante del México de nuestro tiempo y con profunda huella en la vida nacional.

México es un país con historia. A veces historia llena de dolor y con frecuencia colmada de hechos aleccionadores que enorgullecen al mexicano. Siempre motivo de reafirmación nacional.

En un mundo que se transforma a una gran celeridad, en el que los adelantos tecnológicos se suceden con mayor rapidez que nuestra propia capacidad para comprenderlos, en el que lo único que no cambia es que todo cambia, qué importante es en verdad, qué importante, que nosotros los mexicanos seamos capaces de mantener vivo el pulso vigoroso de nuestra nacionalidad, que nos permite tener una cara, una imagen y, por tanto, un destino de nosotros mismos.

La obra del Presidente Calles en una obra extraordinaria. Con el correr de los años, el balance entre aciertos y errores —presente en toda obra pública— es claramente positivo. La distancia permite apreciar sus aportaciones fundamentales en todo su valer. Por ello, el pueblo mexicano reconoce en Plutarco Elías Calles a uno de sus mejores hombres.

Calles fue un hombre con una fuerte personalidad. Serio, callado y respetado, a veces temido. Su mente ordenada era profundamente racional; su pensamiento fue capaz de rebasar el momento y el lugar. Muchos de sus actos y decisiones estuvieron apoyados en su claro

* Discurso pronunciado con motivo del XXXIV Aniversario de la muerte de quien fue Presidente de México del 10. de diciembre de 1924 al 30 de noviembre de 1928.

concepto de la eficiencia y por un afán permanente de colocar a México entre las naciones modernas.

De modesto Profesor de enseñanza primaria, se eleva, en pocos años, a Gobernador de su estado natal, Secretario de Estado, y Presidente de la República durante los años de 1924 a 1928. Es un período difícil en la historia de México. Un período de reconstrucción que logra superar la violencia del conflicto armado. Un período difícil porque persisten todavía luchas internas y estériles que sangran a la República y se recrudecen fuertes presiones del exterior. Nuestro país, tiene en esos años, alrededor de 15 millones de habitantes; más del 80 por ciento habitan en el medio rural y sólo un tercio saben leer y escribir. Existían menos de 300 kilómetros de carreteras pavimentadas y sólo 20 mil hectáreas estaban beneficiadas con obras de irrigación.

A pesar de los enormes cambios que México ha registrado en las últimas décadas y que constituyen uno de los jalones más rápidos de la historia, el México de nuestros días es, en cierto sentido, el México que Calles contribuyó a formar hace más de medio siglo.

Durante su período presidencial se realiza una intensa labor que —aunque conocida— conviene recordar de manera somera.

Calles, el Gobernante, al procurar con afán la pacificación del país, buscó los caminos para fortalecer el estado mexicano y dotarlo de los instrumentos que le permitieran cumplir —cada vez de mejor manera— con su papel de rector y promotor del desarrollo económico y social. Su concepción del papel del estado no es pasiva, ni responde a moldes preconcebidos, ni tampoco es un producto de importación. Lo concibe fuerte, activo, dinámico, cambiante y como reflejo de las aspiraciones de los mexicanos y de su medio.

Calles, el político, hace descansar su gobierno en el sector obrero, al que impulsa a organizarse y a estructurarse como una fuerza política coherente. Promueve la reglamentación del Artículo 123 Constitucional, que culminaría, años más tarde, con la Ley Federal del Trabajo.

La incorporación del movimiento obrero al proceso de transformación social, habría de tener una significación trascendente. Destaca en este campo, el impulso que dio a las organizaciones sindicales, el establecimiento de la Junta de Conciliación y Arbitraje y la fundación de la Dirección de Pensiones —antecedente del ISSSTE. El Gobierno de Calles recibe —al igual que hoy— el apoyo y la solidaridad de los trabajadores de México.

En materia agraria, reconoce con toda claridad que no basta el reparto de tierras para aumentar la producción y elevar el nivel de vida de los hombres del campo, e introduce el concepto de la refor-

ma agraria integral. Por eso, junto con más de tres millones de hectáreas que reparte durante su gestión administrativa, funda el Banco Nacional de Crédito Agrícola y los bancos agrícolas ejidales, extiende la educación al medio rural, establece las escuelas centrales agrícolas, instala la Comisión Agraria Mixta y organiza la Comisión Nacional de Irrigación. Todo ello con el propósito de actuar de manera coherente, en la activación de la vida agrícola de la nación.

En materia financiera, sus logros son particularmente importantes, sobre todo ahora que tenemos la perspectiva de los años transcurridos. Calles cumple una vieja aspiración y funda en agosto de 1925 el Banco de México, S. A., que papel tan destacado habría de jugar a partir de entonces. Otros logros en este campo, tales como la nueva Ley General de Instituciones de Crédito y el establecimiento de la Comisión Nacional Bancaria, tienen lugar precisamente en esos años. Por otra parte, con particular interés, se atiende el restablecimiento del crédito externo de México —severamente dañado por el conflicto armado— y se logra un saneamiento en el manejo de las finanzas públicas. Se introduce, además, el impuesto sobre la renta dentro de un sistema tributario que descansaba, casi exclusivamente, en los impuestos indirectos.

En 1926 se lleva a cabo la Primera Convención Nacional Fiscal entre la Federación y los Estados de la República, con el propósito de analizar los problemas de concurrencia y equilibrio en materia tributaria. Vale la pena comentar que hoy el Primer Magistrado de la Nación, asistirá a una reunión nacional de Tesoreros Estatales en Mazatlán, en un paso más dentro del proceso para fortalecer el federalismo.

En otros campos, el Presidente Calles establece la Comisión Nacional de Caminos, realiza avances sustanciales, a través de reformas en el Código Civil, en los derechos de la mujer, amplía y profundiza nuestros contactos con el resto del mundo y le da un sentido de organización y disciplina al ejército mexicano.

Renglón aparte y subrayado, merece por su congruencia ideológica y por la importancia trascendente, su intervención para fundar en 1929, el Partido Nacional Revolucionario, cuya contribución a nuestra evolución política y a nuestro avance económico-social, es decisiva.

Aun en este apretado recuento de una parte de la obra constructiva de Calles, no puede evitarse la nota de cierto asombro ante la magnitud de la tarea desarrollada. Esto es todavía más cierto si se ubica en el corto tramo de cuatro años y se insertan las difíciles condiciones por las que atravesaba el país. Calles es un constructor, un revolucionario nacionalista, un creador de instituciones, un organi-

zador de la etapa moderna de nuestra historia, un estadista visionario que supo y pudo adelantarse a su tiempo. La República lo reconoce y le expresa, de manera permanente, su gratitud.

Sin embargo, tal vez, la contribución más importante de Calles a nuestro proceso histórico, no se encuentra sólo en sus aspectos constructivos o institucionales. Es igualmente importante el cambio que el hombre de Sonora provocó en el concepto mismo de la Revolución. No es ésta ya un episodio histórico o la narración de sus elementos casuales, sino que la refiere de manera esencial, a sus objetivos y la convierte —tomando el espíritu de nuestra Carta Magna— en un proceso dinámico con clara proyección al futuro.

A partir de Calles son las metas y las necesidades no satisfechas, es el futuro el que importa; futuro como alternativa, como algo por hacer, como opción de cambio. Por otra parte, introduce en forma clara la idea de la independencia económica como ingrediente de la Revolución cuando declara tajante y vigorosamente 'el país depende de sí mismo y no de ningún extraño'.

En aquellos años de la mitad de la década de los veintes, el nombre de México ocupa lugar destacado en la prensa internacional. Su nombre se asocia —igual acontece ahora— al petróleo. A fines de 1925, se expide la Ley Reglamentaria del Artículo 27 Constitucional. Sus objetivos eran limitar de manera prudente los derechos de las compañías extranjeras que explotaban el petróleo de nuestro subsuelo.

Las protestas de las empresas extranjeras no se dejan esperar y se convierten, en poco tiempo, en actitud francamente hostil de sus gobiernos. Se habla de una nueva invasión armada en México. El Presidente Calles se enfrenta a la situación con entereza de patriota y visión de estadista. Se establecen principios que después serían utilizados por otro de los pilares de la Revolución. Un mexicano ilustre que, en este mismo día hace algunos años dejó de existir. Un hombre que supo ser líder de su pueblo y participar en la epopeya del petróleo. Un hombre cuya figura se engrandece al correr del tiempo: Lázaro Cárdenas.

Conviene recordar también que en aquellos tiempos, Nicaragua se encontraba sumida en una cruenta lucha. La figura de Sandino empieza a surgir como elemento de combate en favor de quienes buscaban romper el statu-quo y provocar el cambio. El Presidente Calles se pronuncia con decisión a favor de las causas populares, lo cual irrita a algunos de los protagonistas externos. Años más tarde, Sandino hace un viaje a México para agradecer la postura de nuestro país frente a sus anhelos. No podemos menos que recordar y tener presente la decisión del Presidente López Portillo frente a la coyun-

tura reciente de Nicaragua —en clara congruencia histórica e ideológica— y la visita hace apenas unas semanas de miembros de la Junta de Reconstrucción Nacional. Hoy como ayer, el pueblo de México les dio su mano amiga y su apoyo solidario.

Al inicio de su Gobierno, el General Calles se enfrenta a una situación de crisis. Inicia una tarea de reconstrucción, establece instituciones, se enfrenta a presiones internas y externas, introduce reformas, busca el fortalecimiento del estado y pone su mirada serena, perseverante, en el futuro.

José López Portillo, a la mitad de su gestión administrativa y después de haber resuelto una crisis y devuelto la confianza al mexicano, se apresta igualmente a un esfuerzo de cambio y logro de los objetivos esenciales. México es hoy bien distinto del México de Calles. Hemos avanzado y lo hemos hecho a una gran velocidad histórica. Subsisten, sin embargo, carencias que aquejan a millones de compatriotas. Nuestro país sigue siendo, como señalara el Barón de Humboldt, un país de desigualdades, un país que ha sido más capaz para producir que para distribuir.

Por ello, la convocatoria al esfuerzo de modernidad —como en su tiempo y en su momento lo hiciera Calles— de transformación de instituciones y de búsqueda de los medios que nos permitan hacer las cosas mejor y aprovechar las extraordinarias oportunidades que nos brinda el futuro. Se trata, en esencia, de llevar a cabo un proceso con mayúsculas, que abarca lo político, lo económico y lo social.

México tiene un largo empeño por la superación. La gesta de Hidalgo y Morelos nos liberó del colonialismo y planteó como sentimientos esenciales, la necesidad de abatir 'la opulencia y la indigencia'.

Juárez y los hombres de la Reforma, contribuyeron a afirmar nuestro ser nacional y eliminaron trabas a su desarrollo. La Revolución irrumpe con la fuerza del pueblo ante un crecimiento material sin contenido social y sin libertad y establece las bases de una nueva sociedad. La protección de los trabajadores, las garantías del quehacer individual, el patrimonio de la nación sobre sus recursos naturales y el sometimiento de la propiedad privada al interés público, constituyen avances hacia un imperativo cada vez más claro de justicia social e independencia económica.

Los gobiernos revolucionarios, en casi siete décadas de acción permanente, han sabido adecuar instrumentos, innovar y transformar instituciones sin alterar los principios fundamentales.

Sin embargo, a algunos viejos y lacerantes problemas, se han sumado los que surgen de la propia evolución y del crecimiento. Existe conciencia de ello, de lo que falta por hacer, de lo que es necesario

corregir, sustituir, renovar o crear. Esto es signo claro de la vitalidad del sistema.

México se encuentra en un momento crucial de su historia. El país puede transformarse de manera rápida y profunda en los próximos años. La dimensión de los problemas y de las posibilidades nos hace pensar en un México nuevo. Es un momento de oportunidad, de alternativa, de cambio.

De ahí también el llamado a la modernidad del Presidente López Portillo. El llamado a la lucha 'de nuestra propia voluntad y esencia, para rescatar y proyectar lo que somos, lo que tenemos y lo que podemos'.

Modernizar es buscar la transformación de nuestras estructuras económicas y sociales y rechazar la posibilidad de convertirnos en un país petrolero. Es alentar la autosuficiencia en alimentos y brindar crecientes oportunidades de empleo y superación.

Modernizar es terminar con nuestra descolonización e impulsar el desarrollo social y el aumento de los índices de bienestar de nuestra población.

Modernizar es fortalecer el federalismo; elevar la eficiencia de nuestra agricultura; alentar el nuevo esquema de desarrollo industrial a partir de una coherente política de energéticos; es, completar nuestra infraestructura y aumentar nuestra productividad como nación. Es, además, corregir la distribución del ingreso y elevar el ahorro interno para fincar mejor nuestro desarrollo y, es también, prepararnos para jugar un papel más destacado en el mundo internacional.

Modernizar al país es, en suma, garantizar a los mexicanos la oportunidad de vivir mejor.

Señor Presidente de la República:

EN 1928, Plutarco Elías Calles presenta su último Informe de Gobierno ante el Congreso de la Unión. El documento político es ya histórico. Ante la muerte de Obregón, anuncia el paso de México de un país de caudillos a la de 'nación de instituciones y de leyes'.

Permítanme terminar con la referencia que sobre el particular hizo usted hace poco más de un año: 'A medio siglo de ese visionario mensaje, con el que el México desfeudalizado irrumpió en la era de su modernización, podemos afirmar que la nación es ya de instituciones y leyes; que el petróleo nos brinda certidumbre ante el futuro; que la industrialización nos ha dado experiencia y proporciones; que las mujeres son tomadas en cuenta y participan en el que-

hacer nacional; que conocemos la magnitud y limitación de nuestras realidades; que a lo largo de estos años, se ha acreditado la energía creadora de los mexicanos; la potencialidad de autorregeneración de nuestras instituciones y la capacidad de México para resolverse a sí mismo. El horizonte es claro. El rumbo está fijado. El camino lo haremos todos’.

*Hombres de Nuestro
Linaje*

HOMENAJE AL DR. ANDRES IDUARTE*

DEMETRIO AGUILERA MALTA

GUILLERMO BROWN

ANSELMO CARRETERO

ANTONIO SACOTO

* Tomado de: "Andrés Iduarte". Un homenaje al escritor y maestro ofrecido por amigos y discípulos de Western Illinois University en Macomb, USA Ill., 1975.

ANDRES IDUARTE, PARADOJA VIVIENTE

TENGO para mí la convicción de que Andrés Iduarte constituye una paradoja viviente. Debo confesar que este criterio no es acrobacia a priori, ni afán de tender un anzuelo a los incautos, ni juego idiomático para emular a tanto analfabeta que hoy enmascara su ignorancia o poca enjundia con el barroquismo laberíntico o con la audacia ilímite. Por el contrario, este avalúo; o quizá mejor, definición; o acaso preferible, intento de comprensión del autor de *Un niño en la revolución mexicana*,¹ viene sedimentándose en mi cráneo desde lustros pretéritos. Antaño, tal vez como una sospecha apenas esbozada; hogaño, como una verdad irreversible.

Dentro de tal proceso tuve la evidencia final ha poco tiempo en México, D. F., durante una larga caminata-diálogo que hicieramos el famoso tabasqueño y quien les endilga estas razones, desde el Monumento a la Revolución Mexicana hasta El Arbol de la Noche Triste donde Hernán Cortés lloró, según se han hecho lenguas, a banderas desplegadas, después de uno de sus reveses más punzantes. En aquel andariego parlamento culminó la conclusión que estaba aposentándose en mi mente: "Andrés Iduarte es una contradicción de Andrés Iduarte". Marchando a su lado, adaptándome al ritmo exigente de sus trancos, crecía mi interés por las frases que le oía. Su impregnación del hombre y del paisaje cultural resultaba desbordante. El, sin duda, había escudriñado en las entrañas de los seres y cosas de ese ambiente. Viejo deglutidor de Geografía e Historia, resultaba una cátedra perenne. Las referencias certeras, dilucidatorias, bautismales, daban la impresión de que el inveterado trotamundos no se hubiera desadherido de esos predios, que los llevara tatuados piel adentro. Sin embargo, a pesar de ser tan importante, esto no era lo único importante, y quien sabe si en ciertas ocasiones ni lo más importante.

Había adiciones. La evocación inicial estimulaba algo así como reacciones en cadena. A poco, en fluir concomitante, ciertas resonancias decisivas simulaban trampolines para suscitar otras presencias. Por ejemplo, la fachada hermosa del edificio de Los Mascaraones, recinto que albergara a la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM hasta época no muy lejana, resultaba una especie de ma-

¹ Andrés Iduarte, *Un niño en la revolución mexicana*, Temas Mexicanos, Núm. 14, Edit. Ruta, México, 1951.

yéutica de piedra que inducía en él percepciones aledañas o distantes. Y hay que aclarar que esa no fue su órbita universitaria mexicana. El transitó por los claustros de jurisprudencia. Su vocación, su verdadera vocación, apareció más tarde, y culminó con su doctorado en Filosofía en la Universidad de Columbia, de Nueva York. Con todo, la evocación de los maestros y estudiantes que convivieron en la nostálgica Facultad de Mascarones, le servía para vincularlos con otros de diferentes épocas y lugares, especialmente de nuestra región del Nuevo Mundo. A muchos de ellos los había conocido *in loco*, a unos cuantos los recreara en su memoria estructurándolos a base de lecturas o de profundos asedios al pasado.

Antes de proseguir, confieso a ustedes que mi primer acercamiento a esta idea que hoy frecuente me fue suscitada, en cierto modo, por dos ilustres coterráneos míos: el doctor en ecuatorianidad, Benjamín Carrión, y el mayor poeta de mi patria en nuestros días, Jorge Carrera Andrade. En nutricias pláticas mantenidas en diversas latitudes me fueron trazando una buena imagen del estudioso de Martí, todavía en formación en esos tiempos. Poco después, me fue dable leer algunos juicios de ambos. Verbigracia, entre otras opiniones, en su libro *Santa Gabriela Mistral*,² Carrión cuenta que a propósito de una visita que él debía hacer a George Duhamel, en compañía de la Gran Chilena, ésta hace una referencia al joven tabasqueño en su carta del 20 de mayo de 1927. Benjamín, por su parte, en Nota a tal misiva, explica que se trataba de Andrés Iduarte "el admirable escritor". Más explícito, informativo y de mayor extensión resulta el texto del poeta Carrera Andrade incluido en su libro *Rostros y Climas*³ del cual insertamos aquí los párrafos siguientes: "...Detrás de esa ventana, junto al escritorio, leía y releía Andrés Iduarte, un joven mexicano que pasaba apenas de los veinte años de edad y cuya delicada apariencia y su aire de romanticismo intrigaban a las buenas gentes del lugar. Era huésped de Gabriela Mistral durante esas vacaciones y pensaba regresar a Montpellier en el otoño, a continuar sus estudios... En la quinta,⁴ la mesa estaba tendida para la batalla, mañana y tarde. La generosa y magnánima Gabriela nos reunía en su torno y, con la sopa, iniciaba su prédica cristianísima sobre la necesidad de que la juventud hispanoamericana deje ya la ruta del erotismo y se dedique al trabajo dignificador.

² Benjamín Carrión, *Santa Gabriela Mistral* (Ensayos), Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, p. 127.

³ Jorge Carrera Andrade, *Rostros y Climas*, Ediciones de la Maison de L'Amérique Latine, París, 1948, pp. 218-220.

⁴ Quinta que tenía Gabriela Mistral en Bédarrides, Francia.

—El problema no es tan sólo moral sino social —aventuraba yo tímidamente. Los prejuicios de tipo feudal que mantiene a la mujer en una especie de clausura, determinan en el hombre hispanoamericano un complejo sexual que se transforma gradualmente en angustia. Ese estado de ánimo, la herencia de pereza árabe-española y de fatalismo indígena y la escasez de medios para luchar contra la naturaleza hostil son las causas principales del atraso y la inactividad de nuestros países. . .

—Puro Mariátegui. . . , decía Gabriela sonriendo.

—El problema de América es la emancipación material y espiritual —afirmaba Andrés Iduarte, viniendo en mi ayuda. La libertad ante todo. . . El amor mismo no es sino una forma de comprobación subconsciente de nuestra libertad, de nuestro instinto vital que se libera. Acuérdesse de Martí: amó y luchó. Tuvo su 'temporada en el infierno' del amor humano y se redimió luego y salvó a sus hermanos de Cuba. . .

—Tiene que purificarse, Andrés —contestaba Gabriela enfadada a veces. Tiene que huir de todas esas aventuras y ser el varón fuerte, de mente limpia, que sirve a su patria con alguna cosa de provecho. . .

Iduarte no era el burlador de corazones que creía Gabriela. Era en ese tiempo un mozo ejemplar, de vida sobria y sencilla, dueño de una gran voluntad detrás de su apariencia frágil de estudiante del Barrio Latino. Se hacía querer de todos y mantenía correspondencia con muchos jóvenes hispanoamericanos que andaban dispersos por las ciudades de Europa. Su mano se extendía generosamente hacia todos los que le pedían ayuda. Sentía por Martí un gran fervor que iría madurando con el tiempo, llevándolo a escribir, al andar de algunos años, una magnífica biografía del patriota cubano. Y su fe revolucionaria en un Continente unido y libre, en una humanidad mejor, se puso de manifiesto muchas veces, sobre todo en la defensa de la España democrática. . . ”

Después, el conocimiento más cercano de la vida y obra de Andrés Iduarte, me llevó a persistir en la tesis planteada al comienzo de estas páginas. A saber: gran parte de la existencia de él ha transcurrido fuera de su patria y su región, desde los tiempos en que estudió y viajó frecuentemente en Europa hasta los últimos treinta y cuatro años —salvo un breve lapso en que fue director del Instituto Nacional de Bellas Artes de México (1952-1954)— pasados en el ejercicio de la cátedra, como profesor de Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Columbia. Ahora bien, a pesar de este transcurrir voluntario, la mayor parte de su pensamiento, creación cultural, tarea docente y propósitos y realizaciones en general, ha

seguido, a lo largo de los años, enraizada en su nostalgia o en la investigación de las características de este sector del Hemisferio y de los valores más representativos del mismo. En lo que atañe a su nostalgia, se ha puesto en evidencia, principalmente, en el campo del relato, casi siempre saturado de vertebración mexicana. Además de *Un niño...*, ya citado, podríamos mencionar *El himno a la sangre* y *El Caballero matón*, entre otros. Refiriéndonos a su función de ensayista y maestro, encontramos dos trayectorias perfectamente definidas. La primera se concreta al estudio de algunos grandes hispanoamericanos y a la divulgación del pensamiento y obra de ellos. Podríamos mencionar, preferentemente, los que se refieren a Bolívar, Martí, Rómulo Gallegos, Sarmiento, Alfonso Reyes y Martín Luis Guzmán. La segunda trayectoria concierne al análisis de la creación literaria de la América Hispana, la divulgación de sus autores y libros, y la formación de estudiosos, críticos, eruditos y maestros en tales especializaciones.

En conclusión, podría afirmarse que la presencia de Andrés Iduarte fuera de nuestros pagos es principalmente física. Sus demás presencias —ánimica, intelectual y de ideales, pasiones y rutas— siempre han permanecido vinculadas a los seres, cosas y mundos que le son inherentes y esenciales. Y para mí, eso es lo paradójico: Andrés Iduarte vive donde no "vive". Andrés Iduarte está donde no "está".

Demetrio Aguilera Malta

MAESTRO EXTRAORDINARIO

“**M**ONTA el caballo bayo-claro, de crines rubias, que le regaló José Maceo en Arroyo Hondo. Viste saco oscuro, pantalón claro, sombrero de castor negro y atado al cuello, con cordón. Lleva revólver de cabo de nácar. Un pelotón emboscado lo derriba. Tres heridas graves declara la autopsia: una en el pecho; otra en el cuello; y otra en la pierna. Y para que el cuadro luminoso sea completo, están a su lado no sólo bravos hombres 'en la hora de su grandeza', sino nombres de liturgia y epopeya: Marcos del Rosario se llama el negro dominicano que bajó con él en Playitas, y Angel Guerra el guerrero blanco. Y el que lo acompaña y trata de rescatar su cadáver, es casi un niño: se llama Angel de la Guardia”.

Villahermosa es la isla de los cuatro meses. El reloj de agua del Grijalva da los meses. Este almanaque del sol sumergido no le qui-

ta a Villahermosa la gracia de su cara bañada. Las calles de alto y bajo suben y bajan con sus casas de cintas de colores puestas a secar al sol. Cada una es una cinta de una anilina diferente. No hay casas ni celestes, ni rosadas, ni grises, ni blancas. Son de azul ultramarino, de verde esmeralda, de amarillo eléctrico, de rojo de sangre, de flamear de banderas. Y como son pequeñas, de fachadas angostas y no se ve el caso que se junten dos del mismo color, la isla es un bazar de espejos de sol y de luna.

En una casa azul ultramarino en la Loma de la Encarnación, en esta calle vertical, nace "nuestro amigo de México". Su padre es magistrado, su madre rubia y azul. Tiene una abuelita, tres hermanas, un tío y dos tías y una criada negra que se llama Paula. Luego aparecen los demás tíos, tías, primos, primas con todas las complicaciones de las familias innumerables. En Villahermosa hay telégrafo y Jefe Político. Antes se llamaba San Juan Bautista. Su maestro en el colegio particular y laico se llama Gonzalo del Angel Cortés. Hay un herrero de hollín que sufre mucho. Hay una panadería en la esquina de la calle Sáenz. Hay un boticario que vende pastillas de goma. Doña Chona, vieja y peor hablada, vende baratijas y muñecos con alfileres clavados en la cabeza y el corazón. Cuando llueve y truena, porque Dios está enojado, hay que rogarle a San Isidro, que quite el agua y pone el sol. Todo esto sucede en Tabasco. No hay que olvidarlo, en Tabasco.

Aquí está también el museo más hermoso del mundo: "Yo que de Tabasco vengo — Con nudos de sangre maya — Donde el cacao molido — Da nuevo sentido al agua; — y se ve crecer la yerba — entre plumajes y estatuas". Porque Villahermosa es el ombligo de un mundo tatuado con las culturas más viejas de América. Vasos de caracol, braseros de terracota, acróbatas de las distancias, bailarines del tiempo, maestrarios de sonrisas diminutas, campesinos totonacas en sus columpios de aire y más y más plumajes y estatuas. Por un lado se va a La Venta, sembrada de cabezas ciclópeas de piedra. Por otro, al Palenque de las treinta y tres pirámides. Y por otro a Bonampak, en que los Diegos Riveras dejan los detallados relatos multicolores de sus ceremonias, guerras y alegrías.

Y así empieza el viaje alucinado de Andrés Iduarte, que aprendió a leer y a escribir en Villahermosa, antes San Juan Bautista de Tabasco.

Fue el 31 de agosto de 1914, antes que terminaran sus vacaciones, cuando llegó la Revolución a Villahermosa. Pasaron por la Loma de la Encarnación los batallones. Los soldados venían muy cansados, muy tristes y muy sucios. Las cornetas llamaban de otra manera que no había oído nunca. Se cerraron las puertas y las ventanas. Andrés Iduar-

te ya había cumplido los siete años. Todo era susurros y lágrimas. Sólo oía y volvía oír: "Deben irse esta noche. Pagarán justos por pecadores". En aquella casita azul de ultramar se quedaron los velocípedos, las pizarras, las canicas y los tres muñecos que había fusilado todos los días: Maximiliano, Miramón y Mejía.

Francisco I. Madero, Blanco, barbado, pequeñito, enfebrecido de fe, bueno como el pan, humilde como San Francisco, siempre me ha recordado a David; su honda fue la que abatió a Goliat, gigante era la Dictadura. Al servicio del pueblo puso sus caudales y su vida, y los de los suyos. De él lo que más se recuerda es la sonrisa, la palabra dulce y cariñosa, aun para sus enemigos. En su brega no faltaban, a su hora, los soles y los rayos, pero en su fuego había temura de creación, calor de hogar. Nadie dijo del Dictador cosas más desapasionadas, más justas, y hasta el último momento, hasta el último límite, lo llamó a la verdad con la razón más serena, más cordial, a despecho de los violentos que no alcanzaban la mejor fuerza del hombre. Todavía no se ha visto bien cuánta sangre evitó, con haber habido mucha, ese juego milagroso entre la admonición y el combate, de la admonición que no frenaba sino fortalecía su combate. En éste, nunca usó el odio: no lo sentía, no lo conoció, lo había dejado en los orígenes del hombre común; y en el poder nunca bajó a la venganza porque había venido —precisamente— para desterrarla. Envuelto en la luz bienhechora, en ella cabalgó sin desmayos y en ella murió sin flaquezas... No lo entendieron quienes no tenían sus quilates, y lo siguen ignorando los que no lo han leído. No fue un erudito, no era un escritor, pero sí un hombre, y qué hombre tan alto y tan hondo, de los que saben más y escriben mejor que los eruditos y que los escritores: llegan arriba y adentro, al cielo y al corazón, y él llegó a los del pueblo. La jauría lo mordió, y él no tuvo más que compasión por la jauría: a mil codos por encima de ella, no la temía sino la amaba, triste parte, pero parte —al fin— de la humanidad que era su arcilla... Alzó todo el país como sin esfuerzo, porque su fuerza era mágica. No perdió la sonrisa ni en la cárcel, ni en el sinsabor de la política, ni en la sangre del combate, ni ante la traición artera, ni aun en el mismo instante del asalto por la espalda, ni cuando rindió el espíritu sobre el polvo mexicano que tanto amaba.

Así vio y así ve Andrés Iduarte a Francisco I. Madero. Y así aprendimos nosotros a verlo. Nosotros sus estudiantes.

En 1940 vivíamos en Baltimore, Sara y yo, y nuestro vecino providencial era Pedro Salinas, sí, Pedro Salinas. Un buen día nos pidió llevar a Nueva York, para entregarlo al Embajador don Fernando de los Ríos, un candelabro blanco de barro mexicano con flores y ángeles azules, rojos y amarillos. Era un sábado en la tarde cuando

llegamos a la avenida del Riverside Drive y la calle 116 con nuestros ángeles, flores y luces mexicanos. Los balcones estaban cerrados y no había flores. Allí estaban: el Embajador don Fernando de los Ríos, doña Gloria Giner de los Ríos, Laurita de los Ríos, Don Federico García Rodríguez y Doña Vicenta Lorca Romero y Francisco García Lorca, el Profesor de Onís y el Profesor Iduarte.

"Federico, te acuerdas — debajo de la tierra, — te acuerdas de mi casa con balcones en donde — la luz de junio ahogaba flores en tu boca?" Y añade Pablo Neruda: "Bandidos con aviones y con moros, — bandidos con sortijas y duquesas, — bandidos con frailes negros bendiciendo — venían por el cielo a matar niños", y mataron, también, a Federico García Lorca. A Federico García Lorca que habíamos aprendido de memoria en Santiago de Chile y habíamos asistido a sus autos rurales cuando oficiaba Margarita Xirgu en el teatro más grande de Santiago de Chile. *La casa de Bernarda Alba*, *Yerma*. *Bodas de Sangre*. . .

Volvimos a Baltimore. Estalló la Segunda Guerra, Pedro Salinas se fue a Puerto Rico y nosotros nos fuimos a estudiar a la Universidad de Carolina del Norte. Terminados nuestros cursos volvimos a Nueva York. Sara a la Universidad de Nueva York y yo a la Universidad de Columbia. Aquí estaban Federico de Onís, Tomás Navarro Tomás, Angel del Río, Francisco García Lorca y, a cargo de nuestro mundo americano, el maestro Andrés Iduarte.

Fue en septiembre de 1945, a las 5 de la tarde: entramos por primera vez a una sala de clase en la Universidad de Columbia. Eramos un grupo de cuarenta alumnos de todos colores y de todos los rincones de la tierra. Volvíamos los ojos, pelábamos los ojos, buscando conocidos. El maestro Iduarte ha descrito así a sus alumnos: "Muchachos blancos, rubios nórdicos del Alvarado veracruzano, del Táchira de Venezuela, de Montevideo; castaños de Tabasco, de Bogotá y Antioquia, de Valparaíso [yo] y de Buenos Aires: trigüeños de La Habana y de San José de Costa Rica; mestizos de Cajamarca, achinados ojos de Arequipa, menudos pies de Filipinas, mulatos de blanquíssimos dientes y crespo pelo de Santo Domingo y de Nicaragua, verdes ojos en canela piel de mujer colombiana; indios puros de mongólica estampa del páramo boliviano, y retintos negros, relucientes de limpios, del Callao y Panamá". Estos éramos nosotros, pero también estaban los dueños de casa, de casi tantos colores y combinaciones como nosotros, venidos de los cuarenta y ocho estados de los Estados Unidos de América.

Súbito silencio y entró sonriendo detrás de sus gruesos anteojos el maestro Iduarte. Así lo anunciaban sus compatriotas mexicanos: el maestro Iduarte. Leyó lentamente los nombres de los matricula-

dos, fijando la vista en cada uno de nosotros, como aprendiéndonos de memoria para no olvidarnos jamás.

"Ni el libro europeo ni el libro norteamericano les darán la clave del enigma". Así empezó nuestra primera clase en la Universidad de Columbia. Desde el primer momento ya teníamos compás en nuestra exploración. Tendríamos que revisar todos nuestros conocimientos provincianos.

"¿Cuál raza? Esa, ésa era la raza. La lengua era la raza. Mexicanos de eses sibilantes y mil vocablos indígenas; arequipeños, bogotanos, quiteños y bolivianos de fonética y ritmos preciosos; venezolanos de la Guaira y Margarita, puertorriqueños de San Juan y de Ponce; colombianos de Cartagena o Barranquilla, cubanos de La Habana y Camagüey y Santiago; chilenos de finísima articulación labial, en la punta de la lengua; argentinos y uruguayos de rodadas yes; colombianos académicos; limeños, paraguayos, nicaragüenses y todas y todos de toda América".

Y ahora ya todos éramos amigos y nosotros los chilenos añorando amigos de todos esos países, ya que todos tenían algún pariente que había estudiado en la Universidad de Chile durante las épocas déspotas de sus propias tierras.

Un indio del pueblo de Guelatao, hijo de un grupo zapoteca aislado y misérrimo, parte a la capital de Oaxaca, sirve como criado y estudia, se hace más tarde abogado merced a su tesón sin desmayos, llega un día a Gobernador de su provincia, luego a la Presidencia de la Suprema Corte de la Nación y a la Presidencia de la República. La lección de energía queda resumida en pocas palabras, que encierran muchos años de infancia dolorosa, de adolescencia y juventud abnegadas, de madurez laboriosa. No es inferior a ninguna de las más grandes figuras históricas. Y aun hay un aspecto que la hace superior a todas: Juárez nació en una comunidad india, pertenecía a un grupo aborigen vencido y postrado. Por esto, cualquiera que sea la doctrina política que se crea, nadie podrá negarle su valor de ejemplo para las nuevas generaciones de México y de todos los climas... En cuanto a símbolo, Juárez está consagrado: es el jefe de una nacionalidad joven, débil y desconocida en el mundo, que le defiende de una intervención extranjera poderosa, y logra triunfar sobre ella a través de cinco largos años de enconada lucha, de fracasos, de angustias, gracias a su fe, a su pertinacia, a su heroísmo civil, a su abnegación, a su firme esperanza. Con cartas, discursos y proclamas vence moralmente a la profusa propaganda de la intriga internacional urdida contra México; con soldados andrajosos derrota, al cabo, a los restos de una vigorosa expedición militar de Napoleón el Pequeño. Juárez pasa así a ser el símbolo del

derecho y la justicia triunfante sobre el atropello de fuera, el abandono de los débiles de todas partes que se enfrentan, resisten y derrotan la agresión de los fuertes...

Y sigue la lección humana.

Martí creía en la utilidad de la muerte heroica, en la fuerza de los muertos. "Otros —dice en 1891— lamenten la muerte necesaria. Yo creo en ella como la almohada, y la levadura, y el triunfo de la vida". Y en otras frases poéticas se anticipa a contestar a quienes habrían de compungirse con su final vital, único en juego con la grandeza de su vida y el sentido de su obra. Con firme paso y sin dudas negativas va hacia su muerte, hacia la suya, a la única que le correspondía. A tal vida, tal muerte... Pero conviene ver las cosas claras, y no creer que Martí es un suicida: no lo es, cree que desafiar el peligro es un deber y que, si allí la muerte aparece, da más vida al muerto. Y si no viene, da más vida al vivo. Dijo en otra ocasión: "La razón, si quiere guiar, ha de entrar en la caballería; y morir, para que la respeten los que saben morir"... Y no se engañaba en cuanto al hombre. Lo conocía, pero quería redimirlo con el ejemplo. Tampoco deja de pensar que está de "animal expiatorio". Ya había hablado de los farsantes: "Es cosa, si no fuera por la piedad, de ensartarlos en un asador, y llevarlos, abanicándose el rostro indiferente, a ver morir, de rodillas, al héroe de oro puro e imperecedero. Hay que ir adelante, para bien de los egoístas, a la luz del muerto". No sólo quería morir por Cuba, sino en contra y, a la vez, por los malos cubanos. Creía que el ejemplo de una muerte digna sacude incluso a los infames. Aun cuando Martí duda de la bondad humana, la afirma, porque cree en la posible redención: "Yo voy —dice a Gualterio García— a que me estrujen, a que me acorralen, a que me intriguen, a que me nieguen"... Para que su muerte sea un himno realmente glorioso, se juntan su fe mística en el sacrificio, su convicción razonada de que el jefe debe arriesgar la vida tanto como el soldado y ganar en el peligro la garantía para dirigir a los hombres y para iluminarlos después de la muerte, y el conocimiento de que la humanidad es imperfecta y niega y crucifica a sus redentores. Fe relampagueante, deducción lógica, melancolía sabia y, finalmente, envolviéndolo todo otra vez, el azul que no pueden empañar las nubes.

En 1927, el estudiante Andrés Iduarte Foucher estaba en París en la Sorbona. Allí, en París, conoció a Gabriela Mistral.

Me parece que el día que fuimos Carlos Pellicer y yo a ver a Gabriela Mistral no estaba en su hotelito del Palais Royal. Volví otro día y le

dejé el *Romancero gitano* de García Lorca, que acababa yo de leer, con una carta que luego ella calificó así: "como de colombiano". No me gustó la observación de esmero o academia... Había yo leído *Desolación* y otras cosas sueltas de Gabriela, con gran entusiasmo. Y no me llamó menos la atención la mujer que la poetisa. Su alta estatura, sus ojos profundos —tan ardientes como dulces—, su sonrisa de dos filos —bondad y nervio, ternura y fuerza sin maldad—, su paso cadencioso, su "torpe aliño indumentario", como dijo Antonio Machado del suyo propio, su personalidad hecha de una serenidad difícilmente conseguida, pues cubre fuegos cordiales y qucellas íntimas, me sedujeron desde el primer momento. ¡Qué grande la encontré en comparación con tantos escritores profesionales, intelectuales de carrera, sabihondos pedantes, señorones densos y señoritos frágiles y retorcidos que yo venía conociendo desde que empecé a vivir y a escribir! Me pareció el ser más auténtico y humano que había yo visto en la literatura. Y quizá también el más puro y el más limpio, pero pureza y limpieza sin simpleza ni gazmoñería. Había en aquella mujer, sencillez y majestad al mismo tiempo, y —para que la impresión fuera mejor— yo sabía por sus versos y sentía por sus ojos que la poetisa ardía por dentro... Ella me invitó —fue sugestión de Pellicer— a pasar una temporada en su casa de Bédarrides, Vacluse. En aquella casa vivíamos: Gabriela, una muchacha llamada Pradera, Llin-llin y el poeta ecuatoriano Jorge Carrera Andrade. El niño, Llin-llin, era, naturalmente, el centro de la familia. Tenía entonces cuatro años. Supe por Gabriela que era hijo de madre catalana y de su hermano, que caminaba como ella el mundo pero de otra manera.

Y el maestro Iduarte también caminaba ahora el mundo a su manera, a la manera tabasqueña y con su ángel de la guarda permanente: México.

Allí fue donde los bravos indios pusieron una vez en derrota a los conquistadores, en Tabasco, a pesar de los misteriosos arcabuces y de los diabólicos caballos. Tierra de historia vigorosa y trágica, casi tétrica. La tragedia es el sonsonete de su historia. Y su historia tiene un tono particular, singularísimo: Tabasco vive de conceptos tradicionales, rancios, ásperos, sobre el honor. Es allí práctica constante el desafío entre dos hombres, en el que se siguen tremendas leyes, y del que siempre es uno el que regresa; es allí deber y placer la venganza, más que corsa, que despedaza a dos familias, como a Montescos y Capuletos. En las luchas políticas lo sentimental impera sobre lo doctrinario: la amistad es la base reguladora del mal y del bien. Tierra donde la lealtad al amigo es la fundamental virtud, y en la que la traición del amigo ha de castigarse inexorablemente con la muerte. A Tabasco no llegaron

las misiones religiosas. Los que sí llegaron, fueron piratas y bucaneros que, derrotados o satisfechos o cansados, buscaron refugio y paz adentrándose por los grandes ríos que inquietaban sus ojos audaces. Tabasco sigue siendo una tierra piratesca, por temeraria, no por filibustera. El tabasqueño —que lleva apellidos franceses e ingleses, a veces entrecados con la piratería antillana— muere con gusto por lo que cree y hasta por lo que no cree. Su población, casi toda blanca, matizada de mayaquiché y de azteca —asiento y límite de viejas culturas fue Tabasco— mira hacia su selva virgen y hacia las de Chiapas y Guatemala, hacia las monterías que tiene dentro y cerca de su seno: el frenesí biológico de estas tierras de explotación y aventura, les da fisionomía. El desprecio a la muerte, presente en todo mexicano, adquiere en el tabasqueño un diapasón subido.

Todos los viernes, después de clases, o del día que fuera de acuerdo con los horarios de cada año, en el tercer piso del edificio de la Filosofía, a espaldas del pensador de Rodin, donde estaba la oficina del maestro Iduarte, había confesión y guía espiritual y también, a menudo, económica. Estos viernes, o lunes, o martes, o miércoles, o jueves, de todos los años, me recordaban la misma ceremonia del viejo Seminario de Concepción en Chile. Todos esperábamos en silencio rumiando nuestros propios problemas. Salía uno, entraba el otro. Entraba preocupado, salía sonriente. "El padre Iduarte" oía, absolvía y daba penitencia. Pero este era un padre tabasqueño generoso, cortés y humano y también duro cuando era menester. Su magro sueldo de profesor no era valla para su generosidad. Más de una semana, en años consecutivos, éramos invitados a comer a su departamento en el que esperaba con la mesa puesta Graciela Frías Amescua, de Iduarte desde 1932. Y volvíamos a estar en nuestras propias casas lejanas, bien alimentados, con la familiar botella de vino y la bondadosa atención de Graciela. Muchas veces Graciela reclamaba cansancio, pretexto conocido para llevarnos a algún pintoresco y succulento sitio del Greenwich Village. Los corridos y las mañanitas eran nuestro postre favorito, que el maestro Iduarte cantaba y recordaba con prodigiosa memoria. Con su prodigiosa memoria.

"Ni tanto, ni tan poco". Era su muletilla favorita. Los recién llegados alumnos no sabían de qué se trataba. Era el santo, sí, santo y seña que no explicábamos los que estábamos en este secreto a voces, y que finalmente el maestro accedía a descifrar. "Ni tanto ni tan poco". Todos los novatos, y también muchos jóvenes ancianos, afilaban los oídos y los lápices para apuntar la revelación: "ni tanto que queme al santo, ni tan poco que no lo alumbre". Sí, "ni tanto que queme al santo, ni tan poco que no lo alumbre". No era litera-

tura de escombros la que explicaba el maestro Iduarte. Los escombros son estériles.

Geografía. *Geo* quiere decir tierra. *Grafía*, escritura. Y aquí estaba nuestra auténtica escritura de la tierra. De la nueva tierra. Y como nueva, enigma por descifrar. Nuestro nuevo continente con sus cimas, con sus volcanes, con sus torrentes, con sus cataratas, con sus golfos, con sus islas, con sus bahías, con sus ciudades capitales y menores: Fernández de Lizardi, Mármol, Villaverde, Isaacs, Mera, Palma, Blest Gana, Carrasquilla, Reyes, Lynch, Rivera, Barrios, Azuela, Guzmán, Güiraldes, Quiroga, Icaza, Alegría, Mallea, Romero, Uslar Pietri, Borges, Otero Silva, Hernández, Darío, Mistral, Neruda, Bolívar, Sarmiento, Montalvo, Hostos, Martí, González Prada, Cano, Reyes, Vasconcelos, Henríquez Ureña, Picón-Salas, Martínez Estrada, Florencio Sánchez, Usigli, Rómulo Gallegos. Y Gallegos nos une a los desconocidos en 1945.

En 1967 el maestro Iduarte viaja a Caracas a participar como jurado en el Premio Internacional Rómulo Gallegos. Por primera vez se otorga este premio a la mejor novela publicada en los cinco años precedentes. *La casa verde* del arequipeño Mario Vargas Llosa recibe las palmas. El maestro Iduarte no había descuidado los nuevos descubrimientos: García Márquez, Rulfo, Fuentes, Roa, Cortázar, Sábato, Arreola, Asturias, Carpentier, Leñero, Onetti. Y el archipiélago sigue cada día ofreciendo sorpresas.

De vuelta en México en 1930 empecé a enterarme de cuánto había que leer de Rómulo Gallegos, y lo que más nos importó a los estudiantes que fundamos el Centro de Lecturas y Conferencias: que ya estaba en destierro por decreto suyo espontáneo, el fuerte brazo apretado al de sus discípulos, encarcelados, torturados y asesinados en la Rotonda y el Castillo de Puerto Cabello... ¡Así lo queríamos! Nos entusiasmaba la prosa vital, el amor al campo y al pueblo de América y su mensaje civilizador, que desde el primer momento supimos hermanado con el de Sarmiento. También nosotros nos sentíamos en pugna con la barbarie, y en el propio contorno y en la propia sangre veíamos bullir a Santos Luzardo. Santidad y luz ardimiento, pureza y luz y combate, ¿no eran los sueños y los ideales de mi generación universitaria? ... El defensor de las libertades humanas nos sedujo tanto o más que el escritor o, dicho mejor en uno, el escritor como paladín de las libertades humanas. Para eso estudiábamos, para eso había que vivir: para "desbravadores de la selva". ¿Quién lo era tanto como Rómulo Gallegos? ¿Y quién —preguntamos ahora— lo ha sido más? Entonces empecé a entrar en el santuario hispanoamericano donde, en alto y en el centro, estaba José Martí. En ese sitio colocó al gran cubano la

semilla dejada en México por los patriotas que allí hicieron casa desde la Guerra de Diez Años, la semilla regada por don Justo Sierra a la hora de Dos Ríos y, años más tarde, por Pedro Henríquez Ureña en el Ateneo de la Juventud. Así comenzó Rómulo Gallegos a ser el rector de nuestra fraternidad con los venezolanos, nacida cuando Vasconcelos puso en nuestras manos todavía infantiles su bandera, y crecida en el fuego de la prosa de Rufino Blanco Fombona cuando en el rescoldo de la Revolución Mexicana empezamos a vivir, a arder. Pero fue en Madrid, recién desembarcados de nuestro segundo viaje a Europa, donde entró de lleno —y más que nadie— en nuestra sangre. Esta era tierra abonada para recibir su enseñanza de reflexión, de serenidad, de verdadera fortaleza . . . El ató las puntas de nuestras dudas, juntó los cachos que pudieron quedar sueltos. ¿Qué regalo más milagrosamente oportuno que el encuentro con Rómulo Gallegos?

Podemos repetir sin reservas: ¿qué regalo más milagrosamente oportuno que el encuentro con Andrés Iduarte?

Gallegos le escribió a Iduarte:

Ahora te has encargado de saludarme los años cumplidos en nombre de tu México hospitalario, noble y cordial, de cuya fina cultura eres representante ilustre y meritísimo, no sólo por el claro talento bien cultivado, sino también por la gallardía de espíritu que siempre te mueve a ocupar sitio del lado de la razón y la justicia y en todo momento te tiene la íntima bondad pecho a pecho con ajeno sufrimiento. ¿Será necesario que te diga: gracias, Andrés Iduarte?

¿Será necesario que te digamos: gracias, Andrés Iduarte?

"Martí . . .

Guillermo Brown

ANDRÉS IDUARTE EN ESPAÑA

FUI a la Universidad Obrera de México para despedirme de Vicente Lombardo Toledano, su director, con quien durante mi corta estancia en el país había tenido muy buena relación personal.

Entréguele estas líneas de mi parte —me dijo al final de la conversación, a la vez que me daba una tarjeta escrita. Andrés Iduarte es un excelente mexicano y en él encontrará usted toda la ayuda

que pueda darle. ¡Buena suerte, compañero! —y dimos fin a la entrevista con un cordial abrazo.

Al día siguiente dejaba México, y en él a mi mujer y mi hija, para regresar a España e incorporarme al puesto que la República me había asignado en el Ministerio de Estado, con un nombramiento tan sorpresivo para mí como para el embajador de España en México por cuyo conducto se me comunicaba. Viaje sombrío, por tren y barco, con escalas en Nueva York y París en donde se me confiaron engorrosísimos encargos oficiales y confidenciales. Días de nerviosa preocupación, sin noticias de los míos de España y sin saber cuándo, si es que alguna vez, volvería a ver a los que en mi precipitada salida dejaba en el alto valle del Anáhuac; horas y horas de desesperante espera, sin más actividad que la busca ansiosa de noticias sobre la tremenda lucha fratricida que llenaba de sangre y escombros la patria traicionada.

No fui a Madrid, en principio mi lugar de destino, porque durante el viaje la capital de la República se había trasladado a Valencia, donde a los pocos días encontré a Iduarte, a quien sólo conocía por un artículo de la revista *Futuro* y lo que de él me había dicho Lombardo. No recuerdo dónde ni cómo ocurrió la entrevista, pero sí que nuestra conversación fue muy abierta y cordial, con muchas preguntas suyas sobre México: la reacción popular ante la guerra de España, la actitud de los hombres más destacados, el presidente Cárdenas . . . ; y que cuando me despedí de Andrés quedé con la sensación de haber enriquecido mi vida con un amigo para siempre, ese "siempre" con que nuestro subconsciente anhelo de eternidad pretende estirar al infinito el incierto y breve lapso vital del ser humano. Y para siempre fue la amistad en aquellas circunstancias iniciada, un "siempre" que ha durado ya treinta y ocho años, muchos más de los que hasta entonces habíamos vivido cada uno.

Amistad que pronto se extendió a Graciela, porque Iduarte no era de los hispanohablantes —abundantes entonces— que dejaban a su mujer en casa. Pareja bien avenida, Graciela era parte inseparable del mundo de Andrés, que con ella compartía enteramente su vida privada. Alegre, cordial, discreta, siempre oportuna para decir una palabra de sosiego al excesivamente exaltado, o de humana comprensión hacia el ausente autor de un acto reprobable, Graciela era valioso auxilio de Andrés en aquellos días tormentosos.

El joven escritor mexicano Andrés Iduarte tenía muchas relaciones en los medios universitarios e intelectuales de Madrid, no sólo por su pluma y sus amistades, sino también por su condición de miembro de la F. U. E. (Federación Universitaria Escolar) madrileña, secretario de la F. U. H. A. (Federación Universitaria Hispa-

no-Americana) y secretario de la Sección Iberoamericana del Ateneo de Madrid. Es de recordar que las expresiones Latinoamérica y latinoamericanos nos eran entonces extrañas y que siempre decíamos Hispanoamérica e hispanoamericanos. Iduarte es de los escritores mexicanos que —sin mostrar en ello rígida intransigencia— sigue fiel a aquel *hispanoamericanismo* y *Pláticas hispanoamericanas* es el título de uno de sus libros más hermosos, que rezuma en sus páginas cariño a tierras y pueblos.

Iduarte llegó a conocer bien España. Los estudios en la Universidad Central, las actividades en las asociaciones estudiantiles y en las tertulias literarias, su razón abierta a todos los horizontes, su amplia cordialidad y su afición a la plática que le llevaba a conversar con todos, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, ilustres catedráticos y pescadores o campesinos analfabetos, diplomáticos y camareros, desconocidos vecinos de taberna... le familiarizaron con los más diversos ambientes. Los viajes por la Península le llevaron a ver las diferentes Españas —Galicia, Cataluña, Andalucía... las brumas del Norte y el sol de Levante, el centro y la periferia, las llanuras leonesas y manchegas y las sierras castellanas—, única manera de conocer verdaderamente a España, imposible de representar por un solo símbolo regional.

En España también anudó Iduarte nuevas relaciones o reforzó otras ya existentes con escritores hispanoamericanos —Rómulo Gallegos, Gabriela Mistral, Carrera Andrade, Pablo Neruda, entre otros—, de cuya estancia en la Península cuenta nuestro amigo en varios de sus ensayos.

Decía don Federico de Onís, en su prólogo a las *Pláticas hispanoamericanas*, que "Iduarte tiene una concepción propia de la cultura hispanoamericana, preocupación principal de su espíritu y tema esencial de su obra". Para mí, Andrés Iduarte, tabasqueño y mexicano medular, es un hispanoamericano cabal, el más cabal de cuantos hispanoamericanos he tratado. Cuando lo conocí "ya veía a España como la raíz esencial de Hispanoamérica" y como el *irrenunciable denominador común* de toda ella; "esa España cuyas letras, cuya tierra y cuyo pueblo —dice— habrían de ser un día partes de mi cabeza y de mi corazón". Pero a la vez sostenía como buen mexicano el trasfondo indígena de su pueblo. Espíritu limpio, más amante de nobles afirmaciones que inclinado a negativas actitudes, rechazaba rotundamente "la igual necesidad de los hispanólatras o los indólatras", como rechazará siempre toda furiosa desmesura: "Si es desacertada y destructiva la pasión antiindígena o indófoba en los países que, como México, han nacido de la mezcla de indios y españoles, no lo es menos —afirma— la pasión antiespañola o hispa-

nófoha. Las dos son suicidas". "Tan mutilador para América es el desprecio del indio como el odio eliminador de España".

Iduarte es escritor nato, familiarizado con la pluma desde los años mozos. Tiene, además, respeto y cariño por nuestra lengua, la que hoy, y desde hace pocos años, la Real Academia —por motivos políticos, que no por razones históricas o filológicas— llama oficialmente española y que antes se llamó siempre castellana, nombre éste que en México se usa con mayor frecuencia que en España y que yo utilizo con exclusión del oficial, no por "imperialismo castellano" como podría pensar algún malicioso lector, sino todo lo contrario: por respeto a los demás idiomas de España —galaico-portugués, catalán y vascuence—, todos ellos tan hispánicos o españoles como el castellano y, si acaso, el venerable éuscara más que ninguno por su mayor antigüedad. Llamar español únicamente al castellano es negar española a la lengua propia de los catalanes —bilingües casi todos, como muchos baleares y no pocos valencianos—, excluirla de la cultura española, lo que equivale a expulsar a Cataluña de España, torpe labor *separadora*, por sí misma y por provocadora de separatismos desgarradores. Y cosa análoga se puede decir con respecto al gallego y al vascuence.

Este respeto y este cariño de Iduarte por nuestro idioma, que se reflejan en su prosa —no siempre la buena novela, el excelente ensayo o la bella imagen poética coincide con la mejor calidad lingüística—, nada tienen de vasallaje o sumisión colonial a metrópoli alguna: él no reconoce blasones idiomáticos ni nobiliarias familias lingüísticas. He sostenido también este criterio siempre que se me ha tocado el tema. Están fuera de justicia y razón quienes, con sentido de autoridad paternal sobre Hispanoamérica, creen en el superior derecho lingüístico de los peninsulares: el castellano —y afirmación semejante vale para el portugués— es hoy, por igual, patrimonio común de todos los que lo tenemos por lengua propia, y no podemos reconocer más jerarquías en su dominio que las de quienes mejor lo usan, lo respeten, lo perfeccionen y lo enriquezcan, cualesquiera que sean su nacionalidad y su lugar de origen. Aquí viene a pelo la sentencia popular di mi tierra: "cada uno vale por sus obras".

En México, como en España y como en todas partes, hay gentes que hablan y escriben bien, y otras que hablan y escriben mal; personas que tiene respeto y amor por su lengua, y otras —no siempre las menos cultas— que la usan sin el menor cariño, como un mero instrumento de comunicación, con el mismo concepto utilitario que puedan tener del automóvil o del televisor. Y, también como en todas partes, hay en México regionalismos y acentos regionales.

Quando llegué por primera vez a tierra mexicana me sorprendió

gratamente el uso general de vocablos de clara estirpe española que raramente se oyen en la Península —voltrear, jalar, plática, angostura. . .—, y de otros allá desconocidos que, por su gracia o apego al genio del idioma, acepté de inmediato —*ningunear*: ignorar despectivamente a alguien; *ferrocarrilero*, por ferroviario, y aquí recuerdo haber oído llamar *trenero* al maquinista del tren en tierras de Castilla rayanas con Aragón—; también llegaron a mis oídos frases estrafalarias —como “tendrá verificativo”— y pochismos —parejos de los galicismos peninsulares—; y me desconcertaron faltas propiciadoras de confusiones —como “hasta mañana llega”, por “hasta mañana no llega”—; comprobé que el mexicano, como el castellano, pronuncia la *v* como *b* —el sonido labiodental de la *v* es ajeno a nuestro idioma— por eso en Castilla el pueblo llama a esta letra *ube*—; y que no pronuncia la *z*, ni la *ll*, sonido éste que se está perdiendo en muchas partes de España y hemos oído a algunos colombianos; y oí a gentes de pocas letras pronunciar a la perfección taxi y exacto, lo que me causó grata extrañeza porque más de un universitario madrileño dice *taxi* y *esaxto*.

Estas o parecidas consideraciones fueron en alguna ocasión tema de charla con Andrés.

Dice Iduarte que el año 1936 señala una fecha importante en la historia conjunta de Hispanoamérica y España; y yo lo creí así desde que vi, con mis ojos, la conmoción que en México produjo la guerra civil española.

En julio de 1936, el pueblo de México —el obrero, el campesino, el humilde empleado, el estudiante de escasos recursos económicos. . .— descubrió de pronto, con íntima alegría, que en España también había pueblo. Estos mexicanos sabían de los españoles por los libros de historia de las escuelas primarias y por lo que habían oído: la conquista y la colonización de América por guerreros españoles y la conversión de los indios al catolicismo por misioneros venidos de España; habían visto diplomáticos del gobierno y españoles dueños de grandes negocios y hermosas haciendas, y estaban familiarizados con los que en los mostradores de las panaderías y tiendas de abarrotes les despachaban diariamente sus modestas compras. Pero entonces leyeron en los periódicos, y hasta lo vieron en dramáticas fotografías, que en Madrid, en Barcelona y en otras ciudades de España, los obreros, los estudiantes, los hombres del pueblo en general formaban milicias para combatir al fascismo y tomaban por asalto los cuarteles en que se hacían fuertes los militares sublevados; y que los braceros andaluces, extremeños y manchegos —pares de los peones de las haciendas mexicanas— se echaban al monte para escapar de los fascistas y unirse a los combatientes republicanos.

A los pocos días del estallido de la contienda —el 26 de julio de 1936— se efectuaba en el Teatro Principal de la capital mexicana el primer mitin —tal vez en el mundo— de apoyo al pueblo español organizado por la C. T. M. Invitado por Lombardo Toledano, hablé en él como militante del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores de España. Nunca olvidaré la figura de aquel hombre, próximo a la sesentena, vestido con ropas de mezclilla, respetuosamente descubierto y sentado en una de las primeras filas, el cual cada vez que los aplausos interrumpían mi discurso se ponía en pie y, agitando con el brazo su sombrero de palma, gritaba —con acento del altiplano y la castiza conjunción *que* por delante del vencedor—: ¡Que viva el pueblo español! Aquel entusiasta mexicano acababa de descubrir la existencia real de un pueblo español de carne y hueso que luchaba contra la injusticia y la opresión.

La Guerra de España —por antonomasia— trastornó repentinamente y totalmente la vida de los Iduarte el trágico mes de julio de 1936. Licenciado en derecho por la Universidad Nacional Autónoma de México, Andrés, que ya había cursado los correspondientes estudios reglamentarios en la Universidad de Madrid, se disponía por aquellos días a presentar su tesis doctoral. Desde el momento mismo en que se produjo la sublevación militarfascista comprendió que España iba a pasar por un trance decisivo, que estaban en juego, para mucho tiempo, la libertad, la justicia y la independencia nacional, y que el pueblo español, con ayuda o sin ella, lucharía hasta el último aliento por no perder la partida; vio también con claridad que aquella lucha fratricida, iniciada por los sublevados con implacable crueldad, era el comienzo de la gran conflagración mundial que el fascismo venía preparando desde la ascensión de Hitler al poder. España y el verano de 1936 fueron la ocasión que las potencias fascistas, al apoyar a la reacción española, consideraron propicia para el ensayo general de la gran matanza. Y en aquella misma hora, Andrés Iduarte, palpitante pedazo de México en pleno campo de la tragedia, se dio por entero a la causa del pueblo español.

Dos altos motivos le empujaban a esta entrega: la razón y la justicia, en la República española entonces personificadas; y su cariño hacia el pueblo que con tan heroica decisión la defendía. A ellos pronto vino a agregarse un tercero: el apoyo resuelto que el gobierno de México, presidido por el general Cárdenas, acordó dar, en la medida de sus posibilidades, a la España republicana; ayuda modesta por su material cuantía, pero efectiva por la oportunidad con que llegaba, y de gran valor moral en la serena gallardía con que se declaraba ante un mundo que los insolentes desplantes de Hitler y Mussolini tenían atemorizado. Dramática y bella ocasión para An-

drés Iduarte. A partir de la inolvidable declaración del presidente Cárdenas, México hacía públicamente suya la lucha del pueblo español; e Iduarte, con el beneplácito de su gobierno, que en aquellas circunstancias él acataba con redoblada lealtad, podía sentirse a la vez mexicano y español. Y como buen mexicano ayudó a España, y al sentirse español en la tragedia, fue más mexicano que nunca. Mente y corazón movían su pluma cuando, mucho tiempo después, en una de sus bellas "pláticas" escribía: "Fecha trascendental es 1936, en que España peleó por todo lo que América había peleado, primera guerra española en la que tomaron parte centenares de voluntarios hispanoamericanos". Creo que jamás consideró Andrés tan honrosa su ciudadanía mexicana como cuando llegaron a España los veinte mil fusiles y veinte millones de cartuchos que México envió a España el otoño de 1936.

En artículos y crónicas, para revistas hispanoamericanas y españolas —entre ellas la inolvidable "Hora de España" que inmortalizó Machado—, en copioso epistolario personal, en reuniones de diversa naturaleza, en sus contactos con los voluntarios hispanoamericanos, en todo cuanto estuvo a su alcance ayudó Iduarte a la República española. Su colaboración resultó singularmente valiosa en el Ministerio de Estado donde contaba con amplias amistades y simpatías. Conocido hasta por guardias y porteros, entraba en él como persona de la casa.

Mucho se ha dicho, y nunca será excesivo repetirlo, sobre la ayuda que el gobierno del general Cárdenas prestó al pueblo español. Era, pues, natural la deferencia con que el Ministerio de Estado acogía cuanto viniera de la Embajada mexicana, donde numerosos asilados, de toda clase y condición, causaban un sinnúmero de dificultades tanto a la propia embajada como al ministerio. Es sabido el problema que crearon al gobierno republicano los miles de enemigos que se acogieron al asilo diplomático en los primeros tiempos de la guerra civil, principalmente en las embajadas hispanoamericanas —muchas de ellas íntimamente hostiles a la España republicana—, y lo que aquel trajín de entradas y salidas de personas, víveres, paquetes y mensajes se prestaba al espionaje, la provocación, el mercado negro y toda clase de aventuras. Los incidentes más diversos menudeaban. La representación diplomática mexicana procuraba evitarlos, el ministerio dar rápida y amistosa solución a los que se producían; y en muchos casos la oportuna intervención de Iduarte —qué no tenía cargo oficial ni percibía sueldo alguno—, unas veces por indicación del embajador y otros a ruego nuestro, lograba que el caso ni siquiera fuese mencionado. Hasta que por fin, una noche, los cientos de asilados en la Embajada de México en España fueron

evacuados a Francia, desde donde la mayoría de ellos —los hombres en edad militar quebrantando así un compromiso de honor— pasaron a la zona franquista.

En medio de todo este dramático ajetreo, Andrés sacaba tiempo —¡quién sabe cómo!— para escribir cosas destinadas a ver la luz pública en días más apacibles. Así surgieron muchas páginas, algunas ya editadas, otras todavía en espera de que su autor se decida a publicarlas.

Recuerdo perfectamente la noche en que Andrés fue a verme, en Valencia, al Ministerio de Estado. No le llevaba gestión concreta alguna y sólo el deseo de platicar conmigo. Le rogué que me esperara, y cuando ya se habían ido todos mis colaboradores le recibí con gusto dispuesto a gozar largo rato de su animada conversación. Sacó de un cartapacio un montón de hojas con el escrito original de los primeros capítulos de *Un niño en la Revolución mexicana* y me habló largamente de Tabasco.

Hasta entonces, Tabasco sólo había sido para mí una región del trópico imprecisamente situada en la costa del Golfo de México, pero la amistad con Iduarte alojó en mi cerebro la idea de un Tabasco de superior personalidad.

Tras la plática introductoria, Andrés, con voz reposada, comenzó la lectura del relato, entonces aún inédito, de su infancia tabasqueña: "Yo nací en San Juan Bautista de Tabasco el primero de mayo de 1907. . . ." —Hago en este momento memoria y sólo puedo recordar el comienzo de tres libros: el del *Quijote*, que de niños memorizábamos en la escuela; el del *Fausto*, que aprendí cuando estudiaba alemán; y el de *Un niño en la Revolución mexicana*—, que la amistad con su autor me ha hecho inolvidable. No podrá decir éste que lo exhibo en mala compañía.

Un incidente, propio de las circunstancias, me dejó también imborrable recuerdo aquella noche. No muy avanzada la lectura tuvimos que interrumpirla porque aviones enemigos —probablemente italianos con base en Mallorca— comenzaron uno de aquellos bombardeos nocturnos que sembraban el terror y paralizaban la vida de la capital provisional de la República, con su correspondiente secuela de muertos, ruinas y mutilados. Esperamos estoicamente —otra cosa no se podía hacer— a que parara la alarma y nos encaminamos a nuestros respectivos domicilios por las calles de la ciudad en tinieblas, sordamente agitada por el ir y venir de ambulancias y cuadrilla de salvamento.

Caída Barcelona en poder del franquismo a fines de enero de 1939, me incorporé al éxodo de aquella inmensa, maltrecha y dolorida multitud de compatriotas, noble encarnación de España —mili-

tares y civiles, enterizos y mutilados, hombres, mujeres y niños, catalanes y castellanos, vascos, leoneses, andaluces, extremeños, gallegos... isleños del Mediterráneo y el Atlántico—, que como gigantesco y torpe culebrón herido serpeaba, Pirineo arriba, hacia la frontera francesa. A los pocos días, en comunión de dolor con hermanos de todas las Españas que durante la guerra habían mezclado su sangre en las trincheras republicanas o trabajado y sufrido juntos por defender la más justa de las causas, con los pies en Francia y la vista puesta en la tierra española de Cataluña, di un último adiós a mi patria. Dos meses después embarcaba en Cherburgo para regresar a México y comenzar aquí una nueva vida hispanoamericana.

De paso por Nueva York, fui a ver a los Iduarte, que con cordial alegría me recibieron en su modestísimo departamento de Manhattan. Era él el Iduarte que Onís retrata en su prólogo antes mencionado: estudiante, y después doctor y destacado maestro del Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Columbia. Hablamos hasta muy avanzada la noche: de España; la derrota de la república; los amigos comunes, unos idos para siempre, otros en los campos de concentración de Francia, de muchos otros no teníamos noticias ¿los habían fusilado? ¿estaban presos? ¿escondidos? ¿habían podido huir al extranjero? Andrés ayudaba, como siempre, a nuestra causa, que ya era la de los vencidos. Seguía escribiendo a favor de España —ésta, el pueblo español y la república han sido para él desde 1936 una sola y misma cosa. Y así ha continuado hasta hoy.

Volvimos a vernos en 1952 aquí, en nuestro México. En 1954 me dio su *Niño* —aquel relato, larga y amorosamente gestado, cuya lectura nos interrumpieron las bombas fascistas en Valencia una noche de 1937— en bonita edición mexicana. Y desde entonces, siempre que los Iduarte vienen a la capital me reúno con ellos en compañía de Josefina.

Aunque ha vivido muchos años fuera de México y convivido cordialmente con otros pueblos —el francés, el español y el norteamericano— no por ello Iduarte se ha desvinculado de su patria, ni transformado en cosmopolita sin raíz; y por muy larga que haya sido su ausencia del suelo natal, ha mantenido viva su entrañable, medular, tabasqueña mexicanidad; palpitante en los artículos que, semana tras semana, durante cien lunes, envió desde Nueva York al diario *El Nacional*.

Afectuoso o violento según las circunstancias, generoso saldador de deudas e inexigente acreedor, abierto al mundo sin prejuicios contra ningún pueblo, dispuesto a contemplar todos los paisajes y a saborear todas las comidas, a recibir y ser acogido, Iduarte es hombre

de raíces y lealtades: "Ni idólatras ni iconoclastas —dice. Hombres libres, pero hombres de gratitud, hombres de patria".

Me honra la amistad de dos hermanos michoacanos: eminente médico, uno, distinguido jurista el otro; más barroco éste, de menos palabras aquél; ambos hispanistas e hispanófilos.

—Licenciado, usted que viaja tanto por España —pregunta al quien al abogado— ¿Cuál es la mejor época para visitarla?

—Sobre gustos, nada hay escrito. Todo depende de las preferencias de cada uno —responde con amabilidad don Antonio.

—Pero a usted ¿qué época del año le parece mejor para ir a España?

—Mire, mi amigo: a mí la época del año que más me agrada para visitar España, temporada verdaderamente magnífica, es desde el primero de enero hasta el treinta y uno de diciembre.

—Colega, usted que conoce bien toda España —interroga un compañero al galeno— ¿cuál es la región más indicada para pasar allí unas vacaciones?

—Eso va en gustos —contesta discretamente don Manuel.

—Pero a usted ¿qué parte le gusta más?

—A mí: la comprendida entre el Mediterráneo y el Atlántico.

Pero si ambos hermanos sienten profundo afecto por España, cada uno lo manifiesta a su manera: al abogado le gusta tanto, que todos los años va a ella; el médico la quiere de tal modo, que no ha vuelto a pisar su suelo desde la caída de la república.

Como los dos michoacanos, el tabasqueño Iduarte ama hondamente a España, le gusta toda y en todo tiempo; pero, por quererla al modo de don Manuel, ha refrenado las ganas de volver a ella. Ha ido a Portugal, que es una manera de ir a España, porque bien sabe y siente Andrés que Portugal es una parte de la Hispania o Iberia que geográficamente abarca todos los pueblos peninsulares, hendida hace mucho tiempo en dos por una malhadada línea fronteriza a causa de los torpes empeños centralistas de una monarquía imperial de estirpe ultrapirenaica; y desde esta raya, con los ojos húmedos y el corazón oprimido, ha contemplado larga y silenciosamente la que, con legítimo título de propiedad moral, puede llamar su España: ha cogido del brazo a Graciela y, dando con ella la espalda a la frontera, ha iniciado el regreso diciéndole: no. aún no. . . ¡otro día será!

En consecuencia, si durante sus vacaciones en México y después de narrar su último viaje por Europa les pregunto: y ¿cuándo vais a España? Andrés —que no perdió en la Península el hábito hispanoamericano de tratar en plural de "ustedes" a quienes se tutea en singular— responde sin alarde; no iremos hasta que ustedes, nues-

tros amigos españoles, puedan volver a ella con plenos derechos de ciudadanía.

Andrés Iduarte y Foucher: Tus alumnos, tus colegas, tus amigos tributan hoy merecido homenaje a tu obra de maestro y escritor, que ambas cosas eres en alto grado. Yo, con emocionada gratitud, saludo en ti al noble, al firme, al generoso amigo del pueblo español.

Anselmo Carretero

ANDRES IDUARTE: CAMINO Y LUZ

EN *Nuestra América* nos advertía José Martí:

El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe. Por ignorancia llegaría, tal vez, a poner en ella la codicia. Por el respeto, luego que la conociese, sacaría de ella las manos. Se ha de tener fe en lo mejor del hombre y desconfiar de lo peor de él.¹

Aceptada esta premisa, el trabajo sabio y disciplinado, la misión tesonera y diligente del profesor de cultura y literatura hispanoamericanas en los Estados Unidos es de un valor histórico trascendental, principalmente en los años peligrosos que fermentan sueños de expansión. No creamos, por cierto, que este vasto y opulento país del Norte, conocedor hoy día hasta cierto punto de nuestra cultura, de nuestra idiosincracia, de nuestros problemas, nos conocía ayer. No. Hoy nos conoce más, sin duda, pero nos comprende menos. Nuestra historia intelectual es una urdimbre de contrastes y paradojas; frente a los panegiristas de la América del Norte—, Sarmiento y Alberti en la Argentina, Lastarria y Bilbao en Chile —aparecen las grandes figuras de América, Montalvo y Martí, para amonestarnos a que conozcamos mejor al vecino del Norte:

Es preciso que se sepa en nuestra América la verdad de los Estados Unidos. Ni se debe exagerar sus faltas de propósito, por el purito de

¹ Carlos Ripoll, *Conciencia intelectual de América* (New York: Las Américas Publishing Co., 1966), p. 231.

negarles toda virtud, ni se han de esconder sus faltas o pregonarlas como virtudes.²

Los escritores hispanoamericanos que siguen Rodó, Vasconcelos, Ugarte *et al.* mantendrán siempre vivo el tema "Los EE.UU." en sus ensayos. Nos señalarán a menudo la falta de comunicación e intercambio cultural como razones de peso para el desdén equivoco de las dos Américas. Este desconocimiento nos ha llevado a menudo al elogio hiperbólico y ciego o al rechazo y negación rotundos. Ni lo uno, ni lo otro.³

Este *mare magnum* embravecido e incógnito de las dos Américas *vis-á-vis*, lo cruzarán los maestros de letras y cultura hispanoamericanas, enseñando lo bueno y lo malo, lo que es digno de elogio, ejemplo de hombres, obra de titanes, así como también lo que es malo de por sí, lo rechazable y negativo.

Una verdadera pléyade de pensadores en su empeño por dar a conocer la América hispana representa la generación pionera de estudios hispanoamericanos en los Estados Unidos: Henríquez Ureña, Luis Alberto Sánchez, Arturo Torres Ríosco, Manuel Pedro González, Andrés Iduarte, y muchos otros más. Intelectuales que desde su cátedra impartieron la luz del saber que flamea sempiternamente ya sobre esta patria de Washington y Lincoln. Pero, para llenar el desconocimiento de nuestra América en la del Norte, hacía falta la misión no sólo de hombres empapados en la materia, sabios y educadores, sino que había que adosar la sabiduría con la levadura humana, el amor a lo hispánico con el conocimiento de lo americano: y, por sobre todo esto, hombres de arcilla americana que sintieran el calor de lo americano, que palpitaran las inquietudes de nuestra América, a quienes los problemas que nos ahogan les anuden la garganta. Entonces, sí se podría interpretar lo americano, lo nuestro; entonces, sí servirían de faro para el *mare nostrum* que navegamos.

Andrés Iduarte descuella nítido en el haz de luz de las cualidades mencionadas. En él se aúnan el saber de lo hispánico en todas sus facetas: política, histórica, literaria, anecdótica, etc., el amor a cuanto tiene sabor de lo nuestro; la justa apreciación de lo nuestro y de lo ajeno, el calor humano que da forma y color a hechos momificantes de la historia, el hombre por sobre todas las vicisitudes de la vida. Y, claro, sumadas a todas estas virtudes del maestro, se alza

² Susana Redondo y Anthony Tudisco, *José Martí* (New York: Las Américas Publishing Co., 1968), p. 177.

³ Robert G. Mead, Jr., "Imágenes y realidades interamericanas". *Cuadernos Americanos* (noviembre-diciembre de 1973), 36-62. Este riguroso, interesante y bien documentado estudio pone de manifiesto las actitudes de las dos Américas.

de una sola pieza el amigo. El maestro y el americanismo de Iduarte nacen de una serie de circunstancias que le ofrece la vida y la historia suya unida a la de su México; se la puede seguir de cerca —aunque ese no sea nuestro propósito— porque, como acertadamente indica su maestro, don Federico de Onís: "Iduarte nació escritor y en todo lo que ha escrito late lo más íntimo de su personalidad, tanto cuando habla de sí mismo como cuando, crítico e historiador, habla de los demás".⁴

Sigamos, pues, con la brevedad posible las etapas que consideramos de mayor importancia en la formación, desarrollo y saturación del maestro y de su americanismo:

1914-1919. Andrés Iduarte pasa su niñez en Tabasco, Campeche y Yucatán en donde se recordaba la guerra cubana por la Independencia y los nombres ilustres de los cubanos que lucharon en la misma. Allí escuchó mencionar por primera vez a Santo Domingo, a Puerto Rico, a Venezuela, y allí se fue caldeando su americanismo:

... en mi niñez tabasqueña tuve la primera noticia de la existencia de Cuba. En las costas del Golfo, en las playas de la finca "Montaña", mi padre me señalaba el mar:

—Más allá está Cuba, más allá están Santo Domingo y Puerto Rico...

... Quería, sin duda ir trazando el entrañable mapa humano en que habría de apoyarse un día el corazón del hijo. Y, con igual intención, mencionaba siempre a Venezuela... Lo cierto es que sobre esos pivotes se fue levantando mi hispanoamericanismo tropical, mi mediterráneo americano, mi arco de las Antillas, mi mundo del Golfo y el Caribe... Cuando el padre y el niño veían, allá en el mar, a cuba y a sus islas hermanas ¿había acabado ya la guerra libertadora? ... Sí, claro: nueve años antes de mi nacimiento. Pero no para los de mi casa, no en mi contorno: se oían los nombres de Céspedes y Agramonte, y se hablaba de Martí, de Maceo, de Máximo Gómez, de Calixto García, de Quintín Bandera, como de personas vivas.⁵

1919-1928. El niño de doce años sale a estudiar a la Capital. Primero el "Colegio Dr. Hugo Topf" y el "Colegio Mexicano", y luego a partir de 1921, la Universidad. Este período de trascendencia histórica en la educación de su país lo vivió plenamente Andrés Iduarte:

⁴ Federico de Onís, Prólogo a Andrés Iduarte, *Pláticas hispanoamericanas* (México: Tezontle, 1951), p. 1.

⁵ Andrés Iduarte, *La isla sin veneno* (Santiago de Cuba: Universidad de Oriente, 1954), p. 3.

La pasión hispanoamericana de don José Vasconcelos, Ministro de Educación Pública en el gobierno del general Alvaro Obregón, llevó mexicanos a nuestra América, y trajo hispanoamericanos de todas las latitudes a México, como no ha vuelto a hacerse hasta ahora. Mi generación universitaria es diferente de todas las demás, de las anteriores y de las posteriores a los veintes, porque Vasconcelos ensanchó nuestro horizonte provinciano y nacional hasta abarcar todo el continente hispánico.⁶

Allí Iduarte conoce, disfruta del trato hispanoamericano, ausculta sus metas y visiones, y comparte sus anhelos, como uno de ellos: la poetisa chilena Gabriela Mistral, el nicaragüense Salomón de la Selva, el venezolano Diego Córdoba por él sabe la lucha que sostienen los estudiantes venezolanos contra el déspota Juan Vicente Gómez, los costarricenses Moisés Vincenzi y Vicente Sáenz, el peruano Víctor Raúl Haya de la Torre, fundador del APRA, Julio Antonio Mella, Juan Marinello y otros muchos.

También allí en la Escuela Nacional Preparatoria lee a algunos clásicos hispanoamericanos y nos dice "la frase de Montalvo a la muerte de García Moreno, 'mi pluma lo mató', nos escalofriaba de envidia".⁷ Y luego leerá, con denuedo, absorbiendo cuanto esté a su alcance, a Sarmiento, a Martí, a Rodó, etc., e irá tomando conciencia su americanismo. "Es entonces nos dice Iduarte, en 1925 que leí en público mis primeros trabajos sobre Bolívar y Martí". (Sobre el padre y el hijo, porque quienes compartimos las horas con el maestro tanto en el aula como en la Casa Hispánica, sabemos que la Trilogía Sagrada de Iduarte la forman Bolívar, Martí y Darío).

1928-1930. Andrés Iduarte realiza su sonado viaje a Francia. Se incorpora en París a la Asociación de Estudiantes Latinoamericanos (AGELA); allí conoce a Carlos Quijano de Uruguay; a Miguel Angel Asturias de Guatemala, a César Vallejo de Perú, a Gustavo y Eduardo Machado, comunistas de Venezuela; al argentino Manuel Ugarte, conocido por su tesis antiyanki, y a Gabriela Mistral, la gran chilena. Cuatro meses vivió Andrés Iduarte en su casa, Bédarrides, cerca de Avignon, en la Provenza francesa. El alma candorosa y poética de Gabriela se había abierto para los hispanoamericanos y españoles y en su casa vivieron el calor hispánico, la visión apostólica y el momento político hispanoamericano, además de Iduarte, los ecuatorianos Carrera Andrade y César Arroyo, en verdadera ceremonia hispánica: Gabriela parece una divina sacerdotisa; ellos, los acólitos; todos en comunión espiritual del pan hispánico. En este

⁶ *Ibid.*

⁷ *El mundo sonriente* (México: Fondo de Cultura, 1968), p. 45.

año, Andrés Iduarte representó a México en el congreso internacional de estudiantes, y también fundó con Antonio María Sbert, español, la Confederación Iberoamericana de Estudiantes.

1930-1932. Se celebra en el mundo hispánico el centenario de la muerte de Bolívar: diciembre de 1930. En México, con este empeño, Iduarte gana el primer premio del concurso convocado por la Universidad Nacional Autónoma, su "Bolívar" aparece en *Universidad* en 1931, y es nombrado director de la revista. En abril del 31, Iduarte y su compañero Alejandro Carrillo representan a la Confederación de Estudiantes de México y a la Universidad en varias universidades norteamericanas y en un debate continental en Washington. Los dos mexicanos sostienen una posición antimperialista: llaman "Ministerio de las Colonias" a la Unión Panamericana y "Día de las Colonias" al 14 de abril, primer día panamericano. Se niegan a asistir a su celebración. Recorren otros centros de estudio de los Estados Unidos. Luego Iduarte señalará insistentemente el desconocimiento que de nuestra América tiene la del Norte. Criticará severamente el prejuicio lingüístico contra el español de este lado del Atlántico no sólo por parte de los norteamericanos en general, sino de los mismos profesores de la lengua, ya peninsulares, ya norteamericanos.

1933-1939. Seis años de España ocuparán un lugar predilecto en el corazón de Iduarte. Allí conoció y amó al noble y virtuoso pueblo español, como también tomará luego terror al fascismo que se venía anunciando en Franco y sus secuaces. Allí Iduarte se doctoró en Derecho, aunque su condición de escritor nato siempre lo atararía a las letras. Nunca ajeno a las inquietudes hispanoamericanas, participa y es luego electo secretario general de la Federación Universitaria Hispanoamericana. El periodista y escritor que lleva en sí le sale en la defensa de la España republicana antes de la guerra y durante ella. Así se apersona en la lucha por el bienestar de cuanto defensor de la república combatía y caía abrazado a su bandera. Mucho hizo por ellos, tanto en España como en México y los Estados Unidos, entonces y después.

1939-*al presente*. El eje de la actividad intelectual, de la preocupación hispanoamericana que le quema, del maestro en la luz, forman los años que Andrés Iduarte consagra a la Universidad de Columbia.

... poco después [de mi llegada a Nueva York] entré en amistad con Jorge Mañach, catedrático de literatura hispanoamericana de la Universidad de Columbia y jefe de la sección hispanoamericana del Instituto Hispánico de la misma, dirigido por don Federico de Onís.

Mañach, en una conversación inolvidable, en la que hablamos de todo lo humano y de todo lo divino, me invitó a dar una conferencia

en el Instituto, y la dediqué, en febrero de 1939, a José Martí. Fue mi primer contacto con el grupo y con la institución con los que habría yo de trabajar tantos años. Y vacantes los puestos de Mañach por su retorno a Cuba, en mayo o junio de 1939, y con su apoyo y con el del Maestro De Onís, lo sustituí desde el mes de septiembre, hasta llegar a ocupar la cátedra que él tan brillantemente desempeñaba.⁸

Andrés Iduarte permanecerá en Columbia a partir de esa fecha, salvo un lapsus del 52 al 55, cuando es nombrado Director de Bellas Artes de México. Nosotros le conocemos en esta faceta: Columbia. Allí él fue y es nuestro maestro y nuestro amigo; el hombre que irradia sabiduría y comparte su amistad en el aula y en la calle, en el Instituto y en su casa. Hemos aprendido a conocer Hispanoamérica en sus contornos histórico-políticos y en su profundidad ontológica a través de Iduarte. Por eso, en la historia de la enseñanza de la cultura y literatura hispanoamericanas en Norteamérica, Andrés Iduarte ocupa un sitio de preeminencia, un capítulo y una época completos y totalizadores.

El breve ir por el camino recorrido por Iduarte nos ha dejado en claro dos cosas: 1) él visitó y permaneció en centros culturales de gran importancia: México, París, Madrid, Nueva York, la Habana, Caracas; 2) él conoció lo más representativo de las letras hispanoamericanas: Alfonso Reyes, Manuel Ugarte, Gabriela Mistral, Vasconcelos, Rómulo Gallegos, César Vallejo, Miguel Ángel Asturias, Pablo Neruda, Carrera Andrade, y muchos más. Y no los conoció así como así, a la pasada, sino que largos años de amistad y correspondencia consolidaron esas y otras amistades, como en el caso de Gabriela Mistral (cf. "En torno a Gabriela Mistral" y "Santa a la jineta") y de Rómulo Gallegos (cf. *Veinte años con Rómulo Gallegos*).

Sus amistades y sus preferencias, sus pugnas y sinsabores, sus inquietudes y angustias, van dejando una nítida estela en la prosa de Iduarte porque —como Sarmiento— desde temprana edad gusta de volcar en el papel cuanto hecho ya histórico-aneecdótico, ya personal o familiar le ocurra. Consciente de sus dotes de escritor, Andrés Iduarte sondeará los hombres que más sirvieron a Hispanoamérica: Bolívar, Juárez, Martí, etc. Hará de ellos no sólo sus modelos, sino sus dioses. Empuña la paleta para darnos cuadros vivísimos de estos astros brillantes y nos habla de su luz. Luz que se derrama por el haz americano. "Los hombres no pueden ser más perfectos que el sol. El sol quema con la misma luz con que calienta. El sol tiene

⁸ *La isla sin veneno*, p. 12.

manchas. Los desagradecidos no hablan más que de las manchas. Los agradecidos hablan de la luz", nos decía Martí.

Iduarte nunca habló de las manchas de la estirpe americana. El maestro, el orientador de juventudes, tomará cuerpo en el escritor, y así, el prosista, desde sus primeros ensayos, hará cátedra de su pluma y se dirigirá, con afán de correligionario, a las juventudes hispanoamericanas. Ya en 1931, anticipa:

Entonces enfilé mi atención hacia la juventud entre la cual vivo. Decidí examinarla, fijarla si fuera posible sobre el medio en que actúa, definirla señalando sus ideas y sus pasiones. Pensé establecer así, mirando de dentro a dentro, su problema moral, el misticismo que ha usado en sus luchas políticas y el realismo que está adquiriendo y que va a usar. Y guardé la ilusión de que mi sinceridad plena, aun el tono de dolorida confidencia en que yo daría mis observaciones, amargas por fidelidad en el examen, aun a veces agrias por personales experiencias, podrían excusar ante el público mi carencia de galas oratorias e ideológicas.⁹

Esta preocupación por comprender y luego orientar a la juventud es, quizá, el primer indicio de su hispanoamericanismo. Luego nos vendrá el joven intelectual que tenaz y valientemente expondrá y defenderá puntos de vista relacionados con lo hispanoamericano frente al necio y torvo desdén de la ignorancia ambiente. El logra la sublimación de héroes y doctores, escritores y mandatarios, filósofos y pensadores de nuestra América a través de su ágil palabra, de la soltura de su prosa, de su sensibilidad artística y, sobre todo, del conocimiento de cuanto hicieron y escribieron; así como también taja tiranos, denuncia entuertos, hechos ocurridos o por venir. Todo esto es indicio claro e histórico de su amor a lo nuestro. Por eso Iduarte, con su pluma como escalpelo, penetra en la médula de nuestra historia y cultura para sacar a luz lo digno y virtuoso de nuestros patricios, de nuestra raza, de nuestra cultura, y, a la vez, echarlos en el cieno del desprecio a los "lobos con piel de cordero, a los perversos disfrazados de bondadosos, a los bribones con ropaje de mística pureza".¹⁰

Bolívar, Sarmiento, Montalvo, Martí, Hostos, Juárez, Justo Sierra y otros, y otros, y muchos otros se encuentran en las recreadas páginas de Iduarte. No es el análisis literario el que nos sorprende, puesto que el maestro conoce esta materia como pocos en nuestra

⁹ *El problema moral de la juventud mexicana* (México: Grupo Unificación, 1931), p. 3.

¹⁰ *Ibid.*, p. 4.

América, sino el calor humano con el que los trata, la forma capaz de captar la esencia americana, ese don nato del escritor que tan pronto los endiosa como nos los hace sentir hombres de carne y hueso: héroes y hombres, escritores y hombres, en la contienda humana diaria. Y su voz, la voz de los labios del maestro desde su cátedra en Columbia, se dilata por las dos Américas. Muchos. Innumerables profesores hoy día de cultura y literatura hispanoamericanas, fueron discípulos de Iduarte ayer, y ésta debe de ser su satisfacción, sus palabras, sus juicios expuestos en su cátedra, siguen repitiéndose en muchas aulas y en algunas de ellas, rebosantes de júbilo y orgullo, se acota: "como decía mi profesor, Andrés Iduarte" . . .

Orden natural de la grandeza es, por cierto, la envidia. Por ventura, ella nace siempre de los menos, de los más pequeños. La superioridad del saber, el talento, la calidad humana no son inmunes a la ingratitud, la envidia y la deslealtad. De este acíbar, ya habrá saboreado Iduarte. Pero esto no debe importarle porque la arcilla humana en su cara negativa, es incapaz de tolerar la luz que la ciega, la bondad que la imita, la generosidad que la oprime. Hay que dejarlos rasguñar el mármol.

Conociendo a Iduarte como lo conozco al escritor, al maestro, al hombre, al amigo me permitiría aseverar que su vida y su actividad intelectual giraron a través de dos ejes: la libertad y la justicia en el uno, y el amor a la cultura y el servicio a los demás, en el otro. Sobre esta praxis habrá que estudiarlo para poder dar la justa perspectiva del hombre y su obra.

Nuestras páginas brotan de la buena fe y el cariño como testimonio honrado del hombre bueno y generoso, mas, lejos estamos todavía en las pocas páginas que exigen las circunstancias de dar la total y abrazadora personalidad del escritor mexicano.

Urgeme, sin embargo, hacer hincapié en tres aspectos del hombre y su obra: 1) El sembrador de ideas, 2) El intérprete de nuestra cultura y 3) Su identificación con lo de nuestra América.

El sembrador de ideas

LEÍDA la obra total de Iduarte, se puede uno formar un ideario; un cuerpo de ideas vigente hoy día sobre temas y actitudes hispano-americanos. A más de esto, muchas de sus ideas se encuentran planteadas en las ciento y más tesis dirigidas por él. Gran parte de su tiempo lo absorbió la dirección de tesis: cinco, diez y hasta quince a la vez. Y es que Iduarte no se conformaba con el simple asesoramiento que da estructura e indica las fuentes para la disertación que

se trabaja, sino que él personalmente vivía la angustia del discípulo, recorría el tema en largas e interminables horas de discusión, y canalizaba todo su saber en el feliz éxito de esa empresa. Como si esto no fuera suficiente, luego velaba por discípulo y tesis.

Esta labor callada y desconocida, desinteresada y bondadosa, la conocemos nosotros, sus alumnos. A pesar de las horas de horas que se le quitaba de su trabajo; a pesar de que en mi afán de terminar mi tesis, a veces, me aparecía sin anuncio o cita previos, nunca recuerdo haberlo visto fruncir el ceño. No. Siempre era amable y de buen talante:

—Quihúbule Sacoto: ¿qué tal? Siéntese; vamos a ver ¿cómo va esa tesis? Y, así empezaban nuestras conversaciones, que terminaban siempre comentando temas de nuestra América y sus angustias, su México y Juárez, de mi Ecuador y Montalvo. Como tanto hemos conversado, recuerdo cómo, para sus alumnos, siempre él tuvo las mejores frases. A veces, creí que exageraba, pero ahora que los veo a ellos también camino de la luz, comprendo que sus apreciaciones eran justas: "qué inteligente, qué manera de trabajar de este o esta alumna según se daba el caso. Yo creo que casi no duerme. Usted no tiene idea cuánto ha leído de la semana pasada a esta" solía comentar. O "qué trabajo de investigación, qué claridad mental, qué organización... , etc.", cuando se terminaba una tesis. No tenía, como digo, sino palabras de elogio y de estímulo para sus alumnos. Y esta es una cualidad acrisolada en Iduarte: la calidad humana, el sembrador apasionado pero desinteresado. Y esto se debe saber: no he de dejar en la penumbra la luz que departía el maestro, y nosotros hemos de hablar de la luz.

El intérprete de nuestra cultura

A través de las páginas anteriores se expuso ya el hecho de que Iduarte estudió e interpretó con verdadera y raigal penetración hispánica los hombres claves de la historia, política y literaria de nuestra América. Tan profundos, sagaces y precisos son sus estudios en este campo, que sus juicios permanecen enhiestos, testigos del valor de comprensión e interpretación de nuestra América y de nuestra estirpe.

Su identificación con lo de nuestra América

EN la obra de Iduarte advertimos cómo el escritor canta la gesta heroica de Bolívar, Hidalgo y Morelos, sintiendo como suyos los

sinsabores, desengaños y hasta frustraciones de los héroes de la Independencia. Da luz a Juárez, máximo símbolo de la mexicanidad. Admira el genio organizador del profeta de la pampa, Domingo Faustino Sarmiento, aunque rechaza la tesis derrotista de *Conflictos y armonías de las razas*. ¡Qué envidia le produce la frase de Montalvo "mi pluma lo mató", cuando el asesinato de García Moreno! ¡Qué respeto por el estilo del ecuatoriano en el libro inimitable en el que sigue de cerca al genio peninsular! ¿Qué diríamos del apóstol y mártir, arcilla depurada, genio radiante en la luz, José Martí, a quien le dedica un estudio de quinientas páginas, amén de varios cursos, frecuentes conferencias y mil estudios menores. De la disciplina y rebeldía del ilustre puertorriqueño, Eugenio María de Hostos. De la *Santa a la jineta*, Gabriela Mistral. De Rómulo Gallegos en las letras y en la batalla por las libertades humanas. En los temas y nombres mencionados, en la forma en que los trata, se advierte de inmediato la plena identificación con esas voces, intérpretes del continente americano. El estilo es vibrante y el tema palpitante cuando se trata de hombres ideas, de personajes y temas que son *Nuestra América*. Léase, por ejemplo, "Cortés y Cuauhtémoc" y se advertirá su valor de síntesis en la interpretación y exposición de la historia o tragedia indígena:

Vencido en la guerra de defensa, incorporado a la fe católica y luego disciplinado y sometido por la superstición religiosa, explotado por los triunfadores y por los hijos de los triunfadores durante la Colonia y la Independencia, y también por sus mediohermanos los mestizos y algunos de sus hermanos de sangre indígena encaramados al poder y a la riqueza, el indio forma parte, hoy, de la gran mayoría desgraciada.¹¹

Léase "Juárez, máximo símbolo" y se advertirá la prosa rítmica y elegante en la apreciación del mandatario y su república:

En cuanto a símbolo, Juárez está consagrado: es el jefe de una nacionalidad joven, débil y desconocida en el mundo, que la defiende de una intervención extranjera poderosa, y logra triunfar sobre ella a través de cinco largos años de enconada lucha, de fracasos, de angustias, gracias a su fe, a su pertinacia, a su heroísmo civil, a su abnegación, a su firme esperanza.¹²

Juárez significa para nosotros, dentro de la realidad mexicana, la libertad y el progreso, y la época más limpia de nuestra historia. Al

¹¹ "Cortés y Cuauhtémoc" *Plática hispanoamericana*, p. 15.

¹² *Ibid.*, p. 19.

servicio de los intereses del pueblo mexicano, luchó contra las fuerzas feudales, militares y clericales que produjeron la injusticia social de tres siglos, que condenaron y combatieron la independencia de México, que han permanecido y permanecen en la misma suicida postura.¹³

Léase "Hispanofobia e hispanoamericanofobia" y se advertirá cómo llama a peninsulares e hispanoamericanos a una mejor comprensión de nuestros defectos y a un conocimiento mutuo.

Larga sería la lista de lecturas que se sugieren para encontrar la plena identificación de Iduarte con lo de nuestra América. Sin embargo, con lo expuesto, queda en claro su preocupación por nuestros problemas, su afán de canalizar nuestros esfuerzos como el de interpretar nuestras angustias e inquietudes. Y por ello, los hispanoamericanos estamos en deuda con él.

Antonio Sacoto

¹³ *Ibid.*, p. 21.

Aventura del Pensamiento

ORTEGA Y GASSET EN EL TIEMPO

Por *Alvaro CUSTODIO*

EL 18 de octubre de 1955 dejó de existir el más profundo y extenso de los filósofos españoles. Su personalidad dominó de modo casi absorbente la vida cultural de la península y —cabría decir— de la mayoría de los países hispanoparlantes. Su obra fue —y sigue siendo— la más comentada y traducida a los idiomas de mayor irradiación intelectual para un español del siglo XX. Su pensamiento, expuesto con suprema elegancia y claridad, logró —como Platón en la antigua Grecia— que la filosofía fuera un deleite del espíritu y no una complicada y confusa elocubración.¹

José Ortega y Gasset abarcó todas las inquietudes a que su ingente cultura y su sensibilidad le espoleaban. Pudo intentar, de háberselo propuesto, todos los géneros al alcance de un creador de su talla —novela, poesía, teatro— como han hecho otros pensadores en épocas distintas,² pero prefirió concentrar su obra en la disciplina rigurosa y fácil, a un tiempo, del ensayo, la conferencia, y el artículo periodístico. En este aspecto, Ortega es uno de los más grandes cultivadores —si no el mayor— de la economía del decir. Gracias a su portentosa facultad de expresar su pensamiento se elabora a trancos como en "El diablo cojuelo"³ que casi nunca traspasan la brevedad de un opúsculo. El mismo ha dicho: "Lo primero que necesito decir de mis libros es que propiamente no son libros. En su mayor parte son mis escritos. lisa, llana y humildemente, artículos publica-

¹ Véase el ensayo de Jean-François Revel: *Pour-quoi des philosophes?* Ed. Juilliard. Paris. Allí se expone la necesidad del lenguaje filosófico claro y simple.

² Goethe, Rousseau, Diderot, Bernard Shaw, Unamuno, Camus, Sartre, Vasconcelos, etc. Refiriéndose a la generación —anterior a la suya— de Bernard Shaw y Unamuno dijo Ortega que "conservaba el ingrediente de juglar que adquirió el intelectual en los comienzos del romanticismo". Y agregó: "Los intelectuales no estamos en el planeta para hacer juegos malabares con las ideas y mostrar a las gentes los biceps de nuestro talento sino para encontrar ideas con las cuales puedan los demás hombres vivir. No somos juglares, somos artesanos, como el carpintero, como el albañil. (Obras completas. C. V. pp. 262 y 263).

³ Su prólogo a un simple libro de caza escrito por un aristócrata español es una profunda exposición sobre el proceso y la limitación del razonar.

dos en los periódicos de mayor circulación en España".⁴ Por ello resulta inadecuado tildar a Ortega, de simple literato, como hacen quienes desconocen su obra, ya que el literato es sobre todo un creador de acciones y sensaciones —como el pintor y el músico— y Ortega, aunque maneja el idioma como un consumado maestro, no persigue nunca el logro de una emoción estética sino la afilada redondez de una idea.

El poeta o el prosista pueden derramar su talento *in extenso*, mientras sean capaces de concebir bellas imágenes o de inventar amenas situaciones. El pensador que desperdicia una frase cae en hueca retórica o en inútil reiteración. Ortega, aunque hable del paisaje o del vino⁵ descubre siempre verdades hasta entonces ocultas o saca consecuencias vivas o históricas de las cosas. Su fantasía —puesto que él considera que hasta la ciencia es fantasmagórica—⁶ va ligada siempre a un sólido y transparente razonar. Leyendo a Ortega —como a Descartes y Leibnitz— se llega a la conclusión de que no hay filósofos oscuros, sino torpes de expresión, o como el mismo dice: de elocución arterioesclerótica. Aunque la filosofía lleve un paso decidido para convertirse en un retoño más de la ciencia —sobre todo de la física— haciéndose así más exclusivista, no por eso podrá prescindir del instrumento expositivo y seguirá habiendo torpes y oscuros y vivaces y claros físico-filósofos.

No he querido decir con todo esto que la obra de Ortega sea escasa, sino que ha sido concebida en estancias, de zumo confortador, en las que el lector no puede fatigarse ni perderse. Y ello es una consecuencia evidente de su espíritu moderno, apegado al tiempo en que vive en contraposición al estilo decimonono, antidinámico, de los voluminosos folletines, novelones, tratados, sinfonías, colchón y "manuales" en ristra. Su siglo que tan a fondo analiza y define,⁷ se caracteriza por la impaciencia, la velocidad, el deportivismo y el antidoctrinarismo, o sea, por su *raciovitalismo*, que será otro de los puntos cardinales de su pensamiento. Ortega no es un filósofo de gabinete, sino un "aristócrata (en el sentido de creador) en la plaza", como él mismo se define, que se asoma a todos los panoramas y vibra con ellos de modo indistinto, por lo que su mente no se concentra en un método ni en un sistema secos, sino que va de un punto al otro, sin apenas detenerse, con renovado impulso. Podríamos decir que su filosofía de la *razón vital* y de la *razón histó-*

⁴ Prólogo para alemanes, p. 23. Cuadernos Taurus. Madrid.

⁵ El Espectador.

⁶ Ideas y creencias. Ed. Austral. Buenos Aires.

⁷ Véase "El tema de nuestro tiempo" uno de los más fascinantes ensayos, de asombrosa actualidad aunque fue escrito en 1924.

rica es también en ese sentido, deportiva e infatigable en su búsqueda tras la verdad sustancial del *hombre y su circunstancia*. Hasta la aparición de Ortega a principios del siglo, el idioma castellano no había hecho más que *traducir* muy limitadamente el lenguaje filosófico universal. La mentalidad ibera fue siempre poco propicia a otra meditación que la teológica. Los dos únicos filósofos hispanos —si así pueden llamarse— de la Edad Moderna fueron escolásticos: el dominico Francisco de Vitoria y sobre todo el jesuita Francisco Suárez. Ni el idealismo racionalista que arranca de Descartes ni el empirismo inglés hicieron la menor mella en España, mediatizada por el conformismo confesional. Las ideas de la Ilustración francesa removieron algunos espíritus del mediocre XVIII español, sobre todo en el aspecto político-social, pero no dieron un solo fruto propiamente especulativo. Los titanes de la filosofía alemana desde Leibnitz y Kant a Hegel, como dirá el propio Ortega y Gasset, eran totalmente ignorados en España. Desde mediados del siglo XIX se veneró a un pequeño filósofo germano, Krause, que el catedrático Julián Zanz del Río se trajo en los bolsillos del gabán desde Heidelberg, aunque su predilección se volcase a la postre sobre la ética trascendental, sin derivación kantiana, ya que Sanz del Río —como afirma Ortega— no tenía ideas claras sobre el autor de "La Crítica de la razón pura". "Comprenderá el lector que encontrarse en un desierto con el heteróclito Krause, así, aislado, sin precedentes, sin consecuencias, sin concomitantes, es una escena sobremanera cómica".⁸

Pese a la extrema mordacidad de Ortega, cabe reconocer que el krausismo procuró a la cultura hispánica su primera manifestación filosófica no "engagée" y la primera escuela europeizante de pensadores, lo que hizo concebir una auténtica regeneración espiritual de la medieval España. Pocas figuras tan nobles y puras como Francisco Giner de los Ríos, filósofo del Derecho, o Joaquín Costa, que inspiraron al Ortega de los años mozos. En un artículo publicado en 1910 asevera: "A cada virtud su santo. Si hoy consideramos como aspiración profunda de la democracia hacer laica la virtud, tenemos que orientarnos buscando con la mirada en las multitudes, los rostros egregios de los santos laicos. Pablo Iglesias es uno: don Francisco Giner es otro".⁹ Sin embargo, la generación que mamó en las ubres de este krausismo ibérico y alcanzó notable preeminencia en el flamante Estado republicano —que Ortega tanto contribuyó a instaurar— fue barrida por la guerra de 1936-39 y hubo de trasladar su menguado nido a tierras lejanas. Si su influencia en la España del

⁸ Prólogo para alemanes, p. 25. *Id.*

⁹ El Imparcial. 10 mayo. Citado por Guillermo Morón en "Historia política" de J. O. G. Ed. Oasis. México.

XIX y primer tercio del XX se limitó a una minoría universitaria, en el destierro fue consumiéndose hasta su extinción, sin haber originado un solo pensador de relieve. El krausismo fue en España una frustración filosófica, un ucronismo moral y telúrico.

Cuando Ortega y Gasset regresa de Alemania y se instala en su cátedra de Metafísica de la Universidad de Madrid, puede decirse que España empieza a filosofar sin sumisiones internas ni externas. "Meditaciones del Quijote", editada en 1914, marca un momento culminante para la cultura de lengua castellana. Un espíritu, rebotante de juventud e imaginación, exponía profundas ideas sobre el ser al afirmar: "Tanto la vida social como las demás formas de la cultura se nos dan bajo la especie de vida individual. . . Pero esta realidad radical que es la vida propia no consiste en *conciencia*, sino en una radical dualidad unitaria. . . Nuestra vida, la de cada cual en el diálogo dinámico entre *yo* y *sus circunstancias*. El mundo es primariamente circunstancia del hombre y sólo al través de ésta comunica con el universo". . .¹⁰ Ortega había traspuesto la concepción neokantiana en forma audaz, anticipándose además a Heidegger. Pocos años después afirmará: "Vivir es, de cierto, tratar con el mundo, dirigirse a él, actuar en él ocuparse de él".¹¹ Heidegger repetirá esta idea, quizá sin conocerla en su famoso "Ser y tiempo", publicado en 1927.

Cerca de treinta años más tarde, Ortega resume su posición filosófica expuesta en su raíz en "Meditaciones del Quijote"; "Desde Descartes el hombre occidental se había quedado sin mundo. Pero *vivir* significa tener que ser fuera de mí, en el absoluto fuera que es la circunstancia o mundo: es tener, quiera o no, que enfrentarme y chocar constante, incesantemente con cuanto integra ese mundo: minerales, plantas, animales, los otros hombres. . . Quiere decir esto que estamos ya muy lejos de Descartes, de Kant, de sus sucesores románticos, Schelling, Hegel. . . Estamos aún más lejos de Aristóteles y Santo Tomás".¹² Y lejos también de sus contemporáneos Jaspers, Heidegger y Sartre cuando afirma en la misma obra: "Una arbitrariedad terminológica que raya en lo intolerable ha querido desde hace unos años emplear los vocablos *existir* y *existencia* con un sentido abstruso e incontrolable que es precisamente inverso del que por sí la palabra milenaria porta y dice: Algunos quieren hoy designar así el modo de ser del hombre, pero el hombre que es siempre *yo* —el yo que es cada cual— es lo único que no existe, sino que *vive* o es viviendo. Son precisamente las demás cosas que

¹⁰ Meditaciones del Quijote. Lector. . . Ed. El Arquero.

¹¹ El Espectador. El origen deportivo del Estado. T. VII.

¹² El hombre y la gente. Ed. El Arquero-Madrid, pp. 72 y 73.

no son el hombre, yo, las que *existen*, porque aparecen, surgen, saltan, me resisten, se afirman dentro del ámbito que es mi vida".¹³ Y en su último ensayo: "La vida no sólo es peligro viviente y nada existiendo —como afirma Heidegger— sino además aceptación del peligro, consagración jovial y fecunda de la muerte. . .

Habíamos llegado con *Husserl* y *Dilthey* ¡por fin! a un temple de hacer filosofía que se preocupa tranquilamente sólo de ver cómo las cosas son propiamente, o mejor, qué de las cosas vemos claramente y qué no, sin aspavientos, sin fraseología, sin tragedia ni comedia "pari passu". Y se nos viene otra vez con patetismos, con gesticulaciones, con palabras de espanto, con encogernos el corazón, con soltar de su jaula todas las palabras de presa del diccionario: angustia, desazón, decisión, abismo, nada. . . El existencialismo. . . necesita, como el morfinómano, su droga: oscuridad, muerte. Nada. . ."¹⁴ La razón histórica otro de los puntos fundamentales de la filosofía Orteguiana, se basa en el concepto de que el hombre no es un producto puro de la naturaleza dotado milagrosamente de razón: "Es falso que el hombre primigenio poseyese en ningún sentido adecuado de la palabra la facultad de razonar; tenía de ella sólo conatos y gérmenes que luego, a lo largo de la historia, con gran lentitud, a duras penas y sufriendo pasmosos retrocesos, se han ido desarrollando."¹⁵ El hombre no tiene naturaleza, sino que tiene. . . historia. . ."¹⁶

El hombre por consiguiente, es para Ortega un resultado de cuanto le antecede, es "por encima de todo, heredero. Esto y no otra cosa es lo que le diferencia radicalmente del animal. Pero tener conciencia de qué se es heredero *es tener conciencia histórica*."¹⁷

Ni la corriente fenomenológica inaugurada por Edmundo Husserl ni la "Ética" de Max Scheler —que él admira— sincrónicas con el pensamiento orteguiano lograron captarlo, pese a la extensa base germánica de la cultura del filósofo madrileño. El es quien va a dar a conocer a los lectores de habla castellana a través de su "Revista de Occidente", fundada en 1923, la gran filosofía alemana de nuestro siglo. Sin embargo, su actitud mental posee tal vivencia, que pasa por encima de todos los sistemas arrancándoles siempre, con su acerada penetración, las debilidades o contrasentidos de que, en su sentir, adolecieran. Y aun cuando diluyera en la extrema multiplicidad de sus *escritos* su inmenso poder teórico, posee un sólido

¹³ *Id.*, pp. 64 y 65.

¹⁴ La idea de principio en Leibnitz. Ed. R. de O. Madrid.

¹⁵ Prólogo a "Veinte años de *Caza Mayor*" del Conde de Yebes.

¹⁶ La Historia como sistema. Obras Completas. V. p. 334.

¹⁷ Idea y creencias. Ed. Austral, p. 45.

sistema filosófico que irradia, sobre todo el pensamiento contemporáneo.¹⁸

Al revés que la escolástica española que se amortece con Jaime Balmes, y el Krausismo peninsular, la filosofía de Ortega se acrecienta y trasciende a otras latitudes cada hora que pasa.¹⁹ Ni la guerra de 1936-39, de la que estuvo ausente casi desde sus comienzos, ni los "25 años de Paz" que tuvo como colofón —aunque él no tuvo paz para morir—²⁰ ni el recogimiento casi contemplativo de sus últimos años de vida, disminuyeron un ápice la vigencia y la sugestión de su obra. Se lee cada día más a Ortega; las ediciones de sus obras completas, o de sus ensayos sueltos, o de sus artículos sobre una actualidad aparentemente liquidada siguen devorándose con delectación por el rigor de su concepto y la gracia incomparable de su estilo.

Lo que más se ha criticado a Ortega es el ángulo político-sociológico de sus escritos. Aquí suelen volcarse con saña tirios y troyanos; o sea, los dogmáticos de uno y otro extremo. Ortega jamás tomó partido y en política —como en religión— esto es motivo de excomunión. Su indiferencia por la dialéctica materialista —su concepto de la dialéctica era muy distinto del hegeliano— y su desentenderse del utopismo religioso le granjearon irreconciliables enemigos. La violencia del momento histórico que le tocó vivir lo arrojó fuera de su "circunstancia" —España— durante más de diez años y le movió a decir: "Los demagogos, empresarios de la alteración, que ya han hecho morir a varias civilizaciones, hostigan a los hombres para que no reflexionen, procuran mantenerlos hacinados en muchedumbres para que no puedan reconstruir su persona donde únicamente se reconstruye, que es en la soledad."²¹

No volvió a ocupar su cátedra de Metafísica cuando regresó a Madrid pero fundó el Instituto de Humanidades en cuyo programa hizo inscribir: "La calma del hombre es la que él mismo briosamente se crea en medio de la congoja y del apuro, cuando al sentirse perdido grita a los demás y a sí mismo: ¡calma!... No es en la angustia, sino en esa calma que la supera y pone en ella orden,

¹⁸ Véase, por ejemplo, "El Sistema de Ortega" en "Ortega y su filosofía" del profesor venezolano Manuel Granell. Ed. Revista de Occidente. Madrid. Y la "Introducción a la Filosofía" de Julián Marías. Ed. Revista de Occidente. Madrid.

¹⁹ A pesar de que él dijera con encantador gracejo: "Yo no he escrito ni hablado nunca para la Mesopotamia y no me he dirigido jamás a la Humanidad". Prólogo para alemanes. *Id.*, p. 22.

²⁰ Véase el incidente de su fementida conversión religiosa "in articulo mortis", en "Historia política de J. O. G." *Id.*, pp. 28 y ss.

²¹ El hombre y la gente. *Id.*, p. 53.

donde el hombre puede verdaderamente tomar posesión de su vida. . ."

Sin embargo, Ortega no fue indiferente a las actitudes políticas y en algunos momentos de su vida tomó parte activa en ellas. En 1914 pronunció un discurso en el Teatro de la Comedia de Madrid para dar a conocer el programa de un grupo fundado por él: la Liga de Educación Política Española. Desde aquella tribuna²² arremetió contra los procedimientos de la Restauración con sus dos partidos gobernantes: el liberal y el conservador; propugnó una nueva política contra la vieja, se confesó monárquico circunstancial y liberal de concepto, identificado con la teoría socialista, pero sin participar en ella y se dispuso a trabajar intensamente por la regeneración española.

De todo aquel intento sólo quedó un magnífico ensayo "España Invertebrada", escrito algunos años después y todavía vigente.

En los meses que antecedieron a la proclamación de la República española, Ortega fundó la "Agrupación de Amigos de la República" junto con Ramón Pérez de Ayala, autor de "Troteras y Danzaderas", y con Gregorio Marañón, el famoso médico y escritor. Los artículos de Ortega en el diario "El Sol" y después en "Crisol", punzantes y combativos terminaban siempre parafraseando la sentencia con que el tribuno Catón terminaba en Roma sus discursos: "Delenda est Carthago" (Hay que destruir a Cartago); Ortega escribía: "Delenda est Monarchía".

Fue miembro del Congreso republicano, donde pronunció algunos discursos brillantes y tuvo en algún momento la aspiración de ser Presidente de la República, pero el giro áspero y violento que tomaron los acontecimientos con el nuevo régimen y la oposición frenética que encontró hasta desenfocar en la guerra de 1936-39 apartaron definitivamente al filósofo de sus intenciones de mejorar la tónica política española, concentrándose en su obra especulativa que, en sus últimos años, produjo algunos de sus mejores frutos dejando otros sin terminar o sin perfeccionar.²³

El obispo auxiliar de Toledo calificó la filosofía de Ortega de doctrina heterodoxa²⁴ al hacer un balance sobre ella poco después

²² Fue también utilizada por políticos de diferente estirpe ideológica, desde Melquiades Álvarez, jefe del moderado partido Reformista a José Antonio Primo de Rivera, fundador del fascismo español, ambos fusilados en los primeros meses de la guerra civil. Ortega, después de firmar un documento adhiriéndose, junto con otros intelectuales, al gobierno republicano, fue acompañado hasta la frontera por miembros del 50. Regimiento (comunista) y no regresó a España sino hasta 1946.

²³ Aurora de la Razon.

²⁴ *Más*, órgano de Acción Católica. Noviembre de 1955. Citado por Guillermo Morón.

de muerto.²⁵ La revista "Ruedo Ibérico", de inspiración marxista, atacó a Ortega y a la "Escuela de Madrid"²⁶ que reúne a los discípulos más brillantes del orteguismo, entre ellos José Gaos, J. Ferrater Mora, Nicol, Joaquín Xirau —todos ellos exilados políticos— y Xavier Zubiri, Pedro Lain Entrailgo y Julián Marías entre los que residen en España, sin olvidar al extraordinario maestro (que lo fue del que esto escribe) Manuel García Morente, fallecido en 1942.²⁷

¿Tardará otros dos siglos en nacer en España una mente como la de Ortega y Gasset que entronca, tras el paréntesis de los siglos XVIII y XIX, y salvando los criterios de concepción, con las de aquellos altos ingenios de la Edad de Oro hispánica, Cervantes, Lope, Calderón, Quevedo y Gracián? La filosofía de José Ortega y Gasset es la más avanzada, profunda y revolucionaria de nuestro siglo, y también ¡asombrosa coincidencia! la más deleitosa y transparente.

²⁵ "El hombre tiene una misión de claridad sobre la tierra. Esta misión no le ha sido revelada por un Dios ni le es impuesta desde fuera por nadie ni por nada. La lleva dentro de sí, es la raíz misma de su constitución". "Prólogo para alemanes". *Id.*, p. 62.

²⁶ Ruedo Ibérico. No. 1 París, 1965.

²⁷ García Morente, como el gran filósofo mexicano José Vasconcelos, desembocó al final de su vida en un fatalismo anagógico que en el caso de Morente le hizo tomar los hábitos y entonar encendidos ditirambos al franquismo.

SOLEDAZ Y COMUNION: OCTAVIO PAZ Y EL DESARROLLO DE LA IDEA MEXICANA DE LA HISTORIA

Por Stephen J. HOMICK

A casi los treinta años de su publicación, *El laberinto de la soledad* sigue cobrando un reconocimiento mundial como estudio penetrante y revelador no sólo del mexicano y su historia, sino también del hombre contemporáneo en general. El que esta obra se haya reimpresso más de diez veces hace patente su popularidad e importancia. No cabe duda que éstas se deben al genio de su autor, Octavio Paz, de lograr una síntesis de poesía, historia, psicología y antropología. Además Paz ha incitado a otros mexicanos a seguir en sus pasos y profundizar la meditación sobre el hombre y la historia en México; mientras en los Estados Unidos ha llamado la atención de una buena parte de la comunidad intelectual norteamericana.

En mayor grado, el impacto de la obra de Paz en Norteamérica puede atribuirse a su alcance universal y a sus cimientos psicológicos y antropológicos. Buena prueba de esto se halla en los análisis literarios sobre Paz que han surgido en el país estadounidense en años recientes.¹ De los intérpretes norteamericanos del poeta mexicano que han dado el mayor relieve a los rasgos psicológicos de su obra, es Thomas Mermall quien más ha intentado relacionar el pensamiento freudiano y neofreudiano con el de Paz. Ostensiblemente, Mermall hace un análisis de la concepción de la historia mexicana manifiesta en *El laberinto*...; mas su estudio deja al lector con la impresión de que las ideas son bien arraigadas en terreno freudiano, o mejor dicho, neofreudiano, y que tienen muy poco que ver con el pensamiento original mexicano que salió a luz durante la época de la Revolución.

¹ Se destacan entre otros los siguientes estudios: Peter G. Earle y Robert G. Mead, Jr., *Historia del ensayo hispanoamericano* (México, 1973), pp. 145-149; Martin S. Stabb, *In Quest of Identity: Patterns in the Spanish American Essay of Ideas, 1890-1960* (Chapel Hill, N. C. 1967) pp. 197-209; y Thomas Mermall, "Octavio Paz: *El laberinto de la soledad* y el psicoanálisis de la historia" *Cuadernos Americanos* 156 (enero-junio, 1968), 97-114.

Como llevamos dicho, Mermall examina la interpretación histórica de Paz desde un ángulo que bien puede llamarse "psicohistórico". Cabe aquí una aclaración del sentido de este término. Pura y simplemente, la llamada "psicohistoria" constituye una tentativa de tender un puente conceptual entre el psicoanálisis y la historia. Como es sabido, las dos disciplinas se ocupan del pasado del hombre; la primera estudia el pasado individual, mientras la segunda trata del pasado colectivo. En el esfuerzo para vincularlas, se resalta en particular la obra de Sigmund Freud. Por un lado, el pensador vienés propuso una teoría del origen de la sociedad humana; y por el otro, desarrolló una metodología que podía aplicarse a la explicación de sucesos históricos particulares.

Ahora bien, Mermall ha utilizado tanto la parte especulativa como la analítica como base de su estudio de la visión de la historia mexicana de Octavio Paz. Atribuye a éste un cierto "historicismo", entroncado en "paradigmas míticos", que "tiene su modelo en las ideas de Freud".² Esta línea de razonamiento ha llevado a Mermall a decir que Paz, como Freud, tiene un concepto cíclico de la historia, sentado en la noción del "eterno retorno de lo reprimido".³

Pero debe notarse que esta idea de la historia como un ciclo es diametralmente opuesta a lo que se entiende comúnmente por historicismo. En breve, el historicismo es una manifestación de la revuelta romántica contra el racionalismo, que surgió principalmente en Alemania a fines del siglo anterior. Su eje dirigente consta de la negación de cualquier aproximación sistemática a la historia; del rechazo de interpretaciones unificadas de la historia; y de la afirmación de que la índole de la historia radica precisamente en el cambio en la particularidad.⁴ De ahí que no sea posible relacionar ni la interpretación de Freud ni la de Paz con el historicismo así entendido.

Con todo, y en defensa de Mermall, agréguese que hay otras definiciones del historicismo que la que se acaba de mencionar. Por ejemplo, el filósofo inglés Karl Popper ha aplicado el término a las ciencias sociales en las cuales se asume la predicción histórica como meta principal, y que se puede alcanzar esta meta por el descubrimiento de los ritmos o las leyes que se ocultan tras la evolución de la historia.⁵ Puede que Mermall tuviera una noción como la de Po-

² Mermall, "Octavio Paz", p. 98.

³ *Ibid.*, p. 106.

⁴ Georg Iggers, *The German Conception of History* (Middletown, Conn., 1968), pp. 4-11; Hans Meyerhoff, ed. *The Philosophy of History in Our Time* (New York, 1959), pp. 9-27.

⁵ Karl R. Popper, *The Poverty of Historicism* 3rd. ed. (New York, 1961), p. 3.

pper en mente cuando calific3 a Paz como historicista; pero desafortunadamente nunca sac3 en claro lo que 3l mismo entendía por este t3rmino confuso y, a menudo, malentendido.

Pese a esta leve confusi3n con respecto al historicismo, el estudio de Mermall es un valioso e interesante an3lisis que, entre otras cosas, apunta la notable semejanza entre las ideas de Paz y las de la "Nueva Izquierda" norteamericana de fines de los sesenta.⁶ Pero cabe preguntarse si Mermall ha puesto demasiado 3nfasis en este aspecto del pensamiento de Paz; ante todo es mexicano de carne y hueso. Seguramente sus conceptos tienen raíces mexicanas por encima de su semejanza con los de otros pensadores. Y por 3ltimo, creo que va es menester examinar la obra de Paz dentro del 3mbito pos-revolucionario para comprender mejor su contribuci3n al desarrollo de las ideas en M3xico. Ser3, pues, el intento del presente ensayo colocar a Paz dentro de la corriente intelectual que sali3 de la Revoluci3n e indicar su relaci3n ideol3gica con ella.

Desde fines del siglo XIX, mexicanos en particular, y otros hispanoamericanos en general, empezaban a cuestionar el positivismo y el liberalismo, las dos ideologías imperantes en la Am3rica Hisp3nica en aquellos tiempos. En M3xico, el positivismo fue adoptado como respaldo ideol3gico por el gobierno de Porfirio D3az; mas una nueva generaci3n de pensadores mexicanos veía en esa doctrina de orden y progreso algo fundamentalmente opuesto a los valores morales de la vida. Para estos j3venes intelectuales, el positivismo quedaba en plena bancarrota moral y había llegado la hora de crear una filosofía m3s humanista que reflejase las circunstancias de M3xico. As3 que, antes del estallido de la Revoluci3n, ya había puesto a cuajarse una conciencia nueva en M3xico, una idea cabalmente mexicana sobre el hombre y el universo.

La fuerza motriz de la emancipaci3n mental mexicana fue el insigne Ateneo de la Juventud. Entre sus socios contaban a Antonio Caso, Jos3 Vasconcelos y el dominicano Pedro Henr3quez Ureña. En gran parte, su obra fue la de asentar los fundamentos de una filosofía bien arraigada en la realidad de M3xico;⁷ y como veremos,

⁶ Quiz3 la mejor s3ntesis de las corrientes ideol3gicas de este movimiento es la de Theodore Roszak, *The Making of a Counter Culture* (New York, 1969). Hay traducci3n castellana titulada *El nacimiento de una contra cultura*.

⁷ Abelardo Villegas, *La filosofía de lo mexicano* (M3xico, 1960), pp. 21-23; Michael A. Weinstein, *The Polarity of Mexican Thought: Instrumentalism and Finalism* (University Park, Penn., 1976), pp. 1-4; Henry C. Schmidt, *The Roots of Lo Mexicano: Self and Society in Mexican Thought, 1900-1934* (College Station, Tex., 1978), p. 44.

el pensamiento de esos jefes de la revolución espiritual en México influiría en las ideas de sus sucesores, inclusive las de Octavio Paz.

Antonio Caso fue uno de los primeros mexicanos que se declaró en contra del positivismo. En su obra se ve nítidamente el entretrejimiento de historia, psicología social y comentario moral. Caso recurre a la historia como óptica analizadora para investigar la realidad social y espiritual de México. Sus investigaciones le llevan a situar la raíz de los problemas que afligen a México en terreno histórico. Según Caso, se fundó la situación contemporánea del país en su herencia española. Esta constituía un irrealismo en el cual el pueblo mexicano perdió su rumbo. Desde el momento en que se colocó la cruz encima del teocali indígena, se planteó el dilema del choque entre dos culturas: la india y la española. Mas, sigue Caso, éste jamás fue resuelto; en vez de crear una solución mexicana, el país importó doctrinas extranjeras. Estas, por no ser enraizadas en las circunstancias internas de México, cayeron fracasadas una tras otra.⁸

Con la llegada del positivismo en la segunda mitad del siglo XIX, se echó en olvido todo ideal humano y comenzó la tiranía de la imperativa tecnológica en México. Sin embargo, el positivismo se mostró bien pronto a Caso y a otros mexicanos como una doctrina postiza, inadecuada para las condiciones del país. Ultimamente, los vientos de la Revolución se llevaron el positivismo, y dejó para Caso y sus coetáneos la tarea de fundar una conciencia nacional y restaurar una visión del hombre más humanista al país.⁹

Como puede verse, el drama de la Revolución le significó a Caso un momento decisivo en la historia de México. A través del proceso purificador revolucionario, el pueblo mexicano se despertó y tomó clara conciencia de que ya no podía ignorar su pasado como se había hecho durante el siglo anterior. No sólo era necesario recrear la nación conforme con su realidad, sino también indagar su significado metafísico. En esta tentativa de fundar un ideal verdaderamente mexicano, se resalta paladinamente la tendencia de Caso hacia lo universal. Se dio cuenta de que la fidedigna identidad mexicana sólo podía hallarse en la diversidad de todas las culturas. De aquí, pues, nace el afán de sus sucesores de trascender la particularidad de lo mexicano y alcanzar lo humano.¹⁰

En su obra más definitiva, *La existencia como economía, como desinterés y como caridad*, Caso procura universalizar las circunstancias de la vida mexicana. Sienta aquí las bases de su ética en un concepto tripartito del ser. Significativamente, Caso distingue la

⁸ Schmidt, *The Roots*, p. 126.

⁹ Villegas, *La filosofía*, pp. 29-32.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 32-34.

vida de la existencia, pues cree que toda definición de la vida no debe olvidarse del plano biológico.¹¹ Según este pensador, la vida, biológicamente hablando, se equivale a la nutrición. Para el organismo vivo, la meta final de la vida es "la transformación del mundo en alimento".¹² En el proceso de buscar nutrición, continúa Caso, el ser vivo lucha con sus semejantes para acaparar el ambiente material y hacerlo suyo.

Esta línea de pensamiento lleva a Caso a dar por sentado que dentro del organismo vivo opera una energía distintiva: el egoísmo. Este, a su vez, transforma la vida en un campo de batalla para la conservación y la reproducción de cada organismo. De ahí que Caso caracterice el nivel biológico de la vida como un proceso de ganar "el máximo de provecho con el mínimo de esfuerzo".¹³

Como necesario complemento de la vida, Caso articula una interpretación de la muerte. La vida biológica, dice el filósofo, es nada menos que la prosecución de la muerte.¹⁴ La vida en sí constituye un equilibrio dinámico; en cambio, la muerte representa un equilibrio estático, perfecto. Y si se compara este concepto de la muerte con el que Mermall atribuye a Paz, se verá una estrecha concordancia.¹⁵

Para Caso, el proceso de acaparación es un círculo vicioso en el que el hombre, en su esfuerzo para apoderarse de su ambiente, aumenta su frustración a medida que la trayectoria de su vida le conduce hacia la muerte. Pero Caso rechaza semejante idea tan determinista y fatalista de la vida, y afirma que el hombre sí es sumamente capaz de trascender lo biológico. Para dar prueba de ello, se acoge al arte, pues éste no parece tener función alguna en la vida biológica. El arte, que se hace con mucho esfuerzo, no nutre al organismo; sin embargo, el hombre lo necesita. Para Caso, entonces, el arte constituye un acto de sumo desinterés, y es clara evidencia de un estado más arriba del biológico.¹⁶

No obstante, el arte como desinterés es sólo una etapa transicional; le sirve a Caso como base de su idea de la caridad como la forma más alta de la existencia. Según el ver de Caso, el hombre sólo puede relizarse por el acto caritativo. Por la caridad, el hombre se emancipa del orden biológico y alcanza la inmortalidad, puesto que aquélla no puede agotarse jamás; es, por así decirlo, el eterno

¹¹ Rosa Krauze de Koltieniuk, *La filosofía de Antonio Caso* (México, 1961), p. 115.

¹² Citado en Villegas, *La filosofía*, p. 38.

¹³ Weinstein, *The Polarity*, p. 35.

¹⁴ Krauze de Koltieniuk, *Antonio Caso*, p. 119.

¹⁵ Weinstein, *The Polarity*, p. 36; Mermall, "Octavio Paz", pp. 99-102.

¹⁶ Krauze de Koltieniuk, *Antonio Caso*, pp. 129-139.

retorno de lo bueno.¹⁷ De este modo, Caso sienta los cimientos de los argumentos por la universalidad de la condición humana, argumentos que volverán a aparecer en las ideas de Paz.

Otro gran prócer de la liberación espiritual mexicana es José Vasconcelos. Sus ideas merecen un breve resumen, antes de sondear las de Paz, para indicar los vínculos ideológicos, si los hay, entre los dos pensadores.

Vasconcelos, al igual que Caso, veía la necesidad de refutar el positivismo y de reemplazarlo con una filosofía nueva; mas al mismo tiempo, reconocía que ésta tendría que trascender lo nacional y llegar a lo universal. Según Vasconcelos, cualquier sistema filosófico que no lo hiciera, caería en un vacío nacionalista.

En el sistema vasconceliano, la síntesis de elementos heterogéneos en una totalidad más vasta que sus partes exalta lo particular conforme lo coordina con el resto del todo. Así que su sistema no disminuye el significado de cada parte del conjunto, sino, todo lo contrario, lo aumenta. Es más, Vasconcelos sienta como fundamento de su sistema la noción de un universo poético, en el cual "todo es ser... y participa de una misma sustancia... según su cercanía al Ser Absoluto".¹⁸ Esta sustancia, por razones aparentemente desconocidas al filósofo, queda en una condición inestable, de la cual salen dos corrientes de energía: una hacia la desorganización total, o sea, la entropía; y la otra hacia una organización cada vez más compleja. En esta última, dice Vasconcelos, se forman estructuras que, a su vez, son el comienzo de una vuelta al estado originario.

Ahora bien, Vasconcelos asienta tres tipos de estructura en su teoría: los átomos, las células y las almas. Todas estas estructuras, según él, son hechas por mano divina para que se salve la unidad de la sustancia, la cual tiende a desintegrarse. Y de aquí puede verse como Vasconcelos incorpora a Dios a su sistema. Asimismo entra en este conjunto el concepto de la misericordia, en función salvadora que impide la destrucción de la sustancia. Finalmente, está implícito en el sistema vasconceliano la noción de un continuo ritmo entre los polos de organización y desorganización, una noción que se manifestará en el pensamiento de Octavio Paz.

A las tres estructuras formuladas por Vasconcelos, les corresponden tres estados de energía, a saber: el físico, el biológico y el espiritual. Pero, de estas estructuras, solamente la tercera, la del hombre, puede alcanzar el estado espiritual. Mientras que los átomos y las células se reintegran en el todo de un modo más o menos mecanista, el hombre, precisamente por su organización más amplia y

¹⁷ Villegas, *La filosofía*, p. 73.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 76-79.

compleja, puede colocar a estas otras estructuras en lo espiritual.¹⁹ Según Vasconcelos, el hombre logra tal transformación mediante su conocimiento; esto es, su habilidad de coordinar elementos distintos e irreductibles de tal suerte que contribuyan a un fin.²⁰ Y para él, como para Caso, el arte es sin duda alguna el mejor vehículo para realizar este tránsito de lo humano a lo divino.

Corolario imprescindible del concepto vasconceliano del arte como medio de lograr lo divino es su idea del mito. Vasconcelos concibe el mito como "la versión estética de las cosas... una coordinación que confiere sentido".²¹ Primeramente obra de la imaginación, el mito da al hombre la capacidad de sondear las honduras de la existencia. Donde la razón no puede aplicarse, dice el filósofo, el mito averiguará la verdad. Además, y esto es importante, a Vasconcelos no le interesa el origen del mito, sino que su sentido como una verdad independiente de la filosofía y de la ciencia. Y esta noción del mito como una realidad aparte del mundo de la razón constituye otro eslabón ideológico entre Paz y Vasconcelos.

Como se ha visto, la faena de sentar las bases de pensamiento posrevolucionario mexicano fue cumplido principalmente por Caso y Vasconcelos. El hilo conductor de sus ideas consistía precisamente en un tajante repudio del positivismo y la definición y delimitación de una filosofía más humana, más mexicana pero capaz de universalizarse. Los sucesores de Vasconcelos y Caso ampliarían su obra por aplicarla a la realidad de México, y por crear una filosofía nacional. A primera vista, este esfuerzo parece caer en una paradoja. Si el intento de Caso y Vasconcelos era la de fundar una filosofía de alcance universal, ¿cómo se explica el cambio de sentido hacia lo concreto —en este caso, hacia una filosofía solamente mexicana?

Dos consideraciones deben esclarecer esta aparente contradicción. En primer lugar, dada la historia de México antes de la Revolución, ¿era posible que se lograsen las metas rigurosas de los sistemas de Vasconcelos y Caso? Es más, ¿quién era el mexicano?; ¿tenía una psiquis adecuada para comprender y efectuar los ideales vasconcelianos y casianos? Si existieran estorbos psíquicos en su carácter, no podrían realizarse los sistemas de los grandes próceres. Y por último, la posibilidad de fracaso les recordó a los mexicanos el caos del siglo anterior.

Segundo, los ejemplos de Norteamérica y Europa como modelos de la adaptación de una filosofía a las circunstancias concretas de

¹⁹ *Ibid.*, p. 82.

²⁰ Weinstein, *The Polarity*, p. 25.

²¹ Agustín Basave Fernández del Valle, *La filosofía de José Vasconcelos* (Madrid, 1958), pp. 431-433.

una cultura les hicieron a los mexicanos darse clara cuenta de que sólo una filosofía que correspondiera a la realidad del pueblo podría afincarse en México. Además, sin una conciencia nacional, apoyada por bases éticas, México no podría defenderse contra el avance, cada vez más poderoso y maligno, del imperialismo norteamericano. Todas estas consideraciones exigieron que los mexicanos analizaran hondamente el carácter nacional para que comprendieran la condición del hombre y la cultura mexicanas.

Bien sabido es que fue Samuel Ramos uno de los primeros de los sucesores de Caso y de Vasconcelos en emprender un psicoanálisis colectivo del pueblo mexicano. Pero influían en sus fuentes intelectuales no sólo las ideas de estos últimos, sino también el perspectivismo orteguiano y algunos conceptos de los últimos científicos.²² En la obra de Ramos, se ve la elaboración de temas expuestos por Justo Sierra, Julio Guerrero, Andrés Molina Enríquez y otros intelectuales del crepúsculo del Porfiriato. Es más, en la trayectoria de su filosofía, Ramos no sólo trata de poner en claro las condiciones necesarias para que se cumplan los ideales de Vasconcelos y Caso, sino en su tentativa de hacerlo acaba por romper ideológicamente con éstos.

La crítica de Ramos a Caso gira principalmente alrededor de la problemática de la razón en el ámbito cultural de México. Según Caso, México necesitaba una filosofía en la que se enlazarán una conciencia clara de la realidad del país con una visión igualmente clara de un ideal creador y caritativo por lograr. Pero, remacha Ramos, ¿puede instaurarse semejante filosofía en un país que carece de disciplina?²³ Para este último, la respuesta es definitivamente negativa. Antes que se funde una filosofía mexicana, dice Ramos, se hará menester saber en qué consiste el ser mexicano, cuáles son su fortaleza y sus debilidades y qué es la índole de su historia. Para contestar a estas interrogativas, Ramos emprendió un análisis psicológico colectivo del mexicano en su ilustre libro, *El perfil del hombre y la cultura en México*.²⁴

Puesto que esta obra en mayor grado le indujo a Paz a escribir *El laberinto* . . . , merece un breve examen. En *El perfil* . . . , Ramos se ocupa de determinar los orígenes de la inestabilidad política y el estancamiento económico de México, un país que había hecho grandes esfuerzos para asimilar las ideas y técnicas más adelantadas de Occidente. El autor se acerca a esta indagación de manera empírica; se planta firmemente en el análisis de fenómenos perceptibles.

²² Schmidt, *The Roots*, pp. 41-59.

²³ Villegas, *La filosofía*, pp. 30-31, 112.

²⁴ Weinstein, *The Polarity*, p. 49.

Como Caso, la historia le sirve como clave para comprender la situación actual mexicana y sus sustratos. Al modo de ver de Ramos, la Revolución se había torcido; el optimismo de Caso y Vasconcelos se había vuelto en una reflexión profunda sobre el mexicano y su lugar en el mundo. Y es ésta la actitud, o mejor dicho, la perspectiva, que va a dar forma al pensamiento de Paz en *El laberinto*...

Siguiendo la línea de análisis trazada originalmente por Ezequiel A. Chávez en su "Ensayo de psicología de la adolescencia", Ramos adopta la teoría adleriana como herramienta heurística.²⁵ Afirma que la cultura mexicana es derivada de, y por consiguiente, dependiente de la europea. Esta afirmación le lleva a concluir que toda la historia de México, desde la Conquista hasta el presente, no es sino la expresión de un sentimiento de inferioridad colectivo frente a las grandes civilizaciones occidentales. Y de una manera bien parecida a la de Caso, Ramos encuentra las raíces de tal sentimiento en la Conquista misma, el mestizaje y las condiciones telúricas pertenecientes a México. Todos estos factores contribuyeron a una situación en la que no se sentó una estructura social que atañese a la realidad social, política y económica del país. La inferioridad sentida por los mexicanos, pues, no resulta de condiciones inherentes en su carácter; antes bien, es la consecuencia de circunstancias históricas desventajosas.²⁶

Según Ramos, el sentimiento de inferioridad ha conducido al mexicano a crear un mundo de fantasía en donde hace un esfuerzo para disimular su autodegradación. La manifestación más patente de este fenómeno se halla en la figura del "pelado". Es un tipo que pertenece al lumpenproletariado urbano de México, y que tiene una rabia furiosa hacia su existencia. Se encierra en máscaras de poder físico y sexual, y está para estallar su ira a la más leve ocasión. Mas estas características no implican que el pelado sea poderoso; todo lo contrario, revelan que es débil y posee un yo deprimidísimo, debido en mayor parte a las circunstancias en que se encuentra. Y el pelado, recalca Ramos, no es sino el ejemplo más evidente de la condición de la sociedad mexicana en general.

Aunque Ramos examinaba las máscaras detrás de las cuales se oculta el mexicano, no llevó a cabo un análisis de su ser. Si, como aduce Ramos, la situación del mexicano es esencialmente el resultado de su herencia española, si su imitación irreflexiva de modos extranjeros ha producido un sentimiento de inferioridad que brota en manifestaciones de valentía y rencor, pues, ¿en qué consiste su ser auténtico? Esta cuestión, echada en olvido por Ramos, la tomará

²⁵ Schmidt, *The Roots*, p. 116.

²⁶ Weinstein, *The Polarity*, p. 50; Villegas, *La filosofía*, p. 124.

Octavio Paz como uno de los temas centrales de su meditación sobre el hombre mexicano y sus circunstancias.

Hemos llegado, por fin, al objeto de este ensayo: el análisis de la interpretación de la historia mexicana de Octavio Paz. Ya que nuestro propósito es el de señalar el lugar que este autor ocupa dentro del marco del pensamiento mexicano posrevolucionario, nos ha sido preciso esbozar, aunque no en gran detalle, las ideas principales que surgieron durante los primeros decenios del siglo actual. Queda visto que tanto Antonio Caso como José Vasconcelos pusieron en tela de duda los conceptos positivistas que sostuvieron ideológicamente el Porfiriato. A diferencia de los corifeos del positivismo, estos pensadores declararon que no está en la razón, sino la emoción que radica lo humano. Es más, exhortaron a los mexicanos que se convirtieran en un nuevo hombre que se expresaría en términos de caridad y espíritu. Y según ellos, la base de tal cambio trascendental estribaba precisamente en el estudio de la historia de México, a fin de comprender sus defectos para no volver a repetirlos.

En rigor, tanto el programa vasconceliano como el casiano sientan los cimientos filosóficos de un modo de vivir en el que se superditará lo material a lo espiritual. Es más, su fundamento axial es la libertad; pero una libertad creadora, basada en el arte y la poesía. Para ambos pensadores, la autorrealización, y por extensión, la salvación del hombre radica precisamente en su capacidad de actuar libremente, sin los impedimentos de normas externas. Su filosofía es una filosofía utópica, del futuro; pero de un futuro bien cercano, dentro del alcance de los mexicanos.²⁷

Ahora bien, en las ideas de Samuel Ramos se ve una vuelta hacia lo particular. Escribiendo en una época de reflexión sobre la significación de la Revolución, Ramos y tantos de sus coetáneos empezaban a dudar que pudiesen efectuarse los ideales de Vasconcelos y Caso. Esta misma duda le impulsó a sondear el carácter nacional del país. Sus averiguaciones le condujeron a la construcción de una caracterología mexicana, sin lograr lo que era, en última instancia, su meta: la unión de lo particular con lo universal. Congruente con este afán de trascender las condiciones particulares de México y de colocar al mexicano dentro del contexto más amplio de la humanidad, Octavio Paz se ocupará de extender y ahondar los temas desenvueltos por Ramos.

Para realizar el deseo de elevar la realidad mexicana a un nivel universal, Paz modifica y ensancha varios conceptos de Ramos. Aunque no contrapone una nueva metodología a la adleriana empleada por este último, la revisa significativamente. Sustituye la hipótesis

²⁷ Villegas, *La filosofía*, p. 98.

de la inferioridad por la del trauma natal —o sea, la ruptura— como piedra angular de su interpretación de la historia mexicana.²⁸ Es más, como correlato de esta premisa, Paz introduce la noción de la soledad. En la medida en que ésta es el resultado del parto, es natural que forme el fondo elemental de la condición humana.²⁹ De este modo, pues, puede universalizar la experiencia mexicana, y seguir la trayectoria del pensamiento mexicano trazada originalmente por Caso y Vasconcelos.

A la idea de la soledad, Paz opone la de la comunión. Si bien la primera indica ruptura, "el sentirse y saberse solo", la segunda significa la vuelta a ser uno con la creación, esto es, la autorrealización del hombre.³⁰ Además, estas ideas, a la vez antagónicas y complementarias, forman dos polos de una dialéctica que yace en el fondo de su análisis. Para Paz, la historia de México puede interpretarse en términos de un ritmo oscilante entre estos dos polos. Y este concepto encaja con la noción vasconceliana del ritmo del universo ya mencionada más arriba.³¹

Al igual que Ramos, Paz inicia su interpretación de la historia mexicana con una caracterología; mas, en vez de analizar de nuevo al pelado, Paz utiliza al "pachuco" como punto de partida. A través de su análisis de éste, hace resaltar los polos dialécticos de soledad y comunión. El pachuco vive en soledad, rechaza tanto su procedencia mexicana como la cultura norteamericana en la que se encuentra. No se da cuenta de su soledad ni de su necesidad de comunión con sus prójimos; pero sí trata inconscientemente de romper la muralla que le encierra.³²

Tomando al pachuco como modelo, Paz lo extiende a toda la cultura mexicana. Estudia los subterfugios que emplea el mexicano para negar su soledad. Todos sus esfuerzos para esconderse y evitar su realidad se conducen a la conclusión de que "el mexicano y la mexicanidad se definen como ruptura y negación... como búsqueda, como voluntad por trascender este estado de exilio... (y) colmugar con los demás".³³

Este afán de comunión se expresa con suma nitidez en la fiesta. Durante tiempos festivos el mexicano logra sobrepasarse. En este "otro tiempo", se abren brechas en las murallas de soledad que le

²⁸ La teoría de la trauma natal fue expuesta por Otto Rank, otro epígonos freudiano y coetáneo de Adler.

²⁹ Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, 2a. ed. (México, 1973), p. 175.

³⁰ *Ibid.*

³¹ *Ibid.*, pp. 16-17.

³² *Ibid.*, p. 148.

³³ *Ibid.*, pp. 89, 173.

rodean; y por un momento pasajero, puede vislumbrar su verdadero ser y el de sus semejantes. Ante todo, la fiesta es un rito, "una revuelta, una súbita inmersión en la pura vida".³⁴

Puede verse en la descripción de la fiesta la presencia de lo poético en el análisis de Paz. En su visión poética de ella, se revelan las vinculaciones que tiene con el pensamiento de Vasconcelos y Caso. Como se recordará, estos últimos propusieron filosofías que daban particular énfasis a lo poético. Y es bien evidente que Paz sigue esta línea de pensar en su interpretación de la realidad histórica de México.

Como llevamos visto, Paz concibe la realidad mexicana como un ritmo que oscila entre los polos de soledad y comunión. Para comprender mejor sus orígenes y aclarar su sentido, lo mismo que sus predecesores, Paz recurre a la historia. Bien evidente en su concepción de la historia mexicana es la noción de la polaridad de la condición humana; de hecho, organiza su periodización conforme con semejante polaridad. Así que el autor contrapone a la Conquista, ruptura y violación, la Colonia, paradójicamente abierta a la participación en la fe pero cerrada a la expresión individual; y semejantemente, a la Reforma, "la gran ruptura con la Madre", la Revolución "reanudación con el pasado . . . , y un regreso a la madre".³⁵

Según Paz, entonces, la historia de México puede verse en términos de esta oscilación entre los polos de soledad y comunión.³⁶ Sus raíces, a su modo de ver, se echaron durante la época colonial. Precisamente porque España impuso un catolicismo decadente, casi caduco, a la recién fundada nación, se estorbó oportunidad alguna para la expresión auténtica mexicana. El triste resultado de este suceso fue una sociedad abierta a un paraíso más allá de la muerte, pero cerrada a proseguir un futuro terrestre. Es éste el andamiaje social que decidió el destino de México y que, para Paz, fue el arranque —uno de los puntos álgidos si se quiere— de su historia.³⁷

Impedido para desarrollar una sociedad auténticamente suya y enclaustrado en un orden petrificado pero duradero, el pueblo mexicano se halló incapaz de sentar una estructura social que se conformase a las realidades del país. Desde la Conquista hasta la Revolución, recalca Paz, México importaba doctrinas extranjeras precisamente porque no podía, o bien no quería, comprender sus propias circunstancias. De la ciencia y filosofía de la Ilustración salió la Independencia; y a través de sus guerras entre liberales y conservadores, fue consumándose en la Reforma.

³⁴ *Ibid.*, pp. 44-46.

³⁵ *Ibid.*, pp. 89, 91, 105, 134, 149.

³⁶ Stabb, *In Quest*, p. 202.

³⁷ Paz, *El laberinto*, p. 91.

A Paz, le significa la Reforma, una necesaria ruptura con la herencia española de México. Su obra fue la fundación del país en la negación de su pasado colonial. Al negar el pasado, la Reforma acabó por negar la realidad mexicana. Pero por haber ignorado el pasado, la Reforma sembró el germen de la inevitable Revolución. Con la introducción del positivismo, se reveló lo inadecuado de las doctrinas extranjeras para México; lentamente se asfixiaba el país en un ambiente de frustración y autoengaño, sin pasado ni futuro.³⁸

Entre paréntesis, interesa aquí dejar sentado la concordancia entre la interpretación de Paz de la historia mexicana y la del Caso. Los dos pensadores ven en ella un proceso irrealista de introducir ideologías extranjeras en el país que ha resultado en la pérdida de toda filiación histórica. Es más, ambos consideran esta situación la consecuencia del imperialismo, ya sea europeo o norteamericano, y advierten correlativamente la necesidad de una filosofía que refleje la realidad de México. Y por último, les representa la Revolución una catarsis.

Si bien la Revolución fue un momento catártico para Caso y Paz, es éste el que la interpreta en un sentido más poético, más mítico. En su discusión de la Revolución se manifiesta el genio de Paz de sintetizar poesía, mito e historia.³⁹ De acuerdo con Vasconcelos, estima también que el mito tiene un valor independiente de la razón, y que queda subyacente en el fondo del alma humana. Pero sobre todo, la Revolución indica para Paz la toma de conciencia del pueblo mexicano de sí mismo.⁴⁰

Paz cierra su interpretación de la historia mexicana con una discusión de los resultados de la Revolución y el tema de la mexicanidad. Conforme con su afán de universalizar la experiencia de su país, afirma que sería inútil buscar una filosofía mexicana, pues los modos de pensar de los mexicanos han sido importados de Europa. Pero añade que ésta ya queda agotada de ideas y que "por primera vez, México no tiene a su disposición un conjunto de ideas universales que justifiquen nuestra situación. De ahí que México, como el resto de Occidente, viva a solas, sin respaldo espiritual y con un porvenir por inventar".⁴¹ Y al igual que Caso, Vasconcelos y Ramos, Paz se propone trascender la soledad del hombre por erigir una sociedad nueva, fundada en la dignidad, la comunidad y la libertad creadora.⁴²

Para concluir, aunque las ideas de Octavio Paz pueden compa-

³⁸ *Ibid.*, p. 79.

³⁹ *Ibid.*, p. 134.

⁴⁰ *Ibid.*, pp. 133, 151.

⁴¹ *Ibid.*, p. 153.

⁴² *Ibid.*, pp. 173-174.

rarse con las de varios pensadores europeos de nuestro siglo, hemos procurado colocarlas dentro de la corriente intelectual mexicana que salió de la Revolución. A lo largo de este estudio, se ha relacionado la interpretación de la historia mexicana de Paz con la de los filósofos mexicanos Antonio Caso, José Vasconcelos y Samuel Ramos, para averiguar si hay vínculos entre ellas. Es de notarse que todos coinciden en una tendencia a analizar críticamente la historia de México, enlazada con una tentativa de crear un modo nuevo de vivir que trascienda los trastornos del pasado. Debe señalarse también que los cuatro pensadores comparten un concepto trascendental de la muerte, un anhelo de universalizar sus ideas, y una fuerte creencia en la necesidad de una comunidad basada en ideales como la caridad y la libertad creadora.

Sin embargo, de estos cuatro pensadores, es Octavio Paz quien entretreje historia, mito y poesía, para formar una noción del proceso histórico mexicano como una oscilación entre dos momentos de una dialéctica. Esta, para él, es el dilema no sólo de México, sino de toda la civilización occidental. Es más, su tajante crítica de la imperativa positivista que domina la vida en los Estados Unidos y en Europa, en la que el hombre se halla en función de un instrumento en un proceso mecanista e inhumano, anticipa en mayor grado conceptos semejantes que brotarían años más tarde en los grandes alborotos de los sesenta. Sobre todo, Paz figura prominentemente en el desarrollo de una idea mexicana del hombre y la cultura, arraigada en las circunstancias particulares de México, pero cuyo alcance y significado son universales.

BIBLIOGRAFIA

- Basave Fernández del Valle, Agustín. *La filosofía de José Vasconcelos*. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica, 1958.
- Earle, Peter G. y Robert G. Mead, Jr. *Historia del ensayo hispanoamericano*. México: Ediciones de Andrea, 1973.
- Igger, Georg. *The German Conception of History*. Middletown, Conn.: Wesleyan University Press, 1968.
- Krauze de Koltcniuk, Rosa. *La filosofía de Antonio Caso*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1961.
- Mermall, Thomas, "Octavio Paz: *El laberinto de la soledad* y el psicoanálisis de la historia". *Cuadernos Americanos* 156, (enero-jun, 1968), pp. 97-114.
- Meyerhoff, Hans, Ed. *The Philosophy of History in Our Time*. Garden City, N. Y.: Doubleday Anchor Books, 1959.
- Paz, Octavio. *El laberinto de la soledad* 2a. ed. México: Fondo de Cultura Económica, 1973.

- Popper, Karl. *The Poverty of Historicism* 3rd. Ed. New York: Harper and Row, 1961.
- Roszak, Theodore. *The Making of a Counter Culture*. Garden City, N. Y.: Anchor Books, 1969.
- Schmidt, Henry C. *The Roots of Lo Mexicano: Self and Society in Mexican Thought, 1900.1934*. College Station, Texas: Texas A&M University, Press, 1978.
- Stabb, Martin S. *In Quest of Identity. Patterns in the Spanish American Essay of Ideas, 1890.1960* Chapel Hill N. C.: University of North Carolina Press, 1967.
- Villegas, Abelardo. *La filosofa de lo mexicano*. M3xico: Fondo de Cultura Econ3mica, 1960.
- Weinstein, Michael A. *The Polarity of Mexican Thought. Instrumentalism and Finalism*. University Park, Penn.: The Pennsylvania State University Press, 1976.
- Zea, Leopoldo. *El pensamiento latinoamericano*, t. 2. M3xico: Editorial Por-maca, 1965.

DIALOGO DE TRES TRISTES TIGRES Y UNA COBRA CON CERVANTES Y GONGORA

Por Vicente CABRERA

CON el apogeo de la literatura hispanoamericana en las últimas décadas, parece haber surgido cierta separación o distanciamiento entre ésta y la literatura peninsular, un distanciamiento fabricado, no por los escritores *per se*, sino, por los críticos o, mejor, especialistas que se aproximan a los textos como si fuesen creaciones insólitas, salidas de la nada. El diálogo, por ejemplo, del *Quijote* y de las *Soledades* con *Tres tristes tigres*, *Paradiso* y *Cobra*, poca o ninguna atención ha merecido entre los especialistas y sin embargo es parte integrante del texto de Cabrera Infante, Lezama Lima y Sarduy, y responde a la concepción que ellos tienen de la naturaleza dialógica del objeto literario, de la literatura como crítica del lenguaje, del género y de la realidad a la que supera el texto. Dice Sarduy, hablando de *Paradiso*: "Después de todo, sería útil renunciar, en crítica literaria, a la aburrida sucesión diacrónica y volver al sentido original de la palabra texto —tejido— considerando todo lo escrito y por escribir como un solo y único texto simultáneo en el que se inserta ese discurso que comenzamos al nacer. Texto que se repite, que se cita sin límites, que se plagia a sí mismo, tapiz que se desteje para hilar otros signos, estroma que varía al infinito sus motivos y cuyo único sentido es ese entrecruzamiento, esa trama que el lenguaje urde. La literatura sin fronteras históricas ni lingüísticas: sistema de vasos comunicantes. Hablar de la influencia del *Castillo* en el *Quijote*, de la *Muerte de Narciso* en las *Soledades*".¹ Los textos se vivifican en su interacción y no en su aislamiento. El texto no tiene límites. Hoy más que nunca el crítico para esclarecer el sentido, ha de buscar y seguir las relaciones marcadas por los hilos comunicantes del tejido. No hacerlo sería forzar a que la creación quepa en un molde crítico reducido e inoperante, propio de la novela del siglo pasado que adolecía del complejo de originalidad y que evitaba nutrirse de otros textos por temor al plagio.

¹ Severo Sarduy, *Escrito sobre un cuerpo* (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1969), p. 66.

I.—Cervantes y *Tres tristes tigres*

JUAN Goytisolo, otro autor que no sólo reconoce el matiz cervantino de su obra sino que aun más lo explica de manera muy lúcida, identifica aspectos del *Quijote* en *Tres tristes tigres*. Entre ellos aparecen: la estructura que dialoga con otros textos; la concepción de la obra como crítica y creación literaria, la idea del traductor del texto y la intercalación de historias especiales.² La validez de este tipo de lectura es que abre una nueva vía interpretativa a la nueva novela hispanoamericana y con ella hace que los textos en su interacción, sin temor del plagio, se vivifiquen mutuamente; en este sentido último Goytisolo está haciendo lo que Octavio Paz ha hecho con Quevedo y Góngora, Borges con Cervantes y Lezama Lima y Severo Sarduy, otra vez, con Góngora: una más hábil lectura de los clásicos. ¿Qué otros elementos unen al *Quijote* con *Tres tristes tigres* y viceversa?³

1) La equívoca transformación de la realidad, de algo que parece ser lo que es y al mismo tiempo no lo es. La amiga de Aurelita cuenta que mientras espiaban desde debajo del camión todo lo que hacía Petra con su novio, ellas también estaban haciendo "cositas". Sabe muy bien lo que hacía allí debajo con Aurelita, aunque lo ignore el lector o mejor el que la escucha. Pero al cabo de tanto contar y contar la misma historia, por la invención que en dicho proceso interviene, ya ni ella misma sabe hasta qué punto es verdad o es mentira lo que cuenta: "Cada vez inventábamos nuevas cosas y cuando me hacían jurar por mi madre yo podía besarme los dedos y jurar por mi madre santa y todo, porque yo no sabía ya qué cosa era verdad y qué cosa era mentira" (pág. 24). Esa realidad, originalmente clara e inequívoca para ella, se transforma a través de la palabra (al contar e inventar) en otra que se le escapa, incluso a ella misma que antes la vivió y la consideró ser verdad inapelable y que ahora le resulta ser imperceptible. Lo curioso e irónico de todo esto es que al contarle no sólo le hacía el cuento a los curiosos, como ella así lo dice (pág. 24), sino que al final sin quererlo termina haciéndose el cuento a sí misma al ignorar, por su invención, la realidad de su experiencia. Queriendo el personaje burlarse de los demás, terminan los demás burlándose de él, pierde control de la realidad que al principio pensaba haberla poseído y jugado con ella. Lo mismo ocurre con la mujer que confía sus problemas al

² Juan Goytisolo, "Lectura cervantina de *Tres tristes tigres*", *Revista Iberoamericana*, Núm. 95 (abril-junio 1976), pp. 10-18.

³ Guillermo Cabrera Infante, *Tres tristes tigres* (Barcelona: Editorial Seix Barral, S. A., 1967). Las páginas de las citas aparecen entre paréntesis.

psiquiatra. Su obsesión es contar y contar y ver si así logra superar su conflicto. "Ahora nada más que digo, Oye o te devoro, y cuento y cuento y cuento. Lo cuento todo. Hasta lo que no sé lo cuento" (pág. 71). A lo largo de la novela se desarrolla su historia, barajándose realidades e invenciones ("hasta lo que no sé lo cuento"), que culmina con la inseguridad de la que cuenta sobre la realidad de sí misma: "Lo cierto es, doctor, que ya no sé si me pasó a mí o si le pasó a mi amiguita o si lo inventé yo misma. Aunque estoy segura que no lo inventé. Sin embargo, hay veces que pienso que yo soy en realidad mi amiguita" (pág. 447).

2) Cabrera Infante, como Cervantes, también pasa a ser su propio personaje de ficción con el fin no sólo de jugar con su propia identidad sino además con la de sus otros personajes, específicamente con la de Mr. Campbell. Es lo que Cabrera Infante llama: "truco literario de buena ley" (439). Se empieza a jugar con la identidad de este señor Campbell desde el momento en que se anuncia el "show" de la novela y la presencia de aquel señor en el Tropicana: "Less beautiful but as rich and as famous is our very good friend and frequent guest of Tropicana, the wealthy and healthy (he is an early-riser) Mr. William Campbell the notorious soupfortune heir and World champion of indoor golf and indoor tennis (and other not so mentionable indoor sports—Jojojójó), William Campbell, our favorite play-boy! Lights (Thank you, Mr. Campbell)" (pág. 17). Pero esta precaria realidad se derrumba primero con la "Noticia" que el autor (no el personaje) Cabrera Infante reveló: "Los nombres propios mencionados a lo largó del libro deben considerarse como pseudónimos" (pág. 9), es decir como invenciones:⁴ y, segundo, con la variante proveída por el personaje de ficción Cabrera Infante, que aclara (o mejor, confunde) que Campbell no es el Campbell que el maestro de ceremonias lo conoció y supo quién era y por ende el lector se lo creyó, sino otro, aquél que, siendo el mismo, es otro. Para mejor persuadirle al lector de la nueva realidad ficticia de Campbell, autor de la "historia" y el "cuento" incluidos en la novela, Cabrera Infante, personaje, extensamente elabora la nueva realidad de aquél (pág. 439). Como resultado de esto el lector, por una parte, se queda sin saber exactamente cuál es la realidad y cuál es la mentira, pues hay dos variantes de una misma realidad y, por otra, no sabe a quién creerle o al farzante maestro de ceremonias o al personaje Cabrera Infante. Pero hay algo más: el autor, para desvirtuar o suplantar la realidad

⁴ Véase: Vicente Cabrera, "La destrucción de la creación de *Tres tristes tigres*", *Revista Iberoamericana*, Núms. 96.97 (julio-diciembre, 1976), pp. 553-559.

original del personaje y crear una nueva, ha tenido que destruir la suya propia, convirtiéndose en otro personaje más, aparentemente de muy poca o relativa importancia en su mundo novelístico. Con este truco literario de buena ley, la ficción cervantinamente es y no es ficción.

3) El juego entre historia y ficción.—Cervantes presenta la vida del caballero de la Mancha como una historia de sus hazañas, pero al mismo tiempo la transforma en ficción. Cabrera Infante hace lo mismo en *TTT* con la obra de Mr. Campbell al entregarla primero como "Historia de un bastón y algunos reparos de Mrs. Campbell" y luego convertirla en "El cuento de un bastón seguido de vaya qué correcciones de la Sra. de Campbell". Así pues las "experiencias habaneras" de la pareja norteamericana en la Isla, al principio las percibe el lector como si fueran una historia verdadera, luego ésta se transforma en una invención o cuento que desmorona la calidad histórica de esas experiencias. La transformación es casi imperceptible y está en la variante del título. A simple vista parece de poca o ninguna importancia. Sin embargo, al ser cuento y no historia, la realidad de las experiencias cubanas de la pareja queda falseada, ya que ellas no existieron históricamente sino tan sólo en la imaginación inventiva del cuentista. Además Campbell no habría necesariamente de ser el autor. La ambigüedad en todo caso queda intacta ya que la narración es historia y es cuento, al mismo tiempo.

4).—Como en el *Quijote*, en *TTT* hay una mágica proliferación de autores de la obra a través del espejismo de la palabra. El yo artístico de Cabrera Infante es el reflejo de ese yo cubano-colectivo que con la palabra hace y deshace todo. A su vez, todos los personajes que tienen algo que contar, desde el farzante menor del maestro de ceremonias hasta el farzante mayor de Bustrófedon, son el reflejo de su creador Cabrera Infante, y viceversa. Por otra parte, los discípulos de Bustrófedon son el reflejo de éste.⁶ Todo lo dicho hasta aquí prueba que el ámbito de la página le desafía al creador a llevar a último término las posibilidades del lenguaje, de la escritura y de sí mismo como artista "contra todo riesgo y ventura".⁶ Y el que en su obra reaparezcan aquellos elementos cervantinos de ninguna manera afectan la radical originalidad de la misma. Por el contrario la reafirma.

⁶ Véase: Julio Matas, "Orden y visión de *Tres tristes tigres*", *Revista Iberoamericana*, Núm. 86 (1974), p. 102.

⁶ Rita Guibert; "Guillermo Cabrera Infante: Conversación sobre *Tres tristes tigres*. Una entrevista", *Revista Iberoamericana*, Vol. 37 (1971), p. 537.

II.—Góngora y *Cobra*

ANTES de nada es necesario revisar lo que Sarduy tiene que decir sobre la palabra de Góngora y la de Lezama Lima quien, en su opinión, es el escritor latinoamericano que mejor se penetra en el complejo arte del cordobés. A Góngora y a Lezama se aproxima Sarduy a la luz de las teorías de Lucan, Barthes y Butor. Por otra parte estos tres llegan al arte barroco de Góngora y Lezama Lima a través de Sarduy.⁷ Mucho de lo que éste tiene que decir sobre el barroco de los dos poetas se presta para explicar su propia creación. Hablando de *Paradiso* a la luz de Góngora (es el mismo caso de *Cobra*) dice Sarduy: "Si Góngora es el referente de *Paradiso* —el único interlocutor de un texto: otro texto— podríamos, creando una rotación de lecturas, aplicar al propio Lezama su desciframiento del gongorismo: considerar como una única verdad de la escritura sus 'necesidades y exigencias poéticas' ".⁸ Lezama concibe su texto como un objeto dialógico, de permanente interacción de voces dentro de una misma lengua.⁹ *Cobra* se remonta a las *Soledades* y éstas vienen a *Cobra*. Góngora parte de un nivel metafórico "como los otros de un nivel hablado. En su obra toda figura retórica alcanza *per se* un registro suprarretórico. El simple hecho de ser escrita hace, en la obra de Góngora, de toda figura una potencia poética al cuadrado. . . . Todas las *Soledades* no son más que una gran hipérbole; las figuras de retórica empleadas tienen como último y absoluto significado la hipérbole misma. Debíamos preguntarnos si el barroco no es, esencialmente, una inmensa hipérbole en la cual los ejes de la naturaleza. . . han sido rotos, borrados".¹⁰ Su "código de lectura. . . es una lengua compuesta por todos los elementos culturales del Renacimiento: referencias mitológicas, astronómicas, plásticas, literarias, etc."¹¹ Debe añadirse que las *Soledades* no son un poema narrativo. Su argumento, como bien lo dice Pedro Salinas, "es tan sólo un cañamazo sobre el cual el poeta lírico borda con extraordinaria fantasía toda clase de caprichos líricos y descriptivos."¹² La abundancia y riqueza descriptiva se vuelca sobre la forma, el color, el relieve, el gesto y la tersura de las cosas. La perspectiva del minucioso detalle la vuelve lentísima y casi la inmoviliza a la acción.

⁷ Emir Rodríguez Monegal: *El arte de narrar* (Caracas: Monte Avila Editores, S. A., 1968), p. 291.

⁸ Sarduy, pp. 71-72.

⁹ Sarduy, p. 72.

¹⁰ Sarduy, p. 55-56.

¹¹ Sarduy, pp. 57-58.

¹² Pedro Salinas, *Ensayos de literatura hispánica* (Del Cantar de Mío Cid a García Lorca) (Madrid: Aguilar, 1966), p. 199.

Así las *Soledades* pasan a ser una galería de deslumbrantes cuadros pintados en maravillosas metáforas. La sensualidad y no lo moral es su norma artística totalizante.

En *Cobra* lo primero que se siente es que la realidad se inmoviliza y desaparece detrás de un tejido de figuras lingüísticas que elevan el texto a una "potencia poética al cuadrado". En el sueño que precede al corte a manos de Ktazob se le ve al travestido. Cobra: "Desnuda, alabastrina, microcéfala altísima, en espirales lentas la pinchada ascendía. Una almendra de llamas la escudaban entre nubes concéntricas sus piececillos, sobre campos de estrellas, como ellas centellantes, sus ojos húmedos un manto azul prusia, jirones de mar y cielo, iba a cubrirla; creando en el agua un remolino que chupaba remeros y coleantes delfines, a su alrededor giraba una tromba de ángeles. En la quietud del vórtice, juntas en oración, blanquísimas sus manos; entre los arrecifes, carbonizado y cubierto de pupas, pupilas ribeteadas por anillos de fuego, croaba en su pupitre un demonio purpúreo. No era una trompa; sangrante, de la boca, con pelotas y pelos le brotaba una pinga".¹³ Este cuadro estático extrae de *Cobra* dos aspectos internos antitéticos, la percepción de sí misma como una virgen alabastrina, de manto azul, que pisando nubes y estrellas asciende a los cielos rodeada de una tromba de ángeles. Ella siempre ha deseado ser divina en escena con tal transformación sexual (104). El travestido para divinizarse tiene que someterse al sacrificio de la cuchilla. Se alude a la sangre con dos metáforas: el agua y las llamas o el fuego. La unidad narrativa es bímembre: la ascensión de la virgen y el croar del demonio; la presencia angelical del bien y del cielo (blanco y azul) y la oposición demoníaca e infernal (carbonizado y rojo) del mal. En la relación poética, el remolino son los borbotones de sangre y la tromba de ángeles alrededor son los ayudantes en la operación.

Saltando del sueño al corte mismo se dice: "Pup grita. Salpicaduras. Goterones de tinta espesa huyen hacia los bordes del cuerpo de Cobra. Relámpago. Ro:ura. Ramas rojas que bajan bifurcándose, rápidas, por los lados de un triángulo —el vértice arrancado—, sobre la piel blanca de los muslos, por la superficie de níquel, contorneando las caderas, entre el tronco y los brazos, encharcándose en axilas, hilillos veloces sobre los hombros, empegotándole el pelo: dos chorros de sangre, hasta el suelo" (115). La construcción barroca del párrafo se deshermetiza sólo al final con la explícita referencia a los dos chorros de sangre, hasta el suelo, a lo largo del cuadro se alude

¹³ La edición que se utiliza aquí es: Severo Sarduy, *Cobra* (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1974). Las páginas de las citas aparecen en paréntesis.

a la sangre a través de una cadena de metáforas, goterones de tinta espesa, ramas rojas bifurcadas. Y el relámpago es el cuchillo que produce la rotura. Asociados los pasajes citados se intensifican mutuamente al saberse que el vórtice del sueño es el vértice arrancado en la operación y aquel demonio que croaba es Pup, la enana receptora del dolor de Cobra. Sarduy se deleita describiendo el espectáculo del blanquísimo cuerpo ensangrentado. El detalle es la meta y el método. La vista del poeta se recrea en las formas, las contorsiones y el color de los perfiles, del borde, de las bifurcaciones, del triángulo, del vértice, de los muslos, de las caderas, del tronco, de los brazos, de las axilas y de los hombros. Es como una cámara que recogiendo milímetro por milímetro el ámbito del cuerpo creara precisamente por el detalle una totalidad irreal arrancada de una rotura mordida por un relámpago. Con este detallismo, Sarduy hace que el sadismo del pasaje se transmita al creador que se deleita describiendo; al lector que se deleita leyendo; al sacerdote que se deleita cantando; a Cobra que se deleita sangrando, y a los espectadores que se deleitan mirando este rito de escritura, de lectura y de cuerpo. Tanto el ámbito de la página como el del cuerpo de Cobra se someten a una ornamentación hiperbólica de sadismo.

Storia di Vous de Giancarlo Marmorì, es para Sarduy "la retórica de lo accesorio convirtiéndose en esencial, la multiplicación de lo adjetival substantivado, el ornamento desmedido, la contorsión, lo vegetal estilizado, las estatuas y cisnes y lo cosmético como instrumento de sadismo mediatizado, nos sitúan, como lo demuestra el propio Marmorì en *Le Virgini Funeste*, en un erotismo preciso: el que celebra en sus orlas, metáforas de cuerpos, el arte 1900".¹⁴ Lo mismo sucede en *Cobra*: ésta "Llevaba un sombrero rojo cuyos cordones, cayendo hasta una capa negra, del rostro ocultaban las flores de oro. Estaba maquillada con violencia, la boca de ramajes pintada. Las órbitas eran negras y plateadas de alúmina, estrechas entre las cejas y luego prolongadas por otras volutas, pintura y metal pulverizados, hasta las sienes, hasta la base de la nariz, en anchas orlas y arabescos como los ojos de cisne, pero de colores más ricos y matizados; del borde de los párpados pendían no cejas sino franjas de ínfimas piedras preciosas. Desde los pies hasta el cuello era mujer; arriba su cuerpo se transformaba en una especie de animal pirálico de hocico barroco" (143-144). El disfraz le sirve al personaje tanto para la escena como para la calle. Tanto su cuerpo como la realidad no asoman en el texto. Su destino es permanecer oculto detrás de la palabra que lo ornamenta e hiperboliza. Cobra viene a

¹⁴ Escrito sobre un cuerpo, p. 22.

ser una joya antropomórfica, equivalente a la mujer aurífera de *Goldfinger*.

El tiempo y el espacio desaparecen detrás del ornamento. La agilidad de la acción es mínima por el peso del detalle. El argumento viene a ser como en las *Solitudes* un pretexto. Por todo esto la obra se intuye mejor como una galería de cuadros, esculturas, litografías y fotografías, es decir en un pastiche inmóvil, fijo. La palabra paraliza la realidad hasta dejarla estática. El grupo de motociclistas, abandonando el bar, se dirige a donde se ha de realizar el rito de la iniciación de *Cobra*. En el trayecto, el grupo es perseguido por la policía. Al fin se paran y para evitar ser apresados, Tigre grita: "Deténganse. . . o doy tres zapatazos contra el suelo y hago surgir un batallón de gatos gigantes y los lanzo contra ustedes. Y da tres zapatazos contra el suelo: fuera de estación y de sitio, por todas partes surgen flores: sándalos y nenúfares brotan en las motocicletas enemigas; en los timones gardenias, orquídeas blancas en los tubos de escape y grandes girasoles que las paralizan enredándose en las ruedas. El follaje cubre los policías, los restos de los perseguidores petrificados; en la hiedra que crece, las armas han quedado atrapadas, prendidas, engarzadas en la madeja verde. El escuadrón de la "social", en su fijeza, es ya una foto, un holograma del escuadrón primitivo, un museo de cera, una asamblea entre demonios de utilería, los trastes de un circo barato que van desapareciendo en la maleza, en el polvo, bajo la tierra, que nadie recuerda y que sólo son visibles, por el verde más oscuro de las sombras, en ciertas fotos aéreas, tomadas al crepúsculo y después de la nieve" (146). Se da aquí una paulatina transformación de la realidad que culmina en una fijeza mitológica escapándose del tiempo; acuden —en la siguiente unidad narrativa— arqueólogos para descifrar las ruinas o sombras del escuadrón de la social creyendo que son las ruinas de un teatro romano. Una vez lograda la fijeza o la reificación, la irrealización continúa al ser una fijeza de foto, luego, de un holograma, después, de un museo de cera, por fin, una asamblea de demonios o los trastes de un circo barato enterrados por el polvo y el tiempo hasta llegar a ser un mito que antecede al rito de la iniciación. En cuanto a lo ritual, *Cobra* es una cadena de ritos concebidos como cuadros sensualmente pintados, hiperbólicamente ornamentados. *Cobra* es un collar de joyas metafóricas o ritos tatuado en el ámbito del texto. Cuerpo y lenguaje. Rito de la escritura y de la lectura.

Como en el primer párrafo citado, el del sueño, también en este último, de los policías, se trata de una estructura bímembre; la del grupo policial hacia su fijeza y la de la activísima red vegetal que

lo inmoviliza. La realidad de la persecución motorizada es velada o adornada primero con la madeja vegetal y ésta, a su vez, con la transformada realidad de los policías atrapados o engarzados en la red vegetal. Este engarzamiento, como es obvio, alude a la idea de adorno bambalinesco que es el principio motriz de toda la novela. Se percibe como en las elaboraciones metafóricas de las *Soledades* una superposición ornamental: una ornamentación que se engarza a otra: la de la madeja vegetal a la que se engarzan, específicamente, las armas de los policías. A su vez, la red vegetal se engarza en (o cubre) las motocicletas perseguidoras. La mutua ornamentación de lo vegetal con lo metálico es parte de la tensión entre las partes componentes de la estructura bímembre.

En los pasajes citados se habrá notado que además de la orgía sensual de colores, formas, superficies, relieves, joyas, vegetaciones, gestos y muchas otras ornamentaciones plásticas con que la superficie del cuerpo se cubre, se notan, además, especiales giros lingüísticos que intensifican dicha ornamentación tales como la proliferación de adjetivos, dislocaciones sintácticas y otras formas retóricas como la aliteración siguiente: *Pup* es un demonio *purpúreo* que aparece croando en un *pupitre*, con *pupas* y *pupilas* ribeteadas, con *pelotas* y *pelo* y una *pinga* (112). Luego en la operación misma hay: *Relámpago*. *Rotura* y *ramas rojas* que encandecen el texto. La adjetivación que en el texto prolifera intensifica el barroquismo de la ornamentación. Los adjetivos son como joyas o disfraces que cubren el cuerpo o el ámbito del sustantivo cuyo destino poético es quedarse bajo el peso y el deleite —sacrificio y placer del sacrificio— del maquillaje adjetival que lo irrealiza.

Intertextualidad.—Como en el caso de *TTT*, también el texto de *Cobra* dialoga con otros textos literarios y aun con los del mismo autor. Pero Sarduy no se contenta con la literatura, se vale además de la pintura, la arquitectura, la música, la escultura, etc. En cuanto a la pintura, ya se dijo, el texto de *Cobra* es una galería de cuadros en muchos casos tomados directamente del original. La tapa misma del libro, como dice Rodríguez Monegal: "Reproduce en colores un fragmento de una ilustración que se encuentra entera en el libro *Tantra Art*, de Ajit Mookerjee (New York, Random House, 1968), y que también reproduce en blanco y negro *Conjunciones y disyunciones*, de Octavio Paz. Allí (p. 145 de la edición de Joaquín Mortiz, México, 1969), es identificada como: 'Yogín con seis cakras, Escuela Kangra, siglo XVIII' ".¹⁵ Como en el *Quijote* en *TTT* y en las últimas obras de Goytisolo, en *Cobra*, el texto dialoga consigo mismo

¹⁵ Emir Rodríguez Monegal, *Narradores de esta América*, Tomo dos (Buenos Aires: Editorial Alfa Argentina, 1974), p. 439.

como en el caso de las unidades del sueño y de la iniciación del personaje. Como las obras citadas, *Cobra* es crítica y creación literaria sobre todo en la primera parte del "Teatro lírico de muñecas". En fin, como en las otras obras, en ésta hay también parodias al lector: "Tarado lector: si aún con estas pistas, groseras como postes, no has comprendido que se trata de una metamorfosis del pintor del capítulo anterior —fíjate si no como le han quedado los gestos de oficio— abandona esta novela y dedícate al templete o a leer las del Boom, que son mucho más claras" (66).

Es un texto en el que cabe todo. Por su naturaleza maleable echa abajo las barreras de los géneros, es un texto que literaturiza no sólo otras formas de arte sino todo cuanto está al alcance de la imaginación. Explora todas las posibilidades del lenguaje y del cuerpo de la página y de la realidad para suplantarla y abolirla. Su método de acción es el sentido experimental de toda actividad netamente artística, es decir, revolucionaria, que saca fuera de quicio todo, que destruye para crear un objeto único y autónomo que es distinto y es el mismo.

Presencia del Pasado

LOS DERECHOS HUMANOS EN CERVANTES

Por *Carlos D. HAMILTON*

Los derechos humanos no han sido inventados por el presidente Jimmy Carter, para hacer gruñir a los rusos, ni por algún senador norteamericano para mezquinar ayuda económica a dictadores latinoamericanos. Ni siquiera son creación de las Naciones Unidas, ni nacieron con la Revolución Francesa.

Nacieron con el ser humano. Se radican en la naturaleza libre y racional del hombre. Son promulgados en la conciencia limpia y defendidos a través de los siglos por plumas honradas.

¿Son una "cuestión política"? Sí. Porque dicen relación al buen gobierno de los países civilizados. Por lo demás Aristóteles definió al hombre como "animal político". Si se le quita lo político, queda sólo el animal. Porque la Política no es la cosa fea que dicen los dictadores obtusos, sino algo noble que está encarnado en la moral esencial de la naturaleza humana social y libre.

Me he preguntado, en este orden de consideraciones, ¿qué pensaba el mayor de nuestros escritores y uno de los más altos genios cristianos del mundo, don Miguel de Cervantes, de los derechos humanos?

En su Entremés "El Trato de Argel". Jornada II, publicado en 1580, casi cuatrocientos años atrás, hace exclamar al personaje Aurelio:

"¡Oh amada edad por nuestro mal pasada
a quien nuestros antiguos le pusieron
el dulce nombre de la edad dorada!
¡Cuán *seguros* y *libres* discurrieron
la redondez del cielo los que en ella
la caduca mortal vida vivieron!
No sonaba en los aires la querella
del mísero cautivo, cuando alzaba
la voz a maldecir su dura estrella.
Entonces *libertad* dulce reinaba
y el nombre odioso de la servidumbre
en ningunos oídos resonaba".

Para el gran ex-cautivo, seguridad nacional y libertad no eran contradictorios, sino gemelos. Más adelante, en el Discurso a los Cabrerros, don Quijote hablará de la Edad Dorada en que reinaban la justicia y la libertad.

Son numerosas en la obra de Cervantes las críticas del abuso de autoridad, como en los casos de jueces venales o arrogantes. En "La Elección de Alcalde", el candidato Rana declara:

"Yo, señores, si acaso fuere alcalde,
mi vara no sería tan delgada
como las que se usan de ordinario;
de una encina o de un roble la haría,
y gruesa de dos dedos, temeroso
que no me la encorvase el dulce peso
de un bolsón de ducados, ni otras dádivas
o ruegos, o promesas, o favores
que pesan como plomo y no se sienten
hasta que han abrumado las costillas
del cuerpo y el alma, y junto a questo
sería bien criado y comedido,
parte severo y nada rigoroso. . .
No es bien que el Poder quite la crianza,
ni que la sumisión del delincuente
haga al juez soberbio y arrogante".

En la preciosa novela ejemplar "La Gitanilla" hay versos tan hermosos como en los mejores romances de Lope y de Góngora, como aquéllos del caballero: "Gitanilla, que de hermosa. . ." Hay también otros en que la gitanilla canta a la igualdad de los seres humanos, en versos que emulan los famosos de "El Alcalde de Zalamea":

Gitanilla:

"Si las almas son iguales,
podrá la del labrador
igualarse por valor
con las que son imperiales".

Alcalde:

"Al Rey, la hacienda y la vida
se ha de dar, pero el honor
es patrimonio del alma,
y el alma sólo es de Dios".

En "La Ilustre Fregona" Cervantes condena tajantemente la tiranía del dictador único, diciendo: "Más ven muchos ojos que dos; no se apodera tan presto el veneno de la *injusticia* de muchos corazones como se apodera de uno solo".

Pero, naturalmente, es el Quijote la obra donde el genio y la sabiduría de Cervantes campea más abundantemente por la igualdad, la libertad y la justicia, al defender el derecho de los oprimidos.

El ideal del caballero andante será el deshacer todo género de agrario (Parte I, cap. 1). El primer día después de haber sido armado caballero, el justo hidalgo "quitó el látigo de la mano a aquel despiadado enemigo que tan sin ocasión vapuleaba a aquel delicado infante". (I-cap. 4).

En el famoso discurso de don Quijote a los cabreros, (I, 11), insiste Cervantes en el dogma de la igualdad proclamado ya en "El Trato de Argel":

"Dichosa edad y siglos dichosos aquéllos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro que en nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío* . . . No había la fraude, el engaño ni la malicia mezcládose con la verdad y la llaneza. La *Justicia* se estaba en sus propios términos, sin que la osasen perturbar ni ofender los del favor y los del interés que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La *ley del encaje* no se había asentado en el entendimiento del juez. . ."

Don Quijote, sentado a la rústica mesa de los pastores, pide a Sancho que se siente junto a él y que "comas de mi plato y bebas por donde yo bebiere; porque de la caballería andante se puede decir lo mismo que del amor se dice: que todas las cosas iguala". El igualamiento de las relaciones humanas es justamente el objeto de la Justicia, que salvaguarda los humanos derechos y la dignidad de la persona humana, de *toda* persona humana.

Al final del capítulo en que es derrotado por los desalmados yangüeses, torna la derrota en honra, cuando dice: "Las heridas que se reciben en las batallas dan honra antes que la quitan". Y lo mismo responde al autor del falso Quijote, Avellaneda que le afea su manquedad: "La honra puede tenerla el pobre, pero no el vicioso; la pobreza puede nublar la nobleza; pero no oscurecerla del todo. . . Como si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni verán los venideros". La herida de Lepanto era honra del escritor.

Más adelante, en la venta que tomaba por castillo don Quijote declara la naturaleza de su misión: . . . "que mi oficio no es otro sino valer a los que poco pueden y vengar a los que reciben tuertos, y castigar alevosías. . ." Al término de la batalla de los carneros

declara enfáticamente el dogma de la igualdad humana: "¡Sábetete, Sancho, que no es un hombre más que otro si no hace más que otro!" (I, 28)

Pero en el capítulo XXII, "de la libertad que dio don Quijote a muchos desdichados que, mal de su grado, los llevaban a donde no quisieran ir", es donde Cervantes desarrolla más prolijamente su doctrina de la justicia y de la equidad, a la vez que pronuncia una severa censura del abuso del poder, subrayando a la vez la dignidad inherente a toda persona humana.

"...vio don Quijote que por el camino que llevaban venían hasta doce a pie, ensartados como cuentas de una gran cadena de hierro, y todos con esposas en las manos. Venían asimismo con ellos dos hombres a caballo y dos a pie; los de a caballo con escopetas de rueda y los de a pie con dardos y espadas; y que así como Sancho Panza los vio, dijo:

—Esta es cadena de galeotes, gente forzada del Rey, que va a galeras.

—¿Cómo *gente forzada* —preguntó don Quijote—. *¿Es posible que el rey haga fuerza a ninguna gente?*

—No digo eso —respondió Sancho— sino que es gente que por sus delitos va condenada a servir al rey en las galeras por fuerza.

—En resolución —replicó don Quijote—; comoquiera que ello sea, esta gente aunque los llevan, van de por fuerza y no de su voluntad.

—Así es, dijo Sancho.

—Pues de esa manera, dijo su amo, aquí encaja la ejecución de mi oficio: "deshacer entuertos y socorrer y acudir a los miserables".

Habría aquí que cotejar con esta escena innumerables casos de verdaderos delinquentes, que merecerían algún castigo, y a los cuales sin embargo, por el torcido ejercicio de una justicia errada o inhumana, se les convierte en víctimas del abuso de sus derechos esenciales.

La dignidad y la libertad de la persona humana son tan sagradas para Cervantes que no hace que don Quijote se detenga ante la simple afirmación de que esos seres humanos han cometido delitos y van castigados a bogar en las galeras del rey. Sino que el caballero investiga y encuentra manca la justicia de su tiempo.

Escucha don Quijote a cada reo y les interroga ante todo por la causa de su condena. El primero dice que va "por enamorado". Y don Quijote exclama: "¡Pues si por enamorados echan a galeras, días ha que podría yo estar bogando en ellas!" ... El reo se "había enamorado" de una ropa blanca tendida a secar y la robó. La pena

fue de azotes y tres años de "gurapas". Caso evidente de pena desmesurada.

El segundo, callado, según explica su vecino "va por canario", digo "por músico y cantor". Y Sancho, que representa aquí al típico reportero que cuenta hechos sin comentario —porque no tiene opinión o no se atreve a darla— le dice: "Cantar en el ansia se dice entre esta gente non sancta, *confesar en el tormento*". Don Quijote rechaza la tortura como procedimiento judicial que ofende la dignidad y los derechos innatos de personas humanas. En esos tiempos las leyes comúnmente sancionaban el tormento como instrumento procesal; hoy día verdugos más hipócritas aplican tormentos que las leyes vigentes no aceptan.

El tercero va condenado por "haberle faltado tres ducados", para "untar la péñola del escribano": es decir, por no haber podido, de pobre, sobornar a los oficiales del tribunal.

El cuarto preso va a galeras acusado de alcahuete y de hechicero. Y dice irónicamente don Quijote, con curiosa opinión de los militares de su tiempo: "Por solamente el alcahuete limpio no merecería ir a bogar a las galeras sino a mandarlas y ser general de ellas. . .!" "Y lo de hechicero —añade don Quijote— bien sé que no hay hechizos en el mundo que puedan mover y forzar la voluntad, como algunos simples piensan: que es *libre nuestro albedrío* y ni hay hierba ni encanto que lo fuerce". Doctrina del Concilio de Trento, de los teólogos españoles y de "La Vida es Sueño". O sea pretextos para condenar a un hombre de aspecto venerable de quien el mismo Sancho se conduce hasta el punto de darle un real de limosna.

El quinto galeote es un joven estudiante acusado de "burlador". Confiesa el delito, pero agrega: "favor no tuve, no tuve dineros" dineros y favor con los que ordinariamente habría podido escapar de la condena.

El sexto es Ginés de Pasamonte, gitano, ladrón ingrato que organizó más tarde la pedrea de su salvador. De todos modos, don Quijote poniéndose en medio, al guarda que maltrata al preso, "le rogó que no le *maltratase*, pues no es mucho que quien llevara atadas las manos tuviese algún tanto suelta la lengua".

Luego el caballero, volviéndose a todos los de la cadena, dijo: "De todo cuanto habéis dicho, *hermanos* carísimos, he sacado en limpio que, aunque os han castigado por vuestras culpas, las *penas* que váis a padecer no os han dado mucho gusto y que váis a ellas de muy mala gana y muy contra vuestra voluntad y que podría ser que el poco ánimo que aquél tuvo en el tormento, la falta de dineros de éste, el poco favor del otro y, finalmente, el *torcido juicio del*

juéz, hubiese sido la causa de vuestra perdición y de no haber salido con justicia de que vuestra parte teníais". Y arremete contra los guardas y liberta a los presos. Culpables, pero víctimas de abuso de una autoridad que ha violado sus derechos esenciales.

En el capítulo XVII de la II Parte, don Quijote da la definición del caballero andante, defensor de los derechos ultrajados, en una parrafada que se parece bastante a una Carta del Conquistador y primer gobernante de Chile, don Pedro de Valdivia al emperador Carlos V, en la que describe el oficio de gobernador.

Dice don Quijote: "La ciencia de la caballería es una ciencia que encierra en sí todas o las más ciencias del mundo, a causa del que la profesa ha de ser jurisperito, y saber las leyes de la justicia distributiva y conmutativa, para dar a cada uno lo suyo, y lo que conviene; teólogo, para saber dar la razón de la cristiana ley que profesa, clara y distintamente, adondequiera que le fuera pedido; ha de ser médico, y principalmente herbolario. . .; ha de ser astrólogo. . .; ha de saber las matemáticas; y dejando aparte que ha de estar adornado de todas las virtudes teologales y cardinales, descendiendo a otras menudencias, digo que ha de saber nadar. . .; herrar un caballo; ha de guardar la fe a Dios y a su dama; ha de ser liberal en las obras. . . y, finalmente, mantenedor de la verdad, aunque le cueste la vida defenderla".

Don Pedro de Valdivia escribía a su soberano: "En lo que yo tengo entendido después que en la tierra entré y los indios se me alzaron, para llevar adelante la intención que tengo de perpetuarla a V. M., es en haber sido gobernador en su Real Nombre para gobernar a sus vasallos y a ella, con autoridad; y capitán general para los animar a la guerra y ser el primero en los peligros, porque así convenía; padre para los favorecer con lo que pude y dolerme de sus trabajos; . . . simétrico en trazar y poblar; alarife en hacer acequias y repartir aguas; labrador y gañán en las sementeras, mayoral y rabadán en hacer criar ganados; y, al fin, poblador, criador, sustentador, conquistador y descubridor".

Que ni estaba tan lejos de la Justicia la locura de don Quijote, ni estaba tan lejos de la locura el heroísmo de los conquistadores de las tierras de las Indias.

En la aventura del Barco Encantado (II, 29), mientras Sancho de rodillas rogaba por la seguridad de su amo, éste apostrofaba a los molineros diciendo: "Canalla malvada y peor aconsejada, dejad en *libertad* y libre albedrío a la persona que en esa vuestra fortaleza o prisión tenéis oprimida, *alta o baja, cualquiera suerte o calidad que sea*, que yo soy don Quijote de la Mancha, llamado el

Caballero de los Leones por otro nombre, a quien está reservado por orden de los altos cielos el dar feliz fin a esta aventura”.

La misión que el caballero consideraba que Dios le había encomendado no era una simple aventura imposible, sino la obsesiva misión de dar libertad y defender al oprimido de cualquier clase o calidad que fuera.

Cervantes presenta a Sancho, hombre común, como modelo de gobernante honrado y cuerdo. Y en los consejos que le dio don Quijote debieran mirarse los gobernantes modernos, como en decálogo de todo gobernante decente.

En la novela de Arturo Uslar Pietri, “Las lanzas coloradas”, engastada en el cuadro histórico de las guerras por la Independencia de Venezuela, un mulato se alza como caudillo sin principios ni ideales, como simple matón. Es un “esperpento” simbólico de la típica “filosofía-política” —antipolítica— del dictador latinoamericano, el dédimo nono y el actual. Sin alardes de “justicialismo” o de “humanismo cristiano”, el mulato quiere mandar “pa que no me manden”, estar por encima para no estar debajo. Eso es todo. Sancho Panza, al apearse de Clavileño, piensa que es mejor obtener un rinconcito en el cielo que no tener mando en este grano de mostaza que es la tierra. Y dice al Duque: “Vístanme como quisieren: que de cualquier manera que vaya vestido seré Sancho Panza. . . Yo imagino que es bueno mandar, aunque sea un ható de ganado. . .”

“No todos los que gobiernan —comenta Sancho— vienen de casta de reyes”.

“Así es verdad —replicó don Quijote; por lo cual los no de principios nobles deben de acompañar la gravedad del cargo que ejercitan con una blanda *suavidad* que, guiada por la *prudencia*, los libre de la murmuración maliciosa, de que no hay estado que se escape”. (Cap. XLII)

Consejos de don Quijote a Sancho Gobernador:

—“Préciate más de ser humilde virtuoso, que pecador soberbio. . . Nunca te gués por la ley del encaje, que suele tener mucha cabida con los ignorantes que presumen de agudos.

Hallen en ti más compasión las lágrimas del pobre, pero no más justicia que las informaciones del rico.

Procura descubrir la verdad por entre las promesas y las dádivas del rico como entre los sollozos e importunidades del pobre. Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente; que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.

Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva sino con el de la misericordia.

Cuando te sucediese juzgar algún pleito de algún tu enemigo, aparta las mientes de la injuria y ponla en la verdad del caso.

No te ciegue la pasión propia en la causa ajena; que los yerros que en ella gicieres, las más de las veces serán sin remedio.

...Al que has de castigar con obras, no trates mal con palabras...

Al culpado que cayere debajo de tu jurisdicción, considérale como hombre miserable, sujeto a las condiciones de la depravada naturaleza nuestra, y en cuanto fuere de tu parte, sin hacer agravio a la contraria, muéstrate piadoso y clemente; porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, más resplandece y campea a nuestro ver el de la misericordia que el de la justicia...

Sancho Panza, después de oír los consejos y amonestaciones de su amo, exclama: —“¡Si se imagina que por ser gobernador me va a llevar el diablo, más me quiero ir Sancho al cielo que Gobernador al infierno!”

—“¡Por Dios, Sancho, dijo don Quijote, que por éstas tus últimas razones que has dicho juzgo que mereces ser gobernador de mil ínsulas!”

Una vez en el cargo, Sancho recuerda los consejos del caballero. —“Entre muchos otros consejos que me dio mi amo don Quijote, la noche antes que viniese a ser gobernador de esta ínsula: que cuando la justicia estuviese en duda, me decantase y acogiese a la misericordia; y ha querido Dios que ahora se me acordase por venir a este caso como de molde”. (Cap. LX) Meditación oportuna ésta para los gobernantes actuales que instituyen hoy el terrorismo como herramienta de dominación y represión ¡trescientos sesenta y tres años después de Cervantes!

En Carta de don Quijote a Sancho gobernador, le ruega el sabio caballero, entre otras cosas: . . . “*consuela a los presos*, que esperan la *brevidad* de su despacho. . . Para ganar la voluntad del pueblo que gobiernes, entre otras has de hacer dos cosas: la una, ser bien criado con *todos*, aunque esto ya otra vez te lo he dicho y la otra procurar la abundancia de los mantenimientos; que no hay cosa que más fatigue el corazón de los *pobres* que la *hambre* y la *carestía*”.

Y no ha nacido todavía el dictador latinoamericano que produzca prosperidad para todos, no para un grupo exclusivo, y que sea capaz de “consolar el corazón de los pobres”.

En el capítulo LVIII, don Quijote se ve libre en la campiña, y volviéndose a Sancho, le dijo:

“*La libertad*, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los

tesoros que encierra la tierra y que encubre la mar; por la libertad así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida, y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres" . . . Esta declaración de Cervantes que había experimentado cautiverio, calza perfectamente con el comienzo de la Encíclica de León XIII, "Libertad illud praestan tissimum": "La libertad es el don máspreciado otorgado por Dios a los hombres. . ." La conciencia verdaderamente cristiana de Cervantes coloca la libertad y la justicia por encima de todos los bienes humanos.

En su obra póstuma, "Persiles y Segismunda", escrita poco antes de morir y publicada en 1617, Cervantes sintetiza los ideales de toda su obra, a la vez que se esmera cuidadosamente en su estilo inimitable.

En la Dedicatoria a su benefactor el Conde de Lemus, dice el autor moribundo: "Aquellas coplas antiguas que fueron en su tiempo tan celebradas, que comienzan:

"Puesto ya el pie en el estribo",

quisiera yo que no vinieran tan a pelo en ésta mi epístola, porque casi con las mismas palabras la puedo comenzar diciendo:

Puesto ya el pie en el estribo,

con las ansias de la muerte,

gran señor, ésta te escribo. "Ayer me dieron la Extrema Unción, hoy escribo ésta; el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y con todo esto, llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir. . ."

Y el Prólogo termina con estas palabras: "¡Adiós, gracias, adiós, donaires, adiós, regocijados amigos, que yo me voy muriendo y deseando veros presto contentos en la otra vida!" Evidentemente prólogo y Dedicatoria fueron lo último que escribió el genio español, antes de su muerte acaecida el 23 de abril de 1616.

Los pensamientos, pues, de Cervantes en "Los trabajos de Persile y Segismunda" están como expresados en el lecho de muerte. En Persiles, la narración fantástica puede leerse como una corriente historia de aventuras. Pero el lenguaje tiene el sello genial de Cervantes en su mayor lucidez, aunque siga siendo el Quijote su obra maestra universal.

Hablando del Tirano, dice: . . . "El temor de las traiciones hace de la injusta vida del príncipe". . . (Cap. XVIII) Y en el capítulo XXII, como una de las Utopías renacentistas, Cervantes hace decir al Capitán:

"Una de estas islas que están junto a la Hibernia (Irlanda) me dio el cielo por patria: es tan grande que toma nombre de reino, el cual no se hereda ni viene por sucesión de padre a hijo; sus

moradores le *eligen* a su beneplácito, procurando siempre que sea el más virtuoso y mejor hombre que en él se hallare; y sin intervenir de por medio ruegos o negociaciones y sin que lo soliciten promesas ni dádivas, de *común consentimiento* de todos, sale el rey y toma el cetro absoluto del mando" —(Fijarse que no dice: el cetro del mando absoluto, sino: el cetro absoluto —es decir supremo—, del mando) "el cual dura mientras le dure la vida o mientras no se empeora en ella. Y con esto los que no son reyes procuran ser virtuosos para serlo, y los que lo son, pugnan por serlo más *para no dejar de ser reyes*".

El "Fuero Juzgo", había determinado en su derecho político: "Rex eris si recte facias et si non recte facies, non eris", que en el texto romanceado de don Fernando III el Santo reza: "Rey serás se fecieres derecho, et se non fecieres derecho, non serás rey".

"Con esto —concluye Cervantes— se cortan las alas a la ambición, se entierra la codicia; y aunque la hipocresía suele andar muy lista, a largo andar se le cae la máscara y queda sin el alcanzado premio; con esto los pueblos viven quietos, *campea* la justicia y resplandece la misericordia, despáchanse con brevedad los memoriales de los pobres y los que dan los ricos, no por serlo son mejor despachados; no agobian la vara de la justicia las dádivas ni la carne y sangre de los parentescos; finalmente, el reino es donde se vive sin temor de los insolentes y donde cada uno goza lo que es suyo".

Esta es la síntesis de la filosofía política de don Miguel de Cervantes y Saavedra: una sociedad en que los mejores gobiernan, elegidos libremente por todos, y donde *campean* la libertad, la igualdad, la justicia y la paz.

Tiempo es ya de que no solamente se recojan graciosas historias de la obra del ilustre Manco de Lepanto, sino además, y sobre todo, las sabias lecciones de su criterio realmente cristiano.

Así, de la humildad de Sancho y de las altas virtudes de don Quijote pueden deducirse principios morales básicos de buen gobierno y la excelsitud, por encima de todos los bienes humanos, de la libertad y de la justicia, base de los derechos humanos y de la armonía social.

LOS ESCRITORES DE LA RESTAURACION ANTE LA ESPAÑA POLITICA Y RELIGIOSA DE SU TIEMPO

Por *Mariano LOPEZ*

AL dejar atrás los casi eternos cuarenta años de vida española en un estado político de represión, quizá sea positivo recordar un capítulo de la España del último tercio del siglo XIX, dado que el lector reflexivo puede ahora contemplarlo en su conveniente perspectiva y descubrir sin gran esfuerzo las coordenadas sociopolíticas entre aquella España y la presente. Por ejemplo, a esta sazón y por segunda vez en su historia —la primera fue en 1868— el pueblo se siente dueño de su propio destino y se esfuerza por recuperar la hora de Europa. Pues bien, hoy como ayer el escritor está llamado no sólo a dar testimonio de la realidad existente a través de su crítica, sino, de manera especial, a poner fin a la antinomia de las dos Españas irreconciliables. Pero, y éste pero es grave, insoslayable, esa misión ha de llevarse a cabo sin mixtificaciones. Para ello el escritor ha de mantenerse en balance, emancipado de condicionamientos ideológicos y políticos, si queremos que el ideal democrático de la libertad y de la tolerancia no se trueque en el clásico pronunciamiento del XIX o en las bárbaras guerras civiles de los últimos ciento cincuenta años, como tampoco degene-re en una parodia como la de la Restauración.

Durante el periodo que va desde la Revolución de 1868 hasta final de siglo, España fue escenario donde se dieron cita, casi nunca pacífica, los más opuestos sistemas sociales, políticos e ideológicos, los cuales conmovieron profundamente la vida toda nacional. Se da además el hecho de que algunos de sus escritores, concretamente Galdós, Clarín y Pardo Bazán —entre otros—, analizan este periodo no sin objetividad en un deseo también sincero de diagnosticar y de aportar remedios a la enferma conciencia nacional. En aras de una de las dos Españas antagónicas que pretenden encarnar, ellos mismos se ven forzados a cruzar sus armas, sacrificando en ocasiones la acción creadora de la pluma por el estilete de una aguda y constructiva autocrítica nacional.

Por lo pronto, *la Gloriosa* o Revolución de 1868, que abre las puertas de Europa y asienta las bases de una política integradora y

fecunda en la conquista de las libertades ciudadanas, lejos de llevar a España a lo que pudo ser un sistema de gobierno auténticamente democrático y de convivencia nacional, señala el principio de un recrudescimiento de filias y fobias en todos los aspectos de la vida del país, sin excluir el campo de la literatura, en el que se lucha por los ideales más contradictorios. Difícilmente se encontrará en la historia de España un momento en que reine tan general confusio-nismo como durante el periodo que precede a la Restauración bor-bónica. Lo que en sus primeras horas había sido, en frase de Galdós, "una revolución de alegría, de expansión en un pueblo cul-to",¹ la cual tuvo el apoyo de una buena parte de la intelectualidad y hasta de algunos miembros de la jerarquía, incomprensiblemente se convierte en un símbolo de discordia nacional. Los españoles se escinden en dos grandes grupos que con actitud de secta se vuelven política y hasta dialécticamente irreconciliables: los liberales, em-pecinados partidarios de la Revolución, y los conservadores, fanáti-cos seguidores de la tradición. La lucha, las más de las veces sin gloria, en que degenera esta situación, se vuelve arbitraria y vio-lenta por ambas partes. Condenados en nombre de la tradición y de la libertad a vivir como enemigos en su papel de tirios y troya-res, al decir de Clarín, "unos reniegan de la religión de sus mayo-res, y otros de la hidra de la revolución; pero, en fin, todos reniegan de algo".² Todo es absurdo e incomprensible, hasta darse el caso que refiere Galdós de que, en una sesión de las Cortes Constitu-yentes durante la Revolución, un marqués, "monárquico y aristó-crata, defendía la libertad" y un republicano, "obrero e hijo del trabajo, los privilegios".³ Lo que para nosotros no rebasa la cate-goría de anécdota, para Galdós refleja una gravísima tragedia nacional: una nueva escisión de las dos Españas que arranca de la Revolución y que se acentúa durante la época de la Restauración, cuando ambas Españas, la vieja y la nueva, quieren coexistir sin lograrlo.

Efectivamente, la subida al trono de Alfonso XII hace conce-bir la esperanza de encontrar al fin, en la nueva ordenación monár-quica y en la alternancia en el poder de conservadores y liberales, la fórmula mágica para la reconciliación nacional. A pesar de que

¹ *Obras completas*, VI (Madrid, 1951), 1658. No deja de ser curioso observar que Galdós, si bien condena los pronunciamientos militares del XIX, defiende en cambio la Revolución de 1868 porque había sido obra, no del ejército, sino del pueblo. Véase Galdós, *Política española* (Madrid, 1923), p. 145.

² *La literatura en 1881* (Madrid, 1882), p. 100.

³ *Crónica de la quincena*, edic. de W. Shoemaker (Princeton, 1948), p. 85.

manifestaba en el monarca un sincero esfuerzo por conciliar la tradición con el espíritu de la Revolución, resultó una fórmula inviable. Porque de nuevo surgen los obstáculos y las terquedades de los que se empeñan en seguir caminos que no pueden llevar a un acuerdo. En la práctica, el turno Cánovas-Sagasta origina las clásicas crisis ministeriales, verdaderos traumas para la nación en el ámbito público y en el privado. En aquel pandemónium de la política, Cánovas es acusado de reaccionario por los republicanos y de sectario por los que le habían llevado al poder. La "farsa canovista" que más tarde volverían a denunciar los del 98, termina creando la discordia dentro del partido conservador. Sagasta, no más afortunado, tiene que luchar con la indisciplina y la "desavenencia quisquillosa" de los mismos que le apoyan, porque, como dice Galdós, "es el fenómeno normal de la política española y de los partidos liberales unirse en la oposición para dividirse en el Poder".⁴ En suma, la coalición de partidos posiblemente habría logrado la unidad y concordia en la nación si no hubiera sido por la actitud empecinada de los liberales —Pardo Bazán dice que éstos "lo han hecho tan mal como el peor"—,⁵ los cuales insisten en la discontinuidad como elemento necesario en la evolución de un pueblo y quieren hacer tablarrasa del pasado, y por el acoso continuo de las fuerzas de la tradición en la que se quiere ver la única seguridad de la continuidad de un pueblo. La tradición, entendida ésta según un concepto manipulado, aparece representada políticamente en el carlismo, siempre dispuesto a hacer alguna "barrabasada",⁶ y espiritualmente en la Iglesia.

En este ambiente de antagonismos la Restauración vino en realidad a ser, como dirá más tarde Ortega, "la detención de la vida nacional" y el momento en que "llegó el corazón de España a dar el menor número de latidos por minuto". España se moría a pesar de que la Regencia le da momentáneamente "días de omnimoda libertad",⁷ que no fueron capaces de reconocer por esconderse tras un confuso ropaje liberal que dejaba al descubierto una sociedad en realidad demagógica e hipócrita. Es de notar que precisamente Galdós, nada sospechoso de aficiones monárquicas, hace un elogio de las virtudes de María Cristina, la reina regente, y encomia entre otras su "profundo sentimiento de lo justo y lo bueno, su rectitud moral que no admite nada que sea contrario a las leyes eternas".⁸

⁴ *Política española*, p. 33.

⁵ *Nuevo teatro crítico*, 24 (1892), 91.

⁶ *Crónica de la quincena*, p. 138.

⁷ Ortega y Gasset, *Obras completas*, I (Madrid, 1946), 337.

⁸ *Política española*, p. 235.

⁹ *Ibid.*, p. 248.

Palacio Valdés, a su vez, se hace eco de una opinión generalizada al decir que "jamás se ha sentado sobre el trono español mayor suma de dignidad, de sensatez y de rectitud", y que "ha tenido el dichoso privilegio de ennoblecer la política", de modo que "se respiraba en el palacio real una atmósfera de seriedad, de respeto y moralidad que, por desgracia, no siempre se ha respirado".¹⁰

Al fin y al cabo, cabría cuestionarse si el fracaso de todas las fórmulas de entendimiento no se debe a causas más profundas, quizá atávicas en la nación. Porque, no obstante los cubileteos de partidos, que ciertamente agravan la situación aunque no producen por sí solos el desastre, no podemos dudar de la capacidad intelectual y aun de la integridad moral —la moral *sui generis* de la política— de aquéllos en cuyas manos estuvo el presente y el futuro de España durante el último tercio del siglo XIX.

El hecho es que España presentaba un aspecto alarmante que pedía urgentemente un diagnóstico y la aplicación de remedios. Galdós apunta a lo que, en su opinión, es la raíz del problema al decir que "hombres eminentes no nos faltan hoy, como no nos han faltado nunca. Lo difícil aquí es crear grandes conjuntos. Como decía no sé quién con mucha gracia, refiriéndose a la política, aquí sobran excelentes músicos, pero no hay medio de organizar una mediana orquesta. Cada cuál de por sí suena bien, pero no afinan unos con otros; no conciertan ni armonizan".¹¹ Además, la tendencia a nutrirse de la ensoñación y a vivir en limbos inalcanzables es un fenómeno nacional que afecta temperamental y socialmente al español y le convierte en un ser radicalmente paradójico y de ambigua identidad, propenso a creerse lo que no es. Galdós abunda en citas al respecto. Señala lo que él llama "la tendencia proyectista" como "uno de los más curiosos aspectos de nuestro carácter".¹² En otro lugar añade que "España es muy aficionada a hacer proyectos que suelen quedarse en agraz; en la patria de don Quijote existen multitud de castillos en el aire".¹³ Lo malo es que, como dice el mismo escritor al apuntar a la ausencia de realizaciones que nos distanció sensiblemente de Europa —esos "cien años zagueros" de que habla Pardo Bazán—,¹⁴ "no hay Gobierno que en tan solemne momento no haya expuesto un programa que, realizado, haría de nuestra Nación la más feliz, rica, grande y próspera

¹⁰ *Obras completas*, II (Madrid, 1948), 1424.

¹¹ *Política española*, p. 100.

¹² *Crónica de la quincena*, p. 107.

¹³ *Obras completas*, VI, 1513.

¹⁴ *Vida contemporánea* (Madrid, 1896), p. 40.

de la tierra".¹⁵ Concretamente, considera el *parlamentarismo*, esto es, el afán de discutir y de argumentar siempre, como otro de los males crónicos y más curiosos de nuestra raza: "no hay esperanza de remedio, porque la ola oratoria sube y todo lo ahoga. . . Si fuera posible a las naciones cambiar lo que les sobra por algo de que carecen, ¡qué bonito negocio podría hacer España trocando algunos oradores por un poco de flema inglesa, o de paciencia alemana, o de laboriosidad flamenca! . . . por algo que nos haga mucha falta, verbigracia, por una escuadra".¹⁶ A este respecto Clarín, si bien exagera, da en el clavo cuando dice que "al español le sucede lo que al pez, que muere por la boca. El sistema parlamentario podría llamarse aquí el sistema *charlamentario*; . . . cada español emplea su idioma cinco veces por cada vez que lo usa un inglés, por ejemplo. Solamente en Constituciones se nos ha ido un dineral en palabras".¹⁷ Cabría decir que la historia del siglo XIX español es la historia del desequilibrio mental de un pueblo: la prodigalidad en constituciones y programas de gobierno fue producto de la idiosincrasia y de la falta de juicio en el mismo grado que sus numerosas guerras civiles y pronunciamientos militares. Viviendo en este ambiente de "teología política", que dice Galdós,¹⁸ era de esperar que nuestros estadistas y oradores constitucionalistas fueran puritanos hasta la ineficacia en el plano de sus realizaciones y empresas, las cuales casi nunca fueron el resultado inteligente de sus, por otro lado, nobles intentos. He aquí un punto para la reflexión que aún permanece vivo aunque con frecuencia se haya olvidado.

La religión, que no estuvo a la altura de su misión ni de su tiempo, aparece inescindiblemente unida a la política como la otra gran fuerza movilizadora de la conciencia nacional. Ambas fuerzas, echando mano de un caudal de tópicos, impiden la apertura efectiva y eficaz a las grandes corrientes europeas de la ciencia y del pensamiento modernos. Concretamente, la Iglesia, identificada con las fuerzas más extremas del conservadurismo, es un elemento activo en la radicalización de las tensiones e intolerante frente a cualquier forma de política renovadora. El clero de esta época, dice Palacio Valdés refiriéndose al Padre Miguel Sánchez —semblanza clerical de otros muchos—, es "polemista, irascible y batallador", a la vez que defensor del antiguo régimen y detractor irreconciliable de la Revolución.¹⁹ La acusación de los liberales de que la

¹⁵ *Política española*, p. 23.

¹⁶ *Arte y crítica* (Madrid, 1923), pp. 197 y 199-200.

¹⁷ *Sermón perdido* (Madrid, s.f.), p. 195.

¹⁸ *Política española*, p. 12.

¹⁹ *Semblanzas literarias* (Madrid, 1908), pp. 27-28.

Iglesia —con una casi total ausencia de excepciones— estaba tomando una actitud de rechazo y de intolerancia frente al progreso y a la lucha por la adquisición de los derechos políticos y aun de conciencia, nunca tuvo más fundamento que en aquella época. Por ello, Castelar ataca duramente a la Iglesia y la acusa nada más y nada menos que de "absolutismo casi asiático erigido sobre la conciencia de nuestro siglo".²⁰ Dentro de esta corriente de inculpación a la Iglesia por sus adherencias políticas está uno de los textos más violentos salidos de la pluma del primer Galdós. Por ejemplo, habla sin eufemismos de la revolución clerical como "la más terrible de las revoluciones", del "odio evangélico y la caritativa hidrofobia de los absolutistas" y de las excomuniones y anatemas de sus "sacerdotes políticos" que "amenazan pulverizar esta pobre nación y no dejar piedra sobre piedra hasta no establecer la dictadura del hisopo, ese centro que hábilmente meneado da o quita la gracia, instrumento que puede ser puñal mojado en agua bendita al servicio de las ambiciones teocráticas".²¹

Para juzgar hasta qué punto se radicalizan las tensiones, hay que acudir a las hemerotecas y exhumar los periódicos de la época a que nos referimos y en los que es noticia diaria la polémica en torno a estos problemas. En esas fuentes encontramos también el trasfondo espiritual y la crónica interna de la época. Pues bien, desde nuestra perspectiva actual, son aspectos negativos de la Iglesia española su empeño en consolidar la alianza de altar y trono con el fin de perpetuar la multiseular intolerancia religiosa como razón de estado, hacer fracasar la Constitución de 1869 en la que se establecía la libertad de cultos, y no querer ver las ventajas socioeconómicas de la desamortización, en la que Galdós ve el origen de una clase media que habría de traer consecuencias benéficas incluso para la novela. Al promulgarse de nuevo la confesionalidad del Estado en la Constitución alfoncina de 1876, las sectas no-católicas pasaron a ocupar un ambiguo e inseguro status de *toleradas*. Sin embargo, desde el puesto de privilegio que ocupó durante la Restauración y a través de sus órganos de difusión, el púlpito y la prensa *nea*, la Iglesia acentuó sus pretensiones de inmiscuirse en los asuntos internos del Estado y fustigó con más acrimonia no sólo a los liberales sino al mismo partido conservador de Cánovas. A éste, que había emprendido una política conciliadora, le tacha precisamente por ello de "sectario" y su táctica de "maquiavélica";²² a la vez que se querrela de que el hijo de Isabel II no haya termina-

²⁰ Citado por el marqués de Pidal, *Revista de Madrid*, 1 (1881), 206.

²¹ *Obras completas*, VI, 1517-1518.

²² Alejandro Pidal y Mon, *Revista de Madrid*, 1 (1881), 38 y 41.

do con el espíritu de la Revolución que flota en el ambiente. Cuando toca el turno al partido liberal de Sagasta, la prensa ultramontana de la Unión Católica ve en él una reencarnación de la Revolución que viene a pedir "al partido liberal la realización de sus criminales utopías".²³ Pese a todo, impugnan los ultras, "considerado el caso geográficamente, resulta que partiendo de Madrid, Sagunto está al otro lado del puente de Alcolea; políticamente, que la restauración monárquico ha venido a ser la restauración de Septiembre; y cronológicamente, que nos hemos quitado doce años de encima, sin perjuicio de haber envejecido".²⁴

Dentro del campo católico hay, por cierto, un elemento progresista, si bien reducido, que apoya las estructuras de tipo europeo que se trató de ensayar, y que disiente del revisionismo e intolerancia del catolicismo español. Tal es el caso —por no aludir más que a uno dentro de lo que podría convertirse en amplio muestreo— de Pardo Bazán que sale al paso de la injustificada hostilidad hacia la Restauración de su, por otro lado, amigo y admirado Padre Coloma: "La prevaricación esencial de la aristocracia no consiste, para él, en infracciones del Decálogo, sino en la aceptación de la legalidad vigente, de la Restauración, *bajel turco con bandera cristiana*. Su delito consiste en haber fallido a su misión, aviniéndose a las transacciones, la amalgama con los elementos revolucionarios, la libertad de cultos, la desamortización sancionada, la Iglesia cada vez más segregada del Estado". Concluye doña Emilia que el autor de *Pequeñeces*, movido por el ánimo de arremeter contra el *establishment*, "exagera y acumula, como exageró y acumuló al retratar las costumbres aristocráticas". Por su parte, ella se inclina a creer que "no es tan fiero el león como lo pintan, y que nuestro régimen de libertad política ha anulado las sociedades secretas, influyentes y fuertes bajo los sistemas de represión y de terror".²⁵

Al mismo tiempo, fue una lástima que la escisión política e ideológica repercutiera por necesidad en la actividad literaria condicionando de este modo la obra de arte. Por lo pronto, algunos escritores deploran la situación que se les ha creado. Clarín dice que "la política se come a la literatura".²⁶ Pardo Bazán lamenta el poco interés del público por la novela, y es que, en última instancia, "a los españoles les dan mucho que hacer los partidos políticos y poco que pensar las escuelas literarias".²⁷ Galdós, el cual aboga por

²³ *Ibid.*, p. 136.

²⁴ José Selgas, *ibid.*, 2 (1881), 444.

²⁵ *Retratos y apuntes literarios* (Madrid, 1908), pp. 319-320 y 328-331.

²⁶ *Sermón perdido*, p. xvi.

²⁷ *La cuestión palpitante* (Salamanca, 1966), p. 166.

que las artes se mantengan en una "dulce neutralidad",²⁸ neutralidad que él no siempre respetó, coincide con los anteriores en observar que los asuntos políticos "son los que ocupan la atención con preferencia a los demás",²⁹ dado que todo lo absorben, lo que constituye una seria rémora para el arte y hace que el público vea "cada día con más indiferencia las cosas literarias".³⁰ También Palacio Valdés abunda en referencias al respecto: "Un poeta, en la actualidad, no es un poeta; es un diputado constitucional, un exministro, un presidente del Congreso, un gobernador civil o un empleado del banco que escribe versos".³¹ El ansia de medro es lo que mueve a "la mayoría de nuestros poetas" a compaginar "las flores de la poesía con los provechos de la política", denuncia en otro lugar.³²

Aparte de crear el ambiente morboso en que se desarrollan las polémicas filosóficas y literarias de aquella época —realismo e idealismo, positivismo, arte docente y naturalismo, entre las más importantes— los prejuicios políticos y religiosos provocan actitudes de revancha personal contra algunos escritores. Sorprende todavía el espíritu mediocre y cominero de los que dilataron la entrada de Galdós en la Real Academia, no obstante contar con el apoyo de algunos de los más importantes en el grupo conservador, tales como Menéndez Pelayo y Pereda. A la condesa de Pardo Bazán, aunque era sinceramente católica, por su criterio amplio y ecléctico —entiéndase aquí *conciliador*—, se la acusa de *mala cristiana* y *envenenadora de profesión*, como ella misma viene a decir.³³ O más concretamente, por algo tan inofensivo como fue pronunciarse en el plano de la estética por algunas de las técnicas de la novela de Zola. Las intrigas de que fue víctima en esta ocasión dieron al traste con su matrimonio y convirtieron en tragedia familiar lo que no había pasado de ser un incidente de naturaleza puramente literaria.³⁴ No cabe extrañarnos si, al investigar las que fueron, al menos en parte, las causas de esta situación en el campo de las letras, doña Emilia analiza en su revista *Nuevo teatro crítico* el papel harto negativo y absurdo de la Iglesia: "Desde la Revolución acá, durante un cuarto de siglo, diríase que en nuestra patria se han aborrecido cual enemigos rabiosos, la propaganda católica y las be-

²⁸ *Crónica de la quincena*, p. 93.

²⁹ *Ibid.*, p. 71.

³⁰ Citado por Carmen Bravo Villasante, "Veintiocho cartas de Galdós a Pereda", *Cuadernos Hispanoamericanos*, 250-52 (1970-71), 50.

³¹ *Semblanzas literarias*, p. 360.

³² *Obras completas*, II, 1480.

³³ *Nuevo teatro crítico*, 15 (1892), 41.

³⁴ Carmen Bravo Villasante, *Vida y obra de Emilia Pardo Bazán* (Madrid, 1962), pp. 96-97.

llas letras. Al canto del poeta, a la página de oro del prosista, a la obra impregnada de savia vital, respondían desde el periódico, desde la revista, desde el púlpito y desde el aula católica la prohibición, el anatema, la cerba sátira, la despiadada censura. Sin tomarse el trabajo de saber qué vientos impulsaban a la nave literaria ni qué derrotero seguía, se condenó, se condenó, se condenó, hasta lograr un desvío sistemático, llamado a resolverse en funesto divorcio".³⁵ Por cierto, las más de las veces es Galdós quien se atrae el rabioso y desesperado ataque de la crítica neocatólica.³⁶ No obstante, la actitud elegante y conciliadora de don Benito fue cambiando poco a poco la abiertamente hostil que en un principio manifestaron a él y a su obra Pereda y Menéndez Pelayo, dos de los que después se contarían entre sus mejores amigos. Lo cierto es que, años más tarde, en el discurso de contestación a Galdós en la Academia, Menéndez Pelayo alude a la crítica apasionada en exceso que él mismo hiciera en torno a *Gloria* y a *La familia de León Roch* en la *Historia de los heterodoxos*, y hace observar al propio tiempo que aquel juicio "no está en un libro de estética, sino en un libro de historia religiosa".³⁷

Estos no son más que algunos testimonios de los que, queriendo estar en armonía con el espíritu del siglo, habrían de concebir su obra literaria como interpretación de los conflictos sociales y políticos de la época y del país en que les tocó vivir y crear. Es posible que, de no haberse visto envueltos en los acontecimientos extraliterarios del país, el fenómeno de la novela realista moderna se hubiese dado en España en forma muy distinta. Pues, no cabe duda que la "escena elocuente, dualidad perpetua del hogar español, símbolo de las dos corrientes en que se divide nuestra patria, la España estática y la España dinámica, el ayer y el hoy irreconciliables", que dice Pardo Bazán,³⁸ refleja el problema de identidad que tiene planteado el español en su misma condición de tal, problema que, a su vez, fue un factor decisivo en la estructuración de muchas de sus obras literarias, desde el *Quijote* hasta *Señas de identidad* y la novela de posguerra, pasando por la novela del periodo que hemos analizado y por la del 98.

Ya se ve por lo apuntado que el siglo XIX, particularmente en su último tercio, aspira al paradigma, o dicho de otra forma, que

³⁵ *Nuevo teatro crítico*, 15 (1892), 40.41.

³⁶ Bravo Villasante ilustra abundantemente este aspecto en "Polémicas en torno a Galdós en la prensa de Santander", *Cuadernos Hispanoamericanos*, 250.52 (1970-71), 694-711.

³⁷ *Discursos leídos ante la Real Academia Española: Menéndez Pelayo, Pereda y Pérez Galdós* (Madrid, 1897), p. 72.

³⁸ *Polémicas y estudios literarios* (Madrid, 1892), p. 266.

ofrece al último de nuestra centuria un ejemplo típico del trauma nacional enjuiciado por sus escritores y canalizado a través de la literatura. La novela, desde luego, es portadora de ingredientes políticos y religiosos; presenta al desnudo aquel periodo de turbación y de zozobras, a la vez que muestra un sincero deseo de encontrar con su capacidad de autocrítica formas de convivencia nacional por encima de lo irreductible de las discrepancias. "Aquella conciliación de la Vieja y la Nueva España, que será todo lo sueño que se quiera, pero sin la cual no atino cómo ha de resolverse el problema nacional", en frase de Pardo Bazán,³⁹ fue un ansia frustrada en la vida del país, aunque una intuición portentosa en la praxis literaria: *Gloria*, con su tenaz denuncia, y *Misericordia*, con su sencilla anécdota significante, son, entre otras, un sustancial aporte de Galdós a la causa de la tolerancia y convivencia nacionales que en nuestros días presenta una realidad gemela en un panorama no demasiado boyante, pero tampoco vacío, en rigor, de esperanza.

³⁹ *Ibid.*, p. 297.

MARIANO PICON-SALAS Y LA CULTURA: EVOLUCION DE SU PENSAMIENTO

Por *Thomas O. BENTE*

EN enero de 1980 se celebrará el décimo quinto aniversario de la fundación del Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes en Caracas, realización que contaba con la aportación, la inspiración, y el dedicado trabajo de Mariano Picón-Salas como impulso para tan noble emprendimiento. Hecho irónico es que en ese mismo mes se observa el fallecimiento prematuro de don Mariano, cuya muerte le privó de la oportunidad de participar y presenciar la inauguración del INCIBA celebrada el dieciocho de enero de 1965. El norte del INCIBA se apagó sólo días antes, pero dejó en su estela el legado de su alto pensamiento inspirado que sigue orientando años después el trabajo preclaro y la digna función de su último esfuerzo.

Como recuerdo y en honor de la contribución de Picón-Salas a la fundación del INCIBA y a la cultura hispanoamericana en general, aprovechemos la fecha para repasar, aunque brevemente, las ideas y los ideales del ensayista que culminaron en el discurso que escribió y que iba a pronunciar en la inauguración del Instituto si el destino no lo hubiera sorprendido tan inesperadamente. En el último ejemplo de su gracia y genio como ensayista y prosista, escrito sólo cuatro días antes de su fallecimiento, don Mariano esboza la labor futura de la nueva organización y nos ofrece una especie de compendio de algunas de sus ideas. Escribe en dicho discurso:

... Así como hay en los estadios, adiestramiento corporal para ganar el maratón y lanzar con gracia y agilidad la jabalina, otro ejercicio más sutil de contemplación y meditación y de someter el tumulto de la vida a pauta y armonía, nos exige la Cultura. . . . Asear almas y enseñar valores espirituales, así como el Estado difunde la Higiene y debe atender la salud del pueblo, es función principalísima del Instituto Nacional de Cultura. Pretendemos que sea una de las tantas luces que iluminen el camino de Venezuela. Luz benévola, de tolerancia y de comprensión; luz que no queme los ojos que contemplan; luz para la conciencia y no hoguera de furor y exterminio; luz que va invitando

a otras luces para que contribuyan a la expedición y descubrimiento. Contra las falsas aventuras a que convidan el odio y la destrucción, la Cultura parece la más válida empresa integradora, la que como en el conocido y humanísimo verso de Carl Sandburg encuentra en cada hombre a la humanidad entera. Ella transmite a través de las generaciones el mensaje e imagen de un mundo estético y moral que invocó la justicia y la Belleza como esperanza de eternidad que trascienden nuestra fragilidad y contingencia. Más allá de todo grupo o partido estamos trabajando por el espíritu de Venezuela; continuamos con las palabras y los métodos de nuestro tiempo, la tradición venezolana que es la suma de meditaciones y desvelos de todos sus hijos. Amamos más a Venezuela porque nuestro amor supone que ella cada día está naciendo, engendrada, también, por nuestra tarea. Parece simultáneamente el primero y postrer nombre en que se plasmó nuestra angustia y nuestro deber.¹

Era la esperanza de Picón-Salas que una parte significativa de la función y responsabilidad del INCIBA consistiera precisamente en la fomentación y la promulgación de la cultura, la venezolana e hispanoamérica en particular y la de la humanidad en general, sobrepujando con una sensibilidad estética que posibilitara el reconocimiento de la justicia y la belleza en toda obra humana. Este pensamiento tan noble es resultado de la reflexión de un pensador maduro y experimentado; la de un hombre cuyas ideas y conceptos se han ido hirviendo y amasando hasta formarse en una configuración que puede llamarse filosofía de la cultura. Para don Mariano, el camino que le condujo al momento en que supo expresarse así sobre la tarea del INCIBA no fue un camino derecho ni fácil, sino uno enteramente humano marcado por los altibajos y los avances y retrocesos de todos los hombres. Lo que diferenciaba el camino de don Mariano fue su alta inteligencia y sensibilidad combinada con una profunda compasión y caridad como hombre, junto con su talento de gracia y genio como ensayista que resultó en la obra que nos ha dejado. Repasar las páginas de don Mariano es trazar el desarrollo y el proceso de evolución de su filosofía de la cultura, expresada tan metafóricamente en el párrafo citado de su discurso para el INCIBA. El desarrollo del hombre y el del ensayista van unidos de las manos.

En sus primeros ensayos de joven precoz, el lector notará una característica que va a aparecer a través de los escritos de su periodo de formación como ensayista y, en verdad, a lo largo de toda su

¹ Mariano Picón-Salas, *Prólogo al Instituto Nacional de Cultura* (Caracas: Instituto Nacional de Cultura, 1965), p. 6.

obra: Picón-Salas pone de manifiesto el impulso constante y la motivación interna hacia la expresión propia. Este deseo de expresión personal aparece ya en su primera obra importante, *Buscando el camino*, publicada en 1920. El mismo título del libro indica la percepción que tuvo el autor en su juventud del proceso de madurez que debía cambiar con toda seguridad sus impresiones, intereses y juicios. La obra también pone de manifiesto el deseo de don Mariano de escribir y comunicar sus ideas y sentimientos, como se ve en el prólogo a esta colección de ensayos:

Satisfago un deseo espiritual coleccionando estas prosas; satisfacción de un peregrino que salió sin brújula por la ruta, se encontró con muchos caminos, llevaba un cuaderno y anotaba. . . . Es ese libro de los veinte años iconoclasta y primaveral, sin gramática. Vendrá otro día en que se escribirá con gramática, los párrafos serán firmes y precisos, las ideas orientadas y unidas con alajes de disciplina. Pero para el espíritu del peregrino ninguno será más bello que ese de los veinte años, escrito cuando aún se cree en la eficacia de un señor —el Ideal—, y en la fidelidad de una adúltera —la Gloria—, y en el fuego permanente de un doncel de breve vivir —el amor.²

Desde sus años juveniles y especialmente en los ensayos escritos antes de la Segunda Guerra Mundial, Picón-Salas se comunica con el lector en un tono íntimo y personal. Leyendo la obra de los primeros veinte y tantos años de su carrera literaria, el lector siente la experiencia vital que comparte con el autor; se llega a conocer a don Mariano más como hombre joven que como ensayista. No es sorprendente, por lo tanto, que la impresión que se recibe de los ensayos que conciernen la cultura también reflejan una orientación tan íntima y personal; son reflexiones todavía en un proceso de formación.

Debido a razones personales y de índole política, Picón-Salas pasó más de diez años en Santiago de Chile durante las décadas de los veinte y los treinta, y esta estadía influenció enormemente su proceso de madurez. Entre las obras que datan de ese periodo figura *Intuición de Chile y otros ensayos en busca de una conciencia histórica*, publicada en 1935. Es en esta colección, más que en ninguna otra, donde vislumbramos el interés naciente y creciente en la cultura. Escritos bajo la obvia influencia de Hegel, muchos de los ensayos indagan el carácter chileno y otros la sociedad e historia cultural de Hispanoamérica en general. También se siente el orgu-

² Mariano Picón-Salas, *Buscando el camino* (Caracas. Editorial Cultura Venezolana, 1920), p. 7.

llo personal del joven literato —aunque este exceso lo abandonará con el tiempo— precisamente cuando empezamos a ver aparecer el tema de la cultura. Por ejemplo, en "El plan de *Índice*", escrito en 1930 e incluido en *Intuición de Chile*, Picón-Salas nos ofrece un bosquejo de sus aspiraciones al fundar la revista literaria en Chile. La actitud del autor es relativamente exclusivista en la asociación que establece entre los otros fundadores de *Índice* y él mismo como intelectual al declarar que los objetivos de la revista son los siguientes:

Nuestra acción será, pues, la acción propia de los intelectuales. Y la labor del intelectual crea la cultura. Pero la cultura implica relación con algún medio, y este problema deben plantárselo los escritores de "Índice" para que su labor no nazca muerta o asuma una simple significación decorativa.³

Picón-Salas continúa, subrayando el hecho de que la cultura a la que él y los demás fundadores de la revista aspiran no es una cultura transitoria, ni una cultura basada en ideas e ideales extranjeros. El último párrafo del ensayo es muy revelador con respecto a los objetivos de la revista:

Nos interesan a nosotros, hombres jóvenes, que vimos agonizar y po-
drirse todas las delicuescencias, una cultura vital que se traduzca en
energía colectiva. Es nuestro deber de ciudadanía. Y con "Índice" em-
pezamos a abrir un cauce; cauce decimos, porque ningún tabú estético
o sectario nos sirve de compuerta. Nuestro papel se ofrece al fervor
de los hombres que tengan alguna verdad, juicio o insinuación de be-
lleza por transmitir a sus contemporáneos.⁴

En esa época, Picón-Salas parece haber creído que la transmisión de la conciencia de la cultura nacional era la responsabilidad del hombre superior que, a su vez, servía de tutor para el hombre corriente. La idea está directamente relacionada con el concepto que tenía de sí mismo como persona cuyas responsabilidades incluían la de darles una conciencia a las generaciones contemporáneas y venideras. También se nota el germen de la relación que Picón-Salas veía entre la cultura y la sensibilidad estética, es decir el aprecio de la belleza. Es la misma idea reflejada en el discurso para el INCIBA años después.

³ Mariano Picón-Salas, *Intuición de Chile y otros ensayos en busca de una conciencia histórica* (Santiago de Chile: Editorial Ercilla, 1935), p. 68.

⁴ *Ibid.*, p. 100.

Uno de los ensayos más conocidos de la época de formación como escritor es "Hispano América, posición crítica", conferencia dada por Picón-Salas en la Universidad de Concepción, Chile, en 1930, pero también incluida ésta en el tomo *Intuición de Chile*. El ensayo es una verdadera enciclopedia de ideas sobre la historia y la situación actual del continente y al mismo tiempo incluye ideas muy claras acerca de la naturaleza de la cultura. Afirma nítidamente lo que entendía en aquel entonces por el significado de la palabra:

La cultura es la forma que extrae y elabora de su propia existencia histórica cada pueblo, cada raza; comienza en el momento en que lo que fue inorgánico lo informe, adquiere forma y sube a la luz de una conciencia radiosa hasta lo que fue instinto u oscuro retorcido subconsciente. Los pueblos, como los hombres, se introspeccionan; deben, como el artista, descubrir su temperamento, fijar de una manera consciente, y sobre todo posible, su relación con el mundo. De aquí que el hecho de la cultura es, como diría Simmel, vida y más que vida, forma que adentra en la raíz de la personalidad, armoniza todo dualismo, da a los grandes hombres como a las grandes naciones un *tono vital*. La cultura comienza cuando cada pueblo tiene la revelación de su propia potencialidad. . . Cada cultura saca posibilidades de sí misma, irradia en ellas su propio destino. Pero la idea de Cultura como algo que trasciende de nosotros mismos, adaptado a nosotros como el árbol importado de Europa recibe la cualidad diferenciadora del suelo americano, no se ha planteado todavía o a lo menos no ha tenido eficacia realista en nuestra vida hispanoamericana.⁵

Su comentario continúa cuando afirma que la vida hispanoamericana ha sido demasiado transitoria y preocupada con la realidad inmediata, lo cual no le ha permitido a la cultura desarrollarse como debía. A la pregunta retórica "¿Tenemos en Hispano América esta cultura? ¿Nos remontamos sobre lo eventual de los hombres y las circunstancias, con clara conciencia nacional, con responsabilidad histórica?", Picón-Salas contesta, "Mucho me temo que sobre la idea de *cultura*, idea que expresa integración y destino, haya prevalecido entre nosotros la idea más falsa, quimérica e intelectualista de ilustración".⁶

Una vez más Picón-Salas hace hincapié en el hecho de que la cultura ha sido concebida en Hispanoamérica como algo perteneciente a las minorías selectas y no a las masas. El ensayo termina relacionando la cultura con sentimientos de nacionalismo:

⁵ *Ibid.*, p. 80.

⁶ *Ibid.*, p. 83.

Reclamo para la cultura y, como consecuencia, para la política de América, una *idea* en el sentido hegeliano, porque es lo único que puede hacernos salvar esta etapa de pequeños intereses, de pequeñas necesidades; la política miépe en que se debate sin espacio, perspectiva ni ámbito histórico la vida criolla. La lucha por la cultura fue en nuestros países más difícil, porque sobre el ideal ecuménico de un Bolívar prevaleció el interés aislador y regionalista de los caudillos. Estamos en el momento de recobrar con criterio realista, con sentido totalizador, ese ideal inicial de la América española.⁷

Sin embargo, más allá de esto, Picón-Salas relaciona la idea de cultura con una conciencia más amplia y totalizante de la unidad hispanoamericana. Sugiere que Hispanoamérica, debido a circunstancias históricas, se encuentra en lucha por su determinación propia cuando Europa ya ha alcanzado su punto culminante, y que esto necesariamente les impone un sentido de dependencia a las relativamente nuevas repúblicas hispanoamericanas. Don Mariano escribe:

La personalidad nuestra se revelará, no recorriendo el proceso de técnica o de ciencia que necesitó el europeo para llegar a los productos actuales, lo que significaría retardo y absurda economía cultural, sino aplicando aquella ciencia y aquella técnica como método para explorar nuestro propio destino. Lo que urge es, pues, no crear un método americano que no podría ser sustancialmente distinto del método europeo, ya que fuimos países de conquista y estamos en la ruta de la civilización occidental, sino cargar ese método de nuestra propia sustancia; hacerlo nuestro expresando nuestro contenido.⁸

Finalmente, pidiendo que la cultura nacional sea vista también dentro del marco más amplio de la cultura hispanoamericana, Picón-Salas afirma que el nacionalismo no es una fuerza estática y que la cultura tiende a ser universal. En este ensayo, los significados de cultura van progresivamente de lo individual a lo general, expansión que va paralela a la tendencia temática y filosófica de su carrera literaria. Don Mariano pensaba que la cultura era una conciencia nacional, histórica y al mismo tiempo continental de la realidad presente que a la vez era permanente y duradera y que no estaba limitada por fronteras. La cultura implicaba el reconocimiento y la conciencia, en toda la amplitud de los significados de estas palabras, de los grandes factores que unificaban a la vida hispanoamericana.

Ibid., p. 89.

Ibid., p. 87.

Intimamente relacionada con la posición de eslabón entre las generaciones en la que Picón-Salas se consideraba a sí mismo figuran sus ideas sobre la responsabilidad y el papel del escritor en Hispanoamérica. Escribe, por ejemplo, en los años treinta:

Mejor es comprender. Si hay algo de dramático en la misión del escritor en estos pueblos que, más que las bellas frases, parecen demandar las máquinas del ingeniero o las grandes botas del "pioneer", es que como ellos también estamos descubriendo, trazando, explorando: tratamos de crear un Universo moral, una conciencia de perduración que nos eleve del estado de Naturaleza al estado de Cultura.⁹

Siguiendo el proceso de evolución y cambio en la obra de Picón-Salas, el lector nota que los ensayos escritos entre 1920 y 1940 aproximadamente son notablemente diferentes a los ensayos formales escritos durante los años 40, 50 y 60. El movimiento que va desde los ensayos informales a los formales fue gradual; por lo tanto, es difícil precisar la Segunda Guerra Mundial como fecha o periodo en el cual el cambio ocurrió. Sin embargo, en general, no puede negarse que los ensayos entre 1938 y 1942 tienden definitivamente hacia lo intelectual, y que este cambio va a caracterizar casi todos los escritos de don Mariano hasta su muerte. Picón-Salas se vuelve más exigente y afirmativo, y en muchos casos su simpatía es reemplazada por la fría objetividad de un intelectual cuyos pensamientos e impresiones corresponden a los exigentes años de su madurez.

En lo que se refiere a los escritos sobre la cultura, se puede ver una definición más amplia del significado de la palabra cultura para don Mariano. En el primer periodo había una relación directa entre el concepto de cultura y el de conciencia nacional. En realidad, en el ensayo informal es frecuentemente difícil determinar precisamente qué significado le daba Picón-Salas a la palabra, y si este significado cambiaba en algo en su proceso de pensamiento. Aunque continúa usando la misma palabra en el ensayo formal, adquiere nuevas dimensiones y se reviste de varios significados amplios. Nunca se hace una distinción clara de su significado, salvo cuando la cultura está asociada con la estética. De todas maneras, hay en su obra formal ciertas observaciones que se refieren a la cultura por sí misma. En *Europa-América: preguntas a la esfinge de la cultura*, 1947, una de las obras maestras del autor, don Mariano nos recuerda, como en muchas otras ocasiones, que "La medida de toda cultura no es nivelar los hombres en la vulgaridad

⁹ *Ibid.*, p. 13.

cotidiana sino hacerles desear la Belleza".¹⁰ En este contexto, se refiere a la cultura como una experiencia casi estética, lo mismo que ha hecho en otros ensayos. La misma obra contiene otro ensayo. "Asepsia de la palabra", en el que la cultura tiene otro significado:

Hay culturas que mueren —como la romana de los últimos días del paganismo— porque carecieron de decisión para mirar los hechos nuevos, porque cerradas en el prejuicio escolar y el trabajo formalista de una tradición que les parecía eterna, no advirtieron que al lado suyo, inmensas multitudes estaban clamando y sintiendo de diferente manera.¹¹

Aquí, cultura sólo puede significar la sociedad en general.

En *Crisis, cambio, tradición*, 1955, hay otras asociaciones sugeridas por el uso de la palabra cultura. En "Arte y libertad creadora", por ejemplo, Picón-Salas afirma que la creación artística no debe ser impuesta por ningún objetivo específico, sino que debe hacerse mediante la decisión libre del artista. Continúa diciendo:

Si el control por el Estado de los productos de la Cultura lleva al más inerte y opresor totalitarismo, la sola entrega al comercio y a las grandes empresas de la difusión del arte, pervierte también la obra y sacrifica al interés numérico un fundamental requisito de diferencia y de calidad. Siempre fue una minoría la que produjo la Cultura, la que se aventuró en el azar y riesgo de cambiar formas y crear obras inusitadas.¹²

Tenemos aquí la impresión de que usa la palabra cultura en su contexto de expresión cultural, la expresión artística de una sociedad. El ensayo "Cultura y sosiego" en *Crisis, cambio, tradición* contiene todavía otro significado de la palabra: comienza haciendo un comentario acerca de un grupo en Colombia cuyos miembros practican el sistema de lectura veloz. La idea, contraria al placer que el autor encontraba en la lectura, le provoca la siguiente declaración en la cual el significado de cultura no está completamente claro: "El bueno y sosegado leer del que no está cumpliendo ningún 'récord' de páginas, de quien se complace en el secreto de una

¹⁰ Mariano Picón-Salas, *Europa-América; preguntas a la esfinge de la cultura* (México: Cuadernos Americanos, 1947), p. 22.

¹¹ *Ibid.*, p. 241.

¹² Mariano Picón-Salas, *Crisis, cambio, tradición* (Caracas: Ediciones Edime, 1955), p. 127.

línea o una palabra, es uno de los más gratuitos goces de la cultura. . ."¹³

En *Venezuela independiente, 1810-1960*, publicado en 1962, Picón-Salas incluye un ensayo titulado "La cultura del 'habitat'", en el que usa de nuevo la palabra cultura en otro contexto: "La Cultura de un país es la suma no sólo de las creaciones originales sino de los préstamos cambiantes que cada pueblo —aun el más modesto— debió realizar para configurar su Historia".¹⁴ En este caso, cultura es la suma total de una sociedad —su esencia misma.

Por último, en "Proceso del pensamiento venezolano", Picón-Salas relaciona la cultura con los estratos sociales:

El médico, el abogado, el poeta espontáneo, han solido ser los únicos representantes de nuestra vida cultural. . .Nuestra cultura superior ha sido —como en todos los países suramericanos— el extraño al medio; flotante sobre nuestra realidad, ajeno al misterio propio que se llama el país.¹⁵

Este es, en resumidas cuentas, el amplio uso de la palabra cultura en el ensayo formal. Su significado cambia de párrafo en párrafo, quizá más que en el ensayo de los primeros años, al mismo tiempo que se ha ampliado hasta tener múltiples significados, ninguno de los cuales es precisamente intercambiable con su significado en otros contextos. El autor ya no muestra la posición egocéntrica en la que se veía como creador de la cultura en el ensayo informal, pero no abandona la misma convicción de que la cultura es un producto de la minoría. Junto con muchos otros aspectos de la obra de su madurez, nuevos y menos restringidos significados han sido añadidos a conceptos que en el primer periodo eran enunciados con mayor limitación. La palabra cultura es el mejor ejemplo.

Fundamentalmente, la trayectoria del pensamiento y la evolución de significado de la palabra para Picón-Salas puede ser vista como un ensanchamiento de su propio despertar. Para aclarar y simplificar, puede imaginarse una serie de círculos concéntricos. En el centro está don Mariano mismo, el hombre y el ensayista. Más allá de él está el círculo que representa a Venezuela, sea el pasado o el presente del país, o el país en su totalidad. Otro círculo exte-

¹³ *Ibid.*, pp. 130-131.

¹⁴ Mariano Picón-Salas, *Venezuela independiente, 1810-1960* (Caracas: Eugenio Méndez, 1962), p. 3.

¹⁵ Mariano Picón-Salas, "Proceso del pensamiento venezolano", *Obras selectas* (Caracas: Ediciones Edime, 1953), p. 191.

rior al de Venezuela es el de la América Latina como un todo, que empezó a tratar extensamente durante su estadía en Chile, y más allá de ese, el círculo que comprende al hemisferio occidental, seguido por el último círculo que representa al mundo. Es como si Picón-Salas hubiera ido saliendo de sí mismo con la trayectoria de su pensamiento, añadiendo esfera tras esfera a medida que su propio conocimiento y experiencia iban aumentando. Esta es la misma senda que aconseja a sus lectores; la que todo hombre debe seguir y buscar en la vida. No sorprende, por tanto, que su comprensión de la cultura revele idéntico ensanchamiento que se nota en los temas, el estilo, y la expresión a medida que van de lo más simple a lo más complejo.

En resumidas cuentas, el trazamiento de los múltiples usos de la palabra cultura, desde los primeros años hasta los últimos —una evolución que culmina en el discurso escrito para la fundación del Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes— revela una corriente unificadora que nos permite conjeturar lo siguiente. En parte como Ortega y Gasset y Unamuno, Picón-Salas creía que la cultura era la conciencia del hombre de su relación con su circunstancia llevada a todo un pueblo en general, y que era la responsabilidad y privilegio del individuo más capaz ayudar al prójimo a realizar esa conciencia. A este deseo tan elevado don Mariano dedicaba su vida, y a esta aspiración tan noble su contribución al INCIBA. El trabajo del Instituto queda como tributo a tan magnánimo ideal.

REINTERPRETACION DE LA HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA

HISTORIA *social de la Literatura española*¹ parte de la base de que toda obra de arte está condicionada por las relaciones sociales de producción dominantes en un periodo específico, o sea que refleja las condiciones en que se ha creado, que corresponde a una aceptación o rechazo por su creador de las directrices de la clase dominante, que posee una perspectiva dictada por la conciencia de clase, etc. Así, cada sección del libro se abre con un examen de las coordinadas socio-político-económicas a las que responden los movimientos y las tendencias literarias.

Esta aproximación a la crítica literaria no es "nueva" estrictamente hablando, pues ya se ha empleado en ensayos y estudios sobre novela, poesía y teatro, por no mencionar su procedencia marxista. Y sin embargo, este manual representa una novedad en nuestras letras. La novedad consiste en ser la primera historia que sigue un enfoque crítico-social de la "realidad" histórica y literaria. Hasta la fecha, todos los manuales han seguido un criterio anclado en el pensamiento de derechas, caracterizado por su peculiar tendencia ahistórica, por la preferencia por las cuestiones estilísticas y formales a expensas del mensaje y de la fenomenología social.

El manual así concebido, tiene carácter desmitificador, pues los autores se ven forzados a poner en claro la procedencia de las numerosas distorsiones de interpretación que están en vigencia hoy día. A la luz de la desmitificación, no son pocos los autores que toman una nueva fisonomía, Lope de Vega entre otros, cuando se pone en realce el verdadero pensamiento que subraya su obra. En dicho sentido es interesante el reexamen de los escritores de la generación del noventa y ocho, así como el de Ortega y Gasset. Y es que, en palabras de Luis Martín Santos, en España "todo" (todas las manifestaciones culturales e interpretaciones históricas) está por desmitificar.

El acierto de la reinterpretación queda rebajado por algunos defectos de importancia. En primer lugar, las apreciaciones no se apoyan, con harta frecuencia, en los textos. La falta de pruebas es notable y salta a la vista. El lector se ve forzado a veces a hacer un acto de fe, pues no se sabe cómo los autores han llegado a una conclusión dada. En segundo lugar, la forma en que se manejan las fuentes y las autoridades en que los autores apoyan

¹ Carlos Blanco Aguinaga, Julio Rodríguez Puértolas, Iris M. Zavala, *Historia social de la Literatura española (en lengua castellana)*, 3 vols., Editorial Castalia, Madrid, 1978.

sus observaciones, es inadmisibile desde el punto de vista de la propiedad intelectual y del rigor académico; esa fórmula de "según dice un crítico", que se emplea a lo largo de la obra, seguida de una paráfrasis, no es un procedimiento válido en un estudio serio. La gracia del caso es que los autores señalan en el prólogo la tendencia al plagio (véase I, p. 35) en la crítica peninsular. Aunque la bibliografía que se encuentra al final de cada sección atenúe en parte esa lamentable práctica, siempre queda la declarada (I, p. 37) y consciente falta de documentación. En tercer lugar, tenemos la propensión a despachar una tendencia o un movimiento literario con un precario comentario de unos pocos (poquísimos, a veces) nombres, que se refuerzan con una lista de escritores adicionales y, lo que es peor, reduciendo el conjunto a un enjuiciamiento demasiado elemental. Sirva de ejemplo el capítulo titulado "Arte deshumanizado y rebelión de masas" (II, p. 255 y ss.) donde la novela del nuevo romanticismo (que aquí se titula del "nuevo realismo" con gran sorpresa del lector) se reduce a seis páginas. En el tercer volumen, el examen del realismo social (pp. 191-211) se centra en su mayor parte en sólo tres novelas: *La piqueta*, *La mina* y *Central eléctrica*. Podría aducirse que se trata de un manual, de un brevariario si se quiere. Lo malo del caso es que los movimientos y las tendencias literarias aparecen desproporcionados y su presentación es insuficiente, e igualmente lo es el tratamiento de algunos escritores. Aunque se le dedica a Pérez Galdos un buen número de páginas, uno se queda sin una visión panorámica o de conjunto de la obra galdosiana. Tal vez sea el tratamiento de la literatura del siglo XX el más inadecuado, por su esquematismo y escasa elaboración.

A pesar de los reparos antedichos, he aquí un manual interesantísimo por la naturaleza del enfoque y del examen, y por su reinterpretación de la historia y de la literatura española, una obra que buena falta hacía. Las introducciones de cada sección son de un indudable valor para comprender cómo la historia afecta la producción literaria de una época dada. La bibliografía comentada que cierra las secciones es invaluable, de primer orden. Lo que ocurre es que escribir una historia de la literatura con el carácter de novedad que ésta tiene, es tarea ímproba. Sin duda alguna, las deficiencias observadas se han de corregir en futuras ediciones. Por alguna parte se ha de empezar. Por eso precisamente, me parecen injustos los ataques de que está siendo víctima este manual. En una obra de esta clase siempre se pueden encontrar puntos que censurar. Pero evaluaciones como la de José Carlos Mainer² equivalen a una "devaluación". Cierto es que los autores incurren en pleonasmos al llamar crítica a la historia de la literatura. La elección de la palabra es desafortunada, pero el lector de buena voluntad sabe lo que quieren decir con eso de historia crítica, así, subrayado, y no

² "Un antimanual: La historia social de la literatura española", *Insula*, junio de 1979, número 391, pp. 3-4.

es necesario sacar las cosas de quicio. *Historia social de la literatura*, a pesar de los defectos que posee, hará impacto indudablemente en la historia literaria que, a partir de este libro, ha de tomar un nuevo rumbo.

PABLO GIL CASADO

Dimensión Imaginaria

LITERATURA E IDEOLOGIA EN LOS PRIMEROS RELATOS DE J. M. ARGUEDAS

Por *Silverio MUÑOZ*

"Más que descubrirnos lo maravilloso, la ficción parece destinada a revelarnos lo real".

(Mariátegui)

I

“**A**GUA”, “Los escoleros”, “Warmá kuyay” son los tres cuentos que integran el volumen inicial de José María Arguedas.¹ En ese orden aparecen en el libro, el cual, como se sabe, recoge el nombre del primero. Ningún azar por cierto. Probablemente el azar de la escritura haya querido que Arguedas (como efectivamente ocurrió) escribiera “Warmá kuyay” antes que los otros, pero ya no es ningún azar que el escritor, una vez elaborados los cuentos, haya optado por semejante distribución ni tampoco que haya privilegiado “Agua” con la nominación del volumen. Como podrá verse en el curso de nuestra exposición, tal conciencia organizativa responde a necesidades intrínsecamente fundadas, hasta el grado, por ejemplo, de que una lectura de “Los escoleros” resulta literalmente incompleta si no viene precedida por la del primer texto. Simples observaciones descriptivas, pero que ya ponen de manifiesto que Arguedas, desde el primer momento, están contradiciendo la imagen del escritor “espontaneísta” que ciertos críticos han querido fijar, ayudados más o menos desembozadamente por declaraciones del propio autor.

Agua no es sólo un libro inicial; es, a la vez, un texto rigurosamente fundacional. Quienes prefieren pensar comparativamente, el paralelo más próximo que se nos ocurre en este momento es con

¹ *Agua* Lima: Cía. de Impresiones y Publicidad, 1935. Todas nuestras citas corresponderán a las versiones definitivas de los tres cuentos, en *Amor mundo y todos los cuentos de José María Arguedas*, Lima: Francisco Moncloa Editor, 1967, pp. 13.94.

El pozo. Hasta resulta desconcertante en verdad que la crítica no haya señalado el hecho. Es probable que la presencia de personajes indios en el primero y de intelectuales pequeñoburgueses en el segundo, funcionara como una especie de dique de contención frente a una crítica harto determinada en general por una ideología atomizante. Pero si se dejan de lado estas determinaciones de suyo tenaces, cómo dudarlo, se podrá ver que tanto Arguedas como Onetti desarrollan una amplia praxis narrativa a partir de un libro que en sí contiene los cauces fundamentales de la obra total.

Para decirlo de una manera plástica, tanto en la una como en la otra se cumple aquella vieja ley según la cual en la semilla se encuentra durmiendo el árbol gigantesco. Lo cual no implica desde luego que semejante homogeneidad temática vaya a dar curso a una subyacencia ideológica igualmente homogénea. En el caso concreto de Arguedas, por ejemplo, podemos observar que ya en su segundo libro, *Yawar Fiesta*, la óptica deja de ser clasista para metamorfosearse en culturalista. Por lo demás, el mismo título, lingüísticamente híbrido en tanto relaciona una expresión quechua con otra española, así lo está anunciando, porque ¿qué es una fiesta sino un elemento eminentemente cultural?

La imagen de la semilla resulta particularmente apropiada para el librito inicial y fundacional de Arguedas, sobre todo si se tiene en cuenta la considerable ampliación de su espacio en *Todas las sangres* y la no menos crecida praxis revolucionaria que diferencia la de Rendón Willka de la de Pantacha. En relación a *El pozo*, el lector interesado haría bien en consultar las conocidas contribuciones de Angel Rama, Jaime Concha y Josefina Ludmer, donde, con una sagacidad y coherencia encomiables, se actualiza el texto en el contexto de la producción global onettiana.²

Son, los de *Agua*, tres cuentos de factura cuantitativa asimétrica en donde el segundo, "Los escolares", duplica prácticamente al primero, "Agua", y sextuplica al tercero, "Warmá kuyay". Como en otras disciplinas, también aquí los números suman o restan, quitan o agregan, impregnan en fin de coloración significativa la superficie narrada. Porque no deja de ser sintomático que en una serie de cuentos cuyo narrador-protagonista es invariabilmente un

² Esos trabajos son los siguientes: Angel Rama, "Origen de un novelista y de una generación literaria", estudio incorporado como apéndice a la segunda edición de *El pozo*, Montevideo: Arca, 1965, pp. 57-110; Jaime Concha, "Conciencia y subjetividad en 'El pozo' de J. C. Onetti", en *Estudios Filológicos*, 5 (1969), pp. 197-228; Josefina Ludmer, "El pozo, primer libro publicado", en *Onetti. Los procesos de construcción del relato*, Buenos Aires: Sudamericana, 1977, pp. 36-43.

niño, el mayor desarrollo temático se concentre en aquel que agrupa a un mayor número de personajes infantiles.

Para el caso da lo mismo que quien escriba los textos sea un sujeto mayor. Lo que importa ahora observar es ésta temprana predisposición del autor por el personaje no adulto —reprimida luego en su próximo libro *Yawar Fiesta* pero retomada en su novela de 1958, *Los ríos profundos*, que es, en la opinión casi unánime de los críticos, su libro más logrado. De hecho, tanto las traducciones como los estudios lo han preferido desde el primer momento; incluso el mismo Vargas Llosa, tan ocupado como se halla en escribir ingeniosas ficciones y ensayos de nunca acabar, le destinó un número de páginas que sirven de prólogo a la edición chilena de la obra.

Como debería parecer obvio, no pretendemos escindir la narrativa arguediana de acuerdo a la edad de sus personajes, pero tampoco el análisis debe dejar de procesar este dato en virtud de las múltiples implicaciones que supone dentro del mundo configurado, y que ya tendremos oportunidad de ir señalando.

De factura cuantitativa asimétrica y de una clara homogeneidad temática, los tres cuentos de *Agua* exhiben un diseño reiterativo. En efecto, en cada uno de ellos el esquema que subyace comporta una perspectiva subjetiva, un espacio similar, grupos homogéneos antagónicos, y una acción igualmente uniforme. Es siempre un mismo personaje infantil, de filiación blanca, que busca, en un ámbito aldeano de la sierra peruana, los caminos de acceso al oprimido universo indio, valorándolo en desmedro del propio y procurando eliminar la injusticia que padece. En las fronteras móviles de esta sencilla estructura, cuyos matices sólo vienen a acentuar el perfil básico, Arguedas supo proyectar, allá por los años treinta, una inequívoca visión de la problemática indígena, gracias, por una parte, a su propia inteligencia perceptiva, y muy principalmente en virtud de la lúcida orientación de Mariátegui. Analizaremos en esta oportunidad el relato que da su nombre al volumen, para ver hasta qué punto es esto verdadero.

II

EN consonancia con lo que acabamos de afirmar, el primer cuento del libro, "Agua", presenta un universo fragmentado. No se trata de una fragmentación ética, metafísica, filosófica o metapsíquica; es claramente un universo socialmente escindido. Que esta fragmentación social comporte instancias caracterológicas subsidia-

rias de distinta naturaleza, más bien refuerza que debilita la disyuntiva básica. Por sobre los espejismos que pudieran opacar un trazado lúcido, se configura un mundo en donde el sector blanco mantiene con el sector indio una relación antagonica de clase. Es precisamente este antagonismo, irreconciliable y brutal, el que está determinando, dialécticamente, la organización de los diversos elementos que estructuran el cuento.

Ambos grupos —la minoría blanca que ejerce la opresión y la mayoría india que padece el sojuzgamiento— comparten un mismo espacio: la aldea de San Juan. Mas no comparten, como era de esperar, idénticas posibilidades de surgimiento económico. Por el contrario, valiéndose de procedimientos más o menos característicos, el principal del pueblo, don Braulio Félix, se ha venido apropiando de las tierras comunales y relegando a la miseria a la población india; últimamente hasta del agua se ha adueñado, haciendo todavía más penosa, si cabe, la sobrevivencia de los indios.

¿Qué hacer para terminar con semejante explotación? Tal es la pregunta que preside y engloba la estructuración del relato. Se concibe de esta manera la literatura no sólo como un nivel de reflexión destinado a mostrar la opresión, sino que al mismo tiempo como una búsqueda para posibilitar la acción revolucionaria. Una búsqueda, no un modelo. Una primera mirada atenta en torno a aquellos factores que instauran un grotesco irracionalismo social en el referente en cuestión: la sierra peruana.

Arguedas, que ha conocido bastante de cerca la realidad que su obra actualiza, no podía conformarse, allá por los años treinta, con meramente denunciar o con meramente rectificar, como quieren algunos. Tal hubiera podido ser el caso si el propio autor no hubiera dado el salto "bautismal" a la costa, e insuflado de los principios que allí le abrieron literalmente los ojos. Por eso no nos sorprende en absoluto que el diseño del cuento homologue, como veremos de inmediato, la propia praxis literaria de Arguedas, quien, una vez madurado ideológicamente, regresa con su literatura a los lares de la niñez y de la adolescencia, no con la nostalgia en las pupilas sino con la luz en la conciencia.

En efecto, frente a una población indígena en un grado de abatimiento tal que le impide reaccionar por sí misma, el cuento delega en un personaje adoctrinado en la costa la función de héroe revolucionario. Pero este personaje no es, como pudiera pensarse, un costeño propiamente tal, un extraño al grupo. Por el contrario, es un indio de nombre Pantaleón que ha pertenecido y pertenece a la misma comunidad de San Juan, habiéndole correspondido en consecuencia compartir con ella toda suerte de vejámenes sociales, y

de la cual sólo ha permanecido separado el periodo de tiempo vivido en la costa.

Pues bien, este hijo de la comunidad se propone a su llegada la tarea, nada sencilla, de poner término a la explotación que padece su pueblo. Como conoce muy bien cuál es su enemigo básico —don Braulio—, empieza por cuestionar sus presuntas medidas humanitarias. Este, en efecto, ha hecho creer a los indios que se ha apropiado del agua con el objeto de hacerla común y de beneficiar a todos. Pero Pantaleón, quien hace apenas seis meses que ha llegado de la costa, entiende muy pronto que tal medida sólo favorece al principal por la sencilla razón de que ahora, el agua, "todo el mes es de don Braulio" (p. 14), y porque los repartos impuestos por éste son absolutamente discriminatorios, en favor, por cierto, de los otros "mistis" locales. De hecho, mientras "el maíz de don Braulio, de don Antonio, de doña Juana está gordo, verdecito" y "hasta barro hay en su suelo", el de los comuneros está "seco, agachadito, umpu (endeb!e)" y "casi no se mueve ya ni con el viento" (p. 19).

Junto con ello debe proceder asimismo a socavar el ascendiente que el principal ejerce sobre los indios, ya que si bien éstos parecen receptivos a su lenguaje, se mantienen no obstante muy lejos de poder asumir una acción consecuente, intimidados como están por toda una vida de raigambre servil. Por eso cuando Vilkas, un servidor de los "mistis", ordena a Felischa que mate a los "chanchitos mostrencos", interviene Pantaleón para decir: "Si hay chanco de principal, mata nomás" (p. 18), lo que ocasiona la siguiente respuesta y réplica:

—¡Principal es respeto, mak'ta cornetero!

—Pero chanco de principal también orina en las calles y en la puerta de la iglesia (p. 18).

No es, pues, simple indignación pasiva la de Pantaleón: entre atemorizados y sorprendidos, los indios de su comunidad van advirtiendo que el tiempo de la angustia estéril es, en él, un pasado superado, y que posee la valentía necesaria para respaldar con actos sus palabras.

Sin embargo Vilkas, aunque objetivamente importante, es apenas un eslabón de la clase opresora y Pantacha, pese a su entereza manifiesta, una energía insuficiente para enfrentarla por sí solo. Se impone en consecuencia el aglutinamiento de la fuerza india. Por ello, echando mano a su experiencia costeña, procede a clarificar que la explotación padecida por su comunidad es un fenómeno que afecta a toda la sociedad peruana: "—¿Acaso? En la

costa también, el agua se agarran los principales nomás; los arrendatarios lucaninos, wallhuinos, nazqueños, al último ya riegan, junto con los que tienen dos, tres chacritas; como de caridad le dan un poquito, y sus terrenos están con sed de año en año" (p. 24).

Y ejemplificando con lo que sucede en Nazca, agrega a continuación:

—Como en todas partes en Nazca también los principales abusan de los jornaleros —siguió Pantaleoncha. Se roban de hombre el trabajo de los comuneros que van de los pueblos: San Juan, Chipau, Santiago, Wallwa. Seis, ocho meses, le amarran en las haciendas, le retienen sus jornales: temblando con terciana le meten en los cañaverales, a los algodonaes. Después le tiran dos, tres soles a la cara, como gran cosa. ¿Acaso? Ni para remedio alcanza la plata que dan los principales. De regreso, en Galeras-pampa, en Tullutaka, en todo el camino se derrama la gente; como criaturitas, tiritando, se mueren los andamarkas, los chillk'es los sondondinos. Ahí nomás se quedan, con un montón de piedra sobre la barriga. ¿Qué dicen sanjuankunas?

—¡Carago! ¡Mistis son como tigre!

—¡Comuneros son para morir como perro! (p. 24).

Seguro ya de que sus palabras han logrado conmover y enardecer a la muchedumbre de doscientos indios que le escuchan, intenta el paso más difícil, persuadirlos para la acción: "—Pero munkuna somos tanto, tanto; principales dos, tres nomás hay. En otra parte comuneros se han alzado: de afuera a dentro, como a gatos nomás, los han apretado a los platudos. ¿Qué dicen munkuna?" (p. 25). Advirtiendo vacilaciones entre los comuneros, eleva Pantacha la voz, condensando fuertemente su arenga revolucionaria:

—¡Principales para robar nomás son, para reunir plata, haciendo llorar a gente grande como a criaturitas! ¡Vamos matar a principales, como a puma ladrón! (p. 25).

Irónicamente, sin embargo, será él y no don Braulio quien unas páginas más adelante yacerá de barriga sobre el suelo, ultimado de un balazo en la cabeza por el propio principal don Braulio Félix.

Muerto el héroe, encarcelados los dos únicos indios que mostraron una conducta relativamente consecuente (el varayok' don Wallpa y el semanero don Pascual), y sometida demasiado fácilmente el resto de la comunidad india que no opuso en verdad resistencia, parecería que el entramado ideológico del cuento se limitase a poner de relieve la imposibilidad de una acción revolucionaria

en la sierra. Ciertos críticos han hecho, en efecto, una lectura semejante, olvidando, entre otras cosas, el carácter recurrente de la temática arguediana, la cual, precisamente por ello mismo, obliga a procesar los desenlaces de la acción no como mensajes conclusos sino como configuraciones intermedias de un proceso que tiende constantemente a dialogar consigo mismo. Como estamos ahora en los umbrales de dicho proceso, conviene señalar cuidadosamente sus articulaciones primarias.

El planteamiento básico es rigurosamente exacto: el antagonismo serrano es de índole clasista y su superación, una cuestión de praxis revolucionaria. Pero el éxito anhelado y la concomitante erradicación de la miseria exige que se haga frente a la serie de hechos que entrabaron la acción del héroe, hundiéndolo en un fracaso relativo.

Por una parte, cierta proclividad divisionista del sector oprimido. En efecto, pese a que padecen una idéntica explotación y comparten una misma filiación étnica, el hecho de vivir en comunidades separadas, con mayor o menor distanciamiento geográfico, favorece el surgimiento de ideales diferenciadores. En el cuento, por ejemplo, es ampliamente perceptible una conducta desigual entre los sanjuanes y los tinkis. Y así, en tanto los primeros llegan, en ocasiones, a asumir un comportamiento francamente entreguista, los tinkis se perfilan como un grupo más receptivo a la positividad histórica:

Al poco rato los escolares y el músico nos vimos rodeados de los tinkis. Yo miré una a una las caras de los comuneros: todos eran feos, sus ojos eran amarillosos, su piel sucia y quemada por el frío, el cabello largo y sudoso; casi todos estaban rotos, sus lok'os (sombreros) dejaban ver los pelos de la coronilla y las ojotas de la mayoría estaban huecas por la planta, sólo el correaje y los ribetes eran lanudos. Pero tenían mejor expresión que los sanjuanes, no parecían muy abatidos, conversaban en voz alta con Pantaleón y se reían. [...] En medio de los tinkis más que nunca me gustó la plaza, la torrecita blanca, el eucalipto grande del pueblo. Sentí que mi cariño por los comuneros se adentraba más en mi vida: me parecía que yo también era tinki, que tenía corazón de comunero, que había vivido siempre en la puna, sobre las pampas de ischu.

—Bernaco, ¿te gustaría ser tinki?

—¡Claro! Tinki es hombre (p. 23).

Queda en evidencia entonces que el mayor o menor grado de abatimiento de sanjuanes y tinkis no se explica sólo por la sencilla razón de vivir en comunidades separadas. Sino de un modo subs-

tancial por el hecho de vivir más cerca o más lejos del sector hegemónico dominante. No estando, Arguedas, interesado en una elucubración utópica, se atiene en su cuento a los condicionamientos materiales objetivos y busca, por ello, un cauce a la acción revolucionaria sirviéndose justamente de aquellos que pudieran "pararse firmes" frente al patrón.

El hecho de que al final también los tinkis se acorbarden, no invalida su hipótesis en la medida en que, como queda de manifiesto en los párrafos finales del relato, existen otros indios ("los comuneros de Utek'pampa") con mayor conciencia de su individualidad histórica, los cuales, llegado el caso, podrían asumir el liderazgo reivindicativo y donde acude, por lo demás, a refugiarse Ernesto luego de herir en la frente al principal.

Al divisionismo así fundado, se suma otro factor de peso que debilita grandemente la acción de los oprimidos: su aislamiento geográfico. En efecto, mientras el sector dominante mantiene con la costa y la totalidad serrana un vínculo de toda índole que redunde en beneficios recíprocos, la población indígena padece una desconcertante atomización, que lleva a las comunidades a percibirse como entidades autónomas y a sus individuos como sujetos sin conciencia globalizante. Resulta entonces comprensible que se tiendan a vivir los problemas como cuestiones localistas y que, en la hora de los conatos defensivos u ofensivos, no pueda apelarse al universalismo de los oprimidos ya que ese concepto, en tales circunstancias, sencillamente no puede tener cabida.

Haciéndose eco de esta situación, Arguedas actualiza un problema —no por ningún azar el del agua precisamente— que le permite, consecuentemente, mostrar dos cosas: primero, este aislamiento y desconocimiento mutuo del que venimos hablando y, paralelamente, la posibilidad de unificar a las comunidades serranas mediante un proceso de concientización que, tomando como base los problemas más sustantivos, las lleve a verse como lo que siempre han sido pero que no saben, una clase dominada que sufre idénticos niveles de explotación donde quiera que sus componentes se encuentren. Es por ello que a Pantacha se lo ve, desde el comienzo, muy interesado en referir a sanjuanes y tinkis el cuadro de la explotación general ("—Este Pantacha ha regresado molesto de la cosa. Dice todos los principales son ladrones", p. 20). También en esto, sin embargo, el héroe no logra una audiencia plena, lo cual, por lo demás, no menoscaba su cometido sino que sólo viene a poner de relieve los grados de resistencia que deberán ser superados.

Divididos internamente, expuestos a un aislamiento geográfico que imposibilita su cohesión dentro del sistema social, deben, por

otra parte, experimentar el adoctrinamiento deformante de aquellos que, ungiéndose en representantes de Cristo, lo único que hacen es sacralizar el despotismo de los gamonales. No otra es, desde luego, la función que dentro del cuento cumple el sacristán Inocencio cuando, para oponerse al llamado revolucionario de Pantacha, apostrofa por ejemplo a los indios del siguiente modo:

—¡Sanjuankuna! —habló don Inocencio. Don Braulio tiene harta plata, todos los cerros, las pampas, son de él. Si entra nuestra vaquita en su potrero, la seca de hambre en su corral; a nosotros también nos latiguea, si quiere. Vamos defender más bien a don Braulio. Pantacha es cornetero nomás, no vale.

—¡Sigoro!

—No sirve contra don Braulio (p. 28).

Rotundo en su invectiva contra el catolicismo —el mismo nombre de Inocencio dado al sacristán no puede resultar más lapidario—, Arguedas se mantiene no obstante sumamente cauteloso en relación a las creencias religiosas propias del mundo indígena. Llama la atención, por ejemplo, que el narrador, en vez de distanciarse, tienda a identificarse con ellas, o que el propio Pantacha, pese a toda su perspicacia crítica, no pronuncie una palabra, de aprobación o rechazo, frente a lo que indudablemente está pesando en la disposición anímica de los comuneros. En cierto momento, cuando el sol se torna más quemante, se dice a lo sumo: "El tayta Inti quería, seguro, la muerte de la tierra, miraba de frente, con todas sus fuerzas. Su rabia hacía arder al mundo y hacía llorar a los hombres" (p. 32). Y cuando unos párrafos más adelante alguien pide a Pantaleón que ruegue "a Taytacha Dios para que le resondre al Inti", se interrumpe bruscamente la acción con la llegada de don Braulio y los otros "mistis" sanjuanes, abortándose significativamente la progresión del tema.

El sacristán Inocencio es, pues, un personaje importante en la estructura de dominación que presenta el relato. El otro es Vilkas, "un indio viejo, amiguero de los mistis principales" (p. 17); o, para decirlo en términos más exactos, un traidor a la comunidad que se ha dejado comprar por unos cuantos "terrenitos" en los que siembra "papas y maíz".

El principal ha puesto sus ojos en él a causa del ascendiente que posee sobre sus hermanos de sangre, acostumbrados como están a respetar las canas de los "taytakuna": "A don Vilkas le respetaban casi todos los comuneros. En los repartos de agua, en la distribución de cargos para la fiesta, siempre hablaba don Vilkas. Su cara era

seria, su voz medio ronca, y miraba con cierta autoridad en los ojos" (p. 17).

De manera que no hay, aquí en los inicios de la narrativa arguediana, una esquemática y simplista oposición entre blancos e indios, sino el planteamiento de una estructura de relaciones más compleja en la cual estos últimos, pese al color de su piel, bien pueden llegar a ocupar, como en el ejemplo presente, posiciones de privilegio dentro de la clase opresora. Sin duda que se trata de una instrumentalización y de casos por lo general excepcionales, pero, por ello mismo, su grado de peligrosidad puede ser muy crecido en la medida en que su consaguineidad racial con la vasta población oprimida tiende a opacar las relaciones de explotación.

Esto explica por lo demás la clara polarización que se establece pronto en el cuento entre Vilkas y Pantacha, es decir, entre el traidor y el héroe, ya que Pantacha es, exactamente, su negación personificada. Indios los dos, una vez que las cartas han sido puestas sobre la mesa no le queda, al viejo Vilkas, más alternativa que una conducta consecuente, apelar a sus hermanos no de sangre sino de clase:

Pantacha se ríó fuerte, mirando a don Vilkas.

—¡Jajayllas!

Se puso el cuerno en la boca y tocó el wayno chistoso de los wana-kupampas:

[. . .]

El viejo Vilkas se enrabió de veras, botó a las mujeres que le atacaban y salió a la plaza; pero no fue a pelear con don Wallpa, ni resonó a Pantacha, siguió de frente, hacia la esquina de don Eustaquio. Casi del centro de la plaza volteó la cabeza para mirar a los comuneros, y gritó:

—¡Verás con don Braulio! (pp. 26-27).

Retomando ahora uno tras otro los hilos de esta urdimbre situacional que el relato articula a su manera, podrá entenderse mejor que no veamos, entre la impecable conducta social del héroe y su muerte fulminante, ningún negativismo confeso o velado; por el contrario, en la medida en que no se trata justamente de una muerte secreta, ella, a la vez que testimonia, está abriendo un derrotero para la acción revolucionaria. En este sentido, no deja de ser sintomático que el cuento se estructure a base de personajes adultos y no adultos, asignándosele a los primeros el papel de portadores de la acción y a los segundos, la calidad de espectadores. La implicación es transparente. Mientras en un nivel los hechos son vividos de acuerdo a una lógica cuya verosimilitud exige la continuidad de las

relaciones de explotación, el nivel secundario ha de asimilar dicha experiencia en vistas a su superación futura, imponiéndose a la larga esta óptica de lo posible a manera de connotación ideológica.

Porque esos personajes no adultos —los "mak'tillos" de San Juan— no son en verdad simples espectadores pasivos de la tragedia de sus mayores, sino conciencias alertas en proceso de formación, la cual, significativamente por lo demás, no la reciben en la escuela sino en la calle, allí donde Pantaleón entrega su "lección" dominical. Este mismo hecho de que la acción tenga lugar en día domingo no es por cierto un arbitrio cualquiera sino que responde, obviamente, a la necesidad de fundar un auditorio que permita la consumación de los designios ideológicos en juego.

Que los niños de la comunidad son, en última instancia, los llamados a superar el antagonismo serrano y, en consecuencia, los oyentes privilegiados del héroe, ello queda de manifiesto desde las primeras líneas. Por eso, mucho antes de que Pantacha se dirija a los adultos, son ellos los que empiezan a recibir su mensaje grávido de rebeldía creciente:

—Agua, niño Ernesto. No hay pues agua. San Juan se va a morir porque don Braulio hace dar agua a unos y a otros los odia.

—Pero don Braulio, dice, ha hecho común el agua quitándole a don Sergio, a doña Elisa, a don Pedro. . .

—Mentira, niño, ahora todo el mes es de don Braulio, los reparadores son asustadizos, le tiemblan a don Braulio es como zorro y como perro (pp. 13-14).

Su hablar concita en algunos el temor, pero ese tono angustiante, tan penetrado de hondo verismo que caracteriza sus palabras termina por cautivar la conciencia infantil, abriéndola a averiguaciones cada vez más intrépidas:

—¿Don Braulio es ladrón, Pantacha? —preguntó [Bernaco] medio asustado.

Ramoncha, el chistoso, se paró frente al cortenero, mostrándonos su barriga de tambor.

—¿Robando le has encontrado? —preguntó.

Los dos estaban miedosos; disimuladamente le miraban al viejo Vilkas.

—¿Dónde hace plata don Braulio? De los comuneros pues les saca, se roba el agua: se lleva de frente, de hombre, los animales de los "endios". Don Braulio es hambriento como galgo.

Bernaco se sentó a mi lado y me dijo al oído:

Este Pantacha ha regresado molesto de la costa. Dice todos los principales son ladrones.

—Seguro es cierto, Bernaco. Pantacha sabe (p. 20).

Pero lo que no saben los "escoleros" (Ernesto, Vitucha, José, Bernaco, Froylán, Ramoncha) es que la sabiduría del héroe es doble. Conoce el nombre de lo nuevo, tanto como conoce a los potenciales impugnadores del irracionalismo vigente. Por ello, ya persuadido de que sus palabras golpearán para siempre la conciencia de los pequeños discípulos —en particular la de Ernesto— se lanza a la acción porque también sabe que la lección sin ejemplo es empresa muerta:

Pantacha nos miró uno a uno; en sus ojos alumbraba el cariño.

—¡Mak'tillos! ¡Mak'tillos! (p. 20).

La necesidad de plantear así las cosas —específicamente así, no de otra manera— obligó al escritor a diseños sucesivos que fueron abandonados cuando comprendió que estaba en presencia del texto que buscaba. Si bien la crítica ha prestado atención a este hecho, la verdad es que los análisis sólo se han centrado en el aspecto lingüístico del problema, descuidando lo que a nosotros nos parece igualmente importante: el nivel de las opciones ideológicas que supone. En efecto, si se confronta el texto definitivo de "Agua" con uno de sus planteos iniciales, "Los comuneros de Ak'ola" (publicado en *La Calle*, Lima, abril 13 de 1934), podrá verse por ejemplo que en éste, a diferencia de aquél, se prescinde totalmente del personaje no adulto. Es más: como para soslayar justamente su presencia, la acción no tiene lugar en día domingo sino que en un día cualquiera de la semana —el jueves—, a la caída de la noche y a una buena distancia del pueblo.

Sea como fuere, lo decisivo en todo caso es la ausencia de los "mak'tillos" en el cuento, ya que al no atribuírsele a otros personajes la función que desempeñan en el texto definitivo, priva a la versión de la dimensión de futuro que éste conlleva, haciendo que todo, como puede leerse al final del relato, se pierda en las sombras: "En ese momento, cuando la pelea era más encarnizada, llegó a galope don Ciprián con su mayordomo y tres mestizos. Al pasar junto a la laguna dispararon todos y el cuerpo del tayta cayó de espaldas sobre el fango de la laguna. El principal siguió de frente contra los indios; su overo saltaba como tigre, los otros tres montados le seguían, pisotearon a los comuneros de los dos pueblos y reventaron tiros al aire. Despavoridos los ak'olas y lukanas huyeron

al cerro y se treparon a las peñas. Al poco rato el sol se ocultó tras el lomo del tayta Chitulla y todo se perdió en las sombras".³

La omisión resulta más notoria y sintomática en la medida en que todos los demás elementos, si bien con leves modificaciones, se hayan presentes en el texto de 1934. Por ejemplo el héroe —de nombre don Pascual— también debe su mayor lucidez al hecho de haber permanecido algún tiempo en la costa ("...Era indio liso y no se pegaba nunca al principal. Había estado varios años en Nazca, Ica; hasta Cañete había llegado y en todos esos pueblos grandes había aprendido mucho", p. 166); de modo semejante, Raura es el equivalente de Vilkas ("...era un 'k'anra' [sucio] vendido al principal, según el hablar de los ak'olas", p. 166); y así con los demás elementos. Tal vez la mayor modificación, dentro de este nivel de semejanzas, sea el énfasis que se pone en la rivalidad intercomunal, producto desde luego de las maquinaciones del oligarca ("A pesar de que el principal vivía en Ak'ola, protegía más a los lukanas. —Lukaninos son gente, más que ak'olas— decía don Ciprián cada vez que podía hacerse oír con diez o quince comuneros ak'olas. La verdad es que los comuneros lukanas eran más sumisos para el principal, más obedientes y humildes", p. 166).

Pero agudas o leves, la verdad es que éstas y otras posibles modificaciones perceptibles en el texto, no desdibujan la estructura básica, la cual, como acabamos de decir, sólo se resiente de un modo substancial al privársela de los personajes no adultos.

Todavía más sin embargo. Si se confrontan ambos textos a partir del punto de vista que adopta la estructura narrativa, podrá advertirse que mientras en el texto de 1934 era éste impersonal y omnisciente, la versión definitiva lo interioriza, cuestión que importa tener presente por dos motivos. Primero, porque se mantendrá igual a lo largo del volumen; segundo, porque el sujeto que desde entonces narra es un niño.

Frente al problema de saber por qué Arguedas sintió la necesidad de afincarse en un "yo" y no en un "él", la crítica recurre frecuentemente al innegable trasfondo biografista de los relatos. Se piensa que por el hecho de haberle correspondido vivir episodios

³ "Los comuneros de Ak'ola", en Angel Rama, *Primeros cuentos de diez maestros latinoamericanos*, Barcelona: Planeta, 1975, pp. 165-170. Como lo indica aquí Angel Rama, Arguedas escribió en el período 1934-35 un total de nueve cuentos; de los cuales sólo incluyó tres en su libro de 1935. Los restantes, fuera del ya mencionado, son los siguientes: "Los comuneros de Utej.pampa", "Kollk'atay.pampa", "El vengativo", "El cargador", "Doña Caytana", los cuales, a excepción del último, fueron publicados en fecha reciente por José Luis Rouillon con el título de *Cuentos olvidados* (Lima: Imágenes y Letras, 1973).

semejantes a los plasmados en su obra, la instauración de una perspectiva impersonal tenía que parecerle sumamente artificiosa.

Si bien esta argumentación nos ha satisfecho en el pasado, ahora nos resulta insuficiente. Qué relato en efecto no acusa una cierta dosis de biografismo, y cuántas experiencias vividas no se canalizan a través de narradores omniscientes, sin perjuicio de su verdad y autenticidad. . . ¿Y por qué entonces no escribió *El Sexto* por ejemplo en la primera persona del singular si esa obra, tanto o más que *Agua*, es la transposición literaria de un episodio odiosamente vivido, su encarcelamiento durante un año en uno de los peores presidios limeños?

Pero sin querer desestimar la importancia de la biografía en la elección del punto de vista, nos parece que, a la altura de *Agua*, ella es más bien producto de imperativos claramente ideológicos. En efecto, en la medida en que la estructura de los cuentos homóloga, como dijimos, la propia praxis literaria de Arguedas, es evidente que el escritor quiso verse, desde el comienzo, no como un simple denunciador del antagonismo serrano sino que, a la vez, como su primer y más decidido impugnador. Esto lo obligaba a no estar "fuera" (narrador impersonal) sino "dentro" (narrador personal). Y al estar dentro, a no situarse en la periferia sino en el centro; a concebir, en definitiva, una invariable perspectiva de narrador-protagonista.

Muchos críticos se extrañan de la tendencia arguediana a no diferenciar prácticamente sus narradores-protagonistas, llegando incluso a una nominación idéntica en varias ocasiones (Ernesto en "Agua", Ernesto en "Warma kuyay", otra vez Ernesto en *Los ríos profundos*, etc.).

Ningún misterio sin embargo.

Ni ninguna despreocupación formal tampoco. Es claramente la necesidad ideológica de fundar un narrador con una misión reivindicativa, el cual, como puede observarse muy bien en *Agua*, debe escapar siempre a la muerte para proseguir con su cruzada social, o bien cultural según el caso.

Cada vez se nos confirma más lo que venimos sosteniendo, ya que si volvemos ahora a nuestro análisis de "Agua" y confrontamos su desenlace con el de "Los comuneros de Ak'ola", veremos que, a diferencia de lo que ocurre en éste, allí no todo se pierde "en las sombras" puesto que luego de la muerte del héroe, el narrador —hasta entonces relegado por única vez en el libro a una situación periférica—, alcanza el nivel de sujeto protagónico al retomar el discípulo la acción del maestro:

Viendo arrastrar a Pantacha, me enrabíe hasta el alma.

—¡Wikuñero allk'o! (Perro cazador de vicuñas) —le grité a don Braulio.

Salió al corredor. Hombre me creía, verdadero hombre, igual a Pantacha. El alma del auki Kanrara me entró seguro al cuerpo; no aguantaba lo grande de mi rabia. Querían reventarse, mi pecho, mis venas, mis ojos.

Don Braulio, don Cayetano, don Antonio... me miraron nomás; sus ojos como vidrios redonditos, no se movían.

—¡Suakuna! (Ladrones) —les grité.

Levanté del suelo la corneta de Pantacha, y como wikullo la tiré sobre a la cabeza del principal. Ahí mismo le chorreó la sangre de la frente, hasta llegar al suelo. ¡Buena mano de mak'tillo! (p. 37).

Después de lo cual huye a refugiarse a la comunidad de Utek'pampa cuyos indios, que "son mejores que los sanjuanés y los tinkis de la puna" (p. 38), podrían, en virtud de su mayor cohesión social y una mejor conciencia de su individualidad histórica, oponerse al oligarca asesino: "Indios lisos y propietarios, le hacían correr a don Braulio" (p. 38).

También frente al problema de saber por qué Arguedas se afina ya no sólo en un "yo" sino en un "yo niño", las respuestas no sobrepasan que sepamos la argumentación biográfica. En la medida en que las experiencias relatadas fueron, de hecho, vividas por el Argueda niño, se impondría en consecuencia la concepción de un narrador-personal niño.

La ecuación parece de veras matemática. Sin embargo el propio Arguedas se encarga de cuestionarla cuando escribe, por ejemplo, el texto ya citado, "Los comuneros de Ak'ola", donde hay, qué duda cabe, la actualización de una experiencia infantil... pero elaborada con los más crecidos personajes serranos.

Sin embargo tampoco aquí quisiéramos desestimar el dato biográfico. En realidad no se trata de desestimar nada sino de introducir un poco de prudencia, jerarquizando la gravitación de los factores. Por eso, dándole al imperativo biográfico el nivel secundario que le corresponde, pensamos que, una vez más, la opción asumida es producto de imperativos principalmente ideológicos. ¿Cómo en efecto dar curso a un ideario reivindicacionista con agentes adultos si los condicionamientos materiales objetivos tendían a perpetuar las relaciones de explotación? En el mejor de los casos hubiera llegado tener su docena de mártires a lo Pantacha. Se imponía entonces, para satisfacer asimismo imperativos de verosimilitud, reducir la lucha de clases a su dimensión posible: la escaramu-

za infantil. De ello se preocupará precisamente el cuento siguiente, "Los escoleros".

Niño al fin y al cabo, el Ernesto de "Agua" terminará reconociendo su exacta estatura, su diminuta fuerza real asaz emblemática cuando, al llegar al morro de Santa Bárbara desde donde se veía la pampa y el pueblito de Utek', rompa en llantos y pronuncie esa frase final que, como ha escrito acertadamente Cornejo Polar, "es una invocación a las fuerzas sobrenaturales, no al poder de los oprimidos":⁴

Solito, en ese morro seco, esa tarde, lloré por los comuneros, por sus chacritas quemadas con el sol, por sus animalitos hambrientos. Las lágrimas taparon mis ojos; el cielo limpio, la pampa, los cerros asulejos, temblaban: el Inti, más grande, más grande. . . quemaba al mundo. Me caí, y como en la iglesia, arrodillado sobre las yerbas secas, mirando al tayta Chitulla, le rogué:

—Tayta: ¡que se mueran los principales de todas partes! (p. 40).

⁴ En *Los universos narrativos de José María Arguedas*, Buenos Aires: Losada, 1973, p. 49.

ASPECTOS SOCIALES EN LAS NOVELAS DE MIGUEL ANGEL ASTURIAS

Por Manuel A. ARANGO L.

MIGUEL Angel Asturias (1899). Guatemalteco. Después de estudiar derecho en Guatemala, el joven Asturias se traslada a París, donde se consagra a estudiar la religión y la sociedad de los mayas en el museo del hombre, llevando a cabo investigaciones antropológicas sobre la civilización de los antepasados de su país bajo la dirección del profesor Georges Peynaud, con quien cooperó en la traducción del "Popol Vuh", el libro sagrado o biblia de los quichés de Guatemala. Por ello se deduce que su primera obra creativa fuera el fruto de estos estudios: sus *Legendas de Guatemala* (1930). La vida en París por esta época ejerce gran influencia sobre Asturias, a través del surrealismo y el expresionismo corrientes estéticas de la época, las cuales constituyen una revolución estética que se desarrollan paralelamente a la revolución social del siglo xx. "Estas revoluciones —la social y la estética— se entrelazan y se separan, se acercan y se aleja, se atraen y se rechazan en un continuo tejer y destejer. Y en esta estamos todavía. Hay momentos, como los presentes, en que Asturias ha podido decir, por ejemplo: "Nuestra novela debe seguir la vida del pueblo. No podemos refugiarnos en torres de marfil, ser conformistas y aún menos estetas". Pero Asturias no sería el gran novelista social que es sin su bagaje estético, el que debe dosificar con arte en sus novelas. La eficacia del mensaje de Asturias, su gran valor, y también su originalidad, lo constituye el perfecto ritmo artístico, maridaje de lo social con lo estético, campeando sobre todos ellos su extraordinaria imaginación poética y su ímpetu narrativo".

Su segunda novela surge dieciséis años después: *El Señor Presidente* (1946), y en 1949 aparece su libro, *Hombres de maíz*, con que se inicia Asturias como novelista de lo social. En 1950 publica el primer volumen de *Viento Fuerte*, que contiene una trilogía sobre la injusticia del imperialismo norteamericano representado por la poderosa Unit Fruit Co., y cuatro años más tarde se conoce el segundo volumen de esta epopeya bananera: *El Papa Verde* (1954).

Luego en 1951 se edita un volumen de cuentos o novelas cortas bajo el título de *El Alhajadito, y Mulata de Tal* (1965). La primera es una obra de juventud, escrita en 1926 y publicada en 1961.

En 1967, la Academia Sueca le concede el Premio Nóbel de Literatura. Miguel Angel Asturias es el primer novelista de habla hispana que recibe el Premio Nóbel. Es quizá uno de los mayores aciertos que ha tenido la Academia Sueca con su decisión. Y consideramos que es uno de los mayores aciertos, sencillamente porque hoy día los novelistas más completos en el arte de novelar se encuentran en Hispanoamérica. Cuando decimos que Miguel Angel Asturias es un premio Nóbel "entero", completo, lo decimos por cuanto él es, ante todo, novelista, pero también un poeta de buena formación, según lo atestigua su volumen de poesías *Si en de Alondras* (1943-1948).

En la obra de Asturias se complementa el elemento español y el hispanoamericano. Estos dos elementos, de intensa vitalidad, se mezclan para buscar la originalidad de las dos fuerzas, logrando un excelente equilibrio.

Lo autoctono hispanoamericano es una constante en el escritor de América Hispana desde comienzos del siglo XX, constante que se convierte en una teoría o posición que pretende hacer de América el continente de lo "telúrico". Giros regionales, hombres, fauna y flora, utensilios y actitudes, son corrientes en la descripción y en el diálogo del novelista hispanoamericano. Estos caracteres no debilita la obra americana: al contrario, le dan una caracterización y una exaltación ordenadas que le permiten una consistencia universal.

"El paso por la experiencia del vanguardismo europeo, concretamente, por lo que se considera hoy la matriz del arte moderno, por la del surrealismo, estará en la prehistoria literaria de un escritor como Asturias. Para esto es válido lo indicado por Octavio Paz respecto a la poesía mexicana: "(los poetas mexicanos no se hubieran reconocido en la poesía natural), contenida y delirante a la vez, si no hubieran pasado por la experiencia del surrealismo". Como puede entonces desprenderse de esta observación, cabe decir que para los escritores latinoamericanos el surrealismo no aparecerá como una escuela poética más, sino más bien como la vía para la reconquista del poder nombrar las cosas. Revelación de éstas y nuevos poderes de captación al acceder a ese punto supremo por el surrealismo, en donde lo real y lo imaginario, el pasado y el futuro, lo comunicable y lo incommunicable cesan de ser percibidos como contradictorios. Es lo implícito en aquel como forma de coincidencia inmediata con la realidad.

"Alrededor de 1925, según testimonio del propio Asturias, este habría llegado a darse cuenta de que en Guatemala 'Todo', hombres, paisajes, cosas, flota en un clima surrealista, de locura de imágenes yuxtapuestas. Esa experiencia no es fin en sí: es iniciación a la realidad de su América".¹

De otro lado sostiene Carlos Rincón que la "superación del criollismo lingüístico asegura la realización del nuevo producto artístico: ya no es la palabra en sí la clave para la novelística, sino que su interés se desplaza hacia el campo propiamente dicho de la significación. Va a la sintaxis expresiva y a las estructuras rítmicas propias de la marca que han puesto en el idioma (hablado) las especialidades nacionales".² Como lo afirma Rincón, la prosa de Asturias está saturada lo más íntimo de lirismo y tradición. El sentido onomatopéyico y la expresión de lo autóctono conduce al lector a observar imágenes sensoriales en su descripción: "el sonido, sugerencia de las palabras, se funde en conjuntos auditivos evocadores, en forma que la escritura se despliega a partir de complejos rítmicos que son la negación misma de toda acumulación estética, a pesar de realizarse por procedimientos descriptivos, lo cual ya, dicho sea de paso, contra la célebre distinción lukacsiana entre "describir y narrar". Se salta de la imaginación a la búsqueda de asociaciones concretas mediante la simple evocación de los sonidos".³

La mayoría de la prosa de Asturias constituye ese extraordinario mosaico de tradiciones que encierra la antigua literatura indígena, lógicamente sin perder de vista los tremendos conflictos sociales que nuestra obra en toda su extensión. Estos temas nunca se hallan dispersos a lo largo de su producción sino, al contrario, fusionados, formando así un todo que se inicia en el criollismo lingüístico y cae en lo social. La médula de la obra de Asturias se halla en una capacidad transmutatoria de la tradición maya, a fin de crear un universo deslumbrante en la imagen. La vieja leyenda y la tradición vienen a ser la voz común de una región, de su país que habla a través de su pueblo. "El autoctonismo es para el arte ameritano de nuestro tiempo una peligrosa espada de dos filos, ambos agudísimos. Es indudable que toda obra hecha en tierras hispanoamericanas por creadores nacidos y vividos en aquellos países debe tener, si ha de perdurar, un sello característico y personal. Esto parece perogrullada, pero no lo es tanto si se examina la producción americana en lengua española hasta hace un poco más de

¹ Carlos Rincón, Comentario en la Revista "Eco", Bogotá, Colombia, octubre de 1967, p. 759.

² *Opus, cit.*, p. 580.

³ *Opus, cit.*, p. 561.

un cuarto de siglo. Hay en ella, claro está, particularidades ineludibles de expresión, paisaje, meteorología y ambiente, pero la mayor parte de la literatura décimonona de las naciones iberoamericanas podría haber sido escrita en Europa, con recuerdos de aquellas regiones, o por un extraño con bagaje literario español o francés, hubiera llegado a ellas y las conociese de algún tiempo".⁴

Cuando decimos que Miguel Angel Asturias es un premio Nóbel "entero", según el calificativo de la Academia Sueca, lo decimos porque, aun cuando él es ante todo novelista, es también poeta de altos vuelos (la más reciente prueba de ello nos la ha dado con su *Clarivigilia Primavera*) y es a un mismo tiempo autor dramático. Para los interesados en este género literario, tiene Asturias una obra dramática de gran fuerza sugestiva: *Solima* (1957). "Pero lo que hace a Asturias un premio Nóbel "completo", es, ante todo, su calor humano, su conciencia social, su "compromiso". Desde sus vicisitudes, se solidariza con él. Asturias levanta su voz para defender los derechos de su pueblo a las libertades esenciales del hombre, inherentes a la dignidad humana. Y su voz es tan potente, que se oye más allá de los confines de su patria, extendiéndose en simicírculos concéntricos hasta el Cabo de Hornos. Se convierte de esta manera Asturias en un portavoz de la América Latina. Los pueblos oprimidos de Latinoamérica ven en él un paladín".⁵

Uno de los pasos más audaces en el desarrollo de la novela latinoamericana lo da Miguel Angel Asturias, de Guatemala. Es fácil ver una relación entre él y otros predecesores suyos como Azuela (*los de Abajo*), Gallegos, y particularmente (tal vez), Icaza. Posee la indignación, la intensa preocupación por los problemas de su país, pero es superior a ellos en incesante espontaneidad, en furia poética y en fuerza imaginativa. Como ellos, tiene que llevar la carga de un superabundante material de realidades, complejo, abrumador, pero hace uso de él con mayor libertad: libertad que da carácter de juego a su crear, o, por otro lado, de su sueño febril y torbellino.

Su obra se yergue sobre una tierra roída por el hambre y plétorica de verdor bananero, bajo un cielo al que coloran los volcanes: ceniciento, azufrado, candente.

Puede ser una tentación comparar a Asturias con dos figuras predominantes en la evolución de la narrativa occidental moderna: Conrad y Malraux. Conrad marcó por largo tiempo con su *Nos-*

⁴ Miguel Angel Asturias, *Obras Completas*, Madrid, Edit. Aguilar, S. A., 1965, p. 9.

⁵ Miguel Angel Asturias, *Premio Nóbel de Literatura*, 1967. Biblioteca de Estudios Iberoamericanos de la Escuela de Economía de Estocolmo, Tidem, Estocolmo, 1967, p. 3.

trom, un nivel elevado para las novelas de la revolución de su fantasía, con una pantalla de luminosa sugestividad, pero de todos modos con cierto carácter de ópera que Asturias ha podido eliminar, por el mero hecho de su innata y viva proximidad al motivo y al material. Al mismo tiempo, me parece que Asturias en su esfera, no le va a la zaga a Conrad en imaginación o efecto tridimensional.

De Malraux se diferencia Asturias entre otras cosas, por la ausencia, en sus obras de romanticismo, de la acción individual, por una relación líricamente vacilante o escéptica con respecto al dinámico acontecer como tal (a pesar del parecido de la técnica filatélica de ambos escritores). Malraux no es ningún simple apóstol de la revolución, pero Asturias todavía lo es menos.

En sus novelas, hasta ahora, la revolución se ha sofocado, desviado, mutilado, vendido, aplazado por tiempo indefinido; es sólo una efervescencia en el fondo, ráfagas de inquietud en el sueño de la sociedad, un vago resplandor como de innumerables luciérnagas en la oscura noche tropical.

Es quizá menos conocido que Asturias, pero es también un poeta eminente. Empezó ya temprano escribiendo poesía folclórica modernista sobre los indios. No se contenta aún con la poesía desbordante y volcánica de su prosa, sino que ha venido con nuevos poemas: "Mensajes indios". Aparece de nuevo con amplias perspectivas, como cantor e intérprete de los indios, y como tal no tiene en realidad quien le iguale.

Como poeta Asturias posee desenvoltura personal. Se mantiene entre los límites del modernismo latinoamericano, pero aprovecha las posibilidades a su manera. Sigue sus ritmos libres, musicales, con repeticiones y onomatopeyas, con golpeteo de tambores. Hace más intensa la impresión de muchedumbres, en cambio, de danzas golpeando el suelo, de arrebatos de éxtasis que levantan polvoreda, y labor acompasada. Hay magia con su espontánea forma, en la que parecen animarse una despreocupada improvisación y un certero cálculo artístico.

Su vocabulario tiene una constante presión, verdor jugoso, relacionado con insólitos y extraños conceptos. Se vale pocas veces de palabras, indias, pero se aprovecha de las singulares posibilidades del español de América.

La crítica en torno a la obra de Asturias se inclina hacia el llamado "realismo mágico", crítica que se alienta de dos vertientes fundamentales: lo mitológico y lo real. Estas dos vertientes representan dos elementos espirituales, el europeo (nacional) y el indio (mágico), que coexisten y van siempre unidos a la mente del autor. A menudo, en diferentes reportajes, Asturias habla de "polidari-

dad"... entre el escritor y su pueblo, analizando la tarea fundamental del escritor latinoamericano.

"En la obra a realizar en América el escritor debe buscar, de preferencia, el tema americano y llevarlo a su obra literaria con lenguaje americano. Este lenguaje americano no es el uso del modismo, simplemente. En la interpretación que la gente de la calle hace de la realidad que vive; desde la tradición hasta sus propias aspiraciones populares".⁶

Esta breve declaración de Asturias demuestra la representación de la realidad americana dentro de lo material y lo espiritual. De ahí que la temática asturiana concluye sobre la conciencia y autoconciencia de los hombres de extracción popular.

Leyendas de Guatemala (1930) es una obra que constituye un gran esfuerzo para llevar a fondo de lo antepasado, visto a través de nubes de fantasía. El ambiente no decora la obra ni es un telón con motivo expresionista; es sencillamente la definición más autóctona de la vida y condición humanas de un conjunto de hombres.

En este libro, prologado por Paul Valery, Asturias se ha dedicado esencialmente a recoger y difundir las representaciones ancestrales que fluyen en el inconsciente colectivo. Lo mítico del pasado guatemalteco se nota en lo sustantivo de dicha obra, mostrando Asturias una profundidad síquica que le confiere una plena madurez. Su temática se inclina hacia un nacionalismo, hacia un amor por su ancestro, lleno de belleza geográfica, telúrica y cosmogónica.

"Guatemala es un país volcánico. Si tuviéramos delante un mapa orográfico del país, veríamos elevarse hacia las nubes las cimas de sus cuatro volcanes principales. Dos llevan eufóricos nombres autóctonos: Tacaná y Acatengo.

El tercero debió ser rebautizado por los conquistadores, pues su nombre es Santa María. El cuarto no puede tener nombre más apropiado e impresionante: *Fuego*. Un volcán, sujeto a convulsiones. ¿Tiene alguna influencia sobre sus pobladores, sobre sus costumbres y su carácter, sobre la política del país, sobre su literatura? Exista o no relación telúrica en todo caso, es un hecho que Guatemala ha sufrido convulsiones políticas. En cuanto a su literatura... ¿Puede uno dejar de comparar su figura literaria con un volcán? Hemos hablado de la extraordinaria imaginación de Asturias. ¿Qué más natural entonces que calificarla de imaginación de volcán? La prosa de Asturias tiene destellos luminosos como una erupción volcánica, y fluye a ratos abrasadora como corriente de lava".⁷

⁶ J. C., *Miguel Angel Asturias en Montevideo*, en "Repertorio americano", 10 de marzo de 1950, p. 82.

⁷ Obra citada de la Biblioteca de Estudios Iberoamericano; de Estocolmo, p. 5.

Las *Leyendas de Guatemala* tienen una similitud con la poesía negra, o sea, que ambas tratan de captar, en la forma narrativa, la espiritualidad de los pueblos latinoamericanos, bajo la concepción de una antología nacional. "No obstante el carácter metafísico de su empresa, este procedimiento capacita a Asturias a fundar su obra en el ser espiritual de las masas campesino-indígenas de su país, que a la vez eran la inmensa mayoría de la población y una de las fuerzas motrices más importantes de la historia nacional. Esto es importante, porque en otros países, representantes de la misma tendencia literaria, fundaron sus conceptos en la sustancia espiritual nacional, sea en presuntos valores telúricos, testimonios de la cultura colonial o el modo de ser de grupos humanos históricamente ya superados, como los gauchos. Las *Leyendas de Guatemala*, por el contrario, son una especie de cosmogonía de la nación guatemalteca fundada en primer lugar en el tesoro legendario de su pueblo campesino indígena. Castelpoggy los llama uno de los más hermosos y representativos poemas de nuestra América".⁸

En 1946 aparece su famosa novela *El Señor Presidente*, en que esboza la caricatura de un dictador típico de Latinoamérica y de un régimen sangriento y viciado hasta lo máximo de descomposición moral y social. La mayoría de los personajes de esta obra son mendigos, idiotas, politiquillos, militares, burócratas, burgueses y feudales típicos que forman las sociedades políticas hispanoamericanas.

El Señor Presidente expresa con gran dramatismo la tremenda dictadura de Estrada Cabrera, dando a la crítica social del libro su rasgo singular: "La novela fue escrita sin un plan literario determinado. Los capítulos se fueron sucediendo uno a otro, como si obedecieran al engranaje de un mundo interno del cual era yo simple expositor. Cuando terminé me di cuenta que había llevado al libro —no por medios literarios conocidos... sino por esa obediencia a las imposiciones de un mundo interno...—, la realidad de un país americano, tal como es cuando se somete a la voluntad de un hombre".⁹

Sociológicamente, la novela tiene un valor fundamental, cuando observamos que los vínculos humanos primarios desaparecen rápidamente, o no existen, en sus personajes centrales. Son tan inesperadas las rupturas entre parientes y amigos, que los personajes pasan a través de la novela sin establecer un solo contacto humano.

⁸ Adalberto Dessau, *Guatemala en las novelas*. Papeles de Son Armandans, año XVI, Tomo LXII, número CLXXXV-VI, pp. 296-297.

⁹ *Declaración de Asturias*, reproducida por J. C. Miguel Ángel Asturias en Montevideo, en "Repertorio Americano", 10 de marzo de 1950, p. 83.

El idiota pelele sirve de ejemplo para nuestro análisis sociológico. El pobre idiota pierde a su madre, su único ser querido, en algún tiempo pretérito. Cuando alguna persona menciona la palabra *madre*, y él, inconsciente, la manifiesta que la suya ya no existe, el Pelele pierde la lucidez y pasa al terreno de la locura. Y los demás pordioseros, compañeros de desgracia, en vez de pronunciar una palabra de consuelo, se divierten, burlándose del infortunio de aquel. Entonces el Pelele huye, en busca de consuelo y de amparo, pero a donde quiera que vaya no lo acepta, la sociedad entera lo rechaza: "Entraba en las casas en busca de asilo, pero de las casas lo echaban los perros o los criados. Lo echaban de los templos, de las tiendas, de todas partes".

Entre los pordioseros no existe ninguna relación de amistad. Duermen como bestias, juntos, en el portal del señor, porque no hay nada que pueda cambiar su situación. El comportamiento es el mismo que utilizan los animales cuando es limitada la comida y el hambre es insoportable: "Se juntaban a dormir en el portal del señor sin más lazo común que la miseria, maldiciendo unos de otros, insultándose a regañadientes con tirria de enemigos que buscan pleitos, riñendo muchas veces a codazos y algunas con tirria y todo, revolcones, en los que tras escupirse, se mordían".

"En el fondo, *El Señor Presidente* no sale del ideario político del liberalismo latinoamericano del siglo XIX y principios del XX. Pero la actitud que Asturias adopta frente a los hombres y al pueblo, así como la reducción de todos los fenómenos sociales a una categoría fundamental del comportamiento humano, y al hecho de que el autor funda su imagen de la sociedad en una ley omnipotente que tiene su causa en las características del ser humano, con condiciones que, más tarde, harán posible la superación temporaria del liberalismo en las ideas y la obra de Asturias. Esta circunstancia y el hecho de que la liquidación de la dictadura está en el interés de toda la nación, así como la tendencia de medir todos los fenómenos sociales en el hombre del pueblo, son las causas de que *El Señor Presidente* tiene una relevancia social que traspasa las fronteras de Guatemala, si bien el engranaje de la sociedad queda más o menos cubierto por el poder omnipresente del miedo".¹⁰

El Señor Presidente revela desde su comienzo un sentido onomatopéyico que sirve como medio relevante para el ritmo: "Alumbra lumbre de alumbre, luzbel de piedra lumbre: como zumbido de oídos el rumor de las campanas de la oración, maldoblesar de la luz en la sombra, de la sombra de la luz. Alumbra de alumbre,

¹⁰ Miguel Angel Asturias, *Obras completas* Madrid, Edit. Aguilar, S. A., 1965, p. 9.

luzbel de piedra; luzbel de piedra, sobre la podredumbre, luzbel de piedra lumbre: Alumbre, lumbre, lumbre de alumbre... alumbre... alumbre... alumbra, lumbre de alumbre... alumbra, alumbre".¹¹

Música —o imagen o palabra— constituye el método básico de su prosa, y la realidad se intuye subjetivamente hasta llegar a la objetividad propicia demostrada por medio de un tono poético. El novelista, afirma Asturias, "debe ser el testigo de su tiempo; debe recoger la realidad viva de su país, sus aspiraciones, y explicarse él mismo con el fin de dar la palabra a una conciencia que se expresa a través de los personajes y de las situaciones".

Asturias, al igual que la mayoría de los novelistas hispanoamericanos, tiene en común, como tema central en su literatura, la situación económica y social de nuestros países. El sufrimiento de todos nuestros compatriotas es tan evidente, que el novelista siempre da testimonio en su obra. En *El Señor Presidente*, Asturias utiliza la misma lírica para comunicarnos con la realidad social de su época. Allí caracteriza la descomposición moral y social de un país hispanoamericano. Su novela no se concibe fuera del contorno de la cultura pre-hispánica, en este caso particular, la cultura maya, lo mismo que el fiel reflejo guatemalteco. Asturias se halla apasionadamente vinculado a su país heredero de un precioso pasado cultural en contraste con un tremendo feudalismo, dualidad que trasladada a su obra en toda su extensión y en donde una continua protesta se torna inseparable ante la situación de los indios.

Es innegable el hecho de que *El Señor Presidente* guarda analogía con el *Infierno*, de Dante.

Como lo señalaba anteriormente, la novela empieza con una invocación dirigida al príncipe de las tinieblas... "lumbre, lumbre de alumbre, luzbel de piedra-lumbre, sobre la podredumbre, Plutón cloquea, Pape Satán, alipe" (vii, 1).¹²

Y los pobres indignes que viven en "el portal del señor", vestíbulo del infierno guatemalteco, habitan, según la novela de Asturias "...sin más lazo común que la miseria, maldiciendo unos de otros, insultándose a regañadientes con tirria de enemigos que se buscan pleito, riñendo muchas veces a codazos con tierra y lodo, revolcones en los que, tras escupirse, rabiosos, se mordían".¹³

¹¹ Miguel Angel Asturias, *Obras escogidas*, Madrid, Edit. Aguilar, S. A., 1965, p. 9.

¹² *Ulrico Hoelpli, La divina Comedia*, 1960, Milano.

¹³ Carlos, J. Alberto. *El curioso infierno dantesco en el señor Presidente*. La novela Iberoamericana Contemporánea, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1969.

Observamos esta misma analogía en los habitantes del vestíbulo, en el *Infierno*, de Dante, los que también riñen y gritan:

Quivi sospiri, pianti, e alti guai
risonaban per l'aere sanza Stelle,
per ch'io al cominciar ne lagrimal.

Diverse lingue, orribili Pabelle,
parole di dolore, accenti d'ira,
voci alte e fioche, e
suon di man con elle... (III, 22-27).

Al hacer un estudio comparativo Asturias-Dante, observamos que en el círculo octavo Dante castiga a los estafadores, y en la novela encontramos timadores dentro y fuera del gobierno. "Nadie negará que el señor presidente es un gran hipócrita, pero ¿qué dijeron del auditor de guerra? Toca el armonio en la iglesia y asiste a la primera misa todos los días. En el *Infierno* los ladrones ocupan el círculo octavo: y en la novela abundan los ladrones, pero el jefe de sanidad militar se distingue con el asunto del sulfato de soda. Sacrifica ciento cuarenta soldados por ganarse algunos pesos" (p. 29).

Recuérdese que San Miguel y sus ángeles luchan contra Lucifer. El arcángel derrota a Lucifer, y según la versión de Dante, lo arroja a la región más oscura y profunda del infierno. Sin embargo, colabora con Luzbel guatemalteco. Después se enamora de Camila y hasta llega a tenerle lástima a una mujer que busca a su hijo. Pero se casa con la hija de un enemigo del presidente y esto constituye un crimen contra el Estado: por esto lo meten en la cárcel. "Se puede decir entonces que *El señor Presidente* el príncipe de las tinieblas triunfa y el pobre San Miguel ocupa el lugar en el infierno que corresponde a lucifer. Por consecuencia, en Guatemala todo queda pervertido. Se odia la virtud y se atropellan los derechos de los inocentes. La manera de alhagar al señor presidente, "ultrajan públicamente a las personas indefensas" o "enriquecer a castillas de la nación" (p. 161).

O mejor: "El delito de sangre era igual: la supresión de un prójimo constituía la adhesión más completa del ciudadano al señor presidente. Dos meses de cárcel, para cubrir las apariencias, y derecho después a un puesto público de confianza..." (p. 164). En el infierno dantesco se les fija a las almas el castigo que merecen, en el Consejo de Guerra le parece al licenciado Carvajal "Un sueño mitad rito, mitad comedia bufá". Contesta el auditor: "Déjese de cuento... aquí no hay pelo ni apelo"... (p. 192).

Doroty Sayers dice que la ciudad de Dite es: "...The image of the city in corruption! the progressive desintegration of every social relationship, personal and public. Sexuality, ecclesiastical and civil office, language, omership, counsel, authority, paychie influence, and material interdependence —all the media of the communitiy's exchange are perverted and falsified, till nothing remains but the descent into the final abyss where faith and trust are wholly and forever extinguished".¹⁴

En 1949 publica *Hombres de maíz*, novela que en ocasiones se emparenta con *Leyendas de Guatemala*. En *Hombres de maíz*, Asturias mezcla la leyenda y la realidad; de ahí que se considere como el principio de su novela social. Normalmente, el autor pretende tomar todos los elementos del mundo mítico de los mayas para crear un ambiente que refleja la lucha de los nativos indígenas contra el mestizo y el blanco. El título está sacado de la mitología maya-quiché, según la cual el hombre fue creado de maíz.

Hombres de Maíz es una serie de relatos cortos que estructuran elementos legendarios ligados a hechos que sirven de denuncia social, escritos con una delicadesa poética tal, que perfilan ambientes de cuento al estilo de Rubén Darío. En su temática se encuentra los hombres que consideran el maíz como parte de sí mismos y como alimento sagrado, y los que lo utilizan como mercancía y trafican con este cereal, que constituye el principal alimento de Indoamérica.

En esta obra su prosa se inclina por algo épico en lo popular. Las palabras tienen algo verdadero y profundo. La novela tiene en las "dimensiones ocultas de las palabras, sus matices, su fragancia", aspecto propio de donde la literatura toma pie para divinizar el cultivo del maíz. "Los personajes de la obra nunca están solos, sino rodeados por las grandes voces de la naturaleza, las voces de los ríos de las montañas".¹⁵

Para el indio, muchas de las palabras son sagradas, y, en consecuencia, la dimensión es distinta de la que se puede dar en español. Por esta razón, Orellana Riera suele denominarla a *Hombres de maíz* como "novela mitológica por la sucesión de hechos fantásticos, tratados en una línea de exaltación legendaria y mágica".¹⁶

Hombres de Maíz y el *Popol Vuh*, tienen una estrecha relación temática: en ambas obras los hombres fueron formados de maíz. Los "hombres de maíz", es decir, los protagonistas centrales de la

¹⁴ Doroty Sayers, *The Divine Comedy*, Vol. 1, Pengrin Book Std. (Mairformondsworth, 1955), p. 185.

¹⁵ Obra citada de *Rincón*, p. 584.

¹⁶ Orellana Riera: M. A. Asturias, S. de Chile, 1954, p. 36.

novela, son los indios que constituyen la mayoría de la población guatemalteca. Antes de publicarse dicha obra, Asturias anunció el tema de ella: "... se inspira en la lucha sostenida entre el indígena del campo que entiende que el maíz debe sembrarse sólo para alimento, y el hombre que lo siembra para negocio... un drama o una parte del gran drama de esta América nuestra".¹⁷

El maíz "sembrado para comer es sagrado sustento del hombre que fue hecho de maíz. Sembrado por negocio es hambre del hombre que fue hecho de maíz". Según Asturias en la concepción mítica del indio se conciben dos tipos de hombres de maíz: los que viven dentro la mágica belleza de la naturaleza, y los que parten del grano sagrado como negocio predilecto para aumentar sus riquezas.

"Estos últimos se desarraigan, pierden su raíz, no sólo en un sentido metafórico, sino de una manera literal y efectiva, se convierten en vagabundos sobre la tierra, negadores del sacro crecimiento vegetal. Por eso la semipresencia de lo picaresco en toda la producción de Asturias y en esta obra en particular: el movimiento insensato en busca de sustento, el peregrinaje absurdo, viento que pasa y repasa y se hace ruina 'desmerecerá la tierra y el maicero se marchará con el maicito a otra parte, hasta acabar él mismo como un maicito descolorido en medio de tierras opulantes", con la nostalgia del reposo en el viento de sus ojos, el recuerdo de la inmovilidad primera que imitaba el Gaspar Ilóm, y que equivale al paraíso perdido".¹⁸

"La verdad, para Asturias, no se halla en la correspondencia que se puede establecer entre un cuento y los sucesos factuales que relata y que le dieron origen, sino que algo es más real mientras más profundamente trasmute esos hechos hacia lo inolvidable, rescate el mito de su circunstancial inicio, aunque para eso tenga que destruir y desmemorizar parte de los que aparentemente sucedió. Los seres humanos, ciegos, perdidos en un mundo bajo, sólo pesen sus mitos para orientarse en la oscuridad, para comprender su esencia desperdigada en el tiempo. La realidad comienza a imitar esa leyenda, el hombre se transforma en el instrumento que prologa a otros seres, que toca para otros oídos. Así en el acto poético, el de Asturias y el de sus personajes, se encuentra el individuo con su ser social, se palpan lo real y lo imaginario, el tiempo se eterniza y la eternidad se hace mortal, se reconcilian los dos tipos de hombres de maíz, cuya oposición y lucha se ha mostrado por fin como

¹⁷ *Declaración de M. A. Asturias en Montevideo, opus, cit.*, p. 83.

¹⁸ Ariel Dorfman, *Hombres de maíz, El mito como tiempo y palabra* Madrid, Anaya, 1971, p. 237.

una intensa síntesis solidaria, dos dimensiones de un único hombre irreductible. Mito y movimiento se sostienen mutuamente, se necesitan para poder existir: la eternidad se alimenta en la vagabunda movilidad de los seres humanos, fluctuaciones imperfectas en las venas del tiempo, y ese correr es posible porque se sustenta en el acompañamiento perdurable de lo imaginario".¹⁹

Asturias se coloca siempre al lado del pueblo, del pueblo que constituye el verdadero pasado de la historia nacional de Guatemala. El autor nos muestra cómo los indios son despojados de su tierra donde cultivan el maíz sagrado y de sustento.

"La transformación del mito del maíz es un nuevo mito portador de una metafísica de la historia nacional parece apropiada a abarcar la totalidad de la historia de Guatemala".²⁰

En un plano más amplio, *Hombres de Maíz* representa un intento épico de presentar en forma más profunda el concepto mágico del *Popol Vuh*, que constituye un sueño constante en el campesino guatemalteco. En esta novela, Asturias quiere penetrar al mundo mitológico de los indígenas tratando así de hallar su identificación al igual que la de su pueblo. La leyenda que nos entrega Asturias en *Hombres de Maíz* parte de una conciencia y subconsciencia colectivas a fin de narrar la mitología de sus antepasados lo más literalmente posible, y dar así testimonio de la injusticia social que ha vivido el indígena de Guatemala.

En el año de 1950 se publica su primer volumen de VIENTO FUERTE, que constituye la trilogía contra la guerra del imperialismo económico de Guatemala, imperialismo representado por la poderosa United Fruit Company. Dicha trilogía: *Viento fuerte*, *El Papa Verde* (1954) y *Los ojos de los enterrados* (1960), unido a un ambiente de protesta social y a una línea definida, asociándose los elementos realistas de una geografía humana con elementos de ficción bien logrados en medio de un fuerte colorido típico. En esta trilogía se contempla el poder del trust frutero, el cual penetra concretamente en la vida política, económica y social de Centroamérica.

Este imperialismo económico con todas sus consecuencias, nos da por resultado el grupo de novelas citadas anteriormente que se proponen denunciar las tremendas injusticias de la explotación bananera. Este imperialismo económico, político y social, tiene su origen a fines del siglo XIX, según lo analiza Hernández Sánchez Barba:

¹⁹ *Opus cit.*, p. 258.

²⁰ Obra citada de Adalbert Dessau, p. 306.

...A fines del siglo XIX, los Estados Unidos abandonan su actitud de indiferencia expectante respecto de Hispanoamérica, y comienzan a interesarse en ella como mercado para sus productos y como *campo de inversión* para su capital. Comenzó por México, a fines del siglo XIX, invirtiendo en empresas mineras y ferroviarias, y a medida que la actividad industrial cobraba impulso y el capital, fortalecido, demandaba expansión, se fue extendiendo a todo el continente sudamericano. La apertura del Canal de Panamá puso ambas vertientes del continente al alcance del comercio y la inversión norteamericana. Resultado de este proceso fue la clara hegemonía económica norteamericana en el Nuevo Mundo y la dependencia de Hispanoamérica respecto del nuevo imperialismo económico. Esto, unido a los factores políticos y militares de las relaciones entre ambas Américas de que hablaremos inmediatamente, trajo como consecuencia un creciente resentimiento y animadversión hacia los "gringos" o los "yanquis" que vino a sustituir la admiración casi idolátrica que se le profesara durante el siglo XIX, Hernández Sánchez Barba, 7, II, pp. 416-433).

Viento fuerte describe el drama de la explotación inhumana de los campesinos por arte de la "Tropical platanera", los cuales sólo esperan un milagro divino o humano que los salve de su tragedia. Es una novela que el autor relaciona la vida del pueblo frente a sus conceptos mágicos, pues en los capítulos describe el "viento fuerte" desencadenado por el brujo Rito Fenaj. El título de la novela, *viento fuerte*, alude al "viento fuerte", al huracán tropical que suele destruir todo a su paso, pero al mismo tiempo en forma simbólica intuye el viento fuerte de las reivindicaciones sociales del obrero de las bananeras. Veamos dos escenas que nos indican la doble dimensión del título:

"—Las conclusiones están a la vista, no hay que sacarlas ni enunciarlas. ¿Para qué, si se ve? Por unos puñados de dinero, por el dominio de estas plantaciones, por la riqueza que, aun fragmentadas en dividendos anuales, son millones y millones de dólares, perdimos el mundo, no la dominación del mundo, esa la tenemos, sino la posesión del mundo que es diferente, ahora somos dueños de todas estas tierras, de estas tentaciones verdes, somos señores; pero no debemos olvidar que el tiempo del dominio es limitado y que llegará la hora de Dios, que es la hora del hombre. . .

—¡"El viento fuerte"!— dijo el ingeniero Smollet, para cortar por lo sano; él era un hombre práctico y aquella perorata le parecía un mal sermón dominical.

—El ingeniero lo ha dicho; pero no el "viento fuerte" que él ha explicado aquí como algo espantoso, como una fuerza incontra-

table de la naturaleza... La hora del hombre será el "viento fuerte", que de abajo de las entrañas de la tierra alce su voz de reclamo, y exija, y barra con nosotros...".²¹

Y al final del diálogo, el ingeniero dice a manera de conclusión:

—Estos amigos son el diablo mismo, que diablo verde —dijo el ingeniero a Lester Mead—; pero, efectivamente, lo que a ellos les ha parecido un motivo de danza, va a ser danza macabra si no se rectifican los procedimientos. El viento fuerte, como usted lo ha dicho, será la revancha de esta gente trabajadora, humilde, sufrida, explotada".²²

Indudablemente ese "Viento fuerte" de quien nos habla Asturias es la simbología de la lucha social, la única esperanza de esa grande masa obrera explotada por muchos años.

El Papa Verde es sencillamente la biografía novelada de Geo Marker Thompson, presidente del trust "Tropical Platanera", y la historia de esta compañía en Guatemala. Aquí el autor describe nuevas dimensiones del mito, en el sentido de que éste no es tanto un concepto mágico, sino más bien un anhelo de libertad por parte de su pueblo. El lector capta la rebelión de los campesinos en la bananera, bajo el grito de "cho, chos, monjoncon. Ellos siempre mantienen despierta la conciencia".

La alusión por parte de Asturias de que los muertos cierran los ojos cuando hay justicia, es una leyenda que no sólo pertenece al pueblo guatemalteco, sino que es conocida universalmente, y ella define la posición de la novela en la trilogía bananera.

Esta novela abarca un periodo más amplio que la anterior "Viento fuerte", y nos narra la historia de la Tropicaltanera en forma más dramática desde su fundación hasta que Geo Marker Thompson llega a ser el verdadero Papa Verde.

"Aunque Asturias insiste en la omnipotencia de la Frutera, a través de todo el libro se siente un espíritu rebelde. Cuando Geo Marker Thompson emprende su campaña de apropiarse de todos los terrenos a orillas del Motagua, su criado Chipo Chipo huye y va de casa en casa aconsejando a los guatemaltecos que no se los vendan. También lo abandona su novia Mayarí, quien prefiere alejarse y hasta suicidarse para no participar en la explotación de su pueblo. Diez años después, y a través de todas las otras partes del libro, el grito rebelde "¡chos, chos, moyón, con!" se asocia con Juambo el sambito, criado mulato de Geo Marker. Cuando la compañía acapara la mayor parte de los terrenos por la costa del Pacífico, hasta se oyen gritos revolucionarios: "Repártanlas... repar-

²¹ *Viento Fuerte*, Tercera edición, Buenos Aires, Losada, 1962, p. 110.

²² *Opus, Cit.*, p. 111.

tan las tierras . . . repartan las tierras . . . Repártanlas, repártanlas, repártanlas . . ." Aunque casi todos los herederos de Lester Mead se dejan sobornar por la Compañía, Lino Lucero sigue luchando por la integridad guatemalteca".²³

En *Los Ojos de los enterrados* el pueblo guatemalteco se convierte en protagonista activo, y éste es el personaje central de la novela. El tema de fondo se refiere a una tradición legendaria, según la cual los muertos encuentran la paz definitiva sólo cuando haya cesado la injusticia. De ahí que Asturias, con este libro alcanza "en esa línea ascendente de la toma de conciencia de un pueblo . . . una magistral descripción de masas en marcha, en planos de sombra y de luz, de realismo y de magia".²⁴

Toda esa injusticia sólo terminará cuando el pueblo organizado tome por la fuerza sus propios derechos. Esta obra, en cuanto a la elaboración definitiva y en lo tocante a la captación de la realidad y su relación con la metafísica, está muy bien tratada por V. N. Luteisikova, quien comprueba que "Es la primera novela de Asturias con un fin optimista, iniciando una nueva fase en la trayectoria de su autor y el desarrollo de la novela latinoamericana en general".²⁵

La novela está estructurada sobre esta base conceptual, ya que su acción se extiende desde el fracaso de la huelga de los trabajadores en la costa del Atlántico, hasta la caída de Ubico en 1944, y trata, en un sentido más directo, la expansión del movimiento huelguístico al territorio de la costa del Pacífico.

La unión indisoluble de la dictadura y el poder de la compañía frutera se patentiza cuando dice Asturias:

"Derrocar a la fiera militar de turno dejando a la frutera intacta era engañarse, y atacar a la compañía con el dictadorzuelo encima, era imposible.

"Había que acabar con los dos al mismo tiempo".

La realidad de la situación social que Asturias nos presenta en su novela es, pues, la causa de la revolución, entrelazada ésta a una faceta histórica. Su protagonista, Tabio San, participa primero en una conspiración para asesinar al dictador. Después del fracaso observa: "Operaba con gentes que no comprendían demasiado y no se les ocultaba que en una revuelta popular, ellos también peligraban, sobre sus intereses".²⁶

²³ Seymour Menton, *Miguel Angel Asturias: Realidad y fantasía*, Madrid, Anaya, 1971, p. 112.

²⁴ Obra citada de Dessau, p. 306.

²⁵ *Opus. cit.*, p. 390.

²⁶ *Opus. Cit.*, p. 390.

"Asturias nos presenta la participación del pueblo obrero en el proceso que lleva la caída de la dictadura y al triunfo sobre la bananera. El obrero explotado, aunque siempre presente en todas las novelas, hasta ahora era una presencia secundaria y hasta un tanto marginal. Consciente de la injusticia de su suerte, quejoso —en alguna ocasión vengativo, como el Hermenegildo *Puac de Viento fuerte*, causante del huracán que asola la costa pacífica... , no ha cobrado conciencia todavía de la enorme fuerza que posee si se organiza debidamente en sindicatos que se dediquen a luchar por sus derechos. En esta novela se nos presenta esta tercera fase: la aparición de una clase organizada que en colaboración con estudiantes, intelectuales y profesionales de conciencia social, se enfrenta al mismo tiempo a la dictadura y a la bananera, logrando el triunfo sobre ambas. Amanece la justicia social, y los enterrados —que según la creencia indígena permanecen con los ojos abiertos mientras predomina la injusticia— ahora podrán cerrar sus ojos y descansar.

"Desde el punto de vista ideológica, la novela se caracteriza por un rechazo y condenación de todo imperialismo —benigno o rudo— y por la exaltación de la extraordinaria fuerza del *movimiento obrero organizado*, fuerza eficaz para luchar contra la dictadura como contra las fuerzas económicas imperialistas".²⁷

La novela muestra una transfiguración mitológica que conlleva hacia una relación entre mito y realidad. Así en *Los ojos de los enterrados* se toma una nueva concepción del mito, o sea de la prefiguración de la realización a través de la conciencia histórica a partir de 1944.

"Esto le permite ver, en *Los ojos de los enterrados*, la realización creadora y libre de los hombres, precisamente en la vida activa de los deberes diarios del hombre de extracción popular, que describe como el forjador de su destino.

"Así, pues, el mito resulta un contenido que, según las circunstancias históricas, reviste formas distintas: desde la mágica hasta la científica. Si estas formas revelan como relativas, el mito, como lo concibe Asturias, es un elemento constitutivo del ser humano y, por ende, duradero".²⁸

Weekend en Guatemala (1956), novela inspirada en parte por la célebre pintura de Diego Rivera: *La gloriosa Victoria*. Esta obra se aleja del sentido metafísico, a fin de mostrar una realidad direc-

²⁷ Angel Luis Morales, *La Trilogía bananera de Miguel Angel Asturias*, Madrid, Anaya, 1971, pp. 207 y 208.

²⁸ Adalbert Dessau, *Mito y realidad en "Los ojos de los enterrados" de Miguel Angel Asturias*, Madrid, Anaya, 1971, p. 229.

tamente en la situación social de un país dominado por el imperialismo extranjero. "Este libro, *Weekend en Guatemala*, A. D., intenta recordar y desvelar la realidad de la guerra (corta, y aunque trágica, terrible), en que había sumido el país, ante el concertado silencio que había seguido a los acontecimientos. El caso es que caminado el tiempo, me dije que el novelista le debe respeto a los hechos, y comprendí que al final de la trilogía tenía que adaptarse a ellos".²⁹

Esta novela parte de la base histórica la que se construye en base de los elementos que contribuyeron a derrocar el gobierno de Arbenz. Veamos como Don Félix, el feudalista cuyas tierras se repartieron entre los indios, se mofa de la debilidad de su pueblo agrario: "Ciento sesenta millones de gringos y gringitas y gringotes... ¡Ja... ja...! la compañía más poderosa de la órbita del Caribe... ¡ja... ja...! la iglesia católica de Nueva York, del país y del mundo entero... ¡Ja... Ja! tres presidentes de tres repúblicas, por lo menos, ¡ja... ja...! cadenas de periódicos y agencias noticiosas... ¡ja... Ja...! catarastas de dólares, bombardeos, jefes militares de alta graduación listos para entregarse al ver que la cosa se pone a favor nuestro... y un ejército alquilado... ¡Ja, ja...!"³⁰

Asturias con un esmerado realismo relata toda la intervención de Estados Unidos, al igual que de la serie de patrañas inmorales de los yanquis para hacer comprometer a indígenas como dirigentes del partido comunista, sin que ellos pudieran concebir de qué se trataba la teoría marxista. Veamos cómo nos cuenta el autor lo que la revista "visiones" publica sobre un pobre indígena:

"...Temeroso, el cabecilla comunista Diego Humlg, de que en su casa encontráramos literatura marxista y fotografías de Lenin, Stalin y Mao Tse-Tung, nos recibió en la puerta, al que esto escribe, y a un honorable vecino del lugar, y rodeado de perros feroces, ametralladora en mano, contestó a nuestras preguntas".³¹

Dentro de los representantes de los Estados Unidos se hallan gente de la peor moral. Por ejemplo el caso de Mister Maylan había sido "flagelador de negros en Atlantic City, vestido de Ku-Klux-Klan... ahora iba a ser exterminador de indios...".³²

"De todas las novelas de Miguel Angel Asturias *Weekend en Guatemala* es la más difícil de clasificar como novela... Aunque

²⁹ Declaración de Asturias, reproducido por J. Corrales, *Tres escritores latinoamericanos en París*, M. A. Asturias, en Insula, abril de 1963, Buenos Aires, Ejea, p. 12.

³⁰ Miguel Angel Asturias, *Week-end en Guatemala*, Buenos Aires, Editorial Goyonarte, 1956, p. 107.

³¹ *Opus, cit.*, p. 106.

³² *Opus, cit.*, p. 122.

los personajes son distintos, la unidad se deriva de que todos están reaccionando frente al mismo fenómeno, la invasión de los liberacionistas. También hay unidad novelesca en que el autor se esfuerza por distribuir la acción en distintas partes del país y entre distintos grupos de la población. . . El panorama geográfico incluye la capital, la ruta del Pacífico, el norte cerca de Gualán, Antigua, la ruta del lago de Atilán, los bananales, probablemente de Tiwuisate, y el mundo sin límites de los indios que desempeñan papeles importantes en tres capítulos. No obstante, también se ven los acontecimientos desde el punto de vista de la contraespía capitalina, del guía de turistas, de la familia de un liberacionista, de un oficial del ejército nacional, de los miembros del sindicato bananero, de un finquero esclarecido y de su sobrina, que estudia en los Estados Unidos. El tiempo de los ocho capítulos, junto con el tema principal, le da al libro una unidad novelesca. El primero y el último capítulos transcurren en periodos de tiempo muy limitados: un fin de semana y quizás unas semanas respectivamente. Tres capítulos, "Ocelote 33", "La Galla" y "Los agrarios", describen la situación antes de la invasión y terminan con la victoria de los liberacionistas. La acción de los otros tres capítulos, "¡Americanos todos!", "El bueyón" y "Cadáveres", comienza durante el ataque y se prolonga hasta después de la pacificación. "El bueyón", aunque es el capítulo más breve del libro, se proyecta dos generaciones en el futuro. Los capítulos no están en orden cronológico, de manera que esa combinación de tiempo muy limitado y el salto de años enteros, igual que en *El señor Presidente*, *Hombres de Maíz* y *El Papa Verde*, produce el efecto de un cuadro cubista".³³

Dos novelas más publica inmediatamente después de la trilogía bananera y de *Weekend en Guatemala*: el alhadjito (1961) y *Mulata de tal* (1963). La primera es una obra de juventud escrita en 1926 y publicada en treinta y cinco años después. Las reminiscencias infantiles y los recuerdos propios de su edad llenan la obra. En *Mulata de tal*, Asturias vuelve al mundo mágico de las *Leyendas de Guatemala*. Esta novela tiene una concepción lingüística, pues se advierte un lenguaje más libre dentro de lo mítico, pero sin abandonar el amor ancestral, matizándola con creencias de demonios indios y con creencias católicas, también en una lucha permanente.

El Alhadjito es una especie de leyenda, dividida en tres apasionantes cuentos. Esta novela está situada en una Guatemala intemporal, donde lo real aparece en forma irreal.

³³ Seymour Menton, *Miguel Angel Asturias: realidad y fantasía*, Madrid, Anaya, 1971, pp. 119-120.

En la novela *Mulata de tal*, surge de nuevo el tema del que vende el alma al diablo, a cambio del dinero. El verdadero símbolo infernal es el dinero, que todo lo corrompe.

"Surge en este caso y en otros muchos —una realidad subjetiva que, en *Mulata de tal*, se carga de una fantasía endiablada, enriquecida con frecuentes referencias a la cosmología indígena, modificada, recreada por la imaginación inagotable del *Gran Lengua* que es M. A. Asturias. Este tipo de novela mágica, burlesca, es un caso en la literatura actual y posiblemente la más insólita de la lengua española".³⁴

"Para imitar una célebre fórmula de los clásicos sobre el arte griego, nos atreveríamos entonces a decir que el arte de *Asturias* presupone la mitología indígena de su país. Novela y mitología mantienen una relación necesaria. Esa mitología es la manera de ver la naturaleza y las relaciones sociales, un medio con que los hombres de una determinada comunidad dominan las fuerzas de lo objetivo dentro del círculo de la imaginación. En sí misma por ello, esa imaginación está llena de elementos artísticos ingenuos. Es elaboración 'artística' inconsciente".³⁵

Su última obra lleva el nombre de *Maladrón* (1969), y se refiere a la Conquista. Tiene por subtítulo "*Epopeya de los Andes Verdes*", y un epígrafe revelador, su tesis "Ellos y los venados, ellos y los pavos/ azules poblaban aquel mundo de golosina/. De otro planeta llegaron por mar/ seres de injuria". En esta novela Asturias lleva al mito hacia una dimensión histórica. Los datos históricos se sitúan hacia 1556. *Maladrón* no puede analizarse como una obra histórica en el sentido tradicional, sino como la reconstrucción de una imaginaria aventura de la Conquista, formada por tres fases o círculos, planteando cada uno un aspecto específico de la Conquista.

"Si en el primero de los círculos Asturias había descrito la causa de la importancia del mito por los indios, en el segundo muestra otro ángulo no menos interesante de la vida americana: la trasculturación y el sincretismo. Nativos y españoles igualmente supersticiosos, intercambian ideas y actitudes. *Maladrón* acaba como ídolo venerado por los indios al lado de Cabracán, y los españoles sobrevivientes llevan el alma llena de sensibilidad indígena. Asturias sitúa al mismo nivel a dioses precolombinos y españoles: todos son,

³⁴ Paul Verdevoye, *Miguel Angel Asturias y la "Nueva novela"*, Revista Iberoamericana.

³⁵ Obra citada de Rincón, pág. 585.

en efecto, producto de una cultura. De lo que se trata en realidad no era de adorar a éste y aquel, sino de tener ésta o aquella visión del mundo de la que la religión no es sino una manifestación".³⁶

³⁶ Ricardo Navas Ruiz, *Maladón: Mito y conquista*, Papeles de Son Armadans, año XVI, Tomo LXII, número CLXXXV-VI, p. 195.

HISTORIA Y ALEGORIA EN LA NARRATIVA DE CARPENTIER*

Por Roberto GONZALEZ ECHEVARRIA

Para Roberto Fernández Retamar

CON la posible excepción de Borges, no hay escritor que haya ejercido mayor influencia que Carpentier sobre los novelistas hispanoamericanos de los últimos años. En muchos casos, como en los de Carlos Fuentes y Gabriel García Márquez, esa influencia ha sido abiertamente reconocida por los mismos escritores.¹ En otros, como en los de Edmundo Desnoes, Reynaldo Arenas y César Leante, si bien menos confesado, más radical aún ha sido el impacto de Carpentier sobre ellos. De entre las obras escritas por estos novelistas, algunas —*Memorias del subdesarrollo*, *El mundo*

* Este trabajo fue presentado en la sesión de literatura del "Yale Workshop" celebrado del 26 al 29 de octubre de 1977 en el Seven Springs Center de la Universidad de Yale, en Mount Kisko, estado de Nueva York. Participaron en dicha sesión: Mirta Aguirre, Directora del Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba; José J. Arrom, profesor *emeritus* de Yale; Lourdes Casal, de Rutgers University; Raquel Chang-Rodríguez, del City College de la City University of New York; Roberto Fernández Retamar, director de la revista *Casa de las Américas* y profesor de la Universidad de La Habana, y el autor. Quisiera expresar mi gratitud a los organizadores del "Workshop", los profesores Alfred Stepan, de Yale, Margaret E. Crahan, del Woodstock Center, Franklin Knight, de Johns Hopkins y Lourdes Casal, por la invitación; y a los compañeros de la delegación de Cuba —además de los citados: Esteban Morales, Manuel Moreno Friginals y Oscar Pino Santos— por el fraternal ambiente.

¹ Fuentes escribe en *La nueva novela hispanoamericana*: "La lectura de Alejo Carpentier siempre me ha provocado una visitación fantásmica —al grado de poder leer y escuchar a un tiempo—: la de Edgar Varèse. Interpretada a menudo, con justicia, como una cima del realismo mágico y barroco hispanoamericano, la obra de Carpentier no es sólo la cúspide, sino las laderas. Como toda literatura auténtica, la del gran novelista cubano cierra y abre, culmina e inaugura, es puerta de un campo a otro: vale tanto lo que dice como lo que predice". (México: Joaquín Mortiz, 1969), p. 49. En cuanto a García Márquez, baste con recordar que Víctor Hugues es mencionado en *Cien años de soledad*.

alucinante, *Muelle de caballerías*— son en cierto modo re-escrituras de novelas de Carpentier, sin que esto menoscabe su valor; y aunque al serlo se conviertan a veces en parodias de éstas, son desde luego impensables sin la existencia previa de textos del autor de *Los pasos perdidos*. La crítica de Carpentier por parte de escritores jóvenes, sobre todo si son cubanos, es con frecuencia el mejor homenaje al maestro, y el indicio más claro de que su obra es una presencia ineludible en la actual narrativa hispanoamericana.²

Todas las novelas mencionadas —y otras que omitimos— tienen un rasgo en común: son, de una manera u otra, históricas. *Memorias del subdesarrollo* presenta un momento clave en la historia de la Cuba revolucionaria, la llamada "Crisis de Octubre"; *El mundo alucinante*, partiendo de las *Memorias* de Fray Servando Teresa de Mier, da una visión panorámica de la transición de la Colonia

² El punto de partida de *Muelle de Caballerías* (La Habana: Contemporáneos-UNEAC, 1973) bien pudiera ser "semejante a la noche", el conocido relato de Carpentier, cuya única escena, repetida en seis momentos históricos diferentes, ocurre en un muelle. En *Memorias del subdesarrollo* (México: Joaquín Mortiz, 1963 [1era. ed. La Habana, 1965]), especie de *Los pasos perdidos* en tono menor, el protagonista-narrador habla de Carpentier: "Carpentier es otro de los que hablarán. Como cronista de la barbarie americana no está mal; ha logrado sacar del subdesarrollo el paisaje y la absurda historia del Nuevo Mundo. Pero eso no me interesa. ¡Estoy cansado de ser antillano! Yo no tengo nada que ver con lo 'real maravilloso'; no me interesa la selva, ni los efectos de la Revolución Francesa en las Antillas". pp. 67-68. Y al final de *El mundo alucinante* (México: Editorial Diógenes, 1969), aparece esta aguda sátira-parodia de Carpentier: "En seguida Fray Servando se puso de pie y se inclinó sobre el balcón. Por un momento quedó desconcertado. Aquel hombre (ya viejo), armado de compases, cartabones, reglas y un centenar de artefactos extrañísimos que Fray Servando no pudo identificar, recitaba en forma de letanía el nombre de todas las columnas del Palacio, los detalles de las mismas, el número y la posición de las pilastras y arquitecros, la cantidad de frisos, la textura de las cornisas de relieve, la composición de la cal y el canto que formaban las paredes, la variedad de árboles que poblaban el jardín, su cantidad exacta de hojas, y finalmente hasta las distintas familias de hormigas que crecían en sus ramas. Luego hacía un descanso, y con gran parsimonia anotaba todas las palabras pronunciadas en un grueso cartapacio en cuya tapa se leía *El Saco de las Lozas* con letras tan grandes y brillantes que el fraile, desde su balcón, pronunció en voz alta el título de la obra en gestación. Lo repitió varias veces. Y luego, enfurecido, se lanzó sobre un cactus espinoso, se deslizó por el árbol, se paró delante del futuro apologista y le golpeó el cuello". pp. 198-99.

Además de estas obras, conviene recordar la conocida parodia de *El acoso* que Guillermo Cabrera Infante incluye en *Tres tristes tigres*, y *Gestos* de Severo Sarduy (Barcelona: Seix Barral, 1963), que en otra parte he intentado mostrar que también es una parodia de la misma novela de Carpentier. Ver mi "Son de La Habana: la ruta de Severo Sarduy", *Revista Iberoamericana*, 37 (1971), 725-40.

a la Independencia en Hispanoamérica; y *Muelle de Caballerías*, la más carpenteriana de todas, repite un mismo incidente en dos días distintos en la historia de Cuba separados por cien años. Este tipo de experimentación que lleva a cabo Leante en su novela es típico de Carpentier, sobre todo en la rigurosa documentación y en el amor al detalle con que se reconstruyen escenarios e incidentes. El impacto de Carpentier en las letras del Continente es sobre todo como novelista histórico. Lo que tiene de carpenteriano *La muerte de Artemio Cruz* es la manera en que se articulan en esa novela fechas claves de la historia de México con las peripecias del protagonista (Lunero, el mulato tío de Artemio, vino a México con familias acaudaladas cubanas que huían de los rigores de la Guerra de Independencia; su ámbito de origen es el mundo que pueblan los personajes de Carpentier). El análisis de lo histórico en Carpentier es, por lo tanto, de interés por razones que rebasan ya los confines de su propia obra.

Y es lógico que así sea, ya que desde sus inicios la narrativa de Carpentier se ha basado en la historia, y ésta ha sido su objeto privilegiado de análisis. *¡Ecue-Yamba-O!* e "Histoire de Lunes" (ambos de 1933) se ubican en la época de las fraudulentas campañas electorales que preceden a la dictadura de Gerardo Machado en Cuba. *El reino de este mundo* (1949) se basa en la historia de la Revolución Haitiana, mientras que *El acoso* (1956) evoca dos momentos de la historia cubana de este siglo: la lucha contra el machadato, y la época del post-machadato, cuando surgen los llamados "grupos de acción" y el "bonche universitario".³ *El siglo de las luces* (1962), la más histórica de las novelas de Carpentier en un sentido convencional, explora las repercusiones de la Revolución Francesa en Hispanoamérica, particularmente el Caribe. Los relatos de *Guerra del tiempo* (1958) se basan todos en la historia, sobre todo la historia cubana del siglo XIX, cuando Cuba se convierte en factoría azucarera, pero algunos, como "El camino de Santiago" y "Semejante a la noche" se remontan al periodo colonial, y este último hasta la Grecia homérica.⁴ Aunque la experimen-

³ El trasfondo histórico de *El acoso* ha sido estudiado minuciosamente por Modesto G. Sánchez en su tesis, "La elaboración artística de *El acoso*", M. A. Thesis (Trinity College, Hartford, Conn., 1972). Parte de esa tesis ha sido publicada en, "El fondo histórico de *El acoso*: 'Epoca Heroica' y 'Epoca del Botín,'" *Revista Iberoamericana*, 41 (1975), 397-422. Para un análisis del periodo histórico en cuestión puede consultarse el útil trabajo de Niurka Pérez, "Los estudiantes universitarios contra el bonchismo", *Universidad de La Habana*, nos. 196-97 (1972), pp. 210-52.

⁴ Ver sobre este cuento mi trabajo, "Semejante a la noche", de Alejo Carpentier: historia/ficción", ahora recogido en mi *Relecturas: estudios de literatura cubana* (Caracas: Monte Avila, 1976), pp. 53-73.

tación con la historia está presente desde los comienzos de su carrera, "Semejante a la noche" (originalmente publicado en 1952) es el primer relato de Carpentier que puede considerarse como un verdadero laboratorio en que se analiza la relación entre la historia y la narrativa, algo que surge con gran intensidad en su obra más conocida, *Los pasos perdidos* (1953), y sus dos últimas novelas, *El recurso del método* y *Concierto barroco* (ambas de 1974). Creo que puede afirmarse que Carpentier, aparte de sus reconocidos méritos como novelista, es uno de los más rigurosos e innovadores historiógrafos que ha dado Hispanoamérica, si por ello entendemos que su obra encierra una meditación teórica sobre la historia, y específicamente sobre la historia hispanoamericana. *El siglo de las luces* es, a mi modo de ver, el mejor tratado que existe sobre el tránsito de la Ilustración al Romanticismo en nuestra América, tanto por la interpretación que ofrece de esa coyuntura histórica como por la manera en que indaga en la problemática de la historia que surge en aquel entonces. *El siglo de las luces* y *El recurso del método* son, además de novelas de indiscutible calidad, las mejores interpretaciones que tenemos sobre la Modernidad, y lo que ésta significa desde una perspectiva hispanoamericana. De ahí, sin duda, el impacto de Carpentier sobre los novelistas actuales de Hispanoamérica.

De lo anterior podemos deducir que la historia está presente en la narrativa de Carpentier de forma rigurosa; no evocan sus novelas el pasado creando un vago "aire de época", sino mediante una sólida documentación y una implacable y a veces alucinante fidelidad cronológica.⁵ Sin embargo, este aspecto "intelectual" de la narrativa carpenteriana ha sido el más censurado, en parte porque rara vez la crítica se ha tomado el trabajo de leer a Carpentier con el detenimiento que su obra exige.⁶ Quien no se resigna a que

⁵ En "Isla a su vuelo fugitiva: Carpentier y el realismo mágico", *Revista Iberoamericana*, 40 (1974), 9-64, hago un estudio detallado de la cronología de *El reino de este mundo*. El trabajo es el capítulo 3 de mi, *Alejo Carpentier: The Pilgrim at Home* (Ithaca-Londres: Cornell University Press, 1977). El rigor histórico de Carpentier se manifiesta en el cotejo de fuentes textuales, no en la relación y por lo tanto la especificidad entre condiciones históricas "reales" y los personajes, que es el criterio de Lukacs en su conocido estudio de la novela histórica.

⁶ Los textos de Carpentier son implacables con sus críticos impresionistas y/o periodísticos, por bien intencionados que estos sean. La maníaca, compulsiva atención al detalle en sus novelas, comparable únicamente a la de un autor medieval, no tolera comentarios poco informados, o lecturas rápidas. Por ejemplo, el perceptivo trabajo de Noé Jitrik, que a pesar de la mezcla un tanto sospechosa de varias modas críticas ofrece observaciones valiosas, pierde autoridad por los errores de detalle e información en que incurre.

leer a Carpentier conlleva una árdua labor intelectual está condenado a hacer juicios superficiales sobre su obra. Carpentier demuestra que en Hispanoamérica no hay el vacío filosófico y crítico de que tanto se ha hablado, sino que la filosofía y la crítica viven en la obra de los mejores escritores. Borges, Carpentier, Lezama y Paz son los ejemplos más notables, y es hora de que se desmonte la llamada historia del pensamiento y se rehaga a base de criterios que permitan y hasta hagan necesaria la inclusión de sus obras. El crítico que lea a Carpentier o a cualquiera de esos escritores con miras a un juicio estrictamente literario (si es que todavía podemos definir con nitidez esa categoría, o si alguna vez se pudo) no hace justicia a sus obras. En Carpentier ese aspecto crítico-filosófico versa casi exclusivamente sobre la historia, y la manera en que ésta se narra, problema, por otra parte, que se remonta a los orígenes mismos de la novela, es decir, a Cervantes.

Pero el malentendido no se puede remitir simplemente a la miopía de críticos más o menos informados o diligentes, ya que grandes críticos le han censurado a Carpentier el aspecto intelectual de su obra. El hecho de que sea precisamente ese aspecto, en la medida en que tiene que ver con la historia, el que mayor impacto ha tenido sobre otros escritores, revela que estamos tal vez ante lo más característico de la obra de Carpentier. Conviene, por lo tanto, analizar la crítica seria que se le ha hecho, como vía indirecta de acceso al problema de lo histórico en su obra.

La crítica del elemento intelectual de la narrativa carpenteriana opone a esta tendencia suya la presentación más directa y explícita de la historia, arguyendo que hay en su obra una marcada tendencia a la abstracción y a la alegoría. Juan Marinello, por ejemplo, uno de los lectores más penetrantes de Carpentier (y el mejor crítico literario que ha dado Cuba desde Martí), insiste en esto para formular dos de las críticas más negativas que se hayan escrito sobre su narrativa (la primera sobre *¡Ecue-Yamba-O!* y la segunda sobre *El acoso*).⁷ Marinello le reprocha sobre todo a Carpentier lo abs-

"Blanco, negro, ¿mulato? Una lectura de *El reino de este mundo* de Alejo Carpentier", *Centro de Estudios Literarios Rómulo Gallegos/Araisa* (1975), pp. 167-205. Una solución parece ser la hallada por el periodista venezolano Alexis Márquez Rodríguez en su *La obra narrativa de Alejo Carpentier* (Caracas: Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, 1970), quien opta por reproducir en vez de comentar los textos del novelista, por lo que su libro puede leerse como una especie de centón carpenteriano.

⁷ "Una novela cubana [sobre *¡Ecue-Yamba-O!*]", en su *Literatura hispanoamericana: hombre-meditaciones* (México: Ediciones de la Universidad de México, 1937), pp. 167-78; "Sobre el asunto en la novela: a propósito de tres novelas recientes [una de ellas *El acoso*]", en su *Meditación*

tracto de su presentación tanto de personajes históricos como de incidentes: "La primordial equivocación de la novelística servida por Carpentier está en creer que el medio —el *habitat*— nada supone en la narración, y en que puede haber hondura y calidad en el hombre sin raíces. No es que los protagonistas de *El acoso* no sean hijos de un instante cubano, es que el perfil de su acción y de su raciocinio en nada los identifica con su medio. Son individuos que resbalan ágilmente, elegantemente, sobre un cubanismo hecho de alusiones literarias. El soliloquio los mantiene en una zona abstracta, aséptica, irreal".⁸ La visión de Marinello es, en principio, cierta: no hay duda de que existe en Carpentier la tendencia a la abstracción que él nota, y mucho más la confección de un contexto a

americana (cinco ensayos) (Buenos Aires: Procyón, 1959), pp. 55-77. Marinello también ha escrito sobre Carpentier en "Un homenaje excepcional", *Bohemia*, 7 de agosto de 1964, pp. 95-96, y en "Homenaje a Alejo Carpentier", *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, 3ra época, Año 66, vol. 17, no. 1 (1975), pp. 9-17. Hombre de excepcional honestidad intelectual, a prueba de entusiasmos y fervores del momento, Marinello no parece totalmente convencido del valor de la obra de Carpentier, aún en este discurso, pronunciado en ocasión del septuagésimo aniversario del novelista. Concluye así Marinello su homenaje: "Nos ha dicho Carpentier que su próximo libro finaliza en las vísperas del triunfo histórico de Playa Girón. Buen final, pero mejor principio. De allí debe partir lo más cuajado de su maestría. Allí debe alumbrar, en todo su esp'endor, el alba de una edad digna de su talento y a nivel de su tiempo. Desde este aniversario saludamos esa obra". Carpentier, por su parte, deja constancia de probidad intelectual en el número de *Casa de las Américas* que rinde homenaje póstumo a Marinello. Escribe allí el novelista: "Sus criterios eran orientadores, sus ideas claras y profundas. Tempranamente sintió, a la par de Rubén y Mella, la necesidad de tomar parte en la lucha política, y cuando muchos de sus contemporáneos, entre los cuales me encontraba yo, se dejaban encandilar por inconsistentes novedades, él fue el primero en hacernos ver el error de ciertas opciones momentáneas, llevando nuestra atención hacia la obra de José Martí, mucho más actual y útil, por su esencia y señalamientos, que otras cosas que teníamos equivocadamente por muy modernas". No. 103 (1977), pp. 11-12. Otro crítico que le ha hecho reparos parecidos a Carpentier es Emir Rodríguez Monegal. En una brillante aunque negativa reseña de *El acoso*, publicada originalmente en 1956, Rodríguez Monegal lamenta que "entre la historia que cuenta Carpentier y la narración misma, se interpone su propia naturaleza de esteta, de erudito, de sentidor", y luego alude a "las razones alegóricas que quieren que la misma prostituta sea la preferida del acosado y del taquillero". Cito por Emir Rodríguez Monegal, *Narradores de esta América I* (Montevideo: Editorial Alfa, 1969), pp. 276 y 277. Y en una generosa reseña de mi *Alejo Carpentier: The Pilgrim at Home*, Rodríguez Monegal sostiene que mi lectura de *Los pasos perdidos* atenúa "el aspecto excesivamente alegórico de la misma [novela]". *Vuelta* (México), no. 13 (1977), p. 34.

⁸ "Sobre el asunto en la novela", *op. cit.*, p. 61.

base de alusiones literarias. Sin embargo, he aquí que no hay un solo incidente en *El acoso* que no sea rigurosamente documentable acudiendo a la historia de Cuba, y que La Habana por la que se desplaza el acosado (personaje cuya historicidad es conocida) posea una realidad tan concreta que se puedan seguir sus movimientos sobre un mapa.⁹ Si bien es cierto que la especificidad de la historia parece desaparecer en la obra de Carpentier, éste lidia en sus novelas con su transformación en narrativa y con su interpretación. Si, como hemos dicho, la naturaleza del acontecer histórico es parte de la problemática carpenteriana, su principal inquietud es la narración de la historia —no el incidente o el personaje en sí, sino su articulación en un sistema de signos que los haga inteligibles. La distinción es tan antigua como la *Poética* de Aristóteles, pero no por ello ha dejado de ser crucial y todavía polémica.

Lo que Marinello destaca es la tendencia alegórica en Carpentier; que incidentes y personajes no signifiquen en sí mismos, sino que aludan constantemente a otros incidentes y personajes, insertándose así en una vasta y compleja red de alusiones, y además, que esos entes sean tipos, no individuos. No es difícil corroborar que Marinello tiene toda la razón. Si recurrimos a *¡Ecue-Yamba-O!* podemos comprobar inmediatamente que ya se encuentran allí dos técnicas típicamente carpenterianas de alegorización. Primero tenemos la nota al pie en que se aclara que para la composición de la campaña electoral en la novela se han fundido datos y detalles de varias campañas electorales: de dos o tres campañas electorales, Carpentier hace la Campaña Electoral, como luego nos dará al Primer Magistrado en *El recurso del método*, suma y síntesis de varios dictadores hispanoamericanos.¹⁰ Más adelante en su primera novela Carpentier acude a otro procedimiento convencional de alegorización cuando Menegildo Cué, una vez en La Habana, trabaja en un circo haciendo el papel de San Juan Bautista, en un cuadro que no está muy lejos del auto sacramental calderoniano.¹¹ En lo que respecta al elemento alusivo la lista sería interminable por definición, pero baste mencionar que el Mirador en *El acoso* puede aludir, además de a varios significados alegóricos intrínsecos (es lo

⁹ Ver los trabajos de Modesto G. Sánchez antes citados.

¹⁰ La nota lee: "En este capítulo cometo anacronismos voluntarios, situando en época presente y en un mismo plano, algunos elementos de la mitología política criolla que se nos revelaron a lo largo de tres campañas electorales distintas. Pero las fechas y los candidatos tienen menos importancia, en este caso, que la atmósfera inverosímil de esa política —antesala de plagas mayores". *¡Ecue-Yamba-O! Historia Afro-cubana* (Madrid: Editorial España, 1933) (p. 124).

¹¹ *¡Ecue-Yamba-O!*, p. 202.

alto, por oposición a la calle, o al mundo subterrestre del balneario universitario), a la torre Farnese de *La Cartuja de Parma* y a la Martello Tower del principio del *Ulises* de Joyce (ambas obras están "presentes" en gran parte de la narrativa de Carpentier). Y a un nivel mucho más ínfimo, baste con la siguiente cita de *El recurso del método*: "el presidente era muy sensible a la coloratura de María Barrientos, a la magnífica energía lírica de Tía Rufo, a la pureza de timbre de los largos, sostenidos, increíbles *calderones* agudos de Caruso, voz de *mágico prodigioso* en cuerpo de tabernero napolitano. . ."¹² (los subrayados son míos).

Carpentier, por su parte, tiene conciencia plena tanto del aspecto intelectual de su obra como de su tendencia alegórica. En varios artículos de "Letra y Solfa", la columna que escribió durante los años cincuenta en *El Nacional* de Caracas, sostiene que toda novela es intelectual, y destaca que muchas de las grandes novelas de la historia son alegóricas. Dice Carpentier, por ejemplo, en artículo intitulado "De la novela llamada 'intelectual'":

La verdad es que la novela ha escapado en muy pocos casos un orden de preocupaciones "intelectuales". Unas veces porque el autor ha expuesto en ella conceptos filosóficos, morales o religiosos; otras, por el uso de la sátira que es, en sí, fruto de una posición crítica; otras, por la pintura "costumbrista", hecha posible por un enfoque de orden analítico. Ningún individuo, animado por el afán de escribir, puede sustraerse a la acción consciente o inconsciente de los centenares de libros que ha leído hasta el momento de instalarse ante sus cartillas vírgenes. Y si los Diablos de Yare nos hacen pensar, automáticamente, en las fiestas del Corpus de la Edad Media. . . ¿por qué no señalarlo? La observación puede pecar de "intelectual", ciertamente. Pero constituye un factor de identificación, de ubicación, muy útil para quien jamás haya asistido al baile de los Diablos de Yare [. . .] Toda novela lograda es, por fuerza una novela "inteligente" —por sus enfoques, por sus ideas, por sus ejemplos, por su estilo literario, por su poder de captación. Y quien dice "novela inteligente" dice forzosamente "novela intelectual"— trátese de *La Odisea*, compendio de los conocimientos y mitos de los pueblos marítimos de la Hélade, o del *Ulises* de Joyce, síntesis de la aventura humana en esta tierra.¹³

Y en "novela y alegoría", después de citar extensamente un pasaje de *Heliópolis* de Ernst Junger en que los personajes de la obra discuten sobre teoría de la novela y sobre la necesidad de que las obras

¹² *El recurso del método* (México: Siglo XXI, 1974), p. 119.

¹³ *El Nacional*, 19 de marzo de 1955, p. 16.

de ese género capten un Todo, Carpentier concluye: "No sólo la obra de Junger responde a estas ideas. Thomas Mann, Hermann Broch y otros grandes autores alemanes podrían reclamarlos igualmente para sí. La novela hecha símbolo —alegoría— por sus propios planteamientos se nos ofrece en *La montaña mágica* o *La muerte de Virgilio*. El mundo de *Don Segundo Sombra*, de los personajes de Faulkner, confiere categoría simbólica a lo real. Las más grandes novelas de la humanidad, así se titulen *La Odisea*, el *Quijote* o *Las travesuras de Till Eulenspiegel*, son ante todo, visiones alegóricas del mundo".¹⁴

Recordemos brevemente lo que es alegoría, antes de considerar lo que dice Carpentier en esos artículos. El *Pequeño Larousse* dice, con admirable parquedad, que alegoría es "Ficción que presenta un objeto al espíritu, de modo que despierte el pensamiento de otro objeto". Alegoría, como sabemos, se compone de *alla*, "otras cosas," y *agoréuo*, "yo hablo". Es decir, "yo hablo de otras cosas". Si reflexionamos ahora sobre lo expuesto por Carpentier en los escritos de *Letra y Solfa* podemos llegar a las siguientes conclusiones preliminares sobre su teoría de la novela: a) que aun el costumbrismo, tendencia que ingenuamente consideramos como transcripción directa de la realidad, es un proceso intelectual cuyo mecanismo central es establecer relaciones sistemáticas —cuando menciono los Diablos de Yare, quiero decir que son como las Fiestas del Corpus, ritual religioso primitivo; b) que ese proceso de abstracción, cuyo ímpetu es totalizar, dar la visión coherente de un Todo, implica igualmente a la obra misma —que los mecanismos de ésta forman parte de ese Todo, que al ser incluido en la representación alegoriza los símbolos de lo real. En otras palabras, si cada incidente u objeto es simbólico en relación a lo real, al quedar inserto en la obra y significar en relación al nuevo conjunto que ésta constituye, se convierte en alegórico —simbólico a la segunda potencia, si se quiere. Lo que esta observación sugiere con vistas a la narración de la historia es inescapable. En "La novela y la historia" Carpentier declara: "la observación de acontecimientos contemporáneos por los novelistas no alienta, de inmediato, la creación de grandes novelas. Los conflictos más terribles, las revoluciones más dramáticas, las guerras más cruentas, sólo eliminan novelas —cuando las alimentan— de modo retrospectivo, [lo hacen] por proceso de reconstrucción, examen y evocación. El caso de *La guerra y la paz* es elocuente a ese respecto. Y también el ejemplo de la Batalla de Waterloo, de Stendhal [sic], escrita muchos años después [*La Cartuja de Parma*] del acontecimiento, para hacerse elemento de una

¹⁴ *El Nacional*, 23 de mayo, 1956, p. 16.

novela cuyo interés fundamental es, por lo demás de orden psicológico".¹⁵ Es decir, c) la narrativa no recoge la historia del puro acontecer, sino que tiene que insertar todo acontecimiento en un sistema previo de incidentes ya narrados, en una memoria cuya estructura limará tanto la inmediatez como la novedad de cada evento. Visto con ojos hechos a las soluciones simples, esta teoría de Carpentier pudiera parecer sencillamente idealista. Pero por el contrario, lo que Carpentier persigue demostrar es lo concreto de los materiales con que lidia el novelista, el trabajo implícito en la confección de la narrativa, que no se da sin más en la historia.

Aunque lo más penetrante de Carpentier como teórico de la literatura se encuentra en sus obras de ficción, no en sus ensayos, los artículos citados demuestran por lo menos que el aspecto intelectual de sus novelas y la tendencia alegórica que en ellas encontramos no responden a modas estéticas sino a cuestiones fundamentales de la narrativa que él ha ponderado. Hay muchos otros artículos de *Letra y Solfa* que versan directa o indirectamente sobre teoría de la novela que son pertinentes a nuestro tema, y que sugieren la posibilidad de otros trabajos que las investigaciones futuras deben emprender. Pero baste por ahora añadir a lo ya dicho que Carpentier rechaza la novela psicológica, declarándose en favor de la novela de argumento —tercia de esa manera en la controversia sobre la narrativa que sostuvieron a distancia Ortega y Borges, en apoyo de este último.¹⁶ No podemos aquí agotar los atisbos teóricos que Carpentier ofrece en esos breves artículos, pero sí podemos afirmar en resumen que la alegoría es una constante en Carpentier, y que es parte integral de su labor novelística, no un descuido estético. Carpentier no opone historia y alegoría en sus obras sino que, contra los prejuicios más enraizados de la estética moderna, sostiene que existe una relación necesaria entre ambas.¹⁷

¹⁵ *El Nacional*, 3 de octubre, 1952. La copia xérox que poseo de este artículo omite el número de página. Hay otra columna, con el mismo tema y título, del 18 de marzo de 1956, p. 20. Este segundo texto es el que se recoge en *Letra y Solfa*, selección, prólogo y notas de Alexis Márquez Rodríguez (Caracas: Síntesis Dosmil, 1975), pp. 118-20, donde no se indica la existencia del primero. Aunque útil por lo difícil que resulta consultar *El Nacional*, la recopilación hecha en este volumen, que por supuesto representa una ínfima parte de lo publicado por Carpentier en ese periódico, sigue criterios muy poco inteligentes y la edición no ha sido hecha con gran rigor.

¹⁶ Ver "Carácter y conflicto", *El Nacional*, 26 de mayo, 1956, p. 28. También puede consultarse mi "Borges, Carpentier y Ortega: dos textos olvidados", *Revista Iberoamericana*, 43 (1977), 697-704.

¹⁷ En su enigmático "De las alegorías a las novelas", Borges empieza diciendo que "Para todos nosotros, la alegoría es un error estético", pero concluye que "en las novelas hay un elemento alegórico". Cito por *Obras*

La historia misma, en cierto modo, parece corroborar el argumento implícito de Carpentier, ya que la problemática relación entre historia y alegoría ha hecho crisis siempre en momentos en que sucesos radicales agudizan las dificultades de interpretación que presenta el devenir humano —a saber, la patrística griega (la Escuela de Alejandría), el fin de la Edad Media (Dante), el siglo XVIII (la literatura y el arte en general de la Revolución Francesa). Carpentier se nutre de la problemática que surge en esos tres momentos, de los cuales el primero es el paradigmático (aunque podríamos remontarnos a las interpretaciones griegas de Homero), ya que son los padres griegos de los primeros en enfrentarse al dilema de cómo inscribir la venida de Cristo en la historia de la humanidad, y cómo interpretar la relación entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Por remotos que nos parezcan hoy, desde la literatura moderna, problemas tales, lo cierto es que Filón el Judío, Clemente de Alejandría, Plotino y Orígenes barajan preguntas y respuestas muy actuales. La solución al dilema de la historicidad de las sagradas escrituras a que llega el alegorismo cristiano de entonces, producto de no pocas polémicas, no es nada reduccionista, según lo expone Mazzeo: "To be sure, allegorical exegesis of a kind which abstracts from the historicity of the text or leads directly from a text to an abstract philosophical principle was practiced along with allegorical exegesis of the typological kind described in Cassian's normative formulation. Nevertheless, Christian allegorism remained bound to events in the conviction that sacred history was both a system of events and a system of signs, illuminating analogically both the nature of the human soul and its ultimate destiny in time and beyond it."¹⁸ El alegorismo de Carpentier responde en gran

completas (Buenos Aires: Emecé Editores, 1974), pp. 744-746. Es notorio que los más conocidos cuentos de Borges —pongamos por caso "El Sur", "Las ruinas circulares", "La muerte y la brújula"— son alegorías.

¹⁸ Joseph A. Mazzeo, "Allegorical Interpretation and History", *Comparative Literature*, no. 1 (1978), p. 6. La crítica ha manifestado un gran interés por la alegoría en los últimos años. Según Gayatri Chakravorty Spivak: "Contemporary European criticism was witnessed the renovation of the term 'allegory'. Walter Benjamin began unwittingly in his now-famous monograph *Ursprung des deutschen Trauerspiele*. The new trend in Western European literary criticism gradually recognized allegory as an authentic voice of literary expression, regardless of historical period. The old trend—a discrediting of allegory associated with Goethe, Blake, Coleridge, Yeats was reversed". *Genre* 3 (1973), p. 327. Este artículo forma parte de un número especial de la revista *Genre* dedicado a la alegoría (cuya existencia me fue indicada generosamente por mi amigo Enrico M. Santí), del que también merece destacarse "An Annotated Checklist For Students of Allegory in Modern Fiction", de Robert Murray Davies. Tres Trabajos fundamentales cimentan todos

medida al deseo de inscribir la historia de América en esa serie de rupturas/repeticiones, pero para ello persigue el texto sagrado americano del que dimanan todos los demás, porque éste es imprescindible para completar el proceso. Sus propias obras se hacen eco de ese texto perdido para conjurar su presencia.

La solución de Carpentier no es simple, ni fácilmente aceptable, precisamente porque va en contra de nuestros conceptos más firmes sobre la narrativa; aparte de que la alegoría, en un contexto hispánico, evoca dogmas religiosos y humaredas inquisitoriales. Además, si bien no podemos negar la presencia de lo histórico en las obras de Carpentier, algunas de sus declaraciones parecen abogar por una visión ahistórica. Así, por ejemplo, Carpentier ha dicho en una entrevista a Claude Fell: "Je pense que l'homme a un comportement unique au milieu des circonstances changeantes".¹⁹ También ha declarado a César Leante: "Para mí no existe la modernidad en el sentido que se le otorga: el hombre es a veces el mismo en diferentes edades, y situarlo en su pasado puede ser también situarlo en su presente".²⁰ Tal concepción de la inmutabilidad de la conducta humana parece revelarnos a un Carpentier preso en un concepto "vanguardista" (es decir, paradójicamente, moderno) de la historia, tal y como ésta ha sido denunciado por Lukacs, y no ha de sorprendernos entonces que Marinello, desde una perspectiva marxista, lo critique. Dado que Lukacs delata y critica la tendencia a la alegoría en la literatura moderna, basándose en parte en ese concepto vanguardista de lo ahistórico, la pertinencia de lo que el filósofo húngaro formula puede ser de singular interés aquí. Lukacs escribe, aludiendo a lo que Heidegger considera la "histórico en sentido propio", pero que él por su parte ve como lo no-histórico:

En el orden de lo literario, este carácter [de lo no-histórico, presente tanto en Heidegger como en la vanguardia] aparece bajo dos formas. Primeramente, el tiempo, que siempre entra en juego para el hombre, se limita, tanto *a parte ante* como *a parte post* a la simple duración de su existencia personal. Para el hombre así concebido —y por con-

los estudios recientes sobre la alegoría: Erich Euerbach, "Figura", *Scenes from the Drama of European Literature. Six Essays* (Gloucester, Mass: Peter Smith, 1973 [1era ed. 1959]), pp. 11-76 [publicado originalmente, aunque con poca difusión, en *Neue Dantestudien*, Estambul, 1944]; Angus Fletcher, *Allegory: The Theory of a Symbolic Mode* (Ithaca: Cornell University Press, 1964); y Paul De Man, "The Rhetoric of Temporality", en *Interpretation. Theory and Practice*, ed. Charles S. Singleton (Baltimore: The Johns Hopkins Press, 1969), pp. 173-209.

¹⁹ "Rencontre avec Alejo Carpentier", *Les Langues Modernes*, 49, no. 5 (1965), p. 106.

²⁰ *Cuba*, 3, no. 24 (1964), p. 33.

siguiente para el escritor de vanguardia que lo describe— no existe nada ni antes ni después de esta vida que tenga relación con ella y con su esencia, que ejerza influencia sobre ella y a la vez sea influida por ésta. Por consiguiente, presa en sí misma, la vida aparece privada de toda historia interior. La esencia del hombre es pura y simplemente —más allá de toda significación— algo "tirado" en el mundo; no sabría ésta cómo desarrollar una relación de reciprocidad con el mundo mediante una serie de oposiciones vivas, no sabría ésta informar al mundo o ser informada por él, crecer o degenerarse en él. El más alto grado de movilidad posible en esta literatura es simplemente el desvelar aquéllo que siempre ha sido la "esencia" del hombre, por toda la eternidad por consiguiente un movimiento del sujeto sapiente, pero no de la realidad efectivamente conocida por ese sujeto.²¹

A esta visión del mundo y la historia corresponde, según Lukacs una tendencia alegórica en la cual "la trascendencia a la que [la alegoría] remite implica, de manera más o menos consciente, el rechazo de toda inmanencia posible, de todo esfuerzo por dar un sentido al aquí abajo, por atribuir un significado interno al mundo mismo, y a la vida del hombre y a su realidad efectiva".²² La alegoría, "Al romper toda coherencia interna del mundo [...] reduce el detalle al nivel de la mera particularidad [...] Por consiguiente, como el detalle mismo una vez que la alegoría lo hace intercambiable conserva una relación inmediata, aunque paradójal, con la trascendencia, no es más aquí [en esta literatura alegórica de vanguardia] que una abstracción orientada hacia la trascendencia. Este es justamente el carácter singular de la literatura de vanguardia: esta tendencia a reemplazar el tipo concreto por la particularidad abstracta".²³

Por apropiadas que puedan parecer estas observaciones de Lukacs con respecto a Carpentier, éste no es reductible al esquema propuesto por el crítico húngaro (me parece dudoso, además, que sea verdaderamente aplicable a toda la vanguardia, y noto cierta tendencia alegorizante en el propio Lukacs). No creo tampoco que sea posible afirmar, por otra parte, que Carpentier presente en sus novelas una visión del proceso histórico que pueda ser denominada marxista, aunque hay que destacar que su preferencia por los movimientos colectivos (*El reino de este mundo*), y la presentación de la gradual disolución de la hegemonía burguesa en Hispanoamérica (*El*

²¹ "La vision monde sous-jacente à l'avant-garde littéraire", en *La signification présente du réalisme critique*, tr. Maurice de Gandillac (Paris: Gallimard, 1960), pp. 33-34.

²² *Ibid.*, pp. 74-75.

²³ *Ibid.*, p. 79.

recurso del método) dan a su obra un tono "revolucionario".²⁴ Lo que sí me parece posible afirmar es que los personajes de Carpentier aparecen atrapados por fuerzas y tensiones políticas que son superiores a sus voluntades y conciencias, y que los movimientos históricos —a veces iniciados por estímulos "mágicos"— son los verdaderos motores de la acción, no los personajes. Carpentier insiste, al terciar en la controversia entre Ortega y Borges, según ya se ha visto, en la primacía del argumento sobre las voluntades individuales y subjetividad de los personajes. El más solitario y ensimismado de los personajes carpenterianos, el protagonista de *El acoso*, parece precisamente por no haber podido llegar a comprender el laberinto de condicionamientos externos que determinan su conducta. Si en él se da la condición de aislamiento "heideggeriano" que analiza Lukacs (en cubano, ese "estar tirado ahí"), el texto deja bien establecido que su fracaso y muerte se deben a no haber sabido interpretar correctamente la red de fuerzas históricas en que está atrapado. Otro tanto le ocurre al protagonista de *Los pasos perdidos*. El problema remite, como Lukacs sugiere, al escritor mismo, pero de manera totalmente opuesta a como él lo plantea.

Porque es ese precisamente el punto donde encontramos lo más interesante de la meditación carpenteriana sobre la historia —no tanto la mecánica de la historia como su interpretación. El acosado

²⁴ Salvador Bueno arguye que la concepción de la historia en Carpentier es dialéctica, en un trabajo de índole más bien general que fue originalmente una charla ofrecida en la Universidad de La Habana el 19 de septiembre de 1969, y que por lo tanto carece de información detallada y argumentación plenamente elaborada: "Nos atreveríamos a afirmar que el narrador cubano posee una interpretación dialéctica de la historia, más que una concepción cíclica a lo Vico. Cabe observar cómo en sus novelas y relatos breves hallamos la presencia actuante de las leyes dialécticas, la repetición de ciclos históricos, la negación de un acontecimiento por el que le sucede, la interrelación de hechos y hombres de distintos periodos históricos, los ciclos que se reiteran en un plano superior en definitiva no un pesimista *corsi e ricorsi*, sino la evolución en espiral de la historia". "Notas para un estudio sobre la concepción de la historia en Alejo Carpentier", *Universidad de La Habana*, no. 193 (1972), p. 133. Me parece que Bueno confunde los *corsi e ricorsi* de Vico con la teoría del eterno retorno de Nietzsche. En todo caso, es muy probable que exista una concepción dialéctica de la narración en Carpentier, según iremos viendo aquí. Lo que sí no creo es que la historia que él presenta esté regida por un concepto *materialista* de la dialéctica. Si fuésemos a asignar el nombre de un filósofo al tipo de dialéctica que ofrece Carpentier al nivel temático de su historia, tendríamos que aducir el de Hegel. El trabajo de Bueno ha aparecido en varias publicaciones más. Para éste y otros problemas bibliográficos puede consultarse la *Guía Bibliográfica* a Carpentier, de próxima aparición, preparada por el profesor Klaus Müller-Bergh y el autor de estas líneas.

parece por no haber logrado interpretar la historia y su inserción en ella. El protagonista-narrador de *Los pasos perdidos* se enfrenta a un dilema similar: persigue un punto, que siempre lo elude, donde dar inicio a una interpretación que armonice la generalidad de la historia con la especificidad vivida de su biografía. Su éxito como escritor —haber compuesto el texto que leemos— depende del fracaso de esa empresa. Ese texto es historia, ensayo, diario, confesión, novela; pero no llega a ser ni Historia ni Biografía. El emblema de ese fracaso feliz es el error en la fecha del diario que he analizado en otra ocasión.²⁵ General o específica, la actividad de cifrar la historia depende de ese error, porque la escritura, como la historia, es movimiento, y éste surge de desplazamientos generados por la negación; la armonía entre historia y escritura no es posible, sólo un simulacro de ésta cuya similaridad se halla en la repetición de lo disímil y discorde. De ahí la alegoría, que es siempre aquello que no dice literalmente el texto. Lukacs quisiera que el escritor asumiera una postura post-dialéctica, exenta de contradicciones (siempre se vislumbra en Lukacs ese mundo ideal, donde tal vez ni siquiera exista la literatura). Carpentier y la literatura moderna, más realistas, lo presentan víctima de la ceguera propia a su situación hecha de contradicciones. La alegoría, según veremos en seguida, es una solución parcial y siempre provisional de interpretar la historia, no sujeta ni al idealismo de una visión post-dialéctica que no conocemos, ni al descriptivismo dócil de una realidad supuestamente muda y desmemoriada. La problemática está en las bases mismas de la Modernidad a las que Carpentier regresa una y otra vez —es decir, a la transición entre el Siglo de las Luces y el Romanticismo.

El dilema que surge entonces, para acudir a una alegoría de tipo medieval, pudiera denominarse "la querella entre la alegoría y el símbolo". Simplificando un tema que ha sido analizado de forma brillante por Paul De Man, pudiera decirse que lo que se debate es la función de la conciencia individual en el acto de interpretación, que es, según vimos en los artículos de Carpentier antes citados, el problema básico del novelista ante la historia.²⁶ La estética romántica, que ha barrido con la antigua retórica, se declara en favor de la comunicación instantánea e inmediata entre la conciencia y el objeto; el símbolo es el fruto de esa unión privilegiada, dable al espíritu superior del artista, que funciona libre de toda traba. De aquí la preferencia del Romanticismo por la naturaleza, por esa naturaleza que el protagonista de *Los pasos perdidos* penetra en

²⁵ "Ironía y estilo en *Los pasos perdidos*", *Relecturas, op. cit.*, pp. 37-51.

²⁶ Paul De Man, "The Rhetoric of Temporality", *op. cit.*

busca de un momento de plenitud interpretativa. Pero, como De Man ha demostrado, la hegemonía del símbolo en la literatura romántica no es tan decisiva como parece a primera vista, ya que éste pretende soslayar el carácter temporal, tanto del discurso como de la propia conciencia (la disyuntiva en que se ve el protagonista de *Los pasos perdidos*). El símbolo pretende ser no sólo producto de una percepción directa, no mediata, sino que no puede existir en su producción distancia temporal —es inmediato e instantáneo. La alegoría, al contrario del símbolo, conlleva la temporalidad, ya que su constitución depende de una relación mediata entre códigos —la alegoría apunta a un significado fuera de sí, no contenido en su propia sustancia, que a su vez alude a otro significado, y así sucesivamente, mediante una serie de desplazamientos. Dado su carácter mediato, la alegoría amenaza el poder de la conciencia individual, ya que ésta depende en su proceso de significación de códigos que no le son propios al individuo, que siempre están dados fuera de sí, y que poseen una coherencia propia. Es por este carácter temporal y mediato que la constituye que la alegoría, desde el siglo XIX, se expresa mediante el tropo propio del Romanticismo, la ironía. La alegoría, desde el punto de vista del individuo, siempre lleva a decir más de lo que se pretende, o a entender sólo parte de lo que se quiere decir; es una especie de plusvalía de la significación, en la que el individuo no tiene control del surplus, que está fuera de sí y no le pertenece.

Hay un gesto en la alegoría hacia una fuente original de significación, una especie de principio trascendente implícito, que es lo que lleva a Lukacs a criticar la literatura de vanguardia, particularmente a Kafka. Pero, por lo menos en Carpentier, donde esa fuente primera habrá de ser ese primer texto americano que se inscriba en las rupturas/repeticiones a que antes aludía, esa fuente es no sólo parte de lo retórico del gesto, sino que a medida que ha ido desarrollándose la obra de Carpentier se ha ido convirtiendo en algo parodiable —es decir, repetible sólo como tergiversación y profanación. El ejemplo más notorio de ello es la momia ("el abuelo de América") de *El recurso del método*. Pero también merece citarse la fragmentada conciencia del dictador en la misma obra, cuyo punto de vista oscila entre varios personajes. Un problema propio de la crítica más que de la literatura hispanoamericana ha sido la fetichización de ese origen, sin tomar en cuenta frecuentemente que en los textos es objeto de la ironía.

Si reflexionamos sobre los artículos de Carpentier citados más arriba veremos que lo que Carpentier propone es desenmascarar ese mecanismo mediante el cual el Romanticismo y el post-Roman-

ticismo han insistido en la primacía del símbolo, mientras que en la práctica es la alegoría la que predomina. En última instancia lo que Carpentier destaca es que toda gran novela lo que hace es llevar a cabo ese proceso de desenmascaramiento, y que esa es la verdadera "esencia" de la novela, desde Cervantes. Si la narrativa es por definición un proceso temporal, su medio de expresión ha de ser la alegoría, que incluye en su propia constitución la temporalidad como característica esencial. Tal vez el racionalismo pleno por el que aboga Lukacs será dado al hombre en un futuro, pero, Carpentier plantea con todo rigor que en el reino de este mundo, al novelista sólo le es dada una percepción temporal y mediata del proceso histórico, y que la máxima honestidad consiste en dar cuenta de ello al elaborar su obra. Sólo así puede dejar constancia de su relación recíproca con el mundo que lo rodea, de la serie de contradicciones vivas que lo relacionan a él.

Carpentier ha dejado una extraordinaria meditación sobre estos problemas en un texto que, dada su ubicación, generalmente se pasa por alto: el segundo epígrafe de *El siglo de las luces*. Sólo después de leída la novela nos percatamos de que esas palabras, que no se repiten en el texto de ésta, tienen que pertenecer a Esteban, que las piensa en su viaje de regreso a América, después de haber pasado varios años con Víctor en la Francia revolucionaria. Sólo entonces nos damos cuenta de que esas palabras debían ocupar el centro mismo de la novela, y que debieron haber sido "pensadas" por Esteban en un momento decisivo de su vida, cuando regresa al hogar, ya rebasada la adolescencia. Todos estos detalles son de singular pertinencia para la interpretación del pasaje, en el cual Esteban medita mientras observa la guillotina que el barco en que viaja trae por primera vez a América. El pasaje lee así en parte:

Esta noche he visto alzarse la Máquina nuevamente. Era, en la proa, como una puerta abierta sobre el vasto cielo que ya nos traía olores de tierra por sobre un océano sosegado, tan dueño de su ritmo, que la nave, levemente llevada, parecía adormecerse en su rumbo, suspendida entre un ayer y un mañana que se trasladaran con nosotros. Tiempo detenido entre la Estrella Polar, la Osa Mayor y la Cruz del Sur —ignoro—, pues no es mi oficio saberlo, si tales eran las constelaciones, tan numerosas que sus vértices, sus luces de posición sideral, se confundían se trastocaban, barajando sus alegorías, en la claridad de un plenilunio empalidecido por la blancura del Camino de Santiago... Pero la Puerta-sin-batiente estaba erguida en la proa, reducida a su dintel y las jambas, con aquel cartabón, aquel medio frontón invertido, aquel triángulo negro, con bisel acerado y frío, colgado de sus mon-

tantes. Ahí estaba la armazón, desnuda y escueta, nuevamente plantada sobre el sueño de los hombres, como una presencia —una advertencia— que nos concernía a todos por igual. La habíamos dejado a popa, muy lejos, en sus cierzos de abril, y ahora nos resurgía sobre la misma proa, delante, como guidora —semejante, por la necesaria exactitud de sus paralelas, su implacable geometría, a un gigantesco instrumento de marear. Ya no la acompañaban pendones, tambores ni turbas; no conocía la emoción, ni la cólera, ni el llanto, ni la ebriedad de quienes allá, la rodeaban de un coro de tragedia antigua, con el crujido de las carretas de rodar-hacia-lo mismo, y el acoplado redoble de las cajas. Aquí la Puerta estaba sola, frente a la noche, más arriba del mascarón tutelar, relumbrada por su filo diagonal, con el bastidor de madera que se hacía el marco de un panorama de astros.²⁷

El pasaje no podía ser más evocador, y es en sí una alegoría del acto de interpretación. No podemos evitar la sugestión de que ese "plenilunio empalidecido por la blancura del Camino de Santiago", enmarcado por el retángulo riguroso de la guillotina, representa la página, donde las constelaciones "se confundían, se trastocaban, barajando sus alegorías". Esteban es el más artista de los protagonistas de la novela, y su oficio es la traducción. Recordemos, además, que su nombre es de claras reminiscencias joyceanas y que es nacido en la misma fecha que Carpentier.²⁸ Su asma lo emparenta con el protagonista-narrador de Proust, y también añade a su cariz autobiográfico.²⁹ Esteban es evidentemente el escritor que, en esa página en blanco va cifrando el barajar de las alegorías de ese cielo nocturno; alegorías porque las constelaciones ya tienen nombre y significado ("En las constelaciones Pitágoras leía./ yo en las constelaciones pitagóricas leo", ha dicho Darío). Pero debemos notar

²⁷ *El siglo de las luces*, 2da ed. (México: Cía. General de Ediciones, 1965 [1era ed. 1962]), pp. 9-10.

²⁸ Para más detalles sobre Esteban, ver el capítulo 6 de *Alejo Carpentier: The Pilgrim at Home*. Esteban se convierte en figura alegórica del autor, recurso muy socorrido de la literatura Romántica y post-Romántica. Sin embargo, el tipo de alegoría más corriente en Carpentier —que merece un estudio detenido— es precisamente el *figural*, tal y como lo define Auerbach en el trabajo arriba mencionado. La forma paradigmática de la figura es la de un personaje o incidente del Antiguo Testamento que es visto como anuncio de otro personaje o incidente en el Nuevo. Toda la narrativa de Carpentier está montada sobre este recurso, sobre todo *El reino de este mundo*, donde Mackandal anuncia a Bouckman, que anuncia a Toussaint Louverture, etc. Para la imbricación de incidentes y fechas, véase mi estudio antes citado, "Isla a su vuelo fugitiva".

²⁹ En carta reciente Carpentier le comunicó al autor que en su niñez sufrió asma, al igual que Esteban al principio de *El siglo de las luces*.

también que esa escena, aunque al imaginarla pueda evocar la iluminación de un manuscrito medieval de contornos hieráticos, no es fija. Esteban y la guillotina están sobre la cubierta de un barco que flota y se desplaza hacia occidente, mientras que las constelaciones, también en movimiento, describen sus parábolas en un firmamento que se mueve necesariamente en dirección contraria. Las constelaciones, con sus significados alegóricos dados, giran, se barajan entre sí en el marco a través del cual observa Esteban; pero Esteban también está en movimiento. La significación es un instante efímero en que coinciden el movimiento de Esteban y el de los astros que "lee-escrbe" en esa página en constante animación. El significado está condenado al tiempo, que altera la posición de los signos y del que los interpreta. El significado cambiante de la propia guillotina destaca este aspecto móvil de la significación. La puerta-sinbatiente es a la vez libertad y muerte; la cuchilla que divide y escinde se abre a dos infinitos, está en el borde mismo entre la significación como movimiento perpetuo y como fijeza final.

No deja de ser irónico que tal meditación sobre la alegoría esté dada en forma alegórica, y que por lo tanto mi interpretación esté desde el principio sujeta a los condicionamientos que ella misma plantea, hasta en el detalle significativo de que no puedo captar sus posibles significados hasta después de leída la novela, cuando puedo percatarme de su relación con otros elementos del texto. La situación es instructiva. Esteban, como he sugerido, no es sólo escritor, sino lector —no puede ser uno sin ser a la vez el otro. La escritura se cifra en la página en esas alegorías cambiantes que Esteban fija momentáneamente en su conciencia —en un instante del fluir tanto de aquéllas como de ésta. Si interpretamos ahora esas alegorías como los significados que la historia emite (textos, memoria, reminiscencias colectivas), Esteban sólo puede interpretarlos mediante un acto de fijación consciente de su propia carencia; consciente de que se queda corto por el mismo hecho de que el próximo momento arrojará luz sobre el anterior, alterando retrospectivamente su significado. Pero para re-crear la movilidad y conjunción del barajar de las alegorías y su propia conciencia, Esteban se ve forzado a esa fijeza; la figura alegórica cristaliza de esa conjunción es una hipóstasis necesaria e ineludible de ese proceso. La alegoría, por lo tanto, reduce la conciencia individual a un teatro donde la significación adquiere sustancia y concreción, arruinando toda posible noción ideal que de la conciencia tengamos; la conciencia no genera significados trascendentales sino un teatro de imágenes inmanentes, en el que observamos no sólo las figuras sino el proceso mismo de su producción, de su procesión.

Según le hace decir Calderón a la Alegoría en la *Loa de El Sacro Parnaso*:

...soy
 (si en términos me defino)
 docta Alegoría, tropo
 retórico, que expresivo,
 debajo de una alusión
 de otra cosa, significo
 las propiedades en lejos,
 los accidentes en visos,
 pues dando cuerpo al concepto
 aun lo no visible animo...³⁰

Creo que es mediante este proceso de desenmascaramiento del acto de interpretación y narración de la historia que Carpentier lleva a cabo una crítica devastadora de la Modernidad; más pertinente, creo yo, que la de Lukacs en el artículo citado, ya que no va dirigida a una ideal (y por cierto alegórica) visión del mundo, sino al modo mismo de producción de la novela. De aquí el "arcaísmo" que a veces hace a Carpentier difícilmente aceptable a ciertos grupos de la Vanguardia. No deja de ser significativo que en periodos de efervescencia revolucionaria, desde la Revolución Francesa a la Cubana, pasando por la Mexicana, el lenguaje adquiera un fuerte cariz alegórico, que se manifiesta con inusitado vigor también en las artes plásticas.³¹ El vocabulario de la Revolución tiende a la alegoría —Igualdad, Fraternidad, Pueblo, Patria o Muerte— lo cual nunca ha impedido que en las revoluciones verdaderas el proceso de cambio histórico sea radical, concreto y tangible.³² El impulso inicial que genera este fenómeno puede muy bien ser didáctico, como en Calderón, donde el oscuro y abstracto dogma teológico adquiere forma plástica, haciéndose asequible a la masa; pero

³⁰ Citado por Alexander A. Parker en su *The Allegorical Drama of Calderón. An Introduction to the Autos Sacramentales* (Oxford: The Dolphin Book Co., 1943), p. 79.

³¹ Michel Beaujour hace algunas observaciones interesantes sobre este tema en "Flight Out of Time: The Poetic Language of the Revolution", *Yale French Studies*, "Literature and Revolution", no. 39 (1967), pp. 29-49.

³² Ya terminado este trabajo llega a mis manos "Historia y alegoría en Alejo Carpentier", de Ileana Rodríguez, aparecido en *Hispanoamérica*, año 6, no. 17 (1977), pp. 23-45. Se trata de un rudimentario ensayo escasamente informado que pretende analizar la ideología política de Carpentier reprochándole su origen de clase, al cual se atribuyen la tendencia alegorizante en Carpentier y la "ambigüedad" de sus novelas.

tal vez, como en Carpentier, sea una manera de hacer el proceso de significación tan radical, concreto y tangible como el histórico.

Lo paradójico en Carpentier es que su tendencia a la alegoría, por abstracta y culta que pueda parecer desde una perspectiva europea, es por el contrario uno de los aspectos más arraigadamente populares y americanos de su obra.

LA MUJER EN DOS NOVELAS DE ROSARIO CASTELLANOS

Por Arturo P. PÉREZ

Las dos novelas de Rosario Castellanos, *Balún-Canán* (1957) y *Oficio de tinieblas* (1962), aun cuando están armadas sobre la problemática tradicional de la novela indigenista, tienen como núcleo temático un problema de carácter cultural filosófico, el cual aparece claro al estudiar por separado ambos grupos raciales, indios y criollos. La interesante información antropológica que la autora vierte en las novelas, la riqueza lírica y emotiva de su sistema lingüístico y lo apasionante del agrarismo mexicano divierten la atención del lector de lo que en realidad constituye la esencia de las novelas: Dos culturas, la indígena maya y la colonial criolla, aisladas por razones históricas o geográficas, se asfixian y desintegran perdidas en un laberinto de misterios, ritos y formas. Lo ritual, acci-dente en la cultura, ha crecido en manera tan desmedida que ha llegado a sofocar las energías vitales. La injusticia y el confrontamiento violento entre indios y criollos es el último esfuerzo por sobrevivir en esa selva cultural que ellos mismos han heredado y con celo han mantenido.

Ferrater Mora, en su *Diccionario de Filosofía*, sigue el curso de la metáfora orteguiana la cual describe la cultura "como un movimiento natatorio", un bracear del hombre en el mar de su existencia con el fin de no hundirse. Por eso la cultura debe ser, en última instancia, lo que salva al hombre de su hundimiento, una salvación que no debe ser "excesiva" porque "el hombre se pierde en su propia riqueza, y su propia cultura, vegetando tropicalmente en torno a él, acaba por ahogarle".

La víctima inmediata del anacronismo cultural en las dos novelas es la tierra, en este caso la región fría del estado de Chiapas, tierra espoliada por la conquista a la cual el criollo finquero ha unido un valor exclusivamente pragmático, frente al carácter sagrado que ésta reviste para el indio. La interpretación de ambos valores, el pragmático criollo y el religioso indígena, si una vez fue válida resulta en el presente anacrónica y de aquí inhumana, puesto que el hombre es un ser temporal que se da en un tiempo histórico

determinado. En esta desorientación cultural la tierra es asolada, y las cosechas, cuando las hay, el fuego las destruye. La naturaleza padece en vano dolores de parto que el odio torna estériles. Pero la tierra, agazapándose en sí misma, se venga a su vez, embrutece al hombre que de ella abusa, o le somete a sus ciclos misteriosos.

La relación hombre-tierra es solamente la manifestación de un problema cultural de relaciones humanas mucho más hondas y de trágicas consecuencias. El hombre ha proyectado sobre la mujer similar concepto de propiedad, ésta ha sido evaluada no en su realidad humana personal, sino en su capacidad productiva, bien de hijos varones, bien de placer. A este valor pragmático la mujer ha respondido en forma similar a la tierra, sometándose unas veces, negándose las más a producir lo que el hombre de ella espera: el amor y la perpetuidad en el tiempo. La evaluación tierra-mujer tiene sus más crudas manifestaciones en las relaciones entre indios y blancos. Mientras que el criollo finquero impone, por un lado, su enorme apetito sexual sobre la mujer india, regando las rancherías de bastardos; el indio, por su parte, violará a la mujer blanca como venganza, atacando así el cimiento del andamiaje cultural del patrón.

Por las novelas, *Balún-Canán* y *Oficio de tinieblas*, desfila una larga procesión de mujeres abusadas cuyas vidas son la encarnación de un fracaso cultural. Rosario Castellanos ha tomado a sus mujeres en situaciones límites, vidas hechas, condicionadas por las convenciones y ritos del grupo. El instinto por sobrevivir dentro del marco social establecido predomina sobre todo lo demás. La mujer ha aceptado, por múltiples razones —comodidad, abulia, degradación— el papel y el perfil que para ella el hombre ha diseñado apoyándose en la economía y en la religión. Todas estas mujeres, indias y criollas, están marcadas por el desamor, el cual con frecuencia lleva al odio, y termina envenenando las relaciones humanas haciéndolas estériles.

Ambas novelas presentan similares estructuras en la distribución de los grupos humanos, si bien en la primera domina el ambiente rural, dándose un mayor equilibrio entre lo urbano y lo rural en la segunda. *Balún-Canán* es la novela de Comitán, pueblo de rancheros, y Chactajál, ranchería de indios, propiedad de César Argüello. Aun cuando la voz narrativa de la primera y tercera parte de la novela es una niña, el centro lo ocupa la imponente figura del finquero. En la primera página aparece ya el concepto del hombre interpretado por la niña como el dios familiar:

No soy un grano de anís. Soy una niña y tengo siete años. Los cinco de la mano derecha y dos de la izquierda. Y cuando me yergo puedo

mirar de frente las rodillas de mi padre. Más arriba no. Me imagino que sigue creciendo como un gran árbol y que en su rama más alta está agazapado un tigre diminuto.

La madre, Zoraida Solís —es curioso el nombre árabe— tipifica a la mujer criolla pobre, a quien las necesidades económicas han llevado a casarse con el último de los Argüello. Todo cuanto esta mujer aporta al matrimonio es la honra, fruto de la virginidad fisiológica, no de la virtud. Apoltronada dentro de la casa del hacendado, ha desarrollado hasta la plenitud su complejo de mujer de harén. Su único objetivo en la vida es la cría de sus dos hijos, en particular la del varón; no de su educación puesto que ésta ha sido encomendada a la nana india y a la escuela de la señorita Silvina, donde según la niña, "nadie ha logrado descubrir qué grado cursa cada una de nosotras". Mientras el esposo, César Argüello pelea con las faenas del rancho y los indios, ella dormita y en un largo monólogo pasa revista a su vida:

Cuando César Argüello se fijó en mí y habló con mi mamá, porque tenía buenas intenciones, vi el cielo abierto, Zoraida de Argüello. El nombre me gusta, me queda bien. Pero me daba miedo casarme con un señor tan alto, tan formal y que ya se había amañado a vivir solo. Porque no se le conocían queridas. Queridas de planta, pues, formales (...) y cuando me casé estaba yo joven, era yo regular. Después me vinieron las achaques. Me sequé de vivir con un señor tan concentrado y tan serio que parece un santo entiero (...) Para que yo deje que se acerque todavía tiene que rogarme. No sé cómo hay mujeres tan locas que se casan no más por su necesidad de hombre (...) Gracias a Dios yo tengo mis dos hijos. Y uno es varón.

Figura paralela a esta de Zoraida es Juana, esposa del indio Felipe, líder de los indios de Chactajál. Juana vive también perdida en un mundo de ensueños y miedos. Angustiada por la esterilidad de su vientre teme ser abandonada por el esposo. Es interesante hacer notar que en ambas culturas hay una simbiosis de santos y brujos íntimamente relacionados con la fertilidad:

Juana no tuvo hijos. Porque un brujo le había secado el vientre. Era en balde que macerara las hierbas que la aconsejaban las mujeres y que bebiera su infusión. En balde fuera, ciertas noches del mes, a abrazarse a la ceiba de la majada. El oprobio había caído sobre ella. Pero apesar de todo Felipe no había querido separarse. (...) Ella, porque era humilde y le guardaba gratitud, pues no la repudió a la vista de todos, sino en secreto, callaba. Pero temía a este hombre que le había devuelto

la costa, amargo y áspero como la sal, perturbador, inquieto como el viento. Y en lo profundo del corazón, en ese sitio hasta donde no baja el pensamiento, ella deseaba que se marchara otra vez. Lejos. Lejos. Y que no volviera nunca.

En el rancho Palo María, vecino a Chactajál, las hermanas Argüello, incapaces de hacer frente al mundo de valores masculinos, terminan por destruirse y separarse: A Francisca, la hermana mayor, figura naturalista, el medio ambiente cambia su condición femenina en una especie de doña Bárbara. Romelia, estéril, separada del esposo, eterna hipocondríaca, y Matilde, la más joven de las tres. De todas las mujeres de *Balún-Carán* es Matilde, por su decrepita juventud, quien más compasión inspira y quien tal vez pudiera haberse salvado de no haber sido los prejuicios de una clase social en bancarota. Los malos tratos de la hermana mayor, Francisca, el hambre de amor y el deseo sexual la llevan a Chactajál, en donde temporalmente reside el primo bastardo, Hernesto. Matilde se entrega a él, pero los remordimientos y el complejo de clase mutilan su naturaleza, la impiden el gozo y le arrastran a la autodestrucción. Después del encuentro sexual con Hernesto, Matilde se pregunta:

Es horrible, me da náusea sólo al recordarlo. ¡Cómo pudo suceder, Dios mío! No, no puede ser pecado. Pecado cuando se goza. Pero así. En el asco, en la vergüenza, en el dolor. (...) Se amaron como dos bestias, silenciosas, sin juramento. El tenía que despreciarla por lo que pasó. Ya no podía encontrar respeto para ella. Matilde se lo había dado todo. Pero eso un hombre no lo agradece nunca, eso se paga profiriendo un insulto. Las cualesquiera retienen a los hombres sólo mientras son jóvenes. Y Matilde ya no lo era. Otras mujeres esperaban su turno y serían menos torpes que ella fue.

Las formas y convencionalismos han substituido a la esencia misma de la sociedad, han creado un lenguaje monstruoso, superior a las realidades que refiere. Matilde, víctima de esta tiranía, se hunde. Intenta el suicidio ante la perspectiva de un hijo ilegítimo del bastardo. Pero se le niega la muerte y el aborto es la única solución viable ante la inminente vergüenza.

Comitá se desintegra en muerte, porque de muerte es la semilla sembrada en el corazón de Comitán. Chactajál arde; el fuego arrasa la alegría de la cosecha. Hernesto es asesinado. Matilde desaparece. Mario, el primogénito de los Argüello, muere del hechizo de los brujos. No es, pues, extraño que la autora, arrastrada por el impulso interno de la novela, la concluya con el Día de Todos los Difuntos:

Un largo viento fúnebre recorre ululando la llanura. De todas las rancharías, de los pueblos vecinos bajan grandes recuas de mulas cargadas para el trueque de Todos Santos. Los recién venidos muestran su mercancía en la cuesta del mercado y las mujeres acuden a la compra con la cabeza cubierta por chales de luto.

Este viento de muerte pasa a *Oficio de Tinieblas*, se arremolina y agranda, adquiriendo una definida importancia nacional que abarca gran parte del estado de Chiapas. En la narrativa la tierra sigue funcionando como la manzana de discordia entre los dos grupos raciales, indios y criollos. La mujer acentúa su condición de exponente humano del fracaso de los valores culturales de ambas razas. De ahí que por encima del tono lírico de la novela, el cual la autora establece con la leyenda maya-cristiana de San Juan el Fiador, que presenció la creación de los mundos, predomine el tono trágico humano, tono que Rosario Castellanos establece inmediatamente con la descripción de la india Catalina Días Puiljá, "apenas de veinte años, pero ya reseca y agotada", cuyas entrañas no responden a los sagrados sortilegios de los adivinos, "y su luna no se volvió blanca como la de las mujeres que conciben, sino que se tiñó de rojo como la de las solteras y de las viudas". La esterilidad física y espiritual conducen a Catalina a buscar sentido a su vida en el misterioso mundo de la religión maya. El odio al hombre es principal motivo en su intento por resucitar los antiguos ritos. El odio culmina cuando durante las ceremonias del Viernes Santo entrega al sacrificio de la cruz a su hijo adoptivo, el mestizo Domingo, hijo natural de la india Marcela y el finquero Leonardo Cifuentes.

La novelista vuelve a establecer su taller narrativo en dos poblaciones: la urbana, criolla, en Ciudad Real y la indígena, maya, en San Juan de Chamula. Los conflictos del agrarismo, apenas embozados en *Balún-Canán*, se extienden aquí, ya, por toda la región fría de Chiapas. Rosario Castellanos, más que individuos, maneja en ésta su segunda novela masas. El individuo ha quedado desplazado por el tipo. Paralela a Zoraida, aparece en *Oficio de tinieblas* la rica criolla Isabel Zebadúa, esposa de Leonardo Cifuentes. En una entrevista con Julia la Alazana, querida de Cifuentes, Isabel resume la posición de la mujer en la sociedad criolla: "No entiende —le dice a la Alazana— que las mujeres no nacimos para vivir solas ni arrimadas. Poco valemos sin el respeto del hombre". Y el hombre en Ciudad Real está representado por este Leonardo Cifuentes, cuyo apetito sexual no se satisface con el coto criollo, sino que necesita del mercado de indias que la alcahueta Mercedes Solórzano le proporciona.

La mujer criolla, al igual que la india, vive perdida en una mitología de ritos y palabras aceptada incondicionalmente porque le ofrece un soporífero a la vez que una garantía en la continuidad del sistema. La novelista usa a la mujer capitalina, Julia la Alazana, como superficie en la cual se espejan los valores criollos. En la casa de la querida de Cifuentes se reúne lo más granado de las familias coletas, y allí, entre cuchicheos y medias palabras, las almas se van desnudando, los abcesos se revientan y dejan que el pus corra al hilo de la conversación, la cual generalmente versa sobre el binomio hombre-dinero. Ambas realidades se desdoblán en una interesante gama de matices:

El hombre. Padre, dios distante y arbitrario.

El hombre. Sacerdote. Confidente de las torturas eróticas femeninas.

El hombre. Esposo. "El colmador. El que guarda para tus ansias placer, para tus vacíos fecundidad. El va a colocarte en el rango para el cual está destinada. Si el esposo no llega, niña quedada, resignate, cierra el escote, baja los párpados, calla. No escuches el crujido de la madera en las habitaciones de los que duermen juntos; no palpés el vientre de las que han concebido; aléjate del ay de las parturientas".

Por otra parte, el dinero es: "la dote con que el padre quiere cubrir una fealdad excesiva, o remediar una virginidad maltrecha". El dinero es también: el litigio de los herederos, el palenque, la querida, la casa de prostitución, etc.

Las dos novelas de Rosario Castellanos van más allá de lo puramente indigenista, de lo local; tocan unas de las fibras más sensibles del mosaico cultural mexicano —y de toda otra sociedad, por extensión: el establecimiento a perpetuidad de unos valores como normas rígidas de conducta, cuando en realidad sólo debieran ser accidentes temporales. Estos, a la postre, han crecido en tan desmedida proporción que han terminado por hacer que sus seguidores pierdan la verdadera perspectiva de la realidad y del tiempo en que viven.

Oficio de tinieblas termina con una leyenda simbólica que la nana india cuenta a la joven Idolina: Catalina Díaz Puiljá, la ilol maya, "tuvo, para espanto de todos, un hijo de piedra". Ambos, madre e hijo, devoraban los primogénitos de cada familia. Los brujos convencieron un día a la ilol que envolviera al hijo de piedra en un chal y "el hijo de piedra en cuanto estuvo envuelto en el chal, ya no pudo moverse ni vivir. Y la ilol, desesperada, se quebró la cabeza contra la materia que se iba desmoronando".

EL "TU" EN LA POESIA DE JOSE LUIS RODRIGUEZ ARGENTA

Por Ana Ma. FAGUNDO

TODA la poesía de José Luis Rodríguez Argenta es una búsqueda del "tú" solidario y comprensivo en cuya compañía el poeta basa su más ansiado sueño humano y creador. Desde el primer libro, *La potestad del alfarero* (1967) hasta el reciente *La grieta* (1978) pasando por *Las águilas desnudas* (1969), *La nada que me une* (1973) y *La infancia y la violencia* (1976), esta búsqueda adquiere distintas características dentro de su constante presencia como motivación esencial de cada poema. Ese ser humano a quien el poeta necesita perentoriamente encontrar para sentirse colmado en su devenir existencial no es, ni más ni menos, que la mujer. La mujer que es la razón del decir poético y del estar humano de José Luis Rodríguez Argenta. El poeta busca en realidad a un ser humano afín, en cierto sentido, a su misma forma de percibir el universo; un ser humano que sea capaz de ahondar en la maravilla de la naturaleza, en la armonía del espíritu, en la esperanza de Dios. Porque hay que decir que la poesía de Rodríguez Argenta tiene una irremediable vocación cristiana en su sentido más amplio. Es una poesía fundamentada en el amor hacia todo lo hermoso y lo noble; una poesía que si admite el desaliento a veces, no se deja nunca ganar por la total desesperanza. En última instancia es la palabra poética, mágico retumbar de Dios, la que salva todas las posibles muertes y vacíos.

La necesidad del otro ser humano que le acompañe es fundamental desde el primer libro del poeta salmantino. El amor aquí y ahora es la máxima dádiva que puede recibir el poeta que se manifiesta como un hombre solo en el universo. La aspiración más constante de esta poesía es encontrar el amor único e ideal por medio del cual se logre mitigar la soledad existencial:

Te sueño ahora en las valientes dunas;
tu soledad, tu frente que surge como un horizonte
en las calles, en los despachos, en las muchedumbres,
en mi soledad de cada instante oculta entre la gente¹

¹ Rodríguez Argenta, José Luis, *La potestad del alfarero*. Madrid, Editora Nacional, 1967, pág. 17.

La sensación de soledad que se advierte a través de todos los poemarios hasta ahora publicados por Rodríguez Argenta no es, en definitiva, otra cosa que una percepción sobrecogedora de la nada. Y es sobrecogedora porque el poeta salmantino la percibe aún en los momentos en que podría sentirse, quizás, acompañado:

Amanece y mi nada se apiña con la nada de todos²

Y porque esta sensación de la nada es tan intensa el poeta busca la presencia confortadora del amor; del amor hombre-mujer y del amor en su más amplio sentido:

es la mano la que es necesario crispar
con otra mano porque es el alma la que busca su hermandad.³

Se trata de la hermandad que busca todo ser humano y también de la hermandad particular del poeta porque como bien dirá más adelante: es mi alma la que busca su hermandad.⁴ Poesía la de Rodríguez Argenta hondamente humana y solidaria, apasionada y tierna:

el encuentro con otro caminar,
con otras cejas que se alzan y reposan,
con otros ojos hermanos pensativos,
con otra ilusión igual que me comprende⁵

Ese amor humano que el poeta necesita apasionado y espiritual difícilmente llega a ser posible porque aún en los momentos en que parece a punto de conseguirse termina esfumándose. Muchos poemas a través de su obra recogerán los estados anímicos que se producen a consecuencia de esas pérdidas amorosas. Y aunque el poeta transforme en poesía su sentir, sin embargo, la poesía no parece ser razón en sí misma para la existencia:

Decidme:
dónde está el cáliz esperado de esperada flor,
dónde está la esperada gota de rocío,
dónde está la dulce razón para la crin
/airada de cada paso diario contra las piedras⁶

² *La potestad del alfarero*, pág. 17.

³ *Idem*, pág. 21.

⁴ *Idem*, pág. 21.

⁵ *Idem*, pág. 112.

⁶ *Idem*, pág. 116.

La única razón existencial que el poeta salmantino propone para el "paso diario" es el amor, el tú reconfortante que acompaña la soledad del ser humano en el universo. *La potestad del alfarero* es el contacto concreto y humanísimo con su propio barro; entrañable comunión con otro ser.

En *Las águilas desnudas*, segunda entrega poética de Rodríguez Argenta, el amor espiritual y apasionado que el poeta necesita para hacer frente a la nada de la existencia parece como si, a ratos, fuera posible:

Cerca,
así, hermanamente así, infinitamente así;
ojos míos con aristas quebradas, azules, verdes, negras.

Suaves mejillas, doradas
mordidas,
que me alientan;
tú, tú, tibia falda, yerba
mía que remansan mis ardientes manos.⁷

Pero estos fugaces destellos de un "tú" conseguido se borran rápidamente y el poeta vuelve a estar en la soledad más radical. Es entonces cuando la necesidad de Dios se hace más dramática y el poeta se lamenta de lo que se le ha hecho a él y a la humanidad:

Señor; me has olvidado, me has perdido.
Señor, nos has dejado, solos, aquí, llenos de amor
sin comprenderlo
como los tejados florecidos de abril.⁸

El amor —ese anhelado "tú" confortador— sería la manera de mitigar la soledad esencial que Rodríguez Argenta siente es fundamental atributo del hombre, pero ese amor es, por lo menos a través de la poesía, siempre inconseguible. El tema primordial de todo el quehacer lírico del poeta salmantino se manifiesta en el libro que ahora comentamos de una manera más honda y conmovedora pues el lenguaje tiene en este libro una fuerza que llega al lector. Es un lenguaje que tiene la frescura y la pujanza del paisaje, de la naturaleza, que tanto parece amar el escritor. Tanto los estados espirituales como los apasionados que tan entrelazados están en Rodríguez Argenta, se describen mayormente a base de símiles y metáforas de la

⁷ Rodríguez Argenta, José Luis, *Las águilas desnudas*. Barcelona, Carabela, 1969, pág. 31.

⁸ *Idem*, pág. 38.

naturaleza: "esta airada tierra mía, esta roca batida y tosca de mi alma";⁹ "tus ojos me llegan como bosques"¹⁰ "estoy abriéndome con la mirada herida porque me faltas como un racimo más de mi tronco".¹¹ La carencia o ausencia del ser amado es una suerte de desgajamiento que sufre la naturaleza, la tierra ardiente y a punto de entrega que es el poeta. La ilusión del ser amado que se evoca es la armonía del paisaje: "aquí te estoy creando, donde los sueños de nube, donde el sabor a pino".¹²

Esta segunda entrega poética de Rodríguez Argenta lleva una cita bíblica como su primer libro y todos los hasta ahora publicados. La cita de *Las águilas desnudas* viene del Antiguo Testamento, del libro de ese gran sufridor que fue Job. El texto citado alude a la actitud alerta de las águilas, es decir, del alma desnuda que busca insistentemente cualquier indicio de solidaridad para que el yo no sea un ser solo en la nada del mundo sino un ser acompañándose con la soledad de otro ser, dos soledades en uno que diría magistralmente Blas de Otero.

Solidaridad con un "tú" ideal es lo que Rodríguez Argenta ansía en sus dos primeros libros; en su tercera entrega, sin embargo, esta solidaridad se amplía para incluir el vosotros explícitamente:

He venido a traeros la nada que soy,
la nada de mis sueños,
la nada de mis ecos,
la nada,
la nada de mi amor, de mi locura y de mi olvido.¹³

Rodríguez Argenta no concibe su vida sin sentirse solidario con el mundo que le rodea y compartir con la humanidad a través de su poesía la nada existencial que el poeta siente como irremediable legado del hombre. Y, sin embargo, el poeta invoca a un Dios que no logra mitigar su soledad pero que está ahí, al final de todo su continuo buceo en el alma. Hay en estos poemas una profunda conmiseración hacia el hombre a quien el escritor ve —como se ve a sí mismo— desvalido en el mundo, sujeto como milagrosamente por una débil luz de esperanza en algún dios y asido frenéticamente al amor como única posibilidad de hacer el trayecto menos agobiante:

⁹ *Idem*, pág. 11.

¹⁰ *Idem*, pág. 44.

¹¹ *Idem*, pág. 53.

¹² *Idem*, pág. 18.

¹³ *Idem*, pág. 11.

La mañana fría, los árboles desiertos;
 los pocos hermanos
 que llegan, tempranos,
 a hacer frente al día, a la luz, a la nada
 que somos, encienden tabaco,
 conversan, caminan despacio.¹⁴

El poeta se siente parte de esa humanidad que existe a su alrededor pero sin expresar grandes alegrías ni júbilos por sentirse siendo. Asimismo, tampoco recogen estos libros que comentamos una angustia existencial extrema. La postura del poeta ante el dilema del ser humano, ser para la muerte, es entre melancólica y resignada y, quizás, a ratos, ligeramente esperanzada: "El aroma es lo que perdura en alguna parte/ como perdura el amor en el alma tras la muerte".¹⁵ Dios está en el fondo de esta poesía aunque, tal vez, demasiado difuminado o remoto para que sea una fuerza sustentadora de la búsqueda de este escritor.

A veces la presencia femenina logra mitigar, en este libro, la soledad pero es sólo un sentimiento pasajero; la nada se impone con una profunda melancolía:

Mi espera,
 la espera de llegar
 ¿adónde?
 el andar de nuestra vida parece sólo espera de la muerte¹⁶

El verso humano de Rodríguez Argenta se vuelve, si cabe, más entrañable cuando habla de la condición humana en *La infancia y la violencia*, cuarta entrega poética que ahora comentamos. Con este título se amplía la búsqueda de una posible solidaridad humana que haga menos difícil la andadura. Se había intentado a través del amor a un ser humano determinado, a través de un acercamiento al mundo que palpita alrededor del quehacer diario del poeta y ahora, éste, se acerca al mundo de los niños el único en que quizás se pueda ser feliz:

Llegar a los niños
 último recinto, última esperanza de paz
 de cada hombre y de todos los hombres.¹⁷

¹⁴ *Idem*, pág. 24.

¹⁵ *Idem*, pág. 28.

¹⁶ *Idem*, pág. 49.

¹⁷ Rodríguez Argenta, José Luis, *La infancia y la violencia*. Barcelona, Editorial Vosgos, 1976, pág. 13.

La infancia es para el poeta la etapa feliz del ser humano porque "el amor está entero en la infancia"¹⁸ y es la infancia la que vence a la violencia que la vida nos depara: "llegar a esa agua viva de la infancia/ vence a la violencia que nos acaba".¹⁹ Los niños que aparecen en este libro entrañable y tierno son los artífices de un mundo armonioso y confortador para el poeta que llegará a decir con delicado acierto expresivo: "una paz de niños se me abría".²⁰

Y además del amor a los niños que es una manera de combatir la soledad del mundo puesto que, en cierta manera, se retorna a la infancia, en este poemario aparece ese "tú" confortador al que siempre aspira el poeta:

Todavía estoy impregnado de tu piel
del chirrido de tus sábanas rosadas²¹

Pero la soledad radical del escritor continúa pese a las presencias más o menos esporádicas de otros seres humanos.

En *La grieta*, el poemario más reciente de Rodríguez Argenta, es donde empieza a evidenciarse una actitud más esperanzadora del poeta frente al dilema existencial. Se reconoce la nada y la soledad pero se confía en un dios que siempre había estado latente en toda esta poesía y se confía, también, en la palabra poética como medio de acercamiento a las eternas verdades universales:

Sólo la palabra puede
más que el odio,
más que el instinto, más que la muerte
más que la tierra
más, más que la sangre.

Porque es la palabra, al final,
virtud de las virtudes,
milagro nuestro de cada día,
naturaleza tuya encarnada en nuestro barro.²²

En *La grieta* se recobra, como una luz, la esperanza y el poeta se acerca a Dios para reconocerse a sí mismo:

¹⁸ *Idem*, pág. 12.

¹⁹ *Idem*, pág. 13.

²⁰ *Idem*, pág. 20.

²¹ *Idem*, pág. 24.

²² Rodríguez Argenta, José Luis, *La grieta*. Editorial Turabo, Puerto Rico. 1978, pág. 121.

Nada soy sino el vaso,
ánfora abierta,
abierto barro para llenarse
del agua de tus lluvias²³

La búsqueda humana del escritor ha sido en realidad la búsqueda de Dios, o, dicho de otra manera, la búsqueda de la razón existencial, de esa clave que revele el misterio de la vida, del por qué del dolor, de la nada, del desconcierto, de la soledad. *La grieta* es, pues, la esperanza recobrada o, quizás, encontrada a fuerza de un continuado esfuerzo de búsqueda. La luz que en este último libro ha encontrado Rodríguez Argenta no es otra cosa que su propia revelación o, lo que es lo mismo, la contestación a tan larga y ardua y amorosa entrega humana por medio de la palabra poética.

²³ *Idem*, pág. 93.

LAS BEATAS

—ESTAMPAS PERUANAS—

Por *Gilda de ALVAREZ*

LAS beatas se dirigen al templo siempre presurosas, en menudo paso volador, rosario en mano, girando monótonas o aleteantes las yemas de los dedos sobre las redondas cuentas repasadas "Ad infinitum".

Las beatas pasan encorvadas, arrebosadas en mantas negras de cachemira sobre abrigadores mantones de lana, falda al tobillo, y así se difuman entre las sombras de las horas extremas.

Las beatas corren donde el Señor a demandar amparo para el caminante, para el navegante, para el alma bendita del purgatorio, rumiando en sus ágiles labios las oraciones que no son más que río que corre, por cuanto el agua es para correr.

Las beatas besan simbólicamente la tierra a la hora de la Eucaristía, con los brazos extendidos y los dedos en cruz en recuerdo de la ley Suprema de polvo eres. . .

Apenas con el clarear del día, afanosamente avanzaba una mujer de unos treinta años, abrigada desde la cabeza hasta las posaderas con un mantón que al ceñirse hacía que la falda se le abriera en rosetón, zapatos de media caña embarrados con el lodo de la lluvia. Entró por un viejo portón de calle a una casa de vecindad, cruzó el largo patio empedrado, tocó una de las tantas resquebrajadas puertas que se sucedían unas a otras y sin esperar respuesta ingresó:

—Buenos días nos de Dios, señora Anacleto. ¡Jesús! Como estaba todavía cerrada la puerta por el lado de su tienda me he tenido que dar la vuelta con un miedo de toparme con su dueño y casa. De la nada le caigo como ácido al agua.

—Entra y siéntate Paulita, ahícito. ¡An! . . . antes despiértamelo con un puntapié al sonso ese que está roncando debajo del mostrador. Bien que se hace el sueco de no oírme, desde hace una hora estoy desgañitándome y él ni las moscas. . . ¿Por qué vienes tan apurada? Seguro que te traes algo.

—Sí, traigo algo calentito —respondió entusiasmada después de cumplir con la orden y sentarse al pie de la cama—. Me han dicho que la esposa del juez Pantagua, ayer de madrugada, pretextando ir a misa; eso sí se lo puedo decir, ya que la veo pasar muy recatada una mañana sí y dos no, con éstos mis ojos que la tierra un día se los va a tragar.

—Apúrate, Paulita, anda al grano, me consume el comején de la curiosidad. Interesante está no más ya ¿y...? —dijo acuciosa Anacleta que pasaba de los cincuenta, sentada, también al borde de la cama en percutida bata de dormir, mientras balanceaba en el aire las piernas abrigadas con medias de lana tejidas al "tricot" y alisaba las trenzas, raya en medio, que le caían sobre el pecho de escasos senos en un cuerpo generoso de gordura, y a quien a la llegada de la visitante se le quitaron, por encanto, los bostezos no menos que las estiradas de miembros.

—Bueno... dizque llevaba bajo el sobaco un bultito... se cree de algo tiernito... se dice de su gatito nacido muerto —su fisonomía irradiaba gozo visible a la escasa luz de la puerta entornada.

—¡Jesús, María y José! Esa gente que no hará a los palpables ojos del Señor. Tanto permites, Cristo mío —exclamó Anacleta juntando las manos en oración, clavada la mirada en un crucifijo de un metro de largo que pendía de la pared de la pobrísima habitación de piso de tierra, mitad tienda, mitad dormitorio, dividida por un crudo caleado, en cendales por debajo y pegado por detrás a un andamio destartado. La mujer exigió— sigue, sigue, señora-cha... ¿y...?

—Quién le dice a usted que la Epifanía olió a cacho quemado y se largó pies pa que te quiero, y la siguió, para disimular, pasito a paso como la que ha perdido una prenda en el empedrado de la calle. ¡Mañitas no más pues! La señora Pantagua, dizque, mira que te mira, volteaba de cuando en vez toda quisquillosa. Claro, el pecado condena, y ¡zas! en llegando al basural, como da al río, lo botó el bultito y se largó al templo de Santiago.

—No te digo, Paulitay, lo que es esa gente vestida de oropeles ofendiendo al Señor así tan fríamente... Oye, palomita torcaza, tantéate en los aujeritos de la pared una aujita con su hilito, y como quien hace una obra de caridad, pégamelo un corchete a mi corpiño, mientras me visto. Mira, ay, este mi fustán de croché se me está perforando por todas partes. ¡Aij! —suspiró— Me estoy encegando así porque sí, debe ser por lo que lloro tanto. Dios pues me ha hecho susceptible, pero también me conforto con sus palabras: "Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados".

Y volviendo a lo anterior, me pregunto. . . ¿de dónde emanaría ese bultito que olía a gato muerto?

—¡Ay, Jesús, María y José! No se haga usted la caída del palto. Está pues a ojos vistos y paciencia que viene de ese enredito de la hija del juez con el capitancito. . . fulano, de ojos azules y bigotitos rubios. . . ¿buenmozo no? —por los oscuros ojos de Paulita cruzó una chispa de ilusión.

—A mí qué me va ni que me viene que sea como sea, a ti sí, porque eres todavía joven y chaposita, pero mejor digamos, agua que no has de beber déjala correr. . . Perdóname, corazoncito, que mientras me cuentas voy a sentarme, de lo contrario se me revienta la vejiga. Estoy tomando a pasto emoliente de cebada con peloy choclo, colay caballo y grama dulce y ni por esas se me quita la arenilla del riñón ni el rcuma de mi rodilla y en las noches siento un frío atroz. Me gustaría amañarme un perrito negro calato, de esos que pareciendo que tiemblan de frío están hirviendo de fiebre, para que me caliente los pies, porque por yapa de males, por otro lado, está condenada tos también me tiene jiba. Volvamos a lo anterior. ¿Sería seguro que la Epifania vería el bultito o sólo sacaría conclusiones?

—¡Mnnn! . . . Es pues de maliciar. Entonces, quien le dice a usted, el soldadito se había retirado de la noche a la mañana sin decir ni chis ni mus. Para mí, era casado.

—¡Ajá. . . ya caigo! Claro pues. . ., ahora recién deduzco atando cabos. . . claro, y el juez con su mujer. . . por miedo al escándalo. . . ¡Claro, clarinete! —advirtió Anacleta entre un merudo afán de arreglar en la cabecera del catre un maramágun de rosarios y escapularios. Dizque ya estaban en capilla con ajuar y todito listito. . . ¡Qué pena! Esos cachacos matrereros sabe Dios con qué mañas adquiridas en el cuartel hacen caer a las ilusas jovencitas. . . aunque ahora que me reconuerdo, no era tampoco el primero que se diga. ¡Ay, Paulitay! mientras tanto al Señor, ahí lo tienes clavado en la cruz ¡Cuánto sufres, Jesús mío con tu corazón llagado por las iniquidades de este valle de lágrimas! . . . Oigo pasos . . . ¿quién viene? si es el dueñoy casa dile que estoy muy enferma. —musitó Anacleta en voz apenas perceptible: al cabo soltando el aliento exclamó— ¡Qué susto me he dado! . . . dichosos los ojos que la ven, hermanita Orecnia. Apúrese. . . estamos comentando las atrocidades que hace la "jai lay".

La nombrada entró a formar el tercio y sin esperar invitación se acomodó al borde del camastro, único mueble disponible. A esa mujer, picada de viruelas la apodaban, la borrada o la fiera.

—A ver. . . a ver. . . ¿de qué se trata?

Al escuchar la noticia soltó Orenca una gruesa carcajada que no venía bien en hora tan temprana, luego abrió la boca al chisme —¿Será verdad eso? ¡Déjenme bien! Lo que yo traigo sí es la purísima verdad, como que nuestro padre es Adán. He sabido por correo de brujas que la mujer del Cornelio Pinto tiene una cosita, del que le dicen: "El ídolo de oro" desde aquel fabuloso tapado con que le pintó la suerte... ¿Recuerdan?... y dicho sea de paso, ella está gordota, rebosando salud, mientras que él está cada día más viejo, teclo, y para tocarse a la caja. El antimonio pues lo estará llamando a la tierra. ¡A qué no adivinan!... los hombres de mala fe la habían sabido piropear. ¡Hembra sabrosa, ricotona! toda vez que pasa y repasa por la esquina de la Merced, y eso a ella la baña de orgullo. Como se sabe el carcancha de su marido tiene un amigo de tú y vos. Dizque a ese fulano le dan desde angelitos fritos... ¡ja jay!... y esos cundas a espaldas del vejete se hacen caritas... ¡Ya me lo estoy imaginando!... ¡caray que chiste! —se dibujó una maligna sonrisa en el rostro picado de la narradora— ¡Jeh! ¿No les parece que el susodicho amigo le cae de perillas como pareja a la mujer esa? Y entre esos enredos, el negocio del Cornelio se va a pique, ya no le queda de rico sino el apodo. Se dice por otros rumores que los desposados están en combina... ¡claro, ella es una uta! le estará haciendo creer no más al marido. El amigo es pues, si no les dije antes, el contador de la Caja de Depósitos y Consignaciones. Recuerden —disparó con el índice tieso— como que dos y dos son cuatro, que a la vuelta de unos diñtas vamos a tener un desfalco.

—¡Ay, ella... pero ella! dejemos al hombre que con sacudir el poncho lo compone todo. ¿Qué clase de mujer será pues la del Cornelio? esa foránea advenediza. —Añadió Anacleto, con exagerado aire moralizador, a quien Paulita se le sumó con un asentimiento de cabeza, firmes los ojos en el perfil poco armónico de Orenca, de nariz pasada por un accidente.

—¡Ahora viene lo lindo! —continuó la cuentista sumamente gozosa en un constante batir de brazos. El marido, dicen, esto ya será parte de la combina o sabe Dios qué... viajó a la capital; cuando... quien les dice, que cayó del techo, como una araña, justito a la hora apropiada. ¡Achachau manjares!... dizque llevaba un revólver grandote, para descorazonar sería, de esos del tiempo de Nangué. Bueno, se sabe que el tercero en el jaleo muy frescamente se había chantado la camisa de dormir del Cornelio y se la había reventado por el fundillo... ¡ja... ja! Y el viejo macuco y corrido, pues el diablo más sabe por viejo que por diablo, le presentó al contadorcito o contadorzote, tranquilazo, un papel se-

llado y lo obligó a firmar un documento. . . nada menos diez mil chinchines en platita de nueve décimos, contantes y sonantes, pagaderos en un mes, a lo sumo.

—Con esa cantidad quedará tapar su honra mancillada, igual que el gato su inmundicia. . . ¡Atatau qué asco! —profirió Anacleta.

—¡Jesús María y José. . . me desbautizo! —se santiguó Paulita cubriéndose el rostro que se le puso grana para preguntar algo confundida. ¿Cree usted siempre pasarían por ese prohibido misterio?

—Cómo sería pues. Voy a averiguarlo para mañana, o a lo mejor estarían en preámbulos todavía. Miren qué cabeza tengo, eso sí se me escapó cuando hablé con su cocinera.

—¡Cómo una va a saber eso, Jesús! —concluyó Anacleta para pasar de inmediato al muchacho de diecisiete años, que en ese momento se desperezaba y rascaba los rollos de los costados entre un nido de harapos que le servían de cama, sin que le importaran ni los comentarios ni los chillidos de má Cleta. So sonso, todavía no has abierto la tienda, ¿y a qué hora vas a prender el brasero? estarás pensando que cuando el sol llegue a tu ombligo. Te dije ayer que guardaras para la mecha el pedacito de enjundia después que la usé en mi emplasto. ¡Cuidadito no más que te la haigas tragado! ¡Aya-yay! si no te apuras te caerá el zurriago al lomo, lo que le cayó injustamente a Nuestro Señor. . . ¡Apúrate! . . . después te vas donde el compadre Olito. . . ¿me estás oyendo? . . . le dices, mi madrina, la señora Cletita, su comadre, me manda a que le fie hasta más luegoito, seis bollitos de chocolate, dos reales de pan mundial. . . y un cuartito de aguardiente. . . y un mollete. Escoge, pesa pesando, es para ti sonso traga!dabas. . . y si hay lugar, digo si está de humor le tanteas una yapita de azúcar moscabada. . . y me la guardas. ¡Cuidadito no más, vayas a estar mordisqueando los filitos del chocolate! ¡Mañoso, por demás eres! ya sabes que por cada mordidita te cae un lapo o te arrimo un pellizcón en tu oreja. ¡Oy! . . . ¿me estás oyendo? . . . después mides diez jarros colmados de agua en la chocolatera de barro y me haces esperar hervidito, listito. ¡An! . . . no dejes de lavarme el molinillo que ayer estabas lamiendo. ¡An! . . . me estabas haciendo olvidar, a modo de descansar, te das una barridita al suelo después de regar para que no se levante la polvadera, y después, gotitas no más derramas del aguita bendita de aquel frasquito, no es necesario que gastes en tu cama. De paso que barras, búscamelo por toditos los rincones el herraje que adrede sacaste de la puerta de la tienda. Sonso, sietesue!as, desde ahí nadie compra ni una taza de chocolate como antes. Todo el perjuicio que me haces por ser tan buena. No vas a tender mi cama, porque tú

de puro malvado me lo haces ir el sahumero, ni que el incienso y la alhucema me recogiera del aire; y hasta tienes la lisura y el atrevimiento de hacer caer de mi almohada el escapulario de la Mamita del Carmen. Sonso, debes de saber con esa tu cabeza de marlo que sin eso uno se va de lleno a condenar. ¿Entiendes? . . . ¿me estás oyendo? —por respuesta apenas se oyó un gruñido bajo. A todo lo largo de la letanía las dos mujeres escucharon sin chistar, si apenas cambiaron algunas miradas inocuas.

—Yo lo que es —dijo Paulita dulcemente en un afanoso besar de su escapulario color carmelita que extrajo del pecho con sumo cuidado— me lo adoro, es mi reliquia mayor, aunque viejito le durará todavía la bendición. . . ¿o se le habrá gastado? Dizque por otro lado, si uno se muere sin el escapulario a ras de la carne la Virgen no lo saca de las llamas del infierno ni a cañones. Aís le entendí a mi otro padrecito confesor. ¡Aij! —le brotó un suspiro— ¡Qué buenito era! hay que ver, más buenito que tantos. Siempre sabía perdonar cualquier pecado. . . claro. . . veniales. . . ya se están sonriendo para sus adentros ¿no. . . ?

—Picona es esta Paulita. Dejémonos de cosas, señoritas, patitas con ají a la iglesia —de nuevo soltó la lengua Anacleta. Por culpa de ese sonso perezoso no me he dado cuenta si ha dado la segunda o la tercera repicada llamando a misa de cinco y media. Qué diría el párroco si no comulgamos en esa misma y si no oímos la segunda que va a ser deaconada, aunque es tan larga. Creo va a cantar el padre Provincial de San Francisco. No nos olvidemos de pedirnos estampitas con indulgencias, porque la vida del alma es eterna.

—Ojalás nos diera con indulgencia plenaria. . . ¡qué lindo sería!

—Esta Paulita es más sabia que las musarañas —sonrió Anacleta.

—¡Qué chancista! —expresó la aludida.

—Salgamos una por una —sugirió Orenca. Al párroco le hierve la sangre de vernos juntas. En días pasados no más, cuando fui a tocar el melodio me dijo, entre chanzas y adrede, agarrándose su cabeza pelada como una calabaza —¡Dios nos libre de una reunión de beatas, no hay diferencia con un aquelarre!

—¿Y qué tanto tiene qué decir, acaso los curas también no tienen raboy paja? —refutó Paulita, algo dolida— lo que pasa es que se cuida de nosotras. Oigan. . . una vez. . . dicen. . . No, no, ¡Santísima Trinidad! sea mi boca un sepulcro, de lo contrario la penitencia sería terrible —se hizo una cruz en la boca para luego proseguir. Todavía no he cumplido con los rosarios de la semana pasada, mejor me pondré al día. . . siempre es bueno estar con

el alma limpia. Una no sabe en qué momento dobla la esquina, y después de ser tan adiosada no sería justo ir de pasto de Lucifer. Señorita Orenca, usted que es letrada, ¿qué es eso de aquellarre? así de pálpito no me cae bien.

—No sé a ciencia cierta —respondió la interpelada, algo grave con aires de superioridad. Cuando lo vea al canónigo Fuentes se lo voy a preguntar, ¡quizás sí, quizás no! a lo mejor me pongo como un tomate; pero más creo que el padre se ha inventado la palabra para herirnos, porque de por sí suena feúca. . . ¡Ah! enantes que Paulita hablaba de confesiones, quise declararles cómo yo siempre digo: He oído o me han dicho. Ustedes hagan lo mismo, aunque cuando yo lo hago el cura se sulfura y brama: No quiero saber lo que te han dicho ni lo que has oído, quiero tus propias culpas. A fin de cuentas termino sin ninguna, si vamos a ver. Luego con una cruz que me echa de mala gana, ya estoy absuelta.

—Es la purísima verdad —asintieron las escuchantes; mientras tanto Anaclea se trasladaba delante de la estatuilla de San Antonio que posaba en una repisa puesta a los pies del Crucifijo. De entre un juego de estampas apoyadas contra la peana del santo tomó unas cuntas de su predilección, luego de besarlas entre musitaciones y confidencias con ellas se dio media vuelta para continuar. Nosotras sólo hablamos de lo que oímos y de lo que nos dicen; pero también es verdad que antes que muchas devotas estaremos en el paraíso.

Estaban a punto de partir, mas Paulita tras una oteada a la calle detuvo a Anaclea por el brazo, quien instintivamente se puso a salvo detrás de la puerta, jugueteando sus biliosos ojos por una de las rajaduras, entre susto y coraje, para luego expresar —Gracias Paulitay, me has ahorrado una colerina al evitarme el encuentro con el Sinforoso. ¡De este sifilitico ambicioso me río en sus barbas! Felizmente la ley no lo ampara, y él está en un gastadero de saliva con la cantaleta del desahucio desde hace cuatro años. Y qué es pues lo que le debo a cuatro pesitos por mes por esta tienda y por remate salada y embrujada. Les doy mi cuello que nadie se la arrendaría. ¡Aij! felizmente ya pasó. Tóquenme el corazón, se me va a salir. ¡Jesús. . . Jesús! Ahora sí hasta luego. Nos veremos aquí al terminar la misa. . . Pero, ¿qué es de mi devocionario? . . . ¡Ah. . . ah! . . . aquí está. . . Como viene a colación les contaré, la última vez, en el sermón de la noche, la Carolina, que siempre me está toreando, me lanzó una sátira en medio del rezo: Señora Cletita —me dijo— su misal está de cabeza, y yo sin pensar que estaba en la casa del Señor la mandé a rodar: ¡Váyase usted a la eme! La que sabe leer lee de cualquier manera.

—¡Buena largatina! —explotaron las risas.

En cumplimiento de lo acordado el grupo se hallaba de nuevo en la tienda, en cuyo andamio de desmantelados anaqueles posaba una variedad de botellas vacías, en su mayoría verdes. Pendía además, de uno de esos anaqueles un haz de velas delgadas, junto al que había una palmatoria de metal amarillo apenas con un cabo de cera. Completaban la baratija comercial, un frasco de boca ancha con algo de ají seco y otro con airampo.

Las mujeres se acomodaron en un banco sin respaldo, protegidas de las miradas de la gente, mejor dicho al amparo de la puerta, luego se dieron a los comentarios. Anacleta, después de preparado el chocolate, les sirvió una a una, soplando el vapor de la marmita que descansaba sobre el brasero puesto ahí en el umbral para abrir el apetito a los transeúntes. Entre gruesos sorbos comenzó Orenca —Les contaré que a la mujer del Carrasco le falta una nadita, o a lo mejor ya habrá parido.

—Firme como un queso, yo creo que ese crío no es hijo de él. ¿No es acaso, señorita Orenca, como lo habíamos comentado? a mi manera de ver él ya no sopla —alguna reminiscencia de tiempos pasados encendió las mejillas caídas de Anacleta que para disimular se puso a repartir, con pulso tembloroso, a una copa de licor por taza, mas al chorrearle de la botella unas gotas, las lamió para concluir con un chasquido de gusto— ¡Qué bien cae una rosella por la mañana!

—Resultará un anticristo. ¡Santo Cielo! —Paulita interpelló. Esos que nacen así, si son hijos de padre verdadero, dizque resultan de ideas adelantadas, de moral corrompida y que hasta se atreven a estudiar la Biblia en lugar de creer a ojo cerrado. . . o de no, se dedican a cosas cochinas y maléficas y se habían sabido llamar químicos. Dizque esos suelen preparar sardinas de cartón, papel lustrina de trapos viejos, también dizque fabrican perfumes de lo que obran los pájaros y hasta de lo que mea el zorrino.

—¡Poff! No hablen de esas porquerías me va a dar náuseas —prorrumpió Orenca. Mi chocolate está rico y calentito con su puntito de trago.

—Muy bueno para quien madruga. ¡eh! —añadió Paulita— ¡Yaaa! . . . por qué estarán reduciendo tanto el pan esos ladrones de los panaderos. Quieren apercollar el dinero de la nada, esto es purito fermento; ya no hay los de antes, bien duroncitos que hasta calientes le daban a uno empacho. . . o se le prendía a uno un dolor en la boca del estómago y no se le quitaba ni con mate de manzanilla ni de toronjil.

—¿Qué nos traerá la Epifanía? . . . viene afarolada por demás...

llega a trancazo limpio —advirtió Anacleta al atisbar la calle en una de sus idas al brasero.

—¡Ay... ay... Santo Cristo! Nos hemos metido en camisa de once varas —la mujer en cuestión era famélica de flaca, tal que al azotar sus alambrados dedos de cárdenos nudos producían un clac clac de huesos. En su cara magra y manchada se destacaban profundas líneas que se dirigían verticales de la nariz hacia abajo; no menos profundas eran las patas de gallo, y en el ojo izquierdo lucía un irritado orzuelo forunculoso. Era del mismo talante que las anteriores; de edad madura, pero menor que Anacleta. Bramaba, energúmena, ante las tres mujeres que al golpe de gracia se pusieron lívidas. Alguien nos ha delatado al párroco eso de la carta... ¡Achachau! a la criatura recién nacida, el padre ¿me entienden? el que podría ser su padre, la había botado a la entrada del Asilo de Huérfanos, y a la parturienta le había arrimado una pateadura del siglo. Ahora dicen, que ella está batallando entre la vida y la muerte con fiebres puerperales, que el párroco se ha pasado días enteros en arreglar el embrollo, y que el marido estaba como león en jaula. Para mí, señora Cletita, sin poner mientes, no es otro más que su sonso. La carta la mandamos llevar con él y nada más que con él; que conste que yo solamente le mostré la dirección de la casa.

Orencia advirtiendo lo que se le venía encima cambió de color —de pálido a verde. Yo les dije... ¡mejor no! y ustedes erre que erre me urgieron a escribir. Mandado no es culpado.

—¡Ajá! en ese caso yo también diría, mandado no es culpado —arguyó la del orzuelo. Mientras se oían los cargos Paulita se sobaba las manos en ovillo.

—¡Bueno, bueno, no es hora de averiguar ni quién ni cómo! Todas estamos en la baila, ¡no hay más remedio! —levantó la voz Anacleta, luego se concentró por un momento, mirando la punta de sus zapatos rotos, para proseguir. Paulita, con el pretexto de darle su desayuno llámate al sonso, despacito, sin despertarle sospechas; estoy segura que está mangansoneando en el patio con los mandados de la faramalla hija del dueñoy casa. Por una migaja de pan le sirve a pie juntillas. Son soy cuernos, candil de la calle y oscuridad de la casa... le he dicho, sin despertarle sospechas, porque en lugar de ángel de la guarda tiene un conejo que le avisa cuando tiene que caerle la chancaca. Y tras, échele la aldaba a la puerta, eso sí con cuidadito, no se me vaya a caer mi ramita de ruda que me guarda de las brujerías. Así le vamos a zurrar para escarmiento, de por vida, hasta que vomite la verdad para saber a qué atenernos con el cura —Anacleta golpeaba una mano dentro

de la otra, mientras en la cara le empezó un tic de mandíbulas y los ojos azafranados se le llenaron de cólera. No sería dable tamaña traición desde que lo aguanto diecisiete años, dándole de comer y de vestir, sea en peste o en bonanza, apretándome la barriga por uno que recogí de en medio de la calle, de pura caritativa; después de esto lo voy a mandar a Ceuta.

—Pero... ¿las cuatro?... mejor Ud. solita; malo que bueno es su criado.

—No venga con paños tibios, señorita Orenca —se irguió Anacleta pesadamente y abandonó el banco. ¡Qué criado ni ocho cuartos! al que falla, sin consternación, hacerle pagar caro el precio de su ingratitud... y todavía, lisura y desvergüenza ¡a quién le fue a chismear...! al párroco, ¡no se me cocina!

Pocos minutos después, el muchacho de baja estatura, gordura fofa, ojos diminutos, descalzo, vestido con un mameluco bolsudo, brillante en partes por lo grasoso, temblaba al centro de las cuatro mujeres sin poder decir nada en definitiva ni comprender las preguntas arrebatadas que má Cleta le hacía —So malnatural, desgraciado, ¿qué conciencia tuviste de aflojarle al cura lo de la carta, o él te sonsacó por su cuenta? Di la verdad, aquí está Dios crucificado en persona oyéndote todo, mirándote a la cara. Si mientes de puro castigo te revienta tus ojos de puñalada en cuero de chanco o te hace morcilla con un rayo. ¡Cuidado, so sonso piojoso!

El muchacho lleno de pánico empezó a tartamudear sin desprender la mirada, no tanto del Cristo cuanto del látigo que Anacleta hacía chasquear con una agilidad no de acuerdo con el peso de su cuerpo, que en ese momento se olvidó de la anquilosis de sus rodillas.

—¡Noooooo má... noy decedo nada... él no ma preguntado... nooooo... má! —los gritos escandalosos y vozarrones llenaron la trastienda.

—Segurito te sonsacó con algo de tragar —continuó Anacleta. So cara de bofe, yo aguanta que te aguanta... ¡habla!... no te quedas así. Boca si tienes para gritar y no para contestar. ¡Habla!... toma uno, dos, treees... por las llagas del Señor... ¡toma... toma!... Tú no agradeces ni el pan que comes a mis costillas, so basura de la calle... ¡tooma! Te diera estricnina con vitriolo para desaparecerte de mi delante. Con las últimas palabras Anacleta le lanzó el látigo a Epifania para irse de largo al camastrón a abatir el temblor del cuerpo, donde Paulita le dio a oler Agua de Florida. Epifania la más alterada del cuarteto, quien poco antes se había despojado del mantón, se enfrentó bravamente al muchacho queriéndolo fulminar con un odio que le hirvió en ins-

tantes, destacándole monstruoso el orzuelo; entretanto, al muchacho se le encogió el alma, mucho más cuando ella arqueó la disciplina en dos y se la metió a la cara. Ante tal arremetida, lo único que él hizo fue dobiarse hacia adelante para ofrecerle de lleno la espalda que ella majó con sádico deleite. La respiración de ella se agitaba más y más, casi jadeaba, y al adolescente no se le oía a cada golpe sino desmayada expresión de dolor. Toma desvergonzado, traicionero... ¿cómo... cuándo y dónde y a santo de qué le delataste al párroco lo de la carta? Pérfido, cuchi de porras, por qué no aprendes a ser manso y humilde. Ya me lo imagino, él te dio los recortitos de la hostia, y ¡patatán! le largaste el buche completito. So sonso de posma... ¿te has olvidado que cuando te dio ictericia, era yo, quien de madrugada te llevaba al camal para hacerle dar el baño de mil flores? ¿Te has olvidado que este mame-luco que tienes puesto yo te lo traje, mendigándomelo de una casa para aliviarla a la señora Cleta, ya que eres carga para sus años? —así desfogada parcialmente se fue donde la primera a oler también el agua perfumada.

El muchacho en su aturdimiento, al ver que el azote pasó por el aire a manos de Orenca, y sospechando por lógica deducción que iría, a su vez, a las de Paulita, en medio de desesperantes sorbidos de narices e inarticulados ruegos rompió a veraquear. El labio inferior, que de naturaleza lo tenía colgado, a uno de los golpes se le hinchó negruzco —Perdón, señoray... noy decedo nada... nada... nonca loy vedo al tatacora... nonca...

—¡Carrajo! sonso matrero, de mala sangre... de malas tripas, si sigues ocultando es peor para ti. ¡Qué valor has tenido de so-
parle al reverendo!

—¡Noo, señoray, noy decedo nada... él no ma preguntado!

Orenca, machacona, continuó con insistencia hasta que la apabullada figura de varón al levantar ella el azote, sin quererlo, o tal vez por algún designio ineludible, clavó los extraviados ojillos tan penetrantes que los de ella se le quedaron patéticamente prisioneros en los de él. Por un lapso de tiempo psicológico sin medida permanecieron los ojos unos en los otros. Ella se paralizó hipnotizada como una imbécil, ya perdida dentro de las pupilas calenturientas de llanto del memo, que a ella se le antojaron de extraño fuego flameante de abismo, y al retroceder horripilada se cubrió el rostro con una mano mientras que con la otra sostenía aún el látigo que le pareció pesar toneladas... y aulló dando traspies —¡Auxilio!... me parece un demonio babeando... eso mismo es ¡qué jeta, qué cara!... ¡qué expresión, Jesús me ampare!

Anaclea y Epifania se miraron sorprendidas: la primera, todavía

tendida en la cama, con el pecho descubierto para dar alivio a la sofocación, entre enredados escapularios que se habían mojado a la caricia del Agua de Florida; la segunda, ocupada en la tarea de atenderla. Está chiflada la fiera —murmuraron luego— o a lo mejor habrá visto en los ojos del sonso lo de su conciencia; después de todo nadie le insistió para que escribiera la carta. En el entre tanto, Paulita en un par de ágiles pasos, largos y encontrados le arrancó el azote a Orenca sin un ápice de consideración, mientras el ajusticiado receloso se limpiaba sus licuecencias, y quien al ver ya cerca a la joven se dobló de nuevo vencido por el pavor que siempre le tenía ¡Yo sí que le saco todo! le hago bailar el sambito hasta hacerlo añicos. ¡Oy! no te quedes como un camello ¡levántate! No lo vas a componer el entuerto con tus taimadeces. . . Aunque sea me estaré hasta la mañana de pascua, pero tienes y tienes que confesar. Aquí no hay tutías. ¿Con quién crees que estás? Habla a buenas, si me lo dices cómo fue la cosa, no te hago caer estito —le insinuó tormentoso el azote— y todavía te encimo un real para tu melcocha. . . ¿quieres? Habla pues chiquito lindo. . . no seas emperrado. . . ya sonsito. . . dime aquí en mi oreja. . . despacito —asomó el oído al rostro del adolescente húmedo de llanto y transpiración; mas él de súbito retrocedió desconfiado sin dejar de repetir en varias inflexiones de voz. Perdón, noy decedo nada. . . perdón. . . nonca hablo tatacora. . . mameta Cleta ma decedo, isti fraile is amolado. . .

—Júramelo, sonsito "urpicha". . . júrame, no estás diciendo la verdad.

—No sabo jorar. . .

—Ponte de rodillas y jura conmigo, te voy a guiar. . . ¿ya. . .?

Por Dios juro haber dicho al cura. . .

—Noy decedo. . . ¡Chaaas! ¡. . .huauuu! —se retorció totalmente vencido.

—¡Toma! ¡Toma para que aprendas! Y antes de que él atinara a defenderse la faz le cayó un vigoroso chicotazo que hasta silbó bronco el látigo. A lo largo de la huella, cual culebra que se arrastra por cabeza, frente y pómulo surgió un brote tibio de sangre, y al pasarse la mano mugrosa, indagante, se embarró en baño viscoso, estallando cortante un alarido —¡Ma ojo ma reventado! . . . ¡Deos . . .noy decedo nada! Nada significó para ellas este cuadro, muy al contrario emergieron las voces con más iracundia —¡Suñnale más! . . . mañoso, no tiene sino un rasguño. ¡Quién no lo conoce por alharaquiento!

Hacia momentos que una alta figura evangélica había ingresado a la tienda y así lo oyó casi todo, de pie entre el mostrador

y el andamio donde al entrar hizo una cruz con el dedo sobre la gruesa capa de polvo para implorar: Padre, perdónalas, porque no saben lo que hacen... Empero, ¿qué hago yo aquí, hollando una morada que no es mía? ¿Alguna fuerza misteriosa me ha traído? ¿Acaso Señor tus dolores en cuerpo inculpado han guiado mis pasos? Si así es, ¡hágase tu voluntad y heme pronto a tu servicio! —Al ¡no!... ¡no más!... el sacerdote, ya incapaz de soportar ni por un punto, avanzó a la trastienda donde entraban flechazos de un sol mañanero por las rendijas de la puerta que daba al patio. Las miró de hito en hito, contemplando el cuadro con estupor. En cada rostro maléfica expresión que ellas, de inmediato, disfrazaron de humildad. Las cabezas fueron a hundirse entre el pecho. Anacleta, cual bólido se tiró al suelo y se dobló cuanto pudo para ocultar los senos descubiertos. El ministro extendió la diestra trémula hacia Paulita y ella anonadada y confusa le entregó el azote. El magullado mancebo que en ese momento ya no lloraba sino gemía en tristes lamentaciones, cayó abrazando los pies de su salvador, mojóndole la sotana con la sangre que le manaba de la herida— Tatacora... ¡ma ojo! —instante en que el ministro con cuidado lo observó para luego consolarlo— Gracias al Alto tu ojo está bien. Ahora quítate, hijo, voy a hacerles cantar el miserere a estas mujeres de corazón empedernido, mancilladoras de la honra ajena que no se miran la propia.

—¡Eso no, padrecito! —clamó una del grupo en el aprieto. Nosotras somos fieles servidoras de la iglesia y de Ud. . . santo cura.

—¡Precisamente! entonces en prueba de lo que dicen deben purificarse, por cuanto que la iglesia es para los limpios de corazón, no para falsos creyentes. Voy a darles a cada una a cinco azotes de penitencia. ¡Pónganse de rodillas! ¡aquí, delante del Crucifijo! He dicho ¡de rodillas! —creció la voz— ¡Pobre de la que se mueva o chille! a esa creo que hasta la hago arrastrar ante la justicia terrena por haber cometido la ignominia sin nombre de hacer negar a un hijo bien nacido, y de por medio poner una vida en peligro de muerte. En el marido obró más la saña del anónimo de ustedes que la confesión de la mártir para siempre deshonrada. ¿Pueden reparar tamaña contumelia? . . . jamás el agua que se derrama puede recogerse limpia. . . y así. . . tantas. . . tantas, innumerables maldades que les soporto impedido de denunciarlas por mi condición de confesor —continuó con la boca seca.

—Tú, Anacleta, tal vez, digo. . . tal vez, la más nefanda, sentada inocentemente a la puerta de la tienda, donde tu alma farisea en deducciones y suposiciones juega con la dignidad del que trajina por aquí. . . Y este ser. . . —señalando al muchacho— a quien

permites que el género humano vilipendie, a éste a quien lo bautizaste con el impiadoso epíteto de "sonso" es nacido de tus propias entrañas. ¿No es tu propia imagen quitándole tu vileza? ¡Ah!... y encubres tu caída con la patraña de que te lo recogiste... y lo tienes entre harapos, idiotizado por los golpes y el miedo, con la añadidura de las llagas de sus orejas que destrozas a costa de pellizcones.

—Tú, Orenca, a la que le dicen la borrada o la fiera, que este último apodo mejor te viene, otra ruin, la sin nombre escribana de anónimos, repartidora de hijos que haces pasar por sobrinos... sólo para decirte apenas algo que me acongoja de tiempo ha.

—Y tú, Epifania, que por recibirte un pago mezquino, sin importarte el peso del remordimiento que abrumaría a otra conciencia, le apuraste la muerte a aquel joyero al quitarle su testamento de debajo de su cabecera en su lecho de dolor, originando así el abandono. ¡no!... ¡yerro!... mejor dicho el desamparo de sus hijos naturales, todos menores. Boca que vive es boca que necesita sustentarse. ¿No te remuerde, en tu condición de mujer ver a esos huérfanos mendigando de puerta en puerta con los miembros desnudos ateridos por el frío?

—Por último, tú, Paulita, mojigata, testigo comprada para el embrollo judicial y que por otro lado siembras, de casa en casa, con tus chismes e intrigas el infierno de la discordia so capa de ir de planchadora... y que de noche... ¡Ufff!... recibes al marido de una a la que llamas hermana... horrible... horrible pensar de una que hasta muestra candor y dulzura en la faz.

—Todas ustedes... hipócritas, fingiendo doncellez. De pensar en estas cosas que disfrazan se me retuerce impotente el alma. Y la lengua... ¡pobre lengua! hecha de carne como las vuestras, se me caería de cantarles sus monstruosidades. Por boca de ustedes pasan desde los magistrados hasta las meretrices. Por amor a sí mismas, por qué en lugar de hacer arder el mundo no se ponen a trabajar para cubrir con decencia su desnudez, que no pasan de sus mantas color gallinazo, y se abstienen de estar en el afán del préstamo al menudeo. Por qué no viven su propia vida y por ventura dejan en paz la ajena. ¡Me desesperan, mujeres protervas, cizañosas, santurronas de la forma! Olvidaron el ejemplo de Cristo de tener caridad por el prójimo... ¡Inaudito! no saben que cuando oramos, "perdona nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores"... queremos decir: ten piedad de mis faltas que yo la tendré por las de mis semejantes... Ahora, quedan advertidas, que mientras no haya una sincera contricción y enmienda, el cielo se caiga sobre Uds... No me vengan a comulgar... y si vienen, sólo

después de la previa exorcización de esta guarida de reptiles de rostros humanos.

—Y tú, ven conmigo, ente sin nombre ni condición, en la casa cural no te faltará ni un pan ni un manto. La providencia da para sus hijos... ¡Levántate!... ¡Salgamos de aquí!

Al encontrarse a solas las sermoneadas, guardaron profundo silencio por un prudente lapso de tiempo, únicamente se oía el sonarse de narices que recogían abundancia de lágrimas de amor propio, al que siguió una resita histórica de una de ellas, que corearon de inmediato las demás.

—¡Ji ji jí... Qué son pues éstos golpes, después de todo, a lo que nos recibimos en las tinieblas de la Casa de los Ejercicios Espirituales.

—Sí pues. Al contrario es una felicidad ayudar al Señor en sus dolores. Pues al párroco lo he desconocido. Lo creía buen platicador y nada más. Sean nuestras tribulaciones para gracia del Omnipotente —se consoló y las consoló Epifania con esas palabras.

—Cura zorro, ¡eh! Nos había estado oleteando, verdaderamente no es ni asomo del anterior. Era más buenito y comprensivo. Ahora lo que temo es que al sonso le va a escarbar cositas —Anaclea masculló con un dardo en el corazón.

—¡Ay Mamita del Carmen, lindita, ay Taitito de la Caña... ay San Juditas Tadeo... ay! ¿qué haremos para comulgar? Estamos en pecado mortal sin merecerlo. Para esto sería que anoche me soñé con un capuchino, al que se le cambiaba su sombra de chiquita a grande y salía del suelo como hirviendo. Son de mala suerte, fijo traen la yeta; ya ven pruebas palpables. En buenas palabras y, que esto quede entre nos —Paulita mansurrón, retorciéndose las manos murmuraba en voz baja— estamos excomulgadas. La gente hasta nos puede tildar de herejes. Tengo un miedo terrible. El padrecito nos ha puesto igual que a Lutero. ¿Ustedes creen que con esto entraremos al Cielo? seguro que arderemos como el agustino de la Reforma. Ay Dios mío... cómo vas a permitir que estemos junto al Lutero que siempre lo he odiado y por remate junto a Luzbel, que sólo de pensar se me hace el cuerpo carne de gallina. ¿Por qué esta afrenta? aunque seamos como dice el cura; claro que él en su cólera ha exagerado a su regalado gusto.

—No te atormentes tanto niñita —musitó Anaclea ya encoraginada por el despecho, sonriendo con un dejo de sorna. Este sábado le solicitaremos muy blandamente al cura que nos exorcise la vivienda, no está demás que le quite la brujería que el dueñoy casa, seguro que ha mandado hacer; tengo un tuc tuc de hace ya

tiempo. Es decir, la brujería ha entrado el día que el espino se ha evaporado de la puerta de la tienda, como tragado por la tierra. Así es que con la exorcización le doy ajo que morder a ese alma de judío que no se cansa de cobrarme los alquileres, ni de decirme dicerios ni de echarme sal a mi puerta. Tal vez, aquella mi ramita de ruda no me ha atajado del todo por este lado. Después le invitaremos un banquete. . . Quién no sabe que delira por los conejos asados, el queso tostado con sus papas sancochadas, sus rocotos rellenos con su acompañante de chicha; mejor de aloja, por dulceta. . . que es su otra delicia que le hace olvidar su teología.

—Auténtico —aplaudí Orenca muy de plácemes.

—Yastá, yo pongo la aloja, y para que no nos de flato le arriremos por anticipado un asentativo —prosiguió Anaclea. El resto pongan ustedes. Si algo les hace falta, váyanse insinuando, como quien no quiere la cosa con la Rufi, la Tomasita y la Pascuala, las cantoras del coro. . . ¡An, no! Mejor entre nos. Miren esa cara tan compungida de la Paulita. . . sigue pensando en la excomunió. No se olviden, también, de ponerle al cura la guitarra a su alcance. He sabido que le hace tiutiu, tiutiu. Y quieras o no, taita curita, templarás las cuerdas y te cantarás con su ojos de carnero degollado los tristes antiguos. . . Tampoco se olviden de prestarse el mantelcico, platos, cubiertos y alcusita de quien puedan. . . y. . . y los vasos. . . bueno. . . lo dejaremos para última hora. . . Dios no nos hará faltar. . . ¡Annn! . . . un platillito más pues de vidrio para el ajicito molido para que dore la vista.

—Ya está listo, señoray Cleta, arreglado. La mesa nos prestaremos del tuerto Casimiro, en tratándose de picantes y chicha, y mejor todavía de aloja, él mismo nos la cargará, y san se acabó —continuó Paulita ya salida de su anterior estado. Después de todo buena falta le hacemos al párroco en su soledad. Eso no es sacarle trapitos; a ver que coja romadizo. . . quién le pone sinapismos de mostaza a sus pieses para que le jale el arrebato, quién le da su sodorífico. . . y quién le pone emplastos cuando le ataca su mal del hígado. . . acaso una no le busca desde el papel de pediórico y el huevo hasta la aujita para perforar el papel. En vano nos está haciendo fieros. ¡Tatao, tratarnos así sin consideración!

—Sin mentir, es la pura verdad —exclamó nuevamente Orenca, contagiada de la anterior. Sin nosotras, el cura estira la pata aunque esté oleado y sacramentado. . . ¡Ajá, se me ocurre una idea! adelantémosle uno de estos diítas su mazamorra planchada, . . . a ver qué pasa. . . por otro lado, a lo mejor la recibe el sonso y le mete el dedo. . . ¡jajay! . . . de pura tentación; y ahí el cura le arri-

ma un coscorrón, aunque después se arrepienta, y luego el sonso de susto se vuelve aquí.

—Clarís verbis —añadió Epifania, que no dejaba de frotarse el orzuelo con una sortija de acero que extrajo de su meñique, para luego continuar. Mejor ahora recemos con las rodillas peladas para ofrecerle al Justo Juez nuestra penitencia, por nuestra propia voluntad; y más tarde, como que nos damos un paseíto recibimos en Belén la bendición del Santísimo. No me convence lo que nos ha pasado con el cura.

—Guíe señora Cleta la oración, como es nuestra disciplina.

Señor te ofrezco obras y trabajos en pago de mis pecados.

(las voces exageraron la última parte)

Señor ahí te veo clavado en la cruz, por mi culpa, por mi gravísima culpa.

(continuaba la exageración)

Señor te ofrezco la enmienda de nunca más pecar. . .

(levantaron las voces con aspaviento)

Apartarme de las ocasiones de ofenderos. . .

(bajaron las voces)

Cumplir desde el fondo de mi alma la penitencia que me imponga el confesor. . .

(el coro iba pasando a monótono)

Ay Señor. . . Dios y Padre, yo sé cuánto duele el escarnio. . .

(entre suspiros, cada quien repetía a su modo)

Unico amparo del pobre. . . del desvalido. . . del triste. . .

En media plegaria, Anacleto irrumpió, ya que nunca dejaba de observar la calle por los cendales del crudo —Paulita, volando, como la más joven, apróntate a la puerta a aguaytear, si no me engaño, está pasando la lunareja Rosalía.

—La mismita que viste y calza —respondió la solicitada que se puso en un santiamén en la puerta de la tienda. ¡Uy! . . . zapatos flamantes de charol, tacón alto. . . tiquic tacac, medias de seda y fustán con blonda, en un enseñar de pantorrillas, meneas pa aquí, meneas pa allá. ¡Fiu! . . . de abrigo también acabadito de estrenar, de pañoy damas, color conchoy vino —al oír Orenca la descripción se trasladó al lado de Paulita, sin más dilaciones.

—¿Acaso antes tenía eso? ¡Aján! sacristán que vende ceras sin tener cerería de dónde pecata mea si no es de la sacristía ¡conque no!

—Y buena sacristía que se maneja la bandida —argumentó Epifania dando el ejemplo de sentarse cuando las dos volvían a la trastienda. Es por eso que la llaman la lunareja, pe hasta vieja. . .

aunque en su cara apenas tiene un lunar, y no se diga que le agracia un pito.

—La muy carabina —Paulita siguió— en marcha a la iglesia muy emantillada, y si no me hago malos juicios, me pareció nueva también la mantilla.

—Ay, Señor, cómo no ibas a estar clavado en la cruz por la infamia mundana —clamó Anacleto con la mirada puesta en lo alto. Saben, ayercito no más, fresquito pasó por aquí el doctor Roncellos en su auto, despacito por el traqueteo del empedrado, llevaba un paquete a su lado. . . ¡Eso mismito era! . . . nadie me lo saca de la cabeza; por ahora la Rosalía se está viviendo pues con ese ladrón matasanos. Ojos testigos hablan que ella cambia de amantes como de camisa, —de pronto recordó las amonestaciones del sacerdote y dejó en seco el comentario que Orenca le tomó al punto.

—Dicen que el hijo mayor de la Rosalía está de sirviente en la casa de su propio padre con la añagaza de que es su ahijado. El padre de ese hijo es pues el tinterillo Pacheco, al que le faltan todos los dientes, la piorrea se los había desgranado. Véanle, sin dientes y todo haciendo milagros en la calle.

—¡Qué cosas tan sacrílegas! Cuando pasen por el lado de esa mujer —sentenció Paulita— no deben de tocarse con la ropa del pecado, y más bien con disimulo, escupan por su detrás. . . Quién no sabe que es una Magdalena.

—¡Chachau taitito! el otro día. . . —el silencio de Anacleto estalló, imposible ya de prolongar— vino a comprar velas. . . yo estaba ojos, y ¿saben qué? . . . salió con el pie izquierdo. Otra vez un hijo para otro poblador.

—Los mellizos —destacó Orenca— habían resultado del carpintero Ruperto, cuando ya se los estaban achacando al comandante que lo apodan Bocanegra.

—¡No. . . no! ustedes están en la luna, era al bachillercito Cuatro Ojos.

—Tal vez —añadió Paulita en amplio saboreo del comentario. ¡Qué sabemos! será uno para cada hombre, pero. . . cuál huahua será de cuál padre. Tanta confusión. . . ahí está el pecado mayor. . . dos huahuas a la vez. Atrocidades hace la gente. Por qué no son amantes de Dios. —Paulita pasó a otro asunto— Señorita Orenca, cuando contemplo el hermoso rostro del Señor me parece que suda o que llora, mire usted no más —se sonó la nariz con el ruedo de la falda, y esa fue la duodécima vez.

—¡Pobrecito! —exclamó Orenca. Tanto tiene que aguantar hasta el día en que seremos pesados en la balanza del Juicio Final.

—Oigusté, señorita Epifanía, para el día del banquete al tata-

cura, usté la más altita —solicitó Anacleta— haga la caridad de limpiar al Santo Cristo. Mírelo no más, esas malditas arañas le habían hecho un velo en su corona de espinas, de pasito dele una sacudidita a sus florcitas de papel; y si tiene más voluntad, desempolvemelo al Toñito que se está humildito a los pies del Salvador, y que como es en bulto se chupa todo el polvo. Y tú, Paulitay, recógemelas y pónmelas alrededor del santito las estampitas que el fraile me las ha desparramado sin ningún miramiento. No sabe él que son recuerdos de renombrados preladados... ¡Mmmm!... cuidadito con mi torito de Pucará... ¡Yaaaaa!... ni le estoy diciendo nada a la Paulita y está comiéndose pavo; ni me había acordado lo que me lo rompió su cuernito.

—Me avergüenza usté, señoray Cleta. Se lo estoy buscando igualito en todas partes; ni sangre que no tuviera. ¡Achachau! ya está chicando para las nueve... ahurita va a sonar la María Angola. Tengo que ir a planchar donde un militronche de esos bien chec engalonados. Me han dicho que es más borracho que el Baco. Por qué no terminamos con el recito de una vez. Para mañana tenemos el triduo, creo que nos toca también cerrar con la novena a San Francisco. Cuántos días estamos salta que salta.

—Es verdad. Esta Paulita tiene buena cabeza —añadió Orenca frotándose las rodillas— ¡Achacau!... me corren gusanitos por mis piernas. ¡Achachau! tanto trajín tendremos en la Semana Santa, de casa a la Basílica y de la Basílica aquí.

—Yo, lo que es —dijo algo melancólica Anacleta sofocando una tos persistente— fallaré a la Reseña, me impresionó completamente al ver a los canónigos con sus capas de siete leguas echados en el suelo, ni más ni menos que muertos. Me estoy afectando como nunca, en una de tantas me puede reventar el corazón, que poquitito le falta; por otro lado, me impide ésta tos que se me está encariñando, ni mate de orégano con enjundia ya me hace bien. Terminemos, niñitas, el rezo:

Santo Dios
Santo fuerte
Santo inmortal
Líbranos de todo mal
para estar a tu servicio
hasta el fin de nuestros días...

Y se quedó en suspenso... distante... anegadas las cuencas...

—De qué llora usté, señora Cletita, me consternan así mucho sus lágrimas. En los ojos de Paulita asomaron también al contemplarla pero con una cerrada de párpados las despidió.

—¡Aij! —suspiró la mencionada. De que el Todopoderoso, en medio de nuestras calamidades no nos desampara. Contémplenme sus lustreros ojitos fijos en nosotras, como si quisiera decirnos algo. . . ¿no creen?

—Mejor será prenderle una cerita labrada en acción de gracias. Dénme a realito para comprar una —insinuó Paulita.

—Me silban los bolsillos. Lo siento —se apresuró Orenacia— al tener, de mil amores.

—Si me ponen de cabeza y me sacuden no me sacan ni un ochavo partido —secundó Epifania con una mueca por sonrisa. Más bien, señora Cleta, Ud. tiene pues para la venta. Otro día se lo daré el realito. Cuándo no en tratándose de Dios.

—¡Qué va a ser lo mismo! —respondió la dueña de la tienda. Esas velitas son para que los pobres se alumbren. . . ahora no es para el caso porque resultaría acción pichirre. . . no llegaría a la gracia divina, y. . . —Paulita que oía las negativas a su insinuación y se enrollaba en el índice la punta de la trenza negra, atropelladamente interrumpió antes de que todo recayera sobre ella. . . , además del pago del chocolate. Bien conocía a su amiga que se guardaba el cobro para última hora. Ya pues, señoray amorcito, terminemos el rezo. Es tarde y las necesidades apremian. Hay que ir a hacer algo por la vida, que el come no considera ni cae a manos cruzadas.

A Anacleta se le demudó el semblante y echó bufidos en su interior, no obstante, sin aparentar enfado se puso de hinojos, ya algo laxada, por tercera vez:

Dios de las Alturas. . . Señor de Reyes
 Guárdanos un lugarcito,
 el más humilde, en tu infinito reino. . .
 y hágase tu voluntad. . . así en la tierra como en el cielo
 por los siglos de los siglos. . . Amén.

Al amén, Anacleta advirtió que las voces se evaporaron imperceptibles por la puerta en sus cuerpos ingravidos; mas logró divisar a Epifania, a la última, escurrirse a paso de gato huidizo.

Luego ella sintió un miedo que nunca había sentido. Después de un momento que adivino neutro entre ella y su circunstancia, entre ella y su conciencia, lloró por primera vez al verse íngtima y sola, pues ya tampoco allí estaba su sonso para siquiera desfogarse, como lo había hecho por más de tres lustros. Un inmenso vacío la abatió. . . Señor, esta tos que me desgarrá el pecho y que a pocos me va robando la vida. . . Ayyy. . . Padre de misericordia. . . qué horrible. . . horrible vómito de sangre, y. . . ¿qué es esa sombra, como de pesadilla que va creciendo a mi alrededor? . . . ¡Por piedad. . .

por caridad... amparo te demando! ¡Cristo mío... Señor de las Alturas, único amor que se posó como paloma inmaculada en mí!... ¡Ven a auxiliar a tu sierva!... pero, si es que me ha llegado la hora de partir y estos son mis últimos momentos, tenme contrita de rodillas doblada hasta el suelo, a tus pies, para así sucumbir cual mísero gusano... pero mi alma, mi alma que siempre fue toda tuya... tómala en tus manos y llévala a tu Reino por la eternidad.

Se terminó de imprimir este libro
el día 28 de diciembre de 1979, en
los talleres de la Editorial Libros de
México, S. A., Av. Coyoacán 1035,
México 12, D. F. Su tiro consta de
1 750 ejemplares.

NUESTRO TIEMPO

- Francisco Martínez de la Vega* Este era un Cha que tenía petróleo.
Armando Labra y México en 1979.
Manuel Aguilera Gómez
María Esther Vázquez Victoria Ocampo: Un destino impar.
Edita Más-López En el primer aniversario de la muerte
de Salvador de Madariaga.
Jesús Silva-Herzog Flores El gobernante estadista Plutarco Elías
Calles.

HOMBRES DE NUESTRO LINAJE

- Demetrio Aguilera Malta,*
Guillermo Brown, Anselmo Homenaje a *Andrés Iduarte.*
Carretero y Antonio Sacoto

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

- Alvaro Custodio* Ortega y Gasset en el tiempo.
Stephen J. Homick Soledad y comunión: Octavio Paz y
desarrollo de la idea mexicana de la
historia.
Vicente Cabrera Diálogo de *Tres Tristes Tigres* y una
Cobra con Cervantes y Góngora.

PRESENCIA DEL PASADO

- Carlos D. Hamilton* Los derechos humanos en Cervantes.
Mariano López Los escritores de la Restauración ante
la España política y religiosa de su
tiempo.
Thomas O. Bente Mariano Picón-Salas y la cultura: *Evo-*
lución de su pensamiento.

Reinterpretación de la historia de la
Literatura Española, NOTA por PABLO GIL CASADO

DIMENSION IMAGINARIA

- Silverio Muñoz* Literatura e ideología en los primeros
relatos de José María Arguedas.
Manuel Antonio Arango Aspectos sociales en las novelas de
Miguel Angel Asturias.
Roberto González Echevarría Historia y alegoría en la narrativa de
Carpentier.
Arturo P. Pérez La mujer en dos novelas de Rosario
Castellanos.
Ana María Fagundo El "Tú" en la poesía de José Luis Ro-
dríguez Argenta.
Gilda de Alvarez Las Beatas. Estampas peruanas.